

él, os dirigireis por la izquierda hasta llegar á un pequeño pabellon, cuyas ventanas dan al jardin, y que habita una hermosa jóven llamada Zelima. A hora tan avanzada de la noche dormirá probablemente la jóven, por lo que os llegareis sigilosamente á su lecho, y la cogéis bonitamente ayudado por vuestra gente, cuidando taparle la boca para que en el caso de que se despierte y grite no sean oidas sus voces. Si por casualidad velara junto á su lecho el moro de que os he hablado, matadlo en seguida, porque sino impedirá el rapto de la jóven, que inmediatamente será conducida aqui, cuidando de cerrar perfectamente todas las puertas que dan al gran salon. En este pequeño gabinete, creado para el amor, estará tan segura como en un calabozo.

— Ciertamente.

— Con que os habeis enterado bien de cuanto os he dicho?

— Perfectísimamente; solo que se me ocurre una pequeña duda.

— Veámosla.

— Ha dicho V. A., si mal no recuerdo, que despues que penetremos en la habitacion ó departamento que ocupó doña Leonor, ó lo que es lo mismo, que asi que hayamos podido abrir la puerta, nos dirigiremos por la izquierda, etc.: y cómo hemos de penetrar en el departamento si la puerta estará cerrada?

— Abriéndola, contestó don Pedro secamente.

— Pero cómo?

— Diablo! eso vos lo sabreis mejor que yo. — Vuestro deber es llegar hasta donde se halla la jóven; si encontrais inconvenientes en vuestro camino, deber vuestro es tambien vencerlos y allanarlos hasta llegar al término de la jornada. En la inteligencia de que si no me traeis á la jóven porque os haya faltado el valor, ó porque habeis temido fracturar la puerta ó echarla abajo con sigilo y precaucion para no ser oido, os hago descender de la dignidad de mi primer escudero á la del último palafrenero de mis caballerizas...

Al oír Rui-Pero semejantes palabras arrugó el entrecejo é hizo un gesto de disgusto tan marcado, que el mismo don Pedro no pudo menos de decirle con su natural songa:

— Hola! parece que no os agradan mucho mis palabras?

— Castigo demasiado duro me parece, señor... porque qué culpa tendré yo ni mi gente si por causas enteramente ajenas de nuestra voluntad fracasa el negocio?

— En ese caso se aminorará el castigo; yo he hablado en la inteligencia de que el rapto no se verificase por cobardía ó torpeza vuestra.

— Eso ya varía de especie.

— Pero si por el contrario, dais felice cima á la empresa, oh! entonces la recompensa será digna de mí, Rui-Pero. Entonces os prometo que trocareis la espuela de hierro por la de oro que usan los caballeros, y que lucireis el día de la ceremonia una magnífica armadura que os regalará vuestro rey.

El escudero de don Pedro se vió muy apurado para poder disimular la alegría que se habia apoderado de todo él al escuchar las lisonjeras y halagüeñas palabras del monarca. Su contento no tenia límites cuando reflexionaba que el premio de su trabajo era nada menos que elevarlo á la alta dignidad de caballero. Ansiaba con estraordinaria avidez que llegara la noche para abrir la puerta del departamento, que no podria probablemente resistir un vigoroso empuje dado por él, llegar á la habitacion de Zelima, apoderarse de ella y conducirla en seguida á las habitaciones de don Pedro. Todo esto era para el ambicioso escudero obra de un momento y de tan facil ejecucion, que no se le pasó ni una vez siquiera por las mientes que en vez de calzar espuelas de oro podria descender hasta cuidar los caballos del rey don Pedro.

El rey lo contemplaba en silencio y observaba con satisfaccion que su fiel escudero por alcanzar la brillante espuela, bello ideal de su vida, sus sueños dorados, seria capaz no digo de robar en el silencio de la noche á una jóven sola

y abandonada, sino hasta conquistarle medio Portugal si asi se lo mandase.

— Os agrada la paga de este servicio, Rui-Pero? le preguntó el rey.

— Oh! señor, me agrada tanto, que casi estoy loco de contento, y deseando llegue la noche para traeros esa jóven, que sin duda no corresponde á vuestro amor.

— No corresponde de buen grado, pero yo haré que me ame á la fuerza.

— Y no tendrá mas remedio que sucumbir.

— Oh! sí, y sucumbirá, Rui-Pero.

— Lo creo, señor, porque, quién podrá oponerse á vuestro poder?

— Nadie, es verdad, y mucho menos una muger.—Con que estais enterado?

— Perfectísimamente.

— Ya lo sabeis... habitacion de doña Leonor de Guzman... entrando, departamento de la izquierda; una jóven en estrecho hermosa llamada Zelima... la conducireis aqui, y si sigue dormida ó está desmayada, la dejais sobre una de estas banquetas y cerrais despues todas las puertas.

— Está bien.

— No os separeis en nada de las instrucciones que os he dado.

— Serán observadas religiosamente.

— Ya sabeis el castigo si salís mal, y la recompensa si se verifica el rapto.

Rui-Pero se inclinó en señal de que estaba conforme.

— Teneis alguna cosa mas que encargarme? le dijo:— voy con permiso de V. A. á preparar la gente.

— Sí, marchad, y tenedla prevenida con anticipacion. Encargarles silencio y prudencia.

— Descuidad, señor.

— Con cuatro hombres mas, valientes y denodados por si os saliera gente, creo que tendreis bastante.

- Cuatro hombres me acompañarán.
- Bien; salid, y que todo se haga perfectamente.
- Dios guarde á V. A.
- No salgais de la madriguera hasta que hayan dado las doce de la noche.
- Dios guarde á V. A., volvió á decir otra vez y haciendo una nueva reverencia.
- Y si os sale el moro de que os he hablado, no lo de-
jeis vivo, lo oís?
- No vivirá si se interpone en mi camino.
- Bien; afilad por si acaso vuestra espada y vuestro
puñal.
- Estan tan afilados, que asi cortan el hueso como la
carne.

Rui-Peró salió al decir las anteriores palabras de la regia cámara. Al verse solo don Pedro, exclamó con aire jactancioso y como si tuviese ya la presa entre las uñas:

— Zelima, Zelima... veremos si ahora te libras de mí como el otro día, veremos si me insultas y si accedes ó no á mis deseos! No, pobrecilla, ya no te queda mas remedio que sucumbir y ser mia, si no de buen grado, á la fuerza; ya no te queda mas remedio que entregarte al hombre á quien tanto aborreces, al hombre que necesita poseerte y que desea vengarse de los insultos y ultrajes que solo tú, valiéndote de tu condicion de muger, osaste decirme solo porque te dije que te amaba tanto, que era necesario fueses mia á toda costa. Sí, y lo serás, porque yo necesito apagar esta llama que ardé solo por ti en mi corazon, y que me quita la calma y el sosiego. Necesito que seas mia á toda costa, y veremos si lo consigo, Zelima... veremos si te libras cuando estés en mi poder!

Esto dijo don Pedro asi que se marchó su escudero, contento y gozoso porque creía que casi estaban realizados sus planes: se figuraba que ya tenia á la bella Zelima en su poder, y que no se opondría á sus deseos. Pero cómo se enga-

ñaba esta vez el hijo de doña Maria! cuando mas seguro estaba de ver realizados sus deseos, cuando creía que Zelima sería suya aquella misma noche, la Providencia, que nunca abandona al bueno y al desgraciado, desbarató del modo que veremos en su respectivo lugar los planes del rey lúbrico, salvando á Zelima de sus garras y poniendo ante ella un antemural que la librase en lo sucesivo de las asechanzas del monarca.

En tanto que el rey comunicaba su proyecto de robar á la muger por quien se encendia de amor su volcánico, impresionable y veleidoso corazon, y le daba las instrucciones que hemos oido, con el fin de que no fracasase la realizacion de sus anhelados deseos, pasaba la escena que á continuacion vamos á narrar á nuestros lectores entre el moro Haffiz y la célebre sevillana Maria de Padilla, querida del rey don Pedro.

Bueno y conducente será á nuestro propósito que digamos por qué Haffiz se fue á ver á la Padilla y le comunicó sus cuitas y cuántos temores tenía respecto del rey y de su amada. El amante de Zelima, que no se habia separado ni un momento del lado de su querida desde lo ocurrido con don Pedro, por temor de que la robasen de su habitacion, aprovechó un momento en que la jóven se entregó al sueño mas profundo y tranquilo para ver á doña Maria y ponerla al corriente de lo que pasaba. El objeto de Haffiz se deja conocer que era no solo para poner á Zelima bajo el amparo y proteccion de aquella muger que tanto influjo ejercia en el ánimo del rey, sino porque necesariamente la escena tenida lugar en el jardin, la llenaria de indignacion y acusaria al rey de falso é inconsecuente, de perjuro y mal caballero. Don Pedro, segun el cálculo de Haffiz, que amaba tanto á Maria de Padilla, le ofreceria en cambio de una reconciliacion entre ellos, olvidar á Zelima, ó por lo menos dejar de perseguirla. Y entonces su bella é interesante amante viviria tranquila, libre de las persecuciones del rey, bajo la inmediata custodia de Maria, que por su propio interes y tranquilidad, procuraria sustraerla

siempre hasta de las miradas de su infiel amante, y acaso él podría volver otra vez á la gracia y favor del monarca, que, en verdad sea dicho, no se hallaba sin su confidente el moro, que en nada se le oponia, y que siempre estaba dispuesto para todo. Haffiz aprovechó la ocasion, como dijimos mas arriba, de que su amante se habia dormido, y despues de mirarla un momento como asombrado y orgulloso de poseer tan singular belleza, despues de correr cuantas cortinas habia en la reducida estancia, á fin de que la luz no la despertase, y de cerrar con toda seguridad la puerta de salida, se dirigió al departamento que alli mismo, como hemos tenido lugar de ver en otra ocasion, ocupaba la hermosa muger que iba á darle la vida y á volver á su corazon y al de Zelima la tranquilidad y el reposo.

Pero rara casualidad! mientras don Pedro disponia con su nuevo cómplice Rui-Pero el rapto de la mora, Haffiz y María de Padilla trataban de desbaratar cuantos planes y proyectos se le ocurriesen al rey respecto de Zelima. Y no crea el lector que pensaba oponerse abiertamente; nada de eso, con la fuerza nada hubiesen conseguido, á mas que ellos ignoraban completamente lo que para aquella misma noche estaba dispuesto. El pensamiento de María de Padilla, como habia calculado muy bien el moro, era presentarse al rey, echarle en cara su deslealtad y poco caballerismo, y despues que el monarca estuviese subyugado por la poderosa influencia que la sevillana ejercia sobre él, influencia á que siempre, toda la vida, sucumbió y cedió el rey, le exigiria que abandonase su propósito, y que si volvía á molestar á la mora le abandonaría ella para siempre. Esta amenaza la creía la Padilla tan eficaz, que con ella sola conseguiria el objeto apetecido.

Sentada estaba la amante de don Pedro agradablemente entretenida con una labor propia de su sexo, cuando se presentó Haffiz en la estancia con paso mesurado y reposado. Al divisar á María se detuvo un momento por temor de distraerla; pero como esta habia oido los pasos, levantó la cabeza y

miró detenidamente al moro, que en verdad sea dicho, no era muy de su agrado. Pero una idea se le ocurrió, y era, que podía ser portador de alguna nueva que don Pedro le enviaba, y en ese caso no le convenia recibirlo con tan mala cara como acostumbraba. María de Padilla le dijo al cabo, haciéndose la distraida y que no le conocia:

— Quién sois?

Haffiz se acercó mas á la andaluza, y le dijo con alguna extrañeza:

— No me conoceis, señora?

— Ah! sí... sois el moro Haffiz, no es eso?

— Justamente, contestó el moro inclinándose con galanteria y respeto.

— Y qué se os ofrece?

— Quería hablaros, señora.

— Traeis alguna noticia que darme de don Pedro?

— No, señora.

— Pues entonces...

— Perdonad si os molestó... no vengo de parte del rey, sino de la jóven que habita con vos en esta parte del regio alcázar.

— Ah! venís de parte de Zelima?

— Sí, doña María, vengo de parte de la hija del último rey de Algeciras, á suplicaros que la ampareis y la libreis del gran peligro en que se halla.

— No sé qué quereis decirme...

— Que Zelima espera vuestra proteccion.

— Pero qué le sucede?

— Necesito deciroslo, señora, para salvar á aquella jóven y salvarme yo tambien del gran peligro que nos amenaza; pero lo siento al mismo tiempo, porque voy á desgarrar vuestro corazón con una noticia en extremo desagradable para vos.

La favorita del rey se llenó en un momento de impaciencia y curiosidad al oír las palabras del moro. Asi es que le dijo al instante:

—Pues bien; dad principio á vuestro relato.

—Lo quereis?

—Ardo en deseos de saber lo que le sucede á esa simpática y hermosa jóven.

—Sois tan buena !...

—Acabad, y no me tengais en ansiedad.

—Señora, voy á complaceros... Zelima es mi amante; me ama tanto como yo á ella; es decir que nuestro amor raya en delirio, en frenesí; cuando mas contentos vivíamos, hablando y deseando nuestra union, que será tan luego como el bautismo nos haya hecho verdaderos hijos del Eterno, cuando dábamos gracias al cielo de que nuestros sueños de oro iban á realizarse, una nube negra y compacta ha oscurecido el sol de nuestra esperanza...

—No os comprendo... contestó María restregándose las manos en señal de impaciencia.

—Señora, cuánto siento deciros lo que ocurre...

—Y por qué?

—Porque, como os dije al principio, os iba á dar una noticia en extremo desagradable para vos.

—No le hace; decidla.

—Estais decidida á oír lo que sea?

—Sí.

—Pues bien, doña María: el rey don Pedro ama á Zelima.

Las facciones de la jóven se contrajeron por un pequeño momento; la mas espantosa palidez cubria su rostro, y sus labios murmuraban una frase que no pudo entender ni oír el amante de Zelima. Como habia dicho el moro así sucedió: la noticia que habia dado á la célebre sevillana le habia hecho mas daño que si un dardo le hubiese atravesado el corazon de parte á parte. Las palabras eran terribles, espantosas: don Pedro ama á Zelima, que equivalia á decirle: don Pedro os ha olvidado, os es infiel y busca las caricias de otra muger, porque ya las vuestras le cansan. Mil sentimientos contrarios y diferentes se agitaban en el pecho de la bella María, y mil

ideas tambien contrarias y no parecidas una de otra bullian en su entonces acalorada mente: estos eran el orgullo, la soberbia, el sentimiento de verse engañada, y el amor que sentia por el rey: aquellas ora le aconsejaban que lo abandonase para siempre, ora que lo viese y le echase en cara su infidelidad y el poco aprecio que habia hecho de su amor sincero y desinteresado, y de las pruebas de abnegacion y cariño que le habia dado creyéndolo digno de semejantes sacrificios. Pero bien pronto la reflexion vino á aconsejarla que oyese hasta lo último lo que le dijera Haffiz, y obrar en consecuencia con madurez y detencion.

María procuró tranquilizar sus facciones y tranquilizarse ella en algun tanto para decir á Haffiz con la mayor sangre fria, y como haciéndose la indiferente:

— Con que ama don Pedro á vuestra amante?

— Sí, señora, la ama por mi desgracia; pero de un modo tal, que la persigue sin cesar noche y dia.

María de Padilla se mordió los labios y sintió que el corazón le palpitaba con extraordinaria violencia.

— Y le corresponde vuestra amante? preguntó con intencion la habil andaluza.

— Oh, no! Zelima no me es infiel, ni nunca me lo sería.

— Estais seguro de ello?

— Oh, sí, segurísimo, señora! Zelima aborrece de muerte al rey.

— Pues cuando don Pedro tanto la quiere y la persigue como habeis dicho, debe vuestra amante de haberlo escuchado alguna vez con agrado.

— Cómo se conoce que no conoceis ni al rey don Pedro, ni á la jóven de que hablamos. Acaso necesita el rey de que una muger le atienda ó no, para hacer que se logren sus deseos? Ay! señora, cuán poco conoceis á vuestro amante!

— Pues bien; yo necesito pruebas de la culpabilidad del rey y de la inocencia de Zelima. — Podreis dárme las?

— Era mi deseo, señora; y cuidado que cuanto voy á re-

feriros no lo sé por boca de mi amante, sino que yo mismo lo oí, escondido cerca del lugar donde tuvo lugar la escena... yo mismo fui testigo de lo que ocurrió, y no os lo ocultaré, señora, mas de cuatro veces saqué del cinto mi puñal para sepultarlo en el pecho del indigno monarca que hoy rige los destinos de Castilla... Oh! nunca hubiera creído que en un caballero pudiera caber tanta maldad é infamia, tanto cinismo y villanía!

Aquí Haffiz contó á doña María, sin omitir nada absolutamente, cuanto habia pasado en el jardín entre don Pedro y la bella Zelima, sin olvidarse de referirle que este habia jurado poseerla á toda costa, y que no descansaria hasta conseguirlo.

Mientras que Haffiz contaba á la andaluza la escena que el lector ya conoce, esta se inmutaba, estremecía ó indignaba, cuando el caso lo requeria. María de Padilla amó desde aquel momento á Zelima y se interesó de tal modo por ella y su amante, que hizo firme propósito de librarlos á costa de cualquier medio del peligro que les amenazaba, porque ella comprendia que su caprichoso amante no desistia de un proyecto que hubiera empezado á poner por obra con próspera ó adversa fortuna.

—Cuanto me habeis dicho es terrible y horroroso! dijo así que Haffiz concluyó su narracion, y dando señales del mas marcado interes.

—Oh! sí, señora, horroroso y cruel para mí, que tanto la amo, y horroroso y cruel para Zelima, que jamas se ha visto en trance tan duro, en situacion tan difícil y apurada. Si hubiérais visto á la infeliz Zelima llorar y suplicarle para que la dejase libre! porque don Pedro la amenazaba con llevársela á sus habitaciones y tenerla alli encerrada hasta que por grado ó por fuerza hubiese conseguido sus lúbricos intentos. Zelima pedia que la dejase nombrando á su madre, á vos, á cuanto de santo y respetado hay por el hombre...

—Y nada hizo al monarca variar de propósito?

— Nada absolutamente, señora.

— Difícil es luchar con un hombre del carácter de don Pedro; pero yo os juro que vuestra amante no volverá á ser molestada por su perseguidor; que viva tranquila y descuidada, que yo velo por ella.

— Será cierto?...

— Sí, Haffiz, cierto y muy cierto; yo os lo digo, y vivid como vuestra amante tranquilo y descuidado. Don Pedro no volverá á molestarla, porque poco he de poder yo sino consigo que desista de propósito semejante.

— Ah! señora... con qué podremos pagar tanto Zelima como yo favor tan grande, beneficio tan inmenso? Mandad, señora, mandad, que nosotros obedeceremos ciegamente en cambio de la calma y felicidad que nuestros corazones recobrarán muy en breve...

— Callad, por Dios, y no me confundais con vuestras palabras. — Lo que yo hago lo haria cualquiera que se precie de tener siquiera humanos sentimientos. Deber mio es pudiendo, como puedo, librar á la virtuosa y cándida Zelima de las asechanzas de un hombre como don Pedro, que sin que esto sea orgullo ni jactancia, solo Maria de Padilla sabe dominar.

— Y cómo haceis, señora?

— Cuenta mia es esa, Haffiz. Os he ofrecido que vuestra amante no volverá á ser molestada, y os lo cumpliré.

— Pero no olvideis, señora, que juró poseerla á toda costa, y que tal vez maquine en este momento algun plan que le dé por resultado la completa posesión de Zelima.

— Descuidad, que estaré sobre aviso. — En tanto vos no os separeis ni un instante de ella.

— Desde la ocurrencia que os he contado no me he separado de Zelima ni un solo momento.

— Bien; despues de algunos dias le haremos creer que ha desaparecido de Sevilla, prefiriendo abandonaros á la deshonra que aqui la amenazaba. Vos estareis continuamente

triste delante de él, y yo le hablaré de la repentina desaparición hasta hacérselo creer.

— Pero...

— Nada temais: Zelima vivirá conmigo oculta siempre. El objeto, como habreis comprendido, es hacerle olvidar al rey no solo esa pasión fugaz y momentánea que hoy siente por Zelima, sino hasta el recuerdo de esta misma. — Os conformais?

— Con todo cuanto hagais, señora.

— Pues en ese caso, marchad á guardar á Zelima y vivid completamente tranquilo. — Decid si os parece esto mismo á vuestra amante; y añadidle que no tema por el porvenir, que yo me encargo de hacérselo feliz y dichoso.

— Oh, señora, cuán buena sois y cuánto tengo que agradeceros!... permitidme que os bese la fimbria de vuestro traje en justo agradecimiento de lo buena y generosa que sois.

— De ningún modo os permito hacer semejante cosa. — Marchad con Zelima, y no la dejéis sola en tanto que se prepara habitación para ella aquí mismo, cerca de mí.

Haffiz salió de la estancia y llegó á la de su amante á la sazón que esta se despertaba y extrañaba con sobrada razón de que su amante la hubiese abandonado. Pero así que Haffiz le esplicó la causa de su ausencia, así que le dijo las consoladoras palabras de María de Padilla, todo fue júbilo y contento en Zelima, y perdonó á su amante que la hubiese dejado sola en momento que tanta felicidad les valia.

El día iba declinando. Los tibios rayos del sol solo despedían fugitivos destellos por entre un celage de blancas y apiñadas nubes, mientras que por la parte opuesta del horizonte comenzaba la noche á desenvolver el negro crespon que dentro de muy poco iba á ocultar los cielos tan diáfanos y transparentes, y á sumergir á la tierra en la mas profunda oscuridad.

El rey don Pedro de Castilla observaba con la mayor atención la marcha descendente del astro del día, y espe-

raba con extraordinaria avidez que las negras tintas de la noche hicieran desaparecer completamente la luz y el hermoso y magnífico panorama que presentaba el sol asentado en un trono de blancas y vaporosas nubes. La causa de su impaciencia se adivina fácilmente. Así es que cuando vió realizados sus deseos, cuando vió que ya solo reinaba la mas profunda oscuridad por todas partes, abandonó el alfeizar de la ventana y llamó á su nuevo cómplice Rui-Pero, que le aguardaba en la habitacion inmediata.

El escudero del rey entró con franqueza y desembarazo esta vez, con el orgullo natural del hombre que sabe y conoce lo preciso y necesario.

Don Pedro al verlo le dijo lleno de alegría:

— Ya es de noche, Rui-Pero.

— Con efecto, señor; la hora de la aventura se va acercando por momentos: — no lo deciais por eso?

— Justamente.

— Y la suerte se nos muestra propicia, porque ya tengo vencida la mas difícil de todas las dificultades.

— No te comprendo.

— Pues escuchadme con atencion, y os diré una magnífica noticia que allana la dificultad que mas se nos oponia á la realizacion de nuestro proyecto.

— Veamos.

— He conseguido con maña, sigilo y unas monedas de plata, que una de las jóvenes que estan al servicio de doña Maria de Padilla no cierre esta noche la puerta principal del departamento.

— Magnífico!

— Oh! y tan magnífico, señor, porque penetraremos sin ser vistos ni oídos.

— Y si os vende la doncella de la Padilla?

— No lo creo, porque nada ha sospechado. — Además, que me he valido de un ardid que la ha dejado completamente satisfecha.

—Y ese ardid?...
 —Le he dicho que el objeto de dejar abierta, ó mejor dicho, de dejar entornada la puerta principal, es porque V. A. queria pasar á media noche á la habitacion de su amada la Padilla.

Al decir Rui-Pero las palabras anteriores se movió repetidas veces uno de los tapices que decoraban las paredes de la estancia. Cualquiera diria al verlo que se escondia detras de ellos alguna persona.

Don Pedro se sonrió de alegría al oir á su escudero, y le dijo aplaudiendo con loco entusiasmo:

—Bravo! magnífica idea... sois todo un hombre, Rui-Pero, y ganais á las mil maravillas la espuela de oro que os he ofrecido en cambio de vuestros servicios... me comprendéis?

—Perfectamente; pero aun hay mas, señor escelso.

—Mas? habla y sabré.

—He hecho un magnífico descubrimiento.

—Pues bien; dílo pronto y no te detengas.

—He sabido por la misma jóven que nos deja entornada la puerta, que la bella Zelima no sale de su habitacion, y que no la abandona ni un solo momento su querido el moro Haffiz.

—Y bien?...

—Que de una sola pedrada matamos dos pájaros, como vulgarmente se dice.

—Vive Dios que ó yo soy muy torpe, ó tú no te esplicas tan claro como para entenderte.

—No me dijisteis que si por casualidad encontraba al paso al moro lo mandase al otro mundo sin mas ceremonia?

—Sí, eso te dije, y eso mismo te vuelvo á encargar.

—Pues bien; mientras que unos robamos á la mora, los otros asesinan al moro.

El tapiz de que hablamos antes volvió á menearse con la misma fuerza.

Al oir el rey á su nuevo confidente, no pudo menos de decirle con cruel alegría:

— Sí, sí, que muera ese perro judío, y con eso le hacemos un gran servicio á Satanás. — Y una vez libre de ese malvado, una vez en mi poder Zelima, podrá resistir á mis deseos? no, imposible, no tendrá mas remedio que sucumbir y ser mia!... Pero dime, gefe de la nocturna expedicion, tienes ya preparada tu gente, dispuestas tus armas, y todo ya arreglado?

— Todo, todo absolutamente, señor.

— Y es buena gente?

— Magnífica: capaz no digo de robar á una muger, sino...

— Bien, Rui-Peró, la recompensa será digna y brillante.

— Asi sea.

— Con que marcha, y prepárate para salir en el momento que oigas las doce.

— Dios quede con V. A., dijo el escudero inclinandose.

— Y él te acompañe en la expedicion, contestó don Pedro con burlona sonrisa.

— Asi sea, volvió á decir el charlatan escudero.

— Ya sabes que es entrando, á la izquierda... no vayas á equivocar las señas.

— Descuide V. A.

Rui-Peró salió y el rey le siguió á poco, quedando completamente desierta la habitacion. Entonces se descorrió el tapiz que tanto se habia movido durante la conversacion de rey y escudero, y se presentó en la cámara una muger alta y esbelta, hermosa y elegante como una estatua de la antigua Grecia. Sus facciones rebosaban de placer, sus ojos brillaban de alegría, y en sus labios se veía pintada la mas graciosa y burlona sonrisa. Aquella muger era María de Padilla, que habia escuchado oculta por el tapiz la conversacion que acabamos de narrar mas arriba. Prodigioso efecto de la casualidad! María habia salido de su vivienda y dirigiéndose á la del rey, su inconstante amante, para noticiarle, despues de echarle en cara su desleal conducta, la repentina desaparicion de Zelima, segun lo convenido entre ella y Haffiz. Pero la her-

mosa María penetró en la regia cámara cuando su amante llamaba á Rui-Pero; de modo que apenas tuvo tiempo para deslizarse silenciosamente y ocultarse detras del tapiz consabido, que por una rara casualidad, representaba el rapto de las Sabinas. En seguida prestó atento oído y descubrió todo el proyecto de don Pedro, con solo oír lo que este habló con su nuevo confidente y cómplice, el charlatan Rui-Pero. Indignacion y espanto, horror y odio causóle á María en aquel momento su perverso amante, y de muy buena gana se hubiese presentado como otro Catilina y hubiera confundido al rey y desbaratado su loco proyecto de asesinar á Haffiz y robar á Zelima para sacrificarla á sus libres é impúdicos deseos. Pero la reflexion le hizo conocer que el medio de que hemos hablado no era el mas á propósito para conjurar la terrible tormenta que se preparaba sobre la cabeza de la inocente hija del último rey moro de Algeciras, y que semejante paso tal vez empeorase dicha causa. Asi es que permaneció oculta escuchando y combinando á un tiempo el modo de hacer fracasar el proyecto de don Pedro. Mas apenas este despidió á su escudero, siguiéndole á poco como dijimos, cruzó por la fecunda imaginacion de la generosa sevillana una idea magnífica, idea que echaba por tierra todos los planes y cálculos de don Pedro, y que era causa de la alegría que María manifestaba en su rostro al salir del escondite.

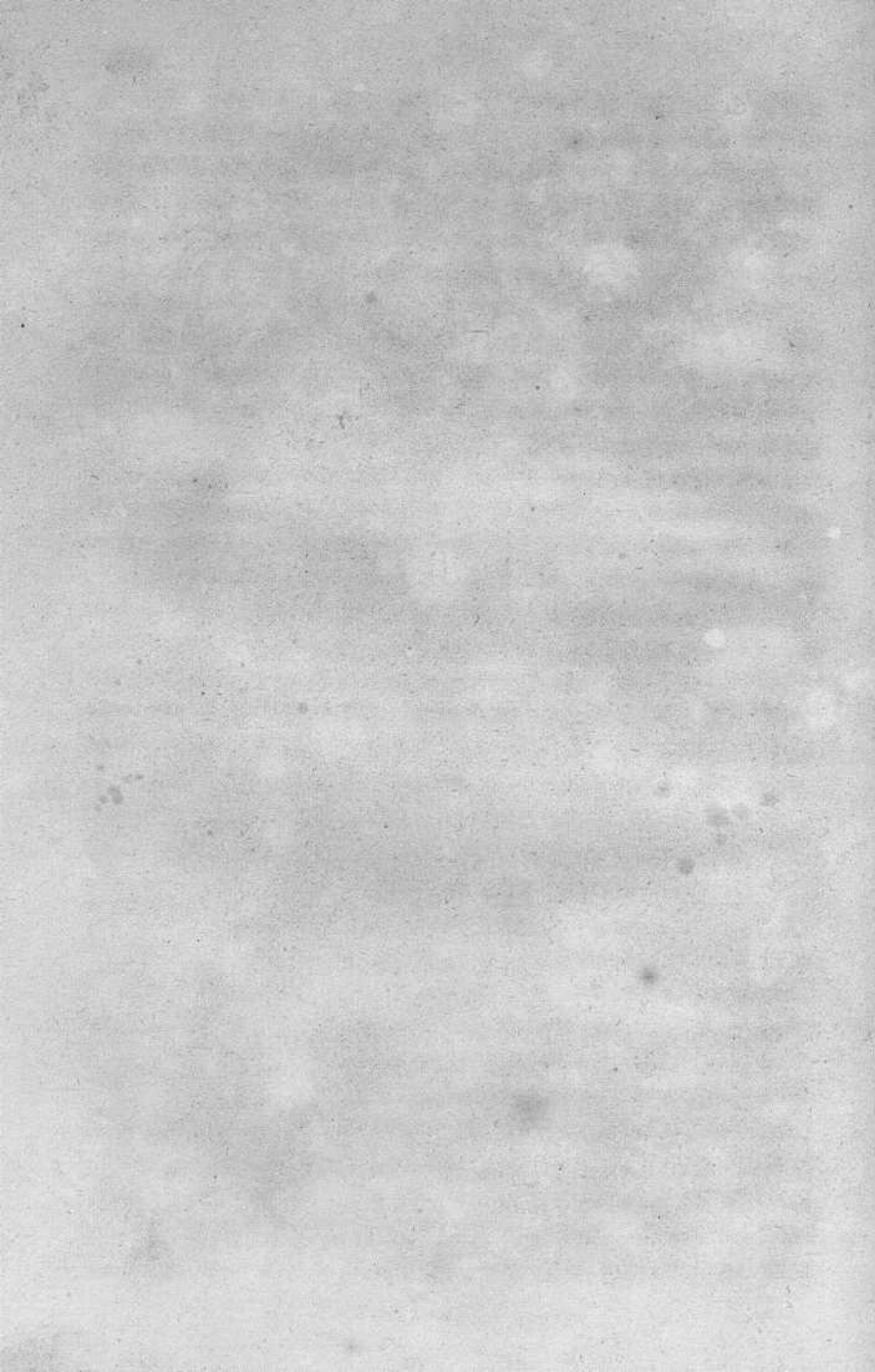
La Padilla se paseó por la estancia un momento, con la diestra en la megilla é inclinada la cabeza en señal de profunda meditacion, pero en realidad acabando de combinar su proyecto. Al cabo levantó la cabeza como contenta de si misma, y dijo saliendo de la estancia:

— He salvado á Haffiz y á Zelima, y me he salvado yo... á qué negarlo?... sí, amo á don Pedro!





D. Pedro. — Lám. 44.





CAPITULO V.

En el que se prueba con hechos que es una verdad el antiguo adagio de el hombre propone y Dios dispone.

LA hora señalada por don Pedro para emprender la nocturna expedición, como él la llamaba, había llegado, si no mentian las estrellas y la altura á que se hallaba la luna. Rui-Peró y su gente salieron de las habitaciones del rey, y con paso callado y cauteloso se dirigieron á las galerías bajas del alcázar, donde se hallaba el departamento ocupado por Zelima y María de Padilla. La puerta de dicho departamento se hallaba al parecer cuidadosamente cerrada, y ni un alma viviente se veía por aquellos alrededores. El mayor silencio reinaba por todas par-

tes, silencio interrumpido únicamente por el silbido del viento ó el canto de la lechuza.

Rui-Pero y su comitiva llegaron á la puerta, y se pararon formando círculo al rededor del primero, que les dijo en voz baja:

— Señores, esta es la puerta por donde hemos de entrar. Silencio y prudencia, si quereis que la paga sea buena. — Yo entraré primero, siguiéndome dos de ustedes, y quedándose el resto aquí guardándonos las espaldas por lo que pueda suceder. Si oís un fuerte silbido acudid todos, que es señal de que nos hallamos en peligro, y sino permaneced aquí quietos sin meter ruido, á fin de que no se despierten los que habitan el ala derecha del departamento.

— Cumpliremos fielmente vuestras instrucciones, dijo uno de los embozados, y al parecer el que mas prestigio gozaba entre sus compañeros.

— Aun no he concluido, señores, repuso Rui-Pero, dándose la mayor importancia.

— Hablad, dijeron todos á una.

— Si veis salir á alguien lo detendreis en nombre del rey, y si por casualidad fuese un moro llamado Haffiz, mandarlo al otro mundo para que el diablo se divierta con su alma.

Los encubiertos hicieron un movimiento que el escudero del rey supo darle su verdadero significado, porque les dijo en seguida, al parecer lleno de sorpresa:

— Qué, rehusais matar, bellacos?

El círculo guardó silencio.

— Por Cristo, que os creí hombres de mas valor... vergüenza me da hasta de oiros y ver que no os atreveis con un perro descreido, enemigo de S. A. y el mas solemne bribon que come pan. — No sabeis que es casi un mérito para los ojos de Dios quitar de en medio á esa raza de descreidos que se burlan de él y de su sacrosanta religion?

— Teneis razon, dijo el mismo de antes, al parecer gefe de aquella turba, que si habia puesto reparo en matar á Haffiz,

no era por escrúpulos de conciencia, sino porque no sabia el precio que se señalaba al que mas pronto le hiciera exhalar el último suspiro.

— Pues entonces á qué vienen esos escrúpulos y?...

— Ya todo ha pasado... decidnos el precio, y es cosa hecha.

— Por la cabeza del moro Haffiz se dan treinta maravedises de plata y algunos cornados mas para echar un trago sin desmembrar el capital. — Os agrada la proposicion?

— El moro Haffiz morirá esta noche si la casualidad ó el diablo lo pone en nuestras manos, contestó el principal de aquella turba de borrachos y asesinos.

— Bravo! exclamó el escudero; ya los conozco, mis queridos compañeros, ya veo en vosotros á los valientes campeones...

— Silencio! dijeron todos.

— Silencio... y por qué?

— Porque hemos visto una sombra atravesar la galería.

— Perded cuidado, que no es nada... me consta y puedo asegurar que esa sombra es amiga.

Con efecto, Rui-Peró sabia que el rey don Pedro estaba por las inmediaciones observando cuanto pasaba.

— En ese caso seguid.

— Nada, señores, os iba á decir que ya os creía dignos de vosotros mismos. — Pero puesto que estais enterados, y que la noche se pasa que es una maravilla, demos principio á la obra cuanto antes. — Dos de los mas atentos que me sigan y los demas que se queden aqui, no solo para guardarnos las espaldas, sino para cazar al moro si trata de escaparse. — Y al decir, compañeros, que me sigan dos de los mas atentos, no lo digo por decir, sino porque como hay que andar con una dama, se necesita cierta delicadeza y atencion para cogerla y conducirla á las habitaciones de S. A.

Y el charlatan de Rui-Peró se acercó á la puerta seguido de dos embozados que se creyeron á propósito para desem-

peñar tan delicada mision. El escudero temia encontrar la puerta cerrada, porque la doncella de Maria de Padilla se hubiese arrepentido; pero afortunadamente no era asi. Al mas pequeño empuje cedió la maciza puerta, y Rui-Peró y sus dos acompañantes penetraron en el departamento, cuya galería de entrada estaba alumbrada por la pálida luz de una lámpara de cristal que pendia del techo. El mayor silencio reinaba en el interior, y por lo mismo el escudero y su gente comenzaron á andar con el mayor cuidado con direccion á la puerta que habia á la izquierda de la pequeña galería. Tambien se hallaba entornada, como asimismo la que daba entrada á la elegante y reducida habitacion donde por lo regular estaba Zelima. Rui-Peró se volvió á su gente y les dijo con voz apenas imperceptible:

— Esta debe ser la estancia que ocupa la jóven á quien buscamos... silencio y aguardarme aqui, que voy á entrar para esplorar el terreno y ver si me he engañado ó no.

En seguida penetró en la estancia parándose á cierta distancia de la puerta, y merced á otra lámpara manuable que habia sobre una mesa, de luz incierta y caprichosa, pudo con mil trabajos recorrer con ojos ávidos cuanto contenia la pequeña vivienda. En ella no vió mas que los ricos y elegantes muebles que la adornaban. Pero en uno de los frentes se descubria una puerta medio oculta con una cortina de rica tela de seda, y Rui-Peró comprendió que aquella puerta daría al dormitorio donde estaria Zelima durmiendo tranquila y sosogada, muy agena de cuanto en su derredor pasaba. El escudero del rey se llegó á la mesa y cogió la lámpara. Despues se dirigió resueltamente á la puerta, y descorriendo con sumo cuidado la floreada cortina, penetró en el dormitorio de Zelima, cuyo precioso lecho vestido de blanco estaba completamente desierto.

Rui-Peró dejó caer la cortina, y despues de colocar la lámpara en el mismo sitio en que estaba, dijo con voz lastimosa y casi para sus adentros:

— Maldicion! no está aquí... á Dios deseada espuela... á Dios halagüeñas esperanzas!

Y se dirigió á la puerta triste y desconsolado porque no habia encontrado lo que buscaba. Mas apenas puso uno de sus pies en el dintel, cuando oyó un suspiro de muger lanzado trabajosamente. Rui-Pero se volvió sorprendido y miró de nuevo todos los rincones y muebles de la estancia. Las facciones del escudero brillaron de alegría de pronto, y en sus labios se vió pintada la sonrisa de la satisfaccion y el contento. La causa de todo lo explica una muger que Rui-Pero vió recostada en una banqueta, y al parecer profundamente dormida. El hallazgo no podia ser mejor: en ella encontró el escudero del rey lo que habia buscado con tanto afan momentos antes.

El cómplice salió de la estancia y dió un pequeño silbido para que acudiesen los que le esperaban allí cerca ansiosos de saber el resultado de su larga investigacion. Estos llegaron al momento y se acercaron á Rui-Pero con deseos de saber lo que ocurriese.

— Señores, dijo el escudero en voz baja, alegraos, que la oveja está próxima á caer en el redil.

— Habeis hallado á la jóven?

— Sí, compañeros, la he hallado cuando ya me marchaba desesperado porque nada habia visto en mi primera y minuciosa revista. Cáspita! y si no le da la gana de suspirar me salgo de la vivienda muy satisfecho de que no estaba allí. Pero quiso Dios ó el diablo que lanzase un suspiro que me sirviera de aviso y me hiciera caer de mi error, y entonces fue cuando vi á la jóven recostada en una banqueta, y al parecer sin dar señales de vida. — Buena la hubiera hecho si me salgo sin descubrirla! exclamó el escudero reflexionando lo que padecería si se hubiese presentado al rey sin la mora Zelima, causa de sus desvelos é inquietudes. — Pero afortunadamente ya no hay nada que temer, señores; la hija del falso Profeta estará en nuestros brazos dentro de un mo-

mento, y despues en los del rey don Pedro, que creo la ama con delirante pasion.

— Y decidnos, dijeron los compañeros de Rui-Pero con alguna curiosidad, esa jóven mora que hemos de arrancar de su lecho, duerme ó está despierta?

— Hasta en eso nos ayuda la suerte, compañeros, porque al parecer está dormida como un tronco.

— Os hemos hecho esta pregunta, porque si estaba despierta debiamos cubrirnos ú ocultarnos el rostro.

— Medida prudente es esa que debemos aceptar, porque se despertará como es natural cuando sienta que pása de sus mullidos almohadones de terciopelo á nuestros duros brazos.

— Justamente.

— Pues, señores, el tiempo se pasa y debemos poner manos á la obra... no sea tambien que nos acuse el impaciente don Pedro de morosos.

— Sí, sí, manos á la obra, dijeron los otros con singular alegría.

— Silencio, señores, que estamos en terreno vedado y podriamos ser oidos y descubiertos, que sería la mayor de todas las calamidades. — Pero con la conversacion me se ha olvidado preguntaros si mientras yo he estado registrando la habitacion de Zelima, habeis visto algo que pueda alarmarnos por esas galerías y habitaciones.

— Nada absolutamente.

— Con que todo ha permanecido en silencio?

— Todo.

— Y no han pedido socorro nuestros compañeros los de afuera?

— Tampoco.

— Esto es magnífico: el diablo, que protege todas las acciones malas que se cometen en este mundo, debe prestar-nos esta noche la mas pronta y eficaz ayuda... todo nos sale á pedir de boca; verdad, compañeros?

— Cierito, contestaron estos dando señales de impaciencia.

Pero el charlatan de Rui-Peró, que preferia un rato de agradable y entretenida conversacion á cuantas espuelas de oro pudieran darle, en vez de hacer caso de las señales de impaciencia que sus dignos compañeros daban, les dijo, no sin darse toda la importancia posible:

—Comision difícil y árdua es esta que he recibido de S. A.; pero bien desempeñada gracias al tino y cuidado con que me he dirigido.

—No canteis victoria todavía.

—Callad por Dios! la presa está tan cogida como yo soy Rui-Peró.

—Y si al cogerla comienza á dar voces, acude gente, tropa tal vez en mayor número que nosotros, y nos hacen correr mohinos y cabizbajos?

—Y qué? aunque tal desgracia nos sucediera, seriais tan cobardes que huiriais sin escarmentar á los tunos que saliesen á los gritos de la jóven?

—Segun se pudiese la situacion.

—Vamos, escusado es hablar de una cosa que puedo aseguraros no sucederá.

—Lo asegurais?

—Sí, compañeros.

—Y de qué modo?

—De un modo muy sencillo: antes de nada, estando todavía en el lecho, le tapo la boca con un pañuelo, con un pico de mi larga y cumplida capa, ó con lo primero que encuentre á mano. —Que grite despues, señores, que yo os juro que escasamente le oiremos nosotros, á pesar de estar tan cerca de ella.

—Siendo asi no hay cuidado.

—Os parece buena la idea?

—Magnífica.

—Lo que yo siento es no encontrar á ese maldito moro...

—Mirad, objetó uno de los cómplices, que se va pasando el tiempo, y que á mi modo de ver nos detenemos demasiado.

Pero Rui-Peró, sin hacerle caso, dijo en seguida:

— No lo habeis visto?

— A quién?

— Al moro Haffiz.

— No hemos visto á nadie.

— Siento no encontrarlo, porque nos valdria mucho dinero... mas valiera que nos dedicásemos un rato á buscarlo á ver si lo encontramos oculto en algun escondrijo.

— Mirad que el tiempo corre, y que nos vamos á quedar sin el moro y sin la mora. Nuestro parecer es que evacuemos cuanto antes el principal asunto de nuestro cometido.

— Y cuál es el principal asunto de nuestro cometido?

— El rapto de la mora.

— Teneis razon; pues empecemos por él, señores.

Y el escudero se dirigió, seguido de sus compañeros, á la habitacion donde tan tranquila y profundamente dormia la bella amante del moro Haffiz. Antes de penetrar en ella se volvió Rui-Peró á sus dignos camaradas y les dijo en voz tan baja que casi les costó trabajo oirlo:

— Permanezcan ustedes aqui en la puerta, en tanto que yo entro con cuidado y la examino para ver si está tan profundamente dormida como parece. Despues os haré una señal con la mano y penetrareis sin hacer ruido hasta donde yo esté, que será cerca de ella. — Me habeis comprendido?

— Perfectísimamente.

— En ese caso manos á la obra.

Y Rui-Peró penetró en la estancia con aire resuelto, se llegó á la mesa, cogió la lámpara, que aun ardía, y se fue derecho á la banqueta donde tan sosegadamente reposaba la jóven. Un velo blanco la cubria el rostro; su postura era voluptuosa y negligente, sus cabellos caían esparcidos por su pecho y hombros, sus párpados estaban herméticamente unidos, sus labios querian dibujar una sonrisa, y sus blancas manos, la una descansaba sobre su corazon, cuyos latidos eran iguales y acompasados, y la otra caía hasta tocar la alfombra que ocul-

taba los mosaicos blancos y azules del pavimento. Cosa rara y que absolutamente no advirtió Rui-Peró: la mora se había despojado de su traje oriental, y vestía una larga túnica, de color claro como las que usaban las cristianas, enteramente despojada de adornos y pieles. El escudero del rey acercó la lámpara al rostro de la jóven para ver si dormía realmente; pero cuando vió tanta hermosura, exclamó medio sorprendido y atónito:

— Oh! qué hermosa es!... ya no extraño que don Pedro esté tan locamente enamorado de ella, y que haya olvidado á María de Padilla por deidad tan hechicera. Lástima me inspira en este momento esa infeliz! si supiera lo que le aguarda no dormiría con tanta tranquilidad y sosiego... pobre paloma próxima á caer en poder del gavilan!... eres tan hermosa, que casi, casi... estoy por librarte del peligro que tan de cerca te amenaza... diré á los compañeros que era una ilusión mia, que me he engañado... pero no, me estan observando... y sobre todo, si te dejo pierdo la espuela de oro que me ha sido ofrecida, y yo quiero ser caballero á toda costa!...

Y antes que otro buen pensamiento viniese á acallar este último innoble y mezquino, se dirigió á la puerta del elegante gabinete y dijo en voz baja:

— Compañerós, la hora ha llegado.

En un momento se vió en la estancia á los tres raptos, incluyendo á Rui-Peró, que se acercó á la jóven, y sin mas ceremonia rodeó con sus brazos su delgada y flexible cintura, y la levantó de la ancha banqueta tan cómoda como el mas mullido lecho. La amante de Haffiz abrió entonces los ojos y miró á todas partes con asombro y sorpresa; pero al verse rodeada de embozados al parecer de tan mala catadura, lanzó un suspiro que fue ahogado por una de las manos del ambicioso escudero, y cerró los ojos, quedando sumergida en profundo desmayo. Rui-Peró entonces la cogió lo mejor que pudo, la ocultó con el embozo de su capa y salió de la vivienda, ordenando á uno de sus compañeros que apagase la

lámpara y los siguiese despues. El escudero fue obedecido al instante por uno de aquellos aventureros tan dignos como él.

Pesada era la carga que llevaba Rui-Pero debajo de su no muy fina capa; pero á pesar de eso traspuso en un instante el terreno que le separaba de sus otros compañeros: llegando adonde estos estaban, y apoyando una de sus piernas en un asiento de piedra para que la desmayada jóven descansase sobre ella, dijo á sus amigos:

—Ha ocurrido algo, señores?

—Nada absolutamente.

—Y el moro?

—Ni ha salido, ni hemos sabido una palabra de él.

—Maldicion! el encargo del rey se ha hecho á medias... pero en marcha, señores, cerrad la puerta, es decir, dejadla como la encontramos, y cada mochuelo se puede retirar á su olivo.

—Y la paga?

—Mañana se repartirá, bellacos, contestó el escudero echando á andar con direccion á las habitaciones de don Pedro.

Aquella turba se diseminó bien pronto, quedando desierta á poco la galería.

Rui-Pero llegó al cabo al departamento del rey, y despues de pasar por uno y otro salon todos desiertos, llegó al pequeño gabinete donde le dijo el rey que dejase su preciosa carga, el cual estaba alumbrado tan escasamente, que apenas podrian distinguirse las facciones de los que en ella estuviesen. Todo estaba dispuesto por don Pedro; en aquella estancia iba á cometerse un crimen, y convenia que la luz pálida y opaca de la lámpara convidase á perpetrarlo. El escudero depositó á la jóven cuidadosamente en una de las banquetas que habia, y despues salió del oscuro y tenebroso gabinete cerrando tras sí la puerta que daba al gran salon. Un hombre se le apareció de pronto. Este hombre era el rey don Pedro, que le dijo con la mayor alegría:

— Bien, Rui-Pero, te has portado dignamente... has correspondido en un todo á mis deseos. — Magnífico, la recompensa será tan grande como grande es el servicio que me has hecho.

— Señor...

— Sí, sí, te recompensaré grandemente, porque lo mereces y eres digno de ello.

— V. A. hará lo que guste... pero sentiria que hubiéseis creído que yo he hecho este pequeño servicio en cambio de recompensa alguna... nada, señor, lo que yo he hecho ha sido obedecer y cumplir como debo una orden de mi rey y señor. — V. A. manda, y sus súbditos y servidores tienen que obedecerle. — Aunque nada me hubiéseis ofrecido, de la misma manera que lo he hecho hubiéralo desempeñado, señor.

— Lo sé, Rui-Pero; pero deber mio es tambien recompensar dignamente á aquellos fieles servidores que como tú me prestan servicios tan grandes é importantes. Y es el tuyo de tal magnitud, que lo aprecio mas que si me hubieses conquistado una ciudad.

— Sois demasiado bueno y generoso.

— Créelo, Rui-Pero, mas quiero la posesion de esa belleza, que la de una de las mejores ciudades del reino de Granada... y por lo tanto, pide lo que quieras, que todo te será concedido.

— En ese caso, ya sabeis lo que deseo, señor.

— Que te haga caballero?

— Justamente.

— Pues lo serás muy en breve.

— Gracias, magnánimo rey, gracias, contestó el escudero inclinándose con el mayor respeto.

— Y qué mas deseas?

— Señor...

— Habla sin cuidado: — qué mas quieres?

— Dinero para pagar á los que me han acompañado.

— Es muy justo: — vé de mi parte mañana á mi tesorero Samuel Levi el judío, y dile que te entregue cien marcos de plata.

— Oh! señor, esa es una fortuna...

— Con esa cantidad pagas á tus acompañantes, y con el resto te pagas tú.

— Gracias, generoso rey.

— Por qué?

— Por tanto favor como os dignais hacer á este vuestro súbdito, menos aun, á este vuestro criado.

— Te engañas, Rui-Pero; yo no te hago favor ninguno, lo que sí hago es pagarte segun mis fuerzas el gran servicio que acabas de hacermé, y júrote por quien soy que quisiera darte mas en premio de tu servicio; pero mis arcas estan vacías y vacíos mis bolsillos.

— Darne mas! qué decís, señor? observad que me habeis dado una fortuna, y que ademas me habeis concedido la espuela de oro.

— No le hace, Rui-Pero, poco me parece aun.

— Poco! vamos, señor, veo que sois escesivamente generoso.

— Sí, me parece poco, porque el servicio que me has hecho es tan grande, lo estimo en tanto, que puedo asegurar-te bajo mi real palabra, que ni la conquista de un pueblo, ni la toma del mejor castillo que tienen los moros, me hubiese causado tanto placer y contento. — Si tú comprendieras, Rui-Pero, lo que vale á mis ojos tu servicio, de seguro no te creerias tan bien recompensado como te figuras.

— Señor, la recompensa la creo buena, magnífica siempre... contento estoy con ella, y contento estaria tambien si V. A. nada me hubiese dado... pero mayor es aun mi placer al veros tan alegre y feliz.

— Sí, tienes razon, alegre y feliz, porque la posesion de esa beldad era para mí la mayor felicidad.

— Beldad, y beldad hechicera, divina! al descubrirla, se-

ñor, no pude menos de hacer una exclamacion de sorpresa al ver reunida en su bello rostro tanta hermosura, gracia y seductor encanto. A V. A. como lo dice —

Las facciones de don Pedro se animaron de pronto; sus ojos brillaron como dos relucientes luceros en noche de primavera, y en sus labios se vió pintada una sonrisa placentera, sonrisa que revelaba cuanto pasaba en su corazon, henchido de mil gratas y halagüeñas esperanzas. Despues miró á su nuevo confidente y le dijo: me ven cerca de ella, que el rey con —

— Tienes razon, Rui-Pero, beldad divina, hermosura sin igual, digna de ser amada por un rey como yo... Y ahora que hablamos de esto, cuéntame todo lo que has visto y te haya sucedido en la reciente expedicion. — Si, si, es verdad, —

— Nada de particular he visto, ni nada me ha sucedido que digno de contar sea. La puerta estaba abierta segun lo pactado con la doncella de María de Padilla, y abiertas todas las que conducian á la habitacion de Zelima. — Nada vi, señores, —

— Cosa rara! y no te encontrastes á nadie? —

— A nadie absolutamente. — En seguida penetré en la estancia de la mora y la vi, merced á la luz de cierta lámpara que habia encendida, dormir tranquila y sosegadamente no en su lecho virginal, vestido de blanco, sino en un diván de terciopelo de los que adornaban la pequeña pero elegante habitacion. me hace falta; pero si Zelima llega á amarme, si —

— Y el moro? —

— No lo vi. —

— Me causa estrañeza todo eso, Rui-Pero... cómo es que el desconfiado y celoso Haffiz habia abandonado la custodia de su amante? —

— No podré decir á V. A.; lo que sí es cierto que no le pude hallar por ninguna parte. — De buena se ha librado... no parece sino que Dios ó el diablo le avisaron el peligro que le amenazaba. —

— No lo sé; contestó el rey encogiéndose de hombros; no puedo comprender lo que me has dicho... pero en fin, tú vis-

te á Zelima, te aprovechastes de su sueño y la condujistes aqui, es cierto?

— Exactamente igual á como lo dice V. A.

— Y no se despertó cuando pasó del divan á tus brazos?

— Sí, señor, se despertó de pronto, miró á todas partes con sorpresa, me miró á mí despues, lanzó un grito y quedó desmayada en mis brazos.

— Mayor le dará aun cuando vuelva de su desmayo y me vea cerca de ella, dijo el rey con diabólica y feroz sonrisa.

— Entonces la oculté con mi capa, continuó Rui-Peró, y la conduje aqui como habeis visto.

— Sí, sí, es verdad, repuso el rey restregándose las manos de alegría. — Pero dime, valiente y entendido escudero, no oistes ruido ni vistes señales como de estar en acecho en las habitaciones de María de Padilla?

— Nada vi, señor; todo estaba en el mas profundo silencio.

— Bien; nada ha sabido la sevillana, ni nada sabe... María de Padilla me recibirá mañana con la amabilidad que acostumbra.

— Luego tambien amais á María?

— La amo... y... no lo sé, Rui-Peró, María es muger que me hace falta; pero si Zelima llega á amarme, si consigo hacerme querer de ella, oh! entonces no sé lo que será de esa pobre muger.

— La abandonareis?

Don Pedro palideció al escuchar á su confidente; miró á todas partes con recelo y desconfianza, y al fin se atrevió á decir, aunque con algun pesar y sentimiento:

— Sí, la abandonaria por Zelima.

En el gabinete donde esta estaba se oyó un prolongado y lastimoso quejido, que oyó don Pedro con extraordinaria alegría.

— Señor, habeis oido? dijo Rui-Peró en voz baja.

— Sí, amigo mio, he oido suspirar á mi hermosa prisionera, y eso me prueba que ha vuelto de su desmayo.

— En ese caso...

— Qué?

— Dejo á V. A.

— Bien, Rui-Pero, bien, has adivinado mi pensamiento... sí, déjame solo ahora, porque no se puede perder el tiempo. — Retírate á descansar y hasta mañana.

— V. A. dé felice cima á sus deseos.

— Mi alteza procurará no desperdiciar el tiempo.

— Señor, Dios os guarde, repuso el escudero inclinandose.

— Y á tí tambien, Rui-Pero... y ya sabes... á Samuel Levi que te dé cien marcos de plata para que mañana mismo dejes pagada á la gente... es necesario tenerlos contentos por si necesitamos otra vez recurrir á ellos.

— Está bien, magnánimo señor. — Tiene V. A. alguna otra cosa que mandarme?

— Nada.

Rui-Pero volvió á hacer otra reverencia y despues se perdió en la oscuridad. Entonces don Pedro se dirigió á la puerta por donde habia desaparecido su escudero y confidente, y despues de cerrarla con toda seguridad apagó la luz que ardía sobre una mesa, abrió la puerta del gabinete y penetró en él, volviéndola á cerrar por dentro.

Como dijimos mas arriba la luz que alumbraba el gabinete-prision de Zelima era tan escasa y opaca, que apenas se distinguian los objetos. Pero á pesar de tan poca claridad distinguió don Pedro á su víctima en el mismo divan donde la dejara Rui-Pero. El rey se acercó á la jóven con paso tardío y cauteloso; pero su precaucion fue inútil, porque la jóven habia vuelto de su desmayo, y al ver acercarse á aquella sombra dió un grito de espanto y corrió á refugiarse á uno de los oscuros rincones del pequeño gabinete. Don Pedro se acercó mas y le dijo tendiendo hácia ella los brazos:

—Zelima!...

La jóven guardó silencio.

—Zelima hermosa, volvió á decir el rey con el mismo tono de súplica; —ten piedad de mí... yo te amo con delirante pasion!... oh! piedad, piedad, hermosa hija del oriente, piedad para este desgraciado que no puede comprender le odies tanto cuando él te ama con amor tan grande y verdadero. —Zelima, ámame, yo te lo ruego, te lo suplico de rodillas; ten lástima de mí... apaga este volcan espantoso que arde en mi pecho y... pide despues lo que mas desees, aunque sean imposibles, que yo me apresuraré á complacer-te. —Quieres el reino de tu padre con su hermosa y alegre Algeciras bañada por las inquietas y enconadas aguas del estrecho? pues te lo cedo ahora mismo, hermosa deidad: —quieres ser la primer dama de mi corte y eclipsar con tu lujo y ricos adornos á todas las demas mugeres que hay en ella? pues tendrás tantas riquezas, que tus hermosos y negros cabellos estarán salpicados de abultadas perlas, de claros y brillantes diamantes tus vestidos de seda y de brocado, y á tu cuello, pies y brazos, le adornarán magníficos brazaletes de oro y aljofar con adornos de rubíes y esmeraldas:—quieres asentarte conmigo en la silla de Witiza y de Pelayo, y recibir la venia de todos mis cortesanos? pues mañana mismo ceñirá nuestras sienes la hermosa corona del himeneo; pero antes de todo, ahora mismo, aqui en este gabinete, quiero oir de tu boca que me amas, necesito recibir tus caricias y... convencerme de que tu amor no es un dicho, sino realidad y pura realidad. — Qué contestas, hermosa Zelima?

La mora guardó silencio tambien esta vez.

— Oh! no seas cruel, Zelima; contesta, ten piedad y di, por Dios, á este infeliz que le amas tanto como él á ti, que si arde en su pecho una llama de fuego voraz, mayor es aun la que arde en el tuyo, y que si no puede vivir sin tu amor, tú tampoco podrias vivir sin el suyo.

La amante de Haffiz lanzó un suspiro que el rey interpretó favorablemente, pues le dijo lleno de júbilo:

— Me amas, Zelima?

— No, que os aborrezco, rey de Castilla, contestó la jóven con tono acre y simulada indignacion.

— Me aborreceis? dijo el rey con rabia é ironía á un tiempo.

— Sí, os aborrezco, os odio, como se puede odiar al enemigo tentador de nuestras almas. Os odio porque sois un infame, un mal caballero, un hombre con instintos de fiera, y un miserable que os valeis de medios indecentes é indecorosos para conseguir vuestros deseos tan irracionales como los del tigre. — Os aborrezco de un modo que me causais horror como pudiera suceder con un monstruo ó una fiera, y al mismo tiempo me inspirais lástima y compasion. — Ya habeis oido mi contestacion, indigno rey de Castilla; no esperéis seducirme con esas brillantes promesas que siempre he despreciado, no esperéis que os ame aunque me ofrecierais todos los reinos y paises que el mundo contiene; al contrario, todos vuestros ofrecimientos me causan tanto desprecio como odio la persona que me los hace.

— Con que me despreciais?

— Sí.

— Y no me amareis?

— Nunca!

— Y tampoco accedereis de buen grado á mis deseos?

— Primero me hago pedazos contra las paredes de esta estancia que acceder á semejante peticion... oh! qué horror!

— Pues bien, sereis mia á la fuerza, dijo el rey con la mayor sangre fria.

— No lo esperéis.

— A la fuerza he dicho, infeliz...

— De ningun modo seré vuestra, lo oís?

— Me dais lástima, desgraciada!

— Lástima... y de qué?

— Porque os veo muy valiente y arrogante, sin acordaros de que estais en mi poder, y de que sereis mia á la hora que yo quiera!

— Vuestra... nunca, nunca... os engañais!

— Desgraciada! creéis acaso que estais hoy tambien en el jardin, y qué saldrá vuestro amante por entre el follage como la otra vez para libraros?... oh! pues engañada estais, Zelima, porque ni estais en el jardin, ni vuestro amante podrá libraros esta vez.

— Sí, ya sé que no estoy en el jardin, ya sé que habeis sido tan infame que me habeis arrancado de mi lecho para conducirme á este calabozo ó prision, donde pienso morir antes que ser vuestra... ya sé tambien que Haffiz no podrá salvarme, porque el desgraciado ignora esta nueva desgracia... pero temedlo, señor, temed al hijo del Arraez de Málaga, porque cuando mas descuidado esteis hundirá su agudo puñal en vuestro pecho para vengar á su amante.

— Valiente jóven, que mata á traicion! dijo don Pedro con ironía.

— Al malvado como vos asi se le castiga... contestó la jóven con aire de desprecio.

— Con que vos lo aprobais?

— Lo apruebo y lo autorizo, don Pedro, no porque quiera ser vengada en el caso de morir por vuestra causa, nada de eso, señor... lo hago únicamente por librar á este desgraciado pais del monstruo horrible y espantoso que la fatalidad ha colocado en el trono para que sea su verdugo y el tirano opresor, en vez de ser padre cariñoso y solícito.

— Bien, magnífico... sois toda una heroína... pero siento mucho deciros, hermosa Judit, que vuestro amante no es el destinado á dar el golpe que vos tanto deseais.

— Y por qué?

— Por una razon muy sencilla.

— Quiero saberla.

— Hola! os veo tan altanera y arrogante, que dudo mu-

cho, á no saberlo de positivo, seais aquella Zelima tan cándida é inocente. Sin embargo, os voy á complacer diciéndoos que Haffiz no dará el golpe que vos habeis aprobado y autorizado, porque el infeliz no tiene accion para moverse.

— No os comprendo... dijo la jóven tartamudeando de temor.

— Pues, vive Dios, señora, que bien claro hablo!... pero sino lo habeis entendido de ese modo, os lo diré de otro mas claro... es el caso que vuestro amante no dará ese magnífico golpe que deseais, porque su alma á no dudarlo debe estar á estas horas haciendo compañía á Satanás.

— Oh!

— Debe estar haciendo compañía á Satanás, porque el alma de un perro descreido como él no entra en el reino de los cielos, repuso el rey con sarcástica y terrible ironía.

— Y la vuestra entrará en esa mansion, hombre perverso y corrompido?

— No lo sé... lo que sí puedo aseguraros es que la suya estará á estas horas en los infiernos, padeciendo los horribles dolores del condenado.

— Mentís, rey de Castilla, mentís como un miserable!

— Eso creis?

— Sí, eso creo... Haffiz no ha muerto, no porque vos no le hayais buscado para asesinarle, sino porque yo lo he salvado.

— Vos! y quién sois vos para salvarlo cuando tanto necesitais ahora un libertador?

— Soy... ya lo sabeis, Zelima.

— Zelima valiente y arrogante, que lo mismo será mia que si siguiese tímida y asustadiza.

— Ya os he dicho que no seré vuestra.

— A la fuerza no?

— No.

— Hola! os entregais á mí de buen grado?

— Tampoco.

— Me amareis?

—No, que os aborrezco, porque sois un infame, un mal caballero, asesino, cruel, sanguinario y cobarde como todos los miserables! —Os aborrezco, porque para vos no hay nada santo ni digno de consideracion... os aborrezco, porque en vuestro pecho no puede caber una afeccion verdadera ni un sentimiento noble y desinteresado... os aborrezco, porque sois perjuro, desleal y voltario como la muger coqueta... os odio, porque sois un infame que jurais y ofreceis á la muger que tiene la desgracia de oiros, y asi que lograis vuestros lúbricos y desenfrenados deseos las dejais abandonadas y os reis de su credulidad, cuando solo vos sois el infame y el que os deshonorais con acciones tan viles y feas.— Y por último, os aborrezco, porque sois el hombre mas malo y perverso de cuantos han cubierto los cielos.

—Os oigo sin interrumpiros porque os oigo con lástima, pobrecilla! seguid, seguid insultándome, seguid prodigándome esos epítetos, que vos ireis sin saberlo empeorando vuestra causa.

—Poco ó nada me importa.

—Os importará cuando sepais que en esta misma noche habeis de ser mia, lo oís, infeliz? mia hasta que quede satisfecho... dijo don Pedro con los ojos desencajados de cólera, los labios trémulos y amoratados, y todo él en una situacion difícil de pintar.

—No lo esperéis, contestó la jóven con una seguridad que pasmaba al rey.

—Sí, lo espero... serás mia y despues pasarás á poder del verdugo, que te hará padecer fisicamente lo que tú á mí con tu tenaz resistencia, tus insultantes palabras y tus necias amenazas... Sí, porque ya no solo necesito poseerte, sino que quiero verte padecer y sufrir... quiero verte llorar y gemir; tender hácia mí tus brazos flacos y descarnados pidiendo misericordia y gozarme en tu dolor, ya que tú te has gozado tanto tiempo en el mio.

—Monstruo!

— Sí, monstruo... llámame lo que quieras; pero yo necesito todo eso, porque ya no te amo, no; te aborrezco y quiero vengarme de ti poseyéndote primero y luego haciéndote padecer tormento sobre tormento hasta que espieres porque te falten las fuerzas para sufrir tanto. — Oh! cuánto gozaré oyéndote suspirar... oyendo el crujir de tus huesos y viéndote desfallecer de dolor! Cuánto gozaré cuando me digas, instigada por los dolores del martirio: — *«Perdon, rey de Castilla, perdon! seré vuestra, si, os amaré tanto como deseis; pero no hacerme padecer tanto!»* Y yo entre tanto me burlaré de ti y te volveré la espalda riéndome de tus palabras. Para qué quiero yo tu amor, si ya no te amo? para qué tu ofrecimiento, si has sido mía antes de pasar al verdugo?

— Yo sí que os oigo y me río, don Pedro.

— Tú reirte, infeliz!

— Sí.

— Tú reirte, cuando te tengo en mi poder tan segura que no habrá poder en la tierra que arrancarte pueda de aquí! Tú reirte, cuando no tienes mas remedio que sucumbir y ser mía... tan luego como haya espirado la opaca luz de esa lámpara, que ya comienza á chisporrotear por falta de vida? Oh! yo creo que deliras, pobre Zelima!... el dolor de verte en mi poder debe haber embargado tus sentidos, trastornado tus ideas y figurádotte, en medio de tanto delirar, que eres fuerte y poderosa, cuando mas abatida y amilanada debias de estar. Abre los ojos, Zelima, y mira por un momento cuanto te rodea: mira esas paredes fuertes y gruesas como los muros de una fortaleza por donde no podrán pasar tus gritos; mira esas puertas forradas de hierro para que tus esfuerzos sean inútiles si quieres escaparte; contempla la luz de esa lámpara, y ella te dirá la alegría que noche y día reinará aquí: mírame á mí, por último, y te convencerás de que no es ilusion de tu mente lo que te sucede, sino realidad y pura realidad.

— Convencida estoy de que no es ilusion cuanto me pasa, sino realidad y pura realidad como habeis dicho; pero plenamente convencida estoy tambien de que no seré vuestra.

— Y cómo lo evitarás, desgraciada?

— Sepultándome en el pecho esta daga que veis en mi mano, tan luego como á mí os acerqueis.

Dijo, y al mismo tiempo se vió relucir en su diestra la brillante hoja de un puñal.

Don Pedro dió un paso atrás sorprendido, y exclamó con suplicante acento:

— Zelima!... guarda ese acero, yo te lo suplico.

— No, este arma me servirá de defensa, y si vos podeis mas que yo pondrá fin á mis dias. — Primero la muerte que la deshonra!

— Oh! no, no; eres demasiado hermosa para morir tan pronto... vive, Zelima, vive, que yo te prometo no volver á molestarte.

— Qué decís? dijo la jóven no pudiendo disimular la alegría que experimentaba desde que habia escuchado las últimas palabras del rey.

— Que arrojeis ese puñal, hermosa Zelima.

— Nunca!

— Oh! sí, arrojadlo y vivid, que yo os juro no volver á molestaros... vive, hermosa Zelima, que yo te juro no volver á incomodarte... mas, angel mio, te doy mi palabra real de que no me verás mas si así lo deseas.

— Y me dareis libertad?

Don Pedro reflexionó un momento antes de contestar á la última pregunta de la amante de Haffiz. Bueno será advertir al lector para su inteligencia, que antes de ofrecer don Pedro á Zelima que no volveria á molestarla, si arrojaba lejos de sí el puñal, pasó por la mente del rey una idea magnífica, idea que no solo podria tranquilizar á la mora y podria cumplirle lo que la ofrecia, sino que él lograba sus deseos, aunque tenia que aplazarlos para mas tarde. Pero si por el

contrario, Zelima era tan crédula que haciendo caso del rey le entregaba el arma, entonces don Pedro conseguiria sus deseos á la fuerza, seguro de que no habia mas estorbo para ello que la débil fuerza que opusiese la jóven. Por otro lado, como el rey no queria desistir de su propósito, habia pensado, en el caso de que Zelima no admitiese su proposicion, abandonarla aquella noche como cosa imposible, y conseguir su objeto privándola con alguna bebida de los sentidos, aunque se difiriese dos ó tres dias mas. El objeto de don Pedro era poseerla á toda costa y vengarse de ese modo, aunque para ello tuviese necesidad de emplear cualquier medio. Pero la suerte ó la casualidad lo dispuso de otro modo, como tendremos lugar de ver mas adelante.

Viendo Zelima que don Pedro tardaba en contestar á su pregunta, volvió con el mayor interés:

— Y me dareis libertad?

— Sí, contestó don Pedro ofreciendo una cosa que no habia de cumplir.

— Ahora mismo?

— No; la noche está muy avanzada y no es oportuno, pero mañana volveréis á vuestro pabellon del jardin.

— Será cierto? oh! decid que sí, señor, dígalo yo de nuevo...

— Sí, cierto; pero en cambio quiero ese puñal.

— Oh! no, imposible.

— Imposible? pues entonces no hay nada de lo dicho.

— Ya sabia yo que no lo habíais de hacer.

— Lo sabíais.

— Sí.

— Y cómo?

— Porque os conozco asaz bien, y era esa una accion demasiado buena y generosa para que vos la hiciéseis.

— Y estoy en hacerla todavía si me entregais vuestro puñal.

— El puñal no saldrá de mi poder mientras yo viva.

— Os doy mi real palabra de cumpliros lo ofrecido.

— Garantía es esa que no me satisface, porque vuestra palabra no la cumplís la mayor parte de las veces.

— Pues bien; si no os satisface, juraré por todo lo que yo mas quiera y estime en este mundo.

— Bien; veamos.

— Juro por mi madre, por la memoria de don Alonso, y por mi honor y honra; estais satisfecha?

— No, porque el hombre que aborrece á la primera, que ha infamado la memoria del segundo, y que no le ha contenido el honor para cometer ciertas acciones, no puede cumplir un juramento basado en estas tres cosas.

Don Pedro se sonrió mas de rabia que de otra cosa, y repuso con aire al parecer agradable:

— Pues qué quereis?

— Entregaros el puñal cuando ya esté en mi habitación.

— Bien; haced lo que gustéis, sois libre desde ahora, aunque hasta mañana no saldreis de aqui.

— Me engañais?

— No, contestó don Pedro haciendo cierto gesto que la jóven no pudo ver por la falta de luz.

— Jurádmelo por Dios, y que os confunda si no lo cumplís.

— Os lo juro.

— Y por María de Padilla, única muger á quien amais de veras, segun le habeis dicho.

— A qué quereis que jure por ella, si no la amo?

— Luego la habeis engañado?

— Sí, la he engañado.

— Y pensais abandonarla despues de haberla seducido, despues de haberla hecho desgraciada para siempre?

— Sí, Zelima, tu hermosura me ha hecho olvidar la de María, y me cansan sus caricias sin haber recibido las tuyas.

— No sabeis lo que ocurre, sino amárais á María.

— Difícil lo veo; pero en fin, qué hay?

— La infeliz lleva en su seno hace tiempo el fruto de vuestro engaño; María será madre muy pronto.

Don Pedro se encogió de hombros y no contestó.

— Mirad que será madre de vuestro hijo.

— Esa es una desgracia como otra cualquiera.

— Y qué pensais hacer, rey de Castilla?

— Qué quereis que haga? reconocer el hijo y darle para que lo erie y eduque como quiera.

— Oh! pobre María! y no amareis á la madre de vuestro hijo?

— Estraño mucho vuestras preguntas: qué teneis que ver con María?

— La amo como á una hermana, porque es buena, noble y generosa.

— Cosa mas rara! vos que debiérais ser su mas mortal enemiga...

— Yo, rey de Castilla, su mas mortal enemiga! y por qué?

— Porque si no es hoy, ha sido vuestra rival ayer, contestó el rey riéndose con irónica y sarcástica sonrisa.

— Mi rival habeis dicho?

— Sí.

— En verdad que no os comprendo, repuso la jóven dando marcadas señales de impaciencia.

— Desde que os amo es vuestra rival, y me consta que habeis tenido celos de ella.

— Yo celos de vuestra amante, cuando como sabeis me inspirais odio y horror en vez de cariño? — Qué habeis dicho, infeliz? os burlais, ó delirais como un demente?

— Me burlo, Zelima, me burlo de vos y me río de veros tan enojada. Infeliz me llamais á mí, y yo creo que vos sois la verdaderamente infeliz aqui.

— En fin, don Pedro, yo puedo aseguraros en nombre de María de Padilla, que no sois vos el que va á burlarse de ella.

— Me lo asegurais en nombre de ella?

— Sí.

— Pues aseguradle vos en nombre mio tambien, que don Pedro de Castilla se burla de ella porque piensa olvidarla para siempre.

— Y vuestro hijo?

— Que viva con su madre, contestó el rey con la mayor sangre fria.

— Ah! sois un monstruo que hasta el sentimiento de padre os falta!

— Eso creéis? dijo con espantoso cinismo y acechando el puñal para ver si se podia hacer con él en un momento de descuido.

— Sí, eso creo y eso he creído desde el principio. — Rey de Castilla, sois tan infame como malvado!

— Basta ya de insultos, exclamó el rey montando en cólera, ó vive Dios que hago un desatino!

— Intentadlo siquiera, repuso la jóven haciendo brillar su punzante y afilado puñal.

Entonces don Pedro se acercó de pronto á Zelima y le arrancó súbitamente el arma que esta empuñaba con fuerza. La jóven dió un grito y se replegó hácia el rincon como buscando defensa.

— Ya lo veis, el arma la tengo en mi poder. Qué hareis ahora para defenderos?

— Gritar hasta que acuda gente.

— Vuestros gritos no serán oídos.

— Oh! yo gritaré de modo que me haga oír.

— No, necia, estos muros son tan gruesos, que ni la detonacion de un arma de fuego puede oírse de fuera.

— Pues bien; me defenderé como pueda...

— Infeliz! convenceos que no teneis mas remedio que entregaros á mí.

— Oh! no, primero me arranco el corazon con las uñas!... vuestra!... qué horror... nunca, nunca!

— Lo sereis á la fuerza.

— Me defenderé, rey don Pedro.

— Y con qué, si no teneis armas?

— Con las manos... dando gritos, llamándoos infame y villano.

— Basta ya de insultos y denuestos: la hora ha llegado y yo no la puedo dejar pasar; Zelima, vais á ser mia en este mismo momento.

— Nunca!

— Vais á ser mia, porque yo lo quiero y porque es preciso... lo ois? preciso, si, porque yo necesito apagar esta llama horrible que arde en mi pecho sin cesar, satisfacer este deseo que tanto me mortifica... y lo quiero porque me habeis insultado tantas veces, que dejar de vengarme de vos sería una cobardía... Pero no os aflijais, hermosa Zelima, que mi venganza solo se limita á lo que os acabo de decir.

— Oh! pues mandadme matar mejor! prefiero la muerte á la deshonra.

— Diablo! el cambio de una cosa por otra no es malo si yo no hubiese formado tan decidido empeño en que seais mia á toda costa.—Y por lo tanto, mi hermosa y querida Zelima, no puedo acceder á vuestra peticion... qué quereis? los reyes somos asi... unos dias estamos dispuestos á conceder, y otros á negar completamente cuanto se nos pide... y vos habeis tenido la desgracia de pedirme la conmutacion de una cosa por otra en dia precisamente en que estoy decidido á negar.

— Os oigo, y no quisiera dar crédito á lo que me decís... es posible que un rey, que un caballero, hijo de tantos varones ilustres, sea tan malvado y perverso? es posible que un hombre que como vos regís los destinos de un reino como Castilla, sea tan infame y tan cruel, sin tener en cuenta que el mundo entero tiene fijo en vos sus ojos y tiembla y se horroriza al ver la conducta que observais, al ver que mancillais vuestro nombre y que salpicais de cieno el regio manto de púrpura, sagrada vestimenta que debíais legar mañana á vuestros hijos pura y sin mancha?

— Magnífico sermon, encantadora Zelima! dijo don Pedro

con sarcástica sonrisa y tono en demasía burlon. — Magnífica arenga! pero no habeis tenido la suerte de hacerme variar de propósito... una desgracia ha sido, pero qué quereis, soy tan firme y constante en mis propósitos, que nada me hace variar.

— Lo sé, y por lo mismo me inspirais mas lástima.

— Y tengo la dicha de que vos me la tengais!

— Sí, me inspirais lástima y desprecio, rey de Castilla:— desprecio, porque sois un miserable; lástima, porque veo un porvenir horroroso para el que hoy se asienta en el trono de los bravos y esforzados castellanos. Temed, don Pedro, las consecuencias de vuestros crímenes y asesinatos, de vuestra relajada y escandalosa conducta, y de vuestros desaciertos y arbitrariedades. Temed, incrédulo monarca, la ira del cielo ó el furor de un pueblo embravecido como las olas del océano. — Mirad que entonces ya no hay remedio para vos, don Pedro; vuestro trono se hundirá como ruinoso edificio, y vuestra corona rodará por el inmundo polvo, tal vez adornando una cabeza pálida y ensangrentada, separada del mutilado tronco por la poderosa mano del irritado castellano. — Oh! la espacion llega tarde ó temprano!

— Por Cristo, que ya estoy harto fastidiado de oirte, esclava, y que es necesario poner término á escena tan larga y pesada, á conversacion tan enojosa. — Basta ya de ridiculas profecías y estrambóticos pronósticos, y entrégate á mí de buen grado, si no quieres que te arrastre por esta habitacion hasta conseguir mi deseo.

— Sois un monstruo... socorro, socorro!

— No hay socorro... ni el mismo Dios te puede ya librar, infeliz!

Dijo, y se precipitó sobre ella como un tigre, dando principio la lucha mas desigual y obstinada por una y otra parte. Al fin se oyó un grito de contento y al rey que decia:

— Oh! lo veis?... sereis mia... sí... estais vencida, Zeli-ma, vencida como la corza que la jauria ha apresado. —

— Os engañais, necio, os engañais, que no es Zelima la vencida.

— Qué oigo! dijo don Pedro desviándose.

— Atrás! atrás! que os lo mando yo, rey de Castilla!

— Quién sois?

— Atrás he dicho.

— Pero quién sois?

— No me habeis conocido?

— No, á fé.

— Pues bien; miradme: quién soy? dijo acercándose á la débil luz de la lámpara; quién soy, rey de Castilla?

Don Pedro se acercó á ella y la miró un momento con fija y perenne atencion. Despues exclamó sorprendido y ocultándose en la oscuridad:

— María!

Hubo un momento de silencio; pero de silencio tan profundo que ni aun se percibia el respirar de las dos personas que habia en la estancia, y que á pesar de la oscuridad se observaban en silencio. Tanto don Pedro como la buena y generosa Maria de Padilla se hallaban en una de esas situaciones dificiles de explicar. Maria estaba llena de indignacion, y el rey avergonzado y confuso. Ambos querian hablarse y ninguno tenia poder para comenzar; la indignacion se lo impedia á la primera, la vergüenza al segundo. Sin embargo, don Pedro volvió á decir en voz baja, y como queriendo cerciorarse de que la que tenia delante, y que tan bien habia representado el papel de Zelima, no era esta, sino su amante Maria de Padilla:

— Me habré engañado?

— No, don Pedro, no os habeis engañado, que soy Maria de Padilla; la muger que creyéndos noble y caballero, tuvo la debilidad de escuchar vuestras palabras y juramentos, vuestros ruegos y súplicas.

— Maria! exclamó el rey acercándose á ella.

— No, no os acerqueis á mí... sois un infame, y os odio

como pudiera odiar á mi mas mortal enemigo.—No os acerqueis á mí, cruel don Pedro, no os acerqueis... apartaos... porque sois tan malo que me causa horror vuestra presencia!

—Piedad!

—Oh! nunca! me causais un horror indecible... El hombre infame y perjuro que hasta el sentimiento de padre le ha negado naturaleza, es una fiera horrible que hay que aborrecer á la fuerza.

—Oh! mentira! mentira... yo quiero á mi hijo, María... te quiero á tí, porque eres ó serás la madre de ser tan querido, porque eres hermosa, y porque eres la única muger que has sabido comprenderme, y que te has mostrado siempre generosa... Oh! sí, te amo, María, te amo, y la prueba está en que tú sola eres la que sabes dominarme, tú la que ejerces sobre mí esa influencia magnética que no puedo sacudir... ahora mismo daria cualquier cosa por oír de tu boca que me amas como antes, porque te veo tan hermosa que no hay mas remedio que amarte.—María, créeme, te lo juro por lo mas sagrado; te amo tanto, que tú sola serás siempre la reina de mi corazon.—Sí, hermosa María, vuélveme tu cariño y no me hagas desgraciado, no me hagas maldecir los dias de mi existencia... yo necesito tu amor y que me perdones cuanto me hayas oído decir. Maldicion! esa mora me ha hecho perder el amor de mi María! dijo don Pedro furioso y desesperado al ver que la Padilla movia la cabeza á uno y otro lado en señal de incredulidad.—Con que no me crees?

—No, rey de Castilla, no puedo ni debo creerlos.

—Y no me amarás cuando te pruebe que cuanto te digo es lo que siento?

—Nunca.

—Por piedad!

—Nunca, os he dicho.

—María amada, ten compasion de mí!

—La habeis tenido vos de esta infeliz?

—Perdon!

—Sí, os perdono; pero no puedo seguir amándoos... habéis abierto esta noche en mi puro corazón una herida tan honda y profunda, que hace imposible de todo punto una reconciliación entre nosotros. Don Pedro, me habéis herido de muerte... he oído de vuestra misma boca que ya no me amabais ni podríais amarme nunca, que os cansaban mis caricias, que otra hermosura os había hecho olvidar la mía, y que...

—Por piedad!

—Bien, callaré; pero no esperéis de esta muger, cuyas caricias os cansan, que vuelva á amaros.

—Oh! no, María, sé generosa, perdóname y volvamos á amarnos como antes; volvamos á ser dichosos, y olvidemos uno y otro cuanto se ha dicho y ha pasado en esta noche, que maldigo de todas veras.

—No puede ser, señor; porque hay ciertas cosas que nunca se olvidan, y lo que ha pasado esta noche ha hecho profunda mella en mi alma para que pueda olvidarlo con tanta facilidad.

—Oh! sí, se olvida todo con el tiempo, y yo te prometo hacértelo olvidar á fuerza de amor é inagotables placeres.

—No puede ser... ya lo habéis oído.

—Yo te prometo que no volveré á ver á Zelima.

—Lo que es eso teneis razon. Os puedo asegurar que no volveréis á verla.

Don Pedro miró á su amante con sorpresa, pero guardó silencio. Sin duda no le pareció oportuno preguntar la causa de lo que acababa de oír. Dirigió á la inflexible María una mirada de súplica, y le dijo con todo el énfasis y el calor del que piensa cumplir lo que ofrece con solemne juramento:

—María querida, ámame y te ofrezco, te juro por mi honor, por nuestro hijo, que no volveré á faltarte ni á ser-te infiel. —Amame, por Dios, y te juro que no te has de ar-

repentir por haber vuelto á amar al hombre que el cielo te tenia deparado.

— Imposible.

— Maldicion! y por qué?

— Porque me he ofrecido á mí misma no volver á ser vuestra querida. Pensaba haberlo hecho cuando no sospechaba ni por asomo que pudiérais serme infiel, y si me detenia, creedlo, era porque me se hacia cargo de conciencia abandonaros cuando tan bueno érais conmigo. Pero ya que os he arrancado la máscara, ya que sé lo que sois y lo que podreis ser, sería, qué sé yo... hasta indecoroso y feo que yo volviera á haceros caso.

— Eso no puede ser, María, imposible; tú me engañas, tú te complaces en hacerme padecer; pero, por Dios, te suplico que te apiades de mí, porque yo tambien padezco ahora horriblemente. — Es verdad que cuanto dices es por broma? es verdad que no me engañas?

— Broma habeis dicho! ojalá lo fuera.

— Qué oigo! con que sientes que no sea broma cuanto nos sucede?

— Sí, lo siento; á qué negarlo?

— Con que me amas?

— Os amaba.

— Oh! eso no puede ser!

— Pues creedlo, señor; os amaba ayer, hoy no puedo, no debo amaros.

— Y nuestro hijo, María?

— Vuestro hijo vivirá con su madre solo y abandonado, como vos dijisteis hace poco á Zelima... lo único que hareis por él será...

— Oh! no me desgarras el corazón!... calla, calla y no repitas las palabras que yo he pronunciado en un momento de ofuscación, en un momento en que no sabia lo que por mí pasaba.

— Sin embargo lo habeis dicho, señor, y lo habeis dicho

delante de la muger que muy en breve será la madre de ese ser tan desgraciado, de ese ser cuya venida al mundo es una afrenta para su madre, y para el padre una carga in...

— Oh! no sigas!... yo deseo con ansia la venida de ese ser, que será el encanto de mi vida, mi mayor delicia y el lazo que á los dos nos unirá para siempre.

— Que nos unirá eternamente habeis dicho?

— Sí, porque yo no podré menos de amar siempre á la madre de mi hijo.

— Hijo desgraciado, nacido para padecer!

— Nacido para padecer! deliras, María?

— No, no deliro, señor: nacido para padecer, porque es hijo ilegítimo.

— Yo lo legitimaré si ese es tu temor, y entonces será afortunado y feliz, y tal vez se siente mañana en el trono que yo deje vacante.

— Un bastardo, rey?

— Bastardo, sí, y será rey de Castilla cuando muera.

— Y si teneis hijos legítimos, cómo vais á despojarlos de la herencia que por justicia les corresponde?

— Dejando en mi testamento dispuesto que el que me ha de suceder sea el hijo de la muger á quien mas he querido.

— Oh! eso es imposible... y ved ahí por qué dije sería desgraciado.

— Pierde cuidado, hermosa María...

— Desgraciado, porque habrá una lucha como la que con vos sostiene vuestro hermano don Enrique: desgraciado, porque padecerá y sufrirá tal vez lejos de su patria, y porque... sobre todo me dice el corazon que este hijo que llevo en mi seno será tan desgraciado como lo ha sido su madre.

— Tú desgraciada, hermosa mia? tú desgraciada, cuando yo tanto te amo, cuando eres la reina de Castilla, y cuando no tienes mas que pedir cuanto deseas y ambiciones?

— Nada deseo ni nada ambiciono, don Pedro. Y si creéis

que mi desgracia consiste en que no estoy contenta con lo que poseo, os engañais de medio á medio, porque María de Padilla ni es ambiciosa, ni hizo caso de vuestros galanteos y palabras de amor porque le diérais posicion y riquezas, sino porque...

— Qué te detiene? sigue, sigue, María...

— Sí, lo diré, qué me importa? si os hice caso fue, don Pedro, porque os amaba tanto como puede amar una muger del mediodia en su primera pasion.

— Oh! repite esas mismas palabras, amada mia!... repítelas por nuestro amor; oiga yo de tu boca esas palabras divinas, que tanto bien hacen en mi alma; oígalas de nuevo para convencerme de que no ha sido una ilusion mia, sino realidad pura y palpable.

— No os quede la menor duda, señor; si di oido á vuestras galanterias primero, y luego á vuestras amorosas palabras... si, olvidando mi deber y la sociedad, falté de un modo que hoy es mi afrenta, fue porque os amaba, y porque no podia comprender que la muger que amaba cual yo, pudiera vivir combatiendo su pasion sin entregarse al hombre que como vos me seduciais con frases tan ardientes y embriagadoras.

— María!

— Fui débil, cándida é incauta, y tenia que espiar tarde ó temprano la falta que habia cometido, sin reflexionar ¡infeliz de mí! que no solo era mi perdicion entera, sino que el seductor era de tan elevada alcurnia que yo quedaria deshonorada para siempre, y él llegaría á olvidarme al momento. Asi ha sucedido. Apenas consiguió el seductor sus deseos, todavia reciente el hecho, cuando olvidando tan grande sacrificio, tamaña prueba de una muger que no sabia mas que amarle, se entregó á otro amor, pero con tan desenfrenado apetito que casi es hasta vergonzoso referirlo. La infeliz Zelima estuvo espuesta á caer en poder de ese amante pérfido y perjuro, que queria hacer desgraciada á la

jóven mas pura é interesante de su corte. — Conoceis á ese hombre, rey de Castilla?

Don Pedro miró á María confuso y avergonzado y guardó profundo silencio. Esta continuó como sigue:

— En este estado las cosas, llegó á saber la jóven deshonorada que el que tantas protestas de amor le habia hecho, que el infame seductor que tanto habia dicho y jurado antes de conseguir su deseo, no solo le era infiel, sino que habia dicho públicamente que María de Padilla no era mas que el primer eslabon de la cadena amorosa que pensaba formar de todas las mugeres mas hermosas y honestas de sus reinos. Habeis dicho eso, rey don Pedro? dijo María con indignacion y desprecio.

El rey la miró de nuevo con detencion, y exclamó con tono patético y suplicante:

— María!...

— Bien; lo habeis dicho, no me han engañado...

— Perdon!

— Perdonado estais; pero es el caso que el primer eslabon de la cadena se propuso que don Pedro no labrase el segundo, y creo, vive Dios, que lo ha conseguido. — Oid esto, porque es la parte mas interesante: — María de Padilla notició á la jóven, porque todo lo sabia, que el rey iba á arrebatlarla de su lecho aquella misma noche para llevarla á una de las habitaciones de su departamento con el piadoso fin que puede suponerse en un jóven de tan depravada conducta como el rey. Temiendo la hija del último rey moro de Algeciras tamaño peligro, se decidió á salir de la corte y á esconderse en parage donde siempre se ignorase su paradero. Zelima con efecto huyó en seguida, dejando á su amante con gran sentimiento, porque todo lo ignoraba, y á mí esta carta que podreis leer si gustais.

Y María sacó de su escarcela un pergamino cuidadosamente doblado que presentó á don Pedro. Este lo miró con indiferencia y lo apartó como negándose á leerlo.

— Ah! no quereis leer la misiva de la pobre Zelima?... pues yo os diré en cuatro palabras su contenido, si la memoria tiene á bien no serme infiel: — En ella me dice que prefiere abandonar la corte, abandonar á su amante y abandonarme á mí, á la deshonra y á las desgracias que aqui le aguardaban; que siempre será ignorado su paradero, y que consuele á su amante, asegurándole que cuando lo crea oportuno le avisará el lugar de su residencia para que puedan verse á toda hora, libres de temores y sobresaltos. Una idea me se ocurrió entonces, y yéndome á la vacante habitacion de la mora me recliné en uno de los divanes, esperando la hora que llegasen vuestros cómplices para que tomándome por Zelima, cuya precipitada fuga todo el mundo ignoraba, me condujesen aqui. — Comprendeis el objeto?

— Demasiado bien por mi desgracia.

— Como sabeis perfectamente, hice el papel lo mejor que me fue posible para averiguar hasta lo último lo que ocurría. María sabia que su amante le era infiel, pero no podia creer que en ningun tiempo la tratáseis con tanta crueldad... asi es que cuando oyó aquello de estoy harto de ella, sus caricias me cansan y me he decidido á abandonarla, el corazon se le hizo pedazos mil, brotaron lágrimas de sus ojos, y hubiera caído desmayada si una fuerza irresistible no la apoyara. A pesar de cuanto ocurrió con Zelima os amaba la Padilla; pero asi que oyó palabras tan terribles, asi que os oyó decir: «voy á abandonarla sin remedio; sus caricias me han llegado á cansar... no la amo ya, Zelima...»

— María!

— Al oír esas terribles palabras en boca precisamente del hombre que con tanto engaño y fementidas palabras me habia seducido, haciéndome desgraciada para siempre, ahogué un grito de sorpresa y de dolor, las lágrimas se me saltaron y el corazon queria salirseme del pecho. Afortunadamente duró poco situacion tan dolorosa y amarga; si dura un minuto mas, creedme, caigo muerta alli mismo; pero no solo duró

poco, como ya os he dicho, sino que de situacion tan borras-
cosa pasé á la calma mas completa: oh felicidad! entonces
conoci una cosa que no pudo menos de causarme alegría y
cierta satisfaccion; conocí...

— No lo digas, por Dios! sé lo que vas á decir... y no
quisiera oirlo. María, concédeme este favor.

— Perdonad, señor, pero bien sabeis que os ofrecí conta-
roslo todo, y me veo en el caso por dicha promesa de no omi-
tir nada, nada absolutamente. Esto supuesto...

— Oh! ten compasion de mí!

— Necesito seguir, rey de Castilla, repuso la sevillana te-
naz é inexorable como un juez.

— Bien, sigue... pero dime, te gozas en verme padecer?

— Dios me libre de semejante idea!

— Oh! pues entonces deja esa relacion que por mí des-
gracia sé tan bien como tú, María; no évoques recuerdos tan
tristes; perdóname y volvamos á amarnos tanto ó mas que
antes.

— Imposible!

— Con que siempre lo mismo?

— Si me hubiérais dejado concluir sabriais la causa que ha
producido ese imposible que es mi única contestacion á vues-
tros ruegos.

— La sé, María, y por lo mismo no quisiera oirla otra vez!

— Sabeis que no os amo y que nunca podré amaros?

— Tanto!

— Pues, sí, rey de Castilla: en la calma que sucedió á la
borrascosa situacion de que os he hablado, conocí por lo tran-
quilo que quedó mi corazón, por la indiferencia con que os
miraba y por el desprecio que me causabais, conocí, repito,
que ya no os amaba, beneficio inmenso que la Providencia
me hacia, sin duda para que no sufriera tanto ni sintiera
tanto tambien vuestra desleal é innoble conducta.

— Estoes ya insufrible, callad, por Dios, por nuestro
hijo!

Pero María continuó de esta suerte, y sin hacer apenas caso de la súplica de su ex-amante.

— Y así como á vos la hermosura de Zelima os hizo olvidar la mía, así también vuestras palabras me hicieron olvidar, lo creéis? pues hasta me hicieron olvidar que érais el padre del ser que llevo en mi seno; y en vez de pasar un mal rato, en vez de llorar y sufrir, me llené de indignación hacia vos, me inspirásteis desprecio y repugnancia, y por último, os olvidé para siempre.

— Odio y lástima, desprecio y repugnancia... bien, María, bien... yo os creía mas grande y generosa, mas prudente y discreta.

— Qué queréis decir con todo eso?

— Que os creía mas grande y generosa, mas prudente y discreta.

— Explicaos, don Pedro.

— Bien poco ó nada tienen que explicar las palabras que os acabo de repetir, pero si queréis que os las aclare lo haré por complaceros.

— Sí, lo quiero.

— Yo creí que érais mas grande y generosa, pero he visto por mi desgracia que sois tan vulgar como las demás mugeres: si hubiérais sido tan grande como yo os creía, hubiérais tratado esta cuestion de otro modo, y sobre todo, María, no hubiérais dejado de amarme tan repentinamente; si fuerais tan generosa como os suponía, me hubiérais perdonado.

— Seguid.

— Hubiérais dado una prueba de prudencia y discreción si en vez de haberos exaltado y llenádome de denuestos é improperios, hubiérais disimulado y tratado la cuestion de un modo mas favorable á vuestra causa.

— Qué decís, infeliz! pues quién os ha dicho que yo tengo interes en que se vuelvan á anudar nuestras para siempre rotas relaciones? qué habeis dicho, don Pedro? deliráis, ó teneis enferma la cabeza? Disimular para no empeorar mi

causa, como si yo quisiera conservar las relaciones de un hombre perjuro, falso, de malos sentimientos y perverso como él solo!—No, don Pedro, despues de lo que ha pasado no podia amaros, al contrario, todo el amor que os tenia, que puedo aseguraros era bastante, se ha convertido en desprecio, en indignacion, en odio, qué sé yo en cuántas cosas, á la vista de vuestra inicua conducta tanto de hechos como de palabras.

—María, con que me odiais?

La andaluza miró á todos lados como indecisa en la contestacion que habia de dar, hasta que dijo al parecer con resolucion:

—Sí, os odio.

—Y no podríais perdonarme?

—Perdonado estais.

—Y amarme otra vez?

—No, nunca! habeis abierto tan honda herida en mi alma, que volver á amaros sería ahondarla mas en vez de cauterizarla.

—Con que no hay remedio?

—No.

—Y tendreis valor para abandonarme, María?

—La muger que como yo ha tenido valor para escuchar sin morirle cuanto ha pasado aqui esta noche de inolvidable memoria, lo tiene tambien para abandonar al hombre que no solo la ha deshonrado, sino que la ha hecho infeliz y desgraciada para siempre.

—Oh! no, no, eso es imposible, María!... no me abandones; ten piedad de mí, hermosa María; sé generosa y no me dejes solo, apiádate de mi situacion y de la soledad en que me dejas.—Solo, solo enteramente, María; mi madre se ha marchado á Portugal, mis hermanos huyen de mí, y tú me quieres abandonar con mi hijo...

—Pronto tendreis una compañera, señor; la infanta doña Blanca de Borbon, vuestra esposa, ha salido ya de París

acompañada de vuestro augusto hermano don Fadrique, con direccion á la corte de su regio esposo.

Don Pedro se puso lívido al oír á la Padilla, sus facciones se contrajeron de pronto, pero de un modo que causaban espanto. Miró á su ex-amante con ojos desencajados, y le dijo casi á media voz, porque el furor le ahogaba:

— Hacedme el favor de no hablarme de eso.

Pero sea que María ignorase lo que por entonces se decía, ó que desease saber mas, lo cierto es que repuso sin detenerse:

— Y ya veis si es buena compañía la de una esposa tan hermosa, buena y generosa como diz que es doña Blanca.

— Yo te juro, María, que la que se ha casado conmigo por poder, no ha de hacerme mucha compañía.

— Eso lo decís ahora.

— No, Blanca de Borbon me ha faltado... y tiene que llevar su merecido!

— Qué decís? me estais llenando de cuidado y sorpresa!— Cómo os ha podido faltar S. A., cuando viene de viaje con numerosa corte, y cuando viene costodiada ademas por el caballeroso maestre de Santiago, vuestro hermano?

— Juro á Dios que la cabeza del caballeroso maestre no tardará mucho en rodar por el suelo separada del tronco...

— Qué horror! vais á mandar matar á don Fadrique?

— Sí, contestó el monarca con la mayor sangre fria.

— Oh! eso es cruel, don Pedro!

— Cruel! dijo con ironía.

— Sí, cruel y espantoso... porque qué quejas podeis tener de vuestro hermano, de ese jóven tan galante como valiente, tan caballero como leal y honrado... ved lo que haceis, rey de Castilla; observad que don Fadrique es el ídolo de las mugeres de vuestra corte, el niño mimado de la fortuna y el mas querido en todo vuestro reino. Su muerte puede producir una revolucion que no solo no podreis evitar, sino que tal vez sereis una de las primeras víctimas. — Sed ge-

neroso con el hermano que mas os quiere, que mas os ha respetado y considerado, y que menos motivos os ha dado para que con él os portéis de un modo tan terrible! —La vida del hombre, don Pedro, es tan sagrada, que solo tiene derecho á quitársela el supremo Hacedor, dueño de ella como de todo el universo.

Don Pedro escuchó con el mayor silencio y atencion cuanto le habia dicho la Padilla; pero como estaba resuelto á llevar á cabo su propósito, así que esta concluyó su discurso movió la cabeza á uno y otro lado en señal de negativa y dijo con su natural sangre fria, y con ese inexorable carácter que fue causa de su perdicion:

— He dicho que la cabeza del gran maestro rodará por el suelo de este alcázar, y vive Dios que he de poder poco sino lo consigo.

— Pero, señor, esa es una injusticia... un capricho que os puede costar la vida á vos tambien. — Ved lo que hacéis, por Dios, y no os espongaís tontamente por satisfacer un antojo descabellado é irracional.

— Un antojo descabellado é irracional lo llamais?

— Ciertamente. — Ahí es nada! quitar la vida nada menos al gran maestro de Santiago, vuestro mas respetuoso hermano, vuestro súbdito mas leal y caballero, y sobre todo á un hombre tan querido por ricos y pobres, por nobles y plebeyos, á un hombre, por último, que tiene en su ciudad de Coimbra una corte brillante y numerosa, y un ejército casi tan bueno como el vuestro.

— No le hace, morirá el maestro.

— Y no os hace variar de pensamiento que puede haber una sedicion si llegais á matarlo, en la que es muy probable perezcais vos el primero?

— No, contestó secamente y resuelto á no ceder.

— Y no calculais que será imposible llevar á cabo vuestro proyecto?

— Por qué?

— Porque don Fadrique lleva su corte como un rey y su guardia de honor que no lo abandona nunca, y mucho menos cuando viene á veros.

— No faltará un traidor entre sus mismos soldados, repuso el monarca con sonrisa tan cínica que la misma María se horrorizó al verle, y al ver tanta infamia y crueldad como aquel hombre encerraba en su pecho de hiena.

— No, don Pedro, no mateis al maestre de Santiago, os lo suplico, os lo ruego por...

— Acaba.

— Bien, por vuestro hijo!

— Imposible.

— Con que no hay remedio?

— No.

— Desgraciado! temo por vuestra existencia, señor; haced lo que queráis.

— Morirá don Fadrique, porque la ofensa que me ha hecho solo se lava con sangre, pero con su sangre bastarda é innoble.

— Pero no veis, señor, que tiene un ejército que lo vengará mañana, muchos amigos y partidarios, y sobre todo esa corte poderosa de Santiaguistas, compuesta de toda la nobleza de España? no veis que tambien estos caballeros querrán vengar á su gefe, y que será una desgracia grandísima para vuestro reino, y aun para vos mismo?

— Nada veo.

— Con que la recompensa de su último servicio será perder la vida?

— Justo.

— Pero por qué?

— Largo de contar es, María; solo te puedo decir que Blanca de Borbon ha sido adúltera antes de unirse á su marido!

— Adúltera, esa muger tan buena y tan pura, esa muger que dicen es un angel en figura y sentimientos? imposible,

señor! os han engañado miserablemente; y ha debido ser en mi concepto algun enemigo de V. A., que conociendo su carácter fuerte é impetuoso, ha inventado semejante fábula para que os lleneis de odio contra vuestra esposa, os vengueis de ella, para en seguida atraer sobre vuestra cabeza el rencor de la Francia entera y la maldicion de la corte pontificia.

— No, María, la noticia ha llegado por conducto bien seguro y fidedigno; pero aun cuando fuese lo que has dicho, qué me importa á mí ni el rencor de la Francia ni la maldicion de la corte de Roma? sea verdad ó mentira la noticia que ha llegado á mí, yo debo, estoy en el caso de castigar á los culpables. Mi hermano morirá así que me haga entrega de su amante, y la reina será encerrada en un castillo por ahora.

— Con que es don Fadrique?...

— Sí, María, Fadrique, el leal, el caballero y el hermano que mas me quiere y me considera, es el amante de la reina. — Oh! cuánto voy á gozar cuando vea morir á ese hermano infame y villano y á esa esposa adúltera!

— Eso es terrible, horroroso, señor; pero enteraos antes, porque tal vez sean inocentes.

— No, no son inocentes, María; me consta.

— Sin embargo, yo no hubiera dado crédito á semejante noticia hasta tanto que no lo hubiera visto con mis propios ojos. — Qué quereis, hay ciertos delitos y culpas de tal magnitud, que solo viéndolos es posible creerlo.

— Pues yo no solo lo creo, sino que ardo en deseos de efectuar mi venganza.

— Y teneis pruebas?

— Sí; qué mas pruebas que mandar á mi hermano á Francia por doña Blanca y estarse allí un año entero con ella, amándose sin rodeos ni estorbos que se lo impidiesen. — Oh! pero juro á Dios que van á padecer aqui, ella principalmente, todo lo que han gozado allá ese pérfido hermano y esa esposa fementida. — Venganza y esterminio! — Y luego di-

cen, María... Don Pedro es cruel... sí, soy y seré cruel mientras sea tan desgraciado, mientras el demonio se interponga en mi camino. — Despues de todo lo que me pasa, qué me resta hacer sino entregarme á Satanás en cuerpo y alma, ser su agente aqui y matar y castigar para que me distraiga si quiera con ver correr la sangre de mis semejantes que tanto mal me han hecho... sí, seré cruel, porque necesito vengarme de la humanidad entera, necesito saciar mi odio y la sed de sangre que me abrasa... y tal vez se verifique, hermosa María, lo que me decias ahora poco: habrá una revolucion general en mi reino, horrorizado por mis desmanes, se dermará sangre en abundancia, la anarquía y la desolacion asomarán sus formidables cabezas por todas las ciudades de Castilla, y yo entre tanto tal vez esté hecho cien pedazos al pie de mi tambien roto trono; pero habré muerto contento porque he acabado mi obra, he contribuido á destruir esta hermosa parte del globo... qué me importará destruirlo, cuando nada tengo en él que me llame la atencion, cuando ya todo lo he perdido!

Y don Pedro miró á todos ados con la incierta y espantosa mirada del demente. Sus ojos querian salirse de sus órbitas, desencajado y macilento tenia el rostro, casi blancos sus delgados labios y anegada en sudor su preciosa frente. El monarca estaba en un acceso de locura, de exaltacion febril capaz de hacerle decir cuanto le hemos oido mas arriba. María le escuchaba con lástima y miedo á un tiempo, con lástima porque como lo amaba, aunque procuraba disimularlo, no podia menos de compadecerlo al verlo en situacion tan triste; le tenia miedo porque cuando era don Pedro presa de uno de esos accesos de locura se ponía tan furiosamente espantoso que causaba horror y miedo. Sin embargo, se atrevió á decirle con voz suave y melodiosa:

— Señor, por Dios, tranquilizaos... sí, serenaos, que no lo habeis perdido todo, no, todavía...

El rey contestó algo mas tranquilo y sosegado:

— Si, María, todo lo he perdido, todo absolutamente, y sino escúchame y verás como no me equivoco. — Cualquiera al verme joven y sentado en uno de los mas poderosos tronos de la cristiandad, me tendrá envidia porque me creerá feliz. Pero cómo se engañan, María! Si seres desgraciados hay en el mundo, yo soy uno de ellos á no dudarlo. — Apenas comencé á comprender y á conocer á los hombres y á las cosas, cuando mi madre, la reina doña María, me inició no solo en todos los secretos de la corte, sino hasta en el escandaloso trato, segun lo llamaba ella, que mi padre mantenía con la desgraciada doña Leonor de Guzman. La reina doña María era entonces de un carácter orgulloso y altanero, fria de corazon; pero sumamente vengativa, no amaba á mi padre; pero como era tan orgullosa se creía ofendida con los amores de la Guzman, y aparentaba estar siempre furiosamente celosa. No se le puede negar á mi madre que sufrió en extremo con semejantes amores, llegando hasta el caso de que el rey don Alonso la amenazase delante de la madre de los bastardos; por cuya razon juró vengarse tarde ó temprano de la muger que creía causa de todo: el corazon de mi madre se llenó de veneno, y desde entonces comenzó á odiar no solo al rey y á su querida, sino á todos los amigos y partidarios de uno y otro. El único consuelo, la providencia de mi madre era yo, su único hijo, enseñado desde los primeros dias de mi infancia á odiar al rey mi padre, á su querida y á cuantos amigos tenían ambos. De este modo me fui formando, oyendo siempre en boca de la reina terribles imprecaciones contra el autor de mis dias, proyectos de venganzas y deseos de que yo fuese mayor para que la vengase de los ultrajes y ofensas que á cada paso recibía. Yo amaba á mi madre con delirio, porque nunca habia visto otra persona, porque era en extremo amable y cariñosa conmigo, y porque nunca me quebrantó el mas mínimo gusto: asi es que cuando la veía llorar y renegar de su desgraciada suerte, me llenaba de indignacion contra mi padre, de hor-

rosa aversion contra su querida , y le juraba , á pesar de ser tan niño , que cuando fuese mayor la vengaria de todos los ultrajes y ofensas que tan sin piedad dicen que le hacian. Mi madre entonces me estrechaba con efusion entre sus brazos , me llenaba de caricias , y me decia que yo era su único consuelo y esperanza para el porvenir. Como la reina doña María me educaba tan mal y su deseo era que yo la vengase de los que llamaba sus enemigos , no se cuidó de refrenar los ímpetus de mi carácter , mis malas inclinaciones , ni cierta propension que yo tenia á hacer daño á los perros y pájaros con que solia distraerme , haciéndoles sufrir terribles martirios. El futuro rey de Castilla era en la edad de que hablamos , impetuoso , altanero , caprichoso y de genio tan fuerte y furioso , que habia momentos en que la misma reina tenia miedo de haber sino fomentado mis malas inclinaciones , de haberlas dejado en tan total abandono. Acababa de cumplir los quince años cuando murió mi padre en el sitio de Algeciras : su corona pasó á mis sienes , única cosa que heredé de él , porque sus buenas cualidades con su muerte desaparecieron. Yo estaba en extremo gozoso al verme tan jóven con una corona real en mis sienes , y señor de tan vastos dominios. Doña María no lo estaba menos , pero era porque veía próximo el momento que tanto habia anhelado toda su vida : me recordó con maña las promesas que yo le hiciera cuando niño , y supo de tal manera despertar en mi corazon el antiguo odio que yo profesaba á la de Guzman y á sus hijos , que pocos momentos despues pronunciaban mis labios la muerte de la primera y el destierro de los segundos. La reina estaba sedienta de venganza , y habia amontonado tanto odio y rencor contra la de Guzman , que tuvo un verdadero momento de júbilo al oirme , y mucho mas cuando esta infeliz fue víctima por su orden en el castillo de Talavera. En tanto que esto pasaba , yo me entregaba á todo género de escesos ; la mala y descuidada educacion que habia recibido iba dando los resul-

tados que de ella se podía esperar: mis pasiones se habian desarrollado de un modo prodigioso, y mis instintos y malas inclinaciones habian tomado colosales y gigantescas proporciones. Ya no habia remedio, el mal estaba hecho, la educacion recibida de mi madre era mala y torcida, por malos y torcidos caminos tambien me he lanzado yo... resultando de todo que mis vasallos me aborrecen, que me llaman cruel y me dan otros epítetos peores aun, que no tengo un verdadero amigo entre tantos cortesanos, y que me veo hoy solo, abandonado de todo el mundo. — Me llaman cruel, y con razon, porque me he propuesto serlo con esa humanidad á quien tan poco debo... yo los maldigo á todos, porque hasta mis padres han sido crueles conmigo... no han tenido compasion de mí, siendo ellos únicamente los que tienen la culpa de que yo sea cruel, de que yo aborrezca al mundo y á los hombres!

— Señor, tranquilizaos; ved que os afectais demasiado y eso os puede causar daño, dijo María llena de sentimiento y no pudiendo menos de compadecer al rey su amante, que tan justamente se quejaba de su suerte.

— No, María, no puedo tranquilizarme cuando pienso en mi situacion horrible y desesperada. — Hace pocos dias vino mi madre á verme y á despedirse, porque se ha marchado á Portugal por huir de mí, por no oir hablar de mis maldades, y porque no quiere autorizar con su presencia los desmanes y desaciertos que en lo sucesivo cometa: — me dijo asimismo que temia por mi porvenir, que mi conducta era escandalosa y relajada, y que mi padre mira con dolor y sentimiento desde el cielo cuanto yo hago aquí. Esto me dijo mi madre, María, sin acordarse de que ella sola y nadie mas que ella tiene la culpa de todo... ella, que fomentó mis vicios y malas inclinaciones, llevada por la idea de que no contrariándome en nada le cumpliria mas facilmente cuando mayor las promesas que le hice de vengarla de cuantos la hacian sufrir... ella, por último, que inculcó en mi corazon todo el veneno que tenia en el suyo, y que me hizo odiar á los hombres sin

enseñarme antes á apreciarlos. — Despues que mi madre ha sido la que me ha precipitado en el abismo en que estoy; despues de haberme formado para el crimen, me abandona, diciéndome que sale de mi corte horrorizada de mi conducta, y con el fin de que no llegue á su noticia mis crímenes y desaciertos.

— No extraño el lenguaje de vuestra madre, don Pedro.

— No lo extrañais, señora?

— No, y me dareis la razon.

— Por Cristo que no os entiendo!

— Si la reina doña María os habló de ese modo que tanta extrañeza os causó, ha sido porque la infeliz no estaba en cabal y completo juicio.

— Pues bien tranquila y racionalmente me habló.

— No lo dudo; pero no sabeis que desde la muerte de doña Leonor y el conde de Ledesma, vuestra madre es víctima de crueles y espantosos remordimientos, teniendo dias la desgraciada de perder completamente el sentido y de huir como una loca de las fantásticas visiones que su exaltada mente le hace ver?

— No lo sabia, aunque he creido conocérselo.

— Pues entonces no extrañeis su lenguaje, hijo de la experiencia y del remordimiento. — Os quiso decir que abandonáseis la conducta que habíais comenzado, porque sino llegaríais al estado en que ella se ve por haber seguido los deseos del corazon, que á veces suele aconsejarnos mal como si fuera enemigo del pecho que le cobija.

— Sin embargo, María, mi madre ha sido la que me ha traído á este estado para abandonarme despues como lo ha hecho.

— Disculpaddla, don Pedro, porque la infeliz padece de una manera tan horrible, que no sé cómo tiene fuerzas para tanto sufrir. — Se ha marchado á su pais porque cree que su agitado espíritu encontrará algun alivio cerca de los objetos que la vieron nacer y cerca de su familia.

— Y la compañía de un hijo no podía distraerla y aun calmar á veces esa agitacion de que habeis hablado?

— Teneis razon, nada mas grato que la compañía de un hijo; pero en el viaje de vuestra madre concurrieron circunstancias particulares que la obligaron á abandonaros y á abandonar el pais que ya la contaba en el número de sus hijas.

— Circunstancias particulares?

— Ciertamente: si la infeliz permanece aqui mas tiempo, creedme, un dia la hubiérais encontrado muerta, ó cuando menos hubiera perdido el juicio completamente. — Estos lugares le recordaban á cada paso su desgracia, por no darle otro nombre; por todas partes no veia mas que amenazadores fantasmas y manchas de humeante sangre, y su espíritu se iba apocando por dias, empobreciase su naturaleza, y hubiera concluido por una total demencia, si no toma la resolucion de huir de estos lugares manchados con la sangre inocente de sus víctimas.

— Luego mi madre es criminal?

— Criminal, sí, pero harto arrepentida, harto pesarosa de haberlo sido: sus ojos lloran sin cesar noche y dia la muerte de la inocente doña Leonor, la del conde de Ledesma y la del matador de la primera, Alonso Fernandez de Olmedo.

— Pero hace mal en llorar muerto al conde de Ledesma, cuando sabe que vive por mi desgracia.

— Sí, vive, pero vive milagrosamente: vuestra madre no llora ya su muerte, pero llora el crimen que cometió mandándolo asesinar villana y traidoramente. Y qué importa que la Providencia haya librado al conde de una muerte cierta, si la pobre doña Leonor no lo fue, matándola el mismo asesino que á Felipe de Ledesma clavó el puñal homicida? Crimen bastante es ese para haber trastornado la razon de la reina, y para tenerla triste, abatida y abrumada con el enorme peso de los remordimientos.

— Remordimientos... qué bien suena esa palabra y qué terror tan grande infunde en los espíritus débiles y apo-

cados, dijo don Pedro como con desprecio é indiferencia.

— No creéis en el remordimiento de la conciencia?

— No, María, no creo.

— Pues miraos en el espejo de vuestra madre.

— Nada me probais con eso; mi madre puede ser cobarde: el remordimiento no es mas que una cobardía, y así es que las personas fuertes de ánimo y valerosas no suelen tener remordimientos aunque hayan cometido horrendos crímenes.

— Os engañais, rey de Castilla, os engañais de medio á medio, porque el criminal mas criminal, el de alma mas dura y empedernida, y el de espíritu mas fuerte y valeroso, como habeis dicho, es tarde ó temprano mortificado por los remordimientos, por ese juez inexorable de la conciencia, que mata, aniquila y consume insensiblemente. — Todo crimen tiene que ser espiado por el perpetrador, y cuando la justicia establecida por los hombres no se encarga de hacer espiar al delincuente el crimen que haya cometido, los remordimientos vienen á atormentarlo noche y día hasta que confiesa su delito y pide perdón á sus victimas, víctima él ya de la ardiente y fantástica fiebre que los devora. Creeréis todavía que solo tienen remordimientos las personas pusilánimes ó de espíritu débil?

— No sé qué contestaros; pero lo que sí os puedo asegurar es, que yo nunca me dejaré dominar por esas ideas que se fijan en nuestra mente para mortificarnos, y á las que dais el nombre de remordimientos.

— Nunca os dejareis dominar, decís? — Oh! cuánto siento sacaros de vuestro error, diciéndoos que todavía no ha habido ningun mortal que haya podido ser extraño é indiferente á un pensamiento fijo y perenne que se haya estacionado por algun tiempo ó por toda la vida en nuestra mente. Cómo esplicareis sino la locura? cuando esta no es mas que la idea fija.

— Conforme, María; pero no me podreis negar que si mi

madre se encuentra en situacion tan triste y mortificadora, es porque es en demasía cobarde.

— Os engañais; es porque tenia que espiar sus crímenes tarde ó temprano, y cuando vinieron los remordimientos no tuvo mas remedio que sucumbir y doblegarse á poder tan grande, á fuerza tan irresistible. — La reina doña Maria no tenia nada de cobarde, muy al contrario. Si hubiese sido cobarde no hubiera cometido los crímenes que son hoy su pesadilla y su tormento. — Vuestra madre era orgullosa, altanera, envidiosa en extremo, y sobre todo irascible y vengativa. Su constante afan mientras vivió el gran Alonso XI era vengarse de la muger que todos conocimos, y que fue incapaz de faltarle en lo mas mínimo, porque era demasiado buena y generosa: despues de muerto su esposo, aquel constante afan de venganza convirtióse en vivos deseos de verla realizada, ya que no habia inconveniente que lo estorbara. Doña Maria se creía mas fuerte y poderosa que nunca porque iba á vengarse de cuantos ella creía la habian ofendido ó ultrajado, iba á ser verdadera reina, á mandar de consuno con su hijo, y á recobrar la posicion que la de Guzman la robara, esto es, la de ser la primer dama de la corte castellana. El buen éxito que tendrian sus proyectos de venganza la llenaban de alegría y contento, sin contar la infeliz que todo aquello iba á convertirse en lágrimas de rabia y desesperacion. Por fin, llegó el dia de poner por obra cuanto se tenia proyectado: el conde de Ledesma fue herido mortalmente en las galerias de este alcázar, su noble sangre, que tantas veces se habia derramado en defensa del trono que ocupais, corrió en abundancia por el suelo inmundo de este alcázar, hollado por la planta de tanto cortesano falso y adulador. A los pocos dias fue asesinada en el castillo de Talavera la inocente madre de vuestros hermanos, y Castilla toda dió un rugido de cólera, indignada y llena de espanto al ver inaugurar vuestro reinado con la muerte de dos personas tan conocidas y queridas. Vos os encogisteis de hom-

bros y vuestra madre se sonrió de alegría. Pero apenas comenzó á saborear el triunfo, vino el remordimiento y le hizo decir á toda hora con horror y espanto: — «Sangre! sangre!» y desde entonces comenzó á llorar sin consuelo, perdió el reposo y el sosiego, se le trastornó el juicio, y á cada paso creía ver á sus víctimas, que le maldecían y miraban con torvo ceño. La espiacion, el remordimiento vino á doblegar y abatir á aquella alma altanera y orgullosa que se envanecía y gozaba con la muerte de dos personas inocentes.

Don Pedro escuchaba á la Padilla con profunda y religiosa atencion. Esta calló al cabo, y el rey, afectado como podia afectarse un hombre de su carácter, dijo con aire taciturno:

— Hablemos de otra cosa, si os place.

— Hablemos de lo que gusteis.

— Pues en ese caso voy á seguir la relacion de mis desventuras, interrumpida cuando llegué á decir que mi madre me habia abandonado.

— Precisamente.

— Mis hermanos todos, si se esceptúa don Fadrique, me abandonaron tambien. Enrique se fue al estrangero á reunir armas y gentes segun unos para vengar la muerte de su madre, segun otros para disputarme el trono que tan legitimamente heredé de mi padre. Ya no me quedaba mas que tú, María, todos me iban abandonando, y yo te iba abandonando á ti por perseguir á Zelima, cuya hermosura me traía loco. Antes de esto mandé á Paris á mi hermano don Fadrique para que acompañase á la futura reina de Castilla, doña Blanca de Borbon, esposa que por circunstancias políticas particulares y miras de alto interes, me vi en la necesidad de aceptar. — Ya veis si soy desgraciado; mi hermano me ha faltado de un modo que solo con la vida lavará la afrenta que me ha hecho, y la futura reina se entrega en los brazos de un querido antes de reunirse con su esposo; pero poco me importa, porque juré á Dios que los dos han de pa-

gar bien cara su culpa! Zelima se burla de mí y frustra todos mis planes, y la única persona á quien podía volver los ojos para hallar en cambio cariño y consuelo me dice tambien que va á abandonarme porque ya no me ama.

— Esa persona, señor, si os abandona es porque motivos harto grandes y poderosos le obligan á ello.

— Motivos que ya han pasado y que deben olvidarse!

— Yo olvidaria si me fuera permitido olvidar.

— Qué oigo, cielos! olvidarias si te fuera permitido olvidar?

— Sí.

— No te comprendo, María... quién te impide que olvides lo que ha pasado aquí esta noche?

— La herida tan profunda que vuestras palabras me abrieron en el corazón, vuestra conducta para conmigo, y el temor de que vuelva á sucederme mañana esto mismo por haber hecho caso de vuestros juramentos y promesas, cuando sé lo que estos son.

— Con que tienes desconfianza?

— Y mucha.

— Te juro que dentro de poco no tendrás ninguna.

— Mucho asegurar es.

— Oh! pues te lo juro, y así será.

— Y cómo hareis, señor?

Don Pedro se desentendió de la pregunta de su amada, diciéndole á poco:

— María, me amas?

— Os amaba, contestó la andaluza.

— Me amabas... imposible! si me amabas tanto como me decias cuando era tuyo, es imposible que ya no me ames.

— Imposible... y por qué?

— Porque me tenias mucho amor para que se haya estinguido todo tan pronto. — De modo que no puedo creerte, María.

— No? pues creedme, don Pedro, creedme sino quereis

llevaros chasco... os amaba mucho, es verdad; pero ya no os amo, ó no debo amaros.

—Ese no debo amaros me revela que aun me quieres, María.

—Que aun os quiero decís?... sí, no puedo negarlo; pero no seré mas vuestra amante... Sobre nosotros dos existe hoy una barrera de inconmensurable altura, un imposible que hará eterna nuestra separacion.

—Oh! no, María, no me abandones tú tambien, te lo ruego, por Dios, por nuestro hijo; ten misericordia de mí y no me dejes solo... oh! pero en qué soledad!... ya no tengo á nadie absolutamente... mi madre se ha marchado, Zelima ha huido de mí como pudiera haber huido de una fiera, mis hermanos todos conspiran contra mí, y hasta la única mujer á quien verdaderamente adoro me abandona tambien... María, no hagas tal cosa, sé generosa y apiádate del hombre á quien tanto has amado y que al fin es el padre de ese ser que hoy llevas en tu seno... mira que sino creeré farsa el amor que me pintabas, te creeré fria, indiferente, egoista, y te maldeciré como á las demas mugeres. —Yo te suplico que no me abandones, que no me dejes solo en situacion tan triste... tú eres mi único consuelo, María; te amo tanto, que sin tí me creeré doblemente desgraciado de lo que soy, y á tu lado cuanto me aqueja lo olvido y no hay pena por grande que sea que tenga bastante poder para hacerme olvidar que estoy á tu lado gozando con verte, con oirte y con hablarte... perdóname cuanto te he hecho sufrir en esta noche y vuelve á amarme como antes, que yo te juro por lo mas sagrado no volverte á faltar en lo sucesivo... viviremos felices gozando con nuestro amor, y ni la mas ligera nubecilla vendrá á empañar el claro horizonte de tu vida... vuelve á amarme, y yo te juro colmarte de tanta felicidad y contento que olvides pronto y para siempre cuanto ha pasado... ámame, y la herida que mis palabras abrieron en tu tierno y puro corazon se cicatrizará á fuerza de sentidas caricias,

de pruebas de amor y de felicidad y alegría. — Yo no quiero mas que tu amor, no ambiciono otra cosa que mi María, mi hechicera y encantadora María; con ella soy el mas afortunado mortal, sin su amor el ser mas desgraciado que cubren los cielos.

— Basta, señor, basta, exclamó la andaluza.

— Qué, me amarás tanto como antes?

— Mas si puedo, dijo con indecible coquetismo.

— Oh! esto es la suprema felicidad! María... me engañas?... es cierto cuanto he oído?

— Sí, cierto, ciertísimo, señor; querer resistir mas hubiera sido violentarme de un modo que me hubiera hecho mal... no acceder á vuestras súplicas hubiera sido cruel, espantoso... y no decir que os amaba, era pretender engañar al corazon y engañarme á mí misma.

— Luego eres mia?

— Vuestra, como lo era antes de que esa Zelima viniese á haceros olvidar á vuestra María.

— No la nombres, ni nombres nada que pueda entristecernos... hablemos de nuestra felicidad y dicha, de lo felices que seremos siempre, y sobre todo, amada María, hablemos de nuestro hijo.

— Nuestro hijo... el hijo de nuestro amor! cuál será la suerte de este ser que aun está por venir á este valle de lágrimas?

— La suerte mas brillante... Será rey.

— Rey un hijo bastardo?

— Cómo bastardo? legítimo y mas que legítimo.

— Acordaos...

— Os digo que será legítimo, porque su padre sabrá legitimarlo casándose con la muger que hoy lo lleva en sus entrañas.

— Qué oigo! yo vuestra esposa?

— Sí, María, tú sola eres digna de semejante título.

— Delirais?

— No, no deliro, María, serás mi esposa, y nuestro hijo, hijo legítimo será.

— Imposible, señor; yo no puedo ser vuestra esposa.

— Y por qué?

— Porque estais casado con la sobrina del rey de Francia.

— No, Blanca de Borbon no es mi esposa.

— Señor, acordaos que ese enlace se ha celebrado ya en Francia por poder.

— Te digo que Blanca de Borbon no es mi esposa, porque no lo puede ser ninguna adúltera.

— Sin embargo, estais casado con ella, y en tal caso lo que podreis hacer será divorciaros, quedando en la imposibilidad mientras ella viva de poder contraer otro matrimonio.

— Engañada estais: oid mi pensamiento respecto de eso:— En el momento en que llegue Blanca de Borbon la repudio, alegando el motivo que ya conoceis, y mandando á cualquier sacerdote ú obispo que anule nuestro casamiento; mi hermano pagará con la vida su falta, y su querida irá á vivir á un castillo, donde no estará con mucha comodidad, hasta que tenga á bien morir.

— Eso es una crueldad.

— Qué quereis, hay ciertos delitos que necesitan ser castigados con crueldad.

— Pero observad que os puede acarrear todo eso males sin cuento.

— No le hace.

— Que la Francia querrá vengarse, como asimismo los partidarios de don Fadrique.

— Poco me importa todo eso; para la primera tengo armas y soldados, para los segundos no faltarán horcas y verdugos que los escarmienten.

— Con que estais resuelto?

— Enteramente, así como lo estoy á que seais mi esposa.

— Para mí una cosa así sería la suprema felicidad, señor;

pero considerad que nuestra union no va á ser bien recibida por vuestros cortesanos.

— Y qué me importan á mí mis cortesanos? estoy yo en el caso de pedirles parecer de lo que haga?

— Bien, señor, haced lo que gustéis; pero que conste que yo siempre me opuse á un enlace que si bien para mí era el colmo de la dicha, será la causa de la discordia tal vez para todos.

— Poco ó nada te debe importar á tí que el mundo murmure.

— Teneis razon; pero temo que se vuelvan contra el hijo mañana los odios y envidias que tuvieron á la madre.

— Siempre con augurios tristes! deja á nuestro hijo, que para entonces ya sabrá defenderse desde el trono de su padre, y mas si sigue los consejos que yo siempre le daré. —

— Puedo saber esos consejos?

— Es muy sencillo: una horca y un verdugo en cada calle; de ese modo se hará respetar y temer.

— Y odiar tambien.

— Y qué le importa á un rey ser odiado, si es temido y respetado?

— Que será poco querido en vida y maldecido en muerte.

— Bien poco ó nada debe importar eso.

— Oh! no, señor; el rey que no tiene á su favor la opinion pública, es un rey desgraciado, porque sus actos y disposiciones son siempre acogidos de mala manera, porque el pueblo no le sonríe cuando sale á la calle, y porque la ocasion mas insignificante es aprovechada por ese mismo pueblo para sacudir el yugo del hombre que reina contra la opinion y el deseo de su pais, del hombre, por último, que no es querido de sus vasallos.

— Pues bien; yo tengo mi sistema, y nada ni nadie en el mundo me hará variar de parecer; nuestro hijo reinará como quiera y se le antoje; cada uno es dueño de hacer lo que quiera.

— Nuestro hijo reinará como quiera! con que creéis que llegará á ser rey de Castilla?

— Sí, María.

— Con que insistís en nuestra union?

— Sí.

— Y no teméis lo que el mundo dirá de boda tan desigual?

— No, porque yo me río del mundo.

— Y si la nobleza de vuestro reino se niega á reconocer por reina á una muger que ha sido antes vuestra querida?

— La nobleza de Castilla te reconocerá por reina, ó los mando ahorcar á todos ellos como si fueran perros judíos... asi como asi yo estoy deseando concluir con todos de una vez, con que no vendria mal una cosa como esa que sirviera como de pretesto á mis deseos.

— Oh! hariais muy mal, señor, por muchas razones: — la primera porque los nobles de Castilla son tan ricos, fuertes y poderosos como vos mismo; la segunda porque son demasiado orgullosos para dejarse no digo aprisionar por vuestras tropas, pero ni aun consentir siquiera que toqueis ni altereis en lo mas mínimo sus fueros é inmunidades; y la tercera porque dado caso que tuviéseis la gran fortuna de hacerlos con todos ellos, ó los mas principales al menos, y los mandáseis ahorcar, segun habeis dicho, entonces, tenedlo por seguro, el pueblo irritado, amenazador é imponente, os pediria á voz en grito la libertad de sus señores.

— No, María, el pueblo no pediria la libertad de los grandes, sino que me daria las gracias porque los habia librado de yugo tan ominoso, de esclavitud tan tiránica.

— Os engañais.

— Cómo engañarme! con que un pueblo que se ve oprimido, esplotado y vejado por esos orgullosos señores feudales, no se alegrará de que una mano bienhechora les libre de semejante estado?

— El pueblo desea la libertad, pero teme abandonar á sus señores, porque libres tal vez no tendrian que comer, y suje-

tos comen, beben y gozan sin acordarse de su situacion.

— Imposible, el hombre no puede acostumbrarse nunca á la esclavitud.

— Pero el villano ó plebeyo de estos tiempos no se cree esclavo por servir á un hombre que lo considera superior á él por todos conceptos.

— En fin, sea de esto lo que quiera, lo que yo te puedo asegurar es, que los grandes de mi corte y los que viven en sus castillos te acatarán y respetarán como reina de Castilla.

— Oh! no, semejante posición me causa miedo, señor; yo seré vuestra esposa, puesto que así lo deseáis, para legitimar el hijo de nuestro amor, pero de ningún modo quiero ser reina.

— No puedo comprenderte; esposa mia sin ser reina me parece un imposible, María.

— No, no es un imposible; yo seré vuestra esposa porque puede ser secreta nuestra union; pero no me coloquéis con vos en el trono, porque sufriría mucho, se reirian de mí y me echarian en cara mi deshonor las mas envidiosas y mordaces: nada, señor, secreto puede ser nuestro casamiento y secreto nuestro modo de vivir... yo seré reina para vos, para nuestros criados, pero nada mas. — Concededme este favor si me amais, y no espongaís á la madre de vuestro hijo á que sea el ludibrio, la befa y el escarnio de esas orgullosas y envidiosas cortesanas, cuyas lenguas, llenas de veneno, hacen mas daño que el puñal de un asesino.

— Bien, María, si tu gusto y deseo es ese, cúmplase así; pero créete que tengo un verdadero sentimiento en que no se publique nuestra union.

— Y qué nos importa que el mundo lo sepa, si al fin no dirá mas que lo que se le antoje? Sépalo Dios y quien deba saberlo, y dejad lo demas.

— Sí, pero no se podrá legitimar nuestro hijo sin publicar nuestra union.

— Nuestro hijo tambien vivirá en secreto, hasta tanto que

tenga que hacer valer sus derechos al trono que hoy ocupais. — A qué esponerlo desde tan niño á las pasiones y vaivenes del mundo, y á los odios y rivalidades de vuestros hermanos y de sus partidarios?

— Teneis razon; vivirá ignorado de todos, y con eso será mayor la sorpresa que cause cuando se asiente en el trono de Castilla.

— Sí, esposo mio, ignorado de todos, para que el hijo de mis entrañas no sufra ni padezca por causa de los hombres.

— Cuán buena eres, amada mia! Oh! cada vez estoy mas contento por haberte elegido por mi eterna compañera, y cada vez mas pesaroso de haberte ofendido y faltado del modo tan cruel con que lo he hecho en esta de doloroso recuerdo.

— Ya todo ha pasado: olvidemos ahora y no vengan á turbar nuestra felicidad presente y futura recuerdos tristes y punzadores, recuerdos que aunque una quiera desechar, siempre dejan honda y profunda herida en el corazon: el mejor medio de que no vengan es no evocarlos, esposo mio.

— Sí, sí, tienes razon, no evocarlos y con eso no vendrán.

La lámpara, que tan opaca luz prestaba á los objetos, comenzó á chisporretear, como indicando que iba á morir. Don Pedro la miró y dijo á su amada con tierna solicitud:

— La lámpara se apaga; quieres que la mande encender de nuevo, ó que salgamos de este calabozo?

— Salir, salir de aqui, que demasiado tiempo hace que estamos. Ya tengo ganas de ver la clara luz del dia.

El monarca se acercó entonces á la puerta por donde habia entrado y la abrió de par en par. De la habitacion contigua penetró en el pequeño gabinete una ráfaga de luz que todo lo alumbró de pronto. María abandonó el lugar donde tan perfectamente habia hecho el papel de Zelima, y se acercó al rey. Don Pedro la miró con ternura y le dijo:

— Qué hermosa estás!

María se sonrió de satisfaccion y puso su hechicero ros-

tro para que el monarca le diera un beso. Don Pedro se apresuró á dárselo, y despues se dirigieron á las galerías del alcázar. El monarca queria acompañarla hasta dejarla en su habitacion. Cuando salieron á las galerías notaron ambos con extrañeza que el sol estaba en la mitad de su carrera.



PARTE TERCERA.

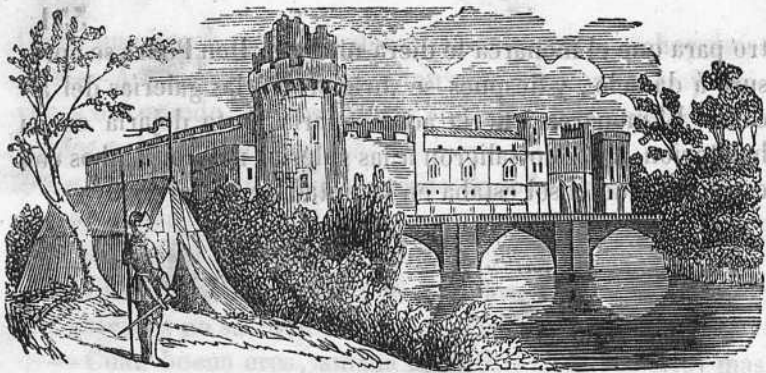


El como se habia de todo lo acontecido en el interregno que media desde el fin de la segunda parte hasta el principio de la tercera, y de como hay que dar algun salto para poder hablar en esta tercera y última parte de la historia del rey don Pedro.

El conde don Enrique y su amigo y partidario don Juan de Guzmán.

Los dos príncipes á esta tercera parte pertenecientes un interregno de mas de seis años, en cuyo tiempo nada notable habia ocurrido entre los principales protagonistas de nuestra historia, si bien tuvieron lugar ciertos grandes incidentes de guerra por su orden. El rey



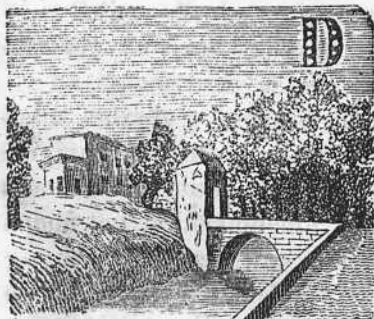


PARTE TERCERA.

LA BATALLA DE NÁJERA Y EL CASTILLO DE MONTIEL.

CAPITULO PRIMERO.

De como se habla de todo lo acaecido en el interregno que media desde el final de la segunda parte hasta el principio de la tercera, y de como hay que dar algun salto para poder hablar en esta tercera y última parte de la muerte del rey don Pedro y otra porcion de sucesos notables que tuvieron lugar.



DAMOS principio á esta tercera parte permitiéndonos un interregno de mas de seis años, en cuyo tiempo nada notable habia ocurrido entre los principales protagonistas de nuestra historia, si bien tuvieron lugar entre otros, grandes é infinitas desgracias que iremos anotando por su orden. El rey

don Pedro siguió amando con ciega pasión á la hermosa y desinteresada María de Padilla, que en dicho tiempo le dió á luz un hijo y dos hijas. El matrimonio concertado se verificó secretamente como deseaba María, segun afirman varios autores, asegurando otros muy positivamente que no tuvo motivos de arrepentirse la bella sevillana por haberse reconciliado con su amante despues de los sucesos que en el último capítulo dejamos dicho. Como la habia ofrecido, don Pedro no volvió á darle motivos de queja, y María de Padilla se complacia al ver á su esposo cada dia mas enamorado de ella y cada dia mas sujeto á su voluntad y albedrío. Zelima no habia vuelto á aparecer á los ojos de don Pedro, y aunque en realidad no se habia separado de la Padilla como esta habia dispuesto, para el crédulo monarca permanecia en el ignorado lugar adonde huyera por verse libre de sus asechanzas y persecuciones. Haffiz volvió por influencia de la Padilla al servicio del rey, y aun cuando este se presentaba siempre á don Pedro triste y taciturno por la repentina marcha de su amada, ni don Pedro nunca le habló del particular, ni él volvió á fingir mas sentimiento, porque casi era del todo inútil. Pero es lo cierto que Haffiz la veía y hablaba cuantas veces queria, y que Zelima vivia en extremo contenta y feliz al lado de su bienhechora la noble y generosa María.

El conde don Enrique y su amigo y partidario el de Ledesma se hallaban por este tiempo en Francia reclutando gente y formando un ejército para vengar no solo la ya casi olvidada muerte de doña Leonor, sino las recientes de don Fadrique, el gran maestre de Santiago, y la de la inocente doña Blanca de Borbon, envenenada por orden de su esposo el rey don Pedro. Hasta entonces no pudo Enrique de Trastámara conseguir formar el ejército que á la muerte de Blanca puso á su disposicion el cauteloso rey de Francia. Mas de doce años anduvo de corte en corte solicitando de varios soberanos la cooperacion para arrancar á su hermano

la corona que tan legítimamente poseía, con el pretesto de vengar la muerte de su madre la desgraciada doña Leonor. Todos los soberanos se negaban á semejante petición, unos porque temían á don Pedro, otros porque calificaban de descabellada y fuera de razón la pretensión del bastardo. Hasta el mismo rey de Francia, que tan eficaz ayuda le diera mas tarde, se negó al principio, tratando mal á don Enrique y desengañándole con palabras hasta cierto punto poco cortes. Bien es verdad que por entonces pidió don Pedro la mano de Blanca de Borbon, y á la Francia le convenia por todos conceptos semejante enlace mas que las promesas que Enrique hacia para cuando fuese rey de Castilla. Triste, y sin tener esperanzas que sus proposiciones fuesen admitidas en lo sucesivo, salió Enrique de Trastamara de la corte del monarca francés, resuelto y decidido á si el de Aragon le negaba tambien el auxilio que pretendia, ajustar paces con su hermano don Pedro por entonces, y desistir de su propósito en tanto que la suerte le favoreciese en mejor ocasion. El rey de Aragon tambien le negó el auxilio de tropas y dinero que le pedia, á pesar de ser gran enemigo de don Pedro: entonces Enrique de Trastamara, desengañado de los hombres y de sus falsas promesas, pasó al Portugal, en donde por influencia de la reina madre doña María pudo conseguir del rey don Pedro le admitiese en su servicio y estimacion. La alianza fue bien perecedera en verdad, porque no podian vivir mucho tiempo amigos el ambicioso Enrique y el cruel don Pedro. Enrique no podía querer de ningun modo al matador de su madre, ni don Pedro al hermano bastardo que con tanto empeño queria arrancar de sus augustas sienes la corona que tan legítimamente poseía, y que por ningun concepto podia corresponderle al hijo mayor de doña Leonor de Guzman. Asi es que el poco tiempo que duró la dicha alianza no se vieron los dos hermanos, á pesar de las repetidas instancias que el rey de Castilla hizo á su hermano para que fuera á verle á su alcázar de Sevilla.

Por el tiempo de que hablamos se verificó el casamiento del rey don Pedro con doña Blanca de Borbon, sobrina del monarca francés. Con gran pompa, aparato y lujo presentóse en la corte de Castilla la hija del duque de Borbon; pero don Pedro, que seguía en amores con María de Padilla, y que figurábase que la inocente Blanca había faltado á sus deberes de esposa, no solo la recibió con tibieza y frialdad, sino que la abandonó para siempre á los dos dias de que la jóven reina había llegado á la corte de Valladolid, en donde en vez de encontrar un trono y un esposo cariñoso, solo halló desprecio y dureza en don Pedro. La infeliz lloró amargamente su desventura, hasta que la Providencia derramó sobre su abatido corazon ese bálsamo salutar y benéfico que derrama sobre el que padece. Blanca de Borbon enjugó las lágrimas que la conducta de su esposo había hecho asomar á sus bellos é interesantes ojos, procuró tranquilizar su agitado pecho, y resignóse santamente á sobrellevar la vida tan desgraciada que tuvo. Poco tiempo gozó de libertad la repudiada esposa, porque temiendo don Pedro que huyese un dia á su patria, ó se quejase al rey de Francia del mal trato que recibia en Castilla, despues de haberla detenido como prisionera en el alcázar de Toledo, donde vivia sola y aislada sin tener un rostro amigo que la consolase, la sepultó para siempre en el castillo de Arévalo, donde un poco mas tarde un veneno mandado administrar por don Pedro cortó el hilo de su preciosa existencia.

Crueldad inaudita, atentado horroroso que solo un hombre como don Pedro podía ejecutar, porque dado caso que doña Blanca hubiese faltado á su esposo, como este suponía, qué facultades tenia don Pedro para haberla dado una muerte que fue el horror y espanto de la Europa toda?... si lo que suponía don Pedro hubiera sido cierto; si efectivamente Blanca de Borbon amó al gran maestre de Santiago faltando á sus deberes de esposa; por último, si don Pedro hubiese podido probar hasta la evidencia el delito de

que acusaba á su esposa, lo que debió hacer entonces, y lo que hubiera hecho cualquier persona menos cruel, hubiera sido devolver á su familia la esposa adúltera; pero el sanguinario monarca se habia engolfado de tal manera en la inmundada carrera del crimen y del asesinato, que solo derramando sangre, y sangre noble é ilustre, es como podia estar contento aquel monarca de tan feroces instintos. Sangre rebosa por todas partes este período del reinado del primer Pedro de Castilla!... la sangre se nos hiela en nuestras venas, paralizanase nuestras ideas, y la pluma no acierta á estampar en el papel los inauditos y horrendos crímenes que por entonces tuvieron lugar!

El enumerarlos uno por uno seria ocupar volúmenes enteros y affligir el corazon de nuestros lectores con tanta sangre derramada y con tantos asesinatos. Solo citaremos á los mas principales, con el objeto de poner al corriente á nuestros lectores en las causas y motivos que produjeron el desastroso fin del rey.

A poco de haber llegado á Castilla la reina doña Blanca y la comitiva de caballeros que de orden de don Pedro la acompañaban, fue asesinado villana y traidoramente en el alcázar de Sevilla su hermano el noble y generoso don Fadrique, gran maestre de los caballeros de Santiago. Castilla toda dió un grito de horror é indignacion al saber la muerte de tan leal y cumplido caballero; mil gritos de venganza resonaron por todas partes, y cien puños amenazadores se levantaron cerca del trono de don Pedro; pero este no solo se reía y burlaba de todo, sino que á la muerte de don Fadrique siguieron otras y otras tambien de personas ilustres y queridas, entre ellas la de su tia la reina viuda de Aragon, y la del hijo de esta señora el infante don Fernando, y la de la inocente y hermosa doña Blanca. Tantas muertes y tanto derramamiento de sangre inocente é ilustre produjo el efecto natural: por todos los ámbitos de Castilla resonó unánime el grito de venganza, la Europa entera combi-

naba el modo de arrojar del trono castellano al monstruo que lo ocupaba, y el padre comun de los fieles, horrorizado tambien con tantas crueldades, lanzaba uno tras otro terribles anatemas y escomuniones sobre la cabeza del indómito monarca. Horrorosa era la tormenta que se preparaba; todo era preparativos de guerra, y por todas partes no se oía mas que el estruendo de las armas; todos pedian á voz en grito la muerte de don Pedro; pero este, impávido y sereno como el hombre cuya conciencia está completamente limpia, contestaba con orgullo y altanería á los reyes sus compañeros, cuando estos le aconsejaban que variase de conducta si no queria perder el trono y la vida. No recibia por lo regular á los legados pontificios, y si alguna vez lo hacia, era para tratarlos con feas y descorteses palabras, ó para darles contestaciones tan imprudentes como indignas de un rey; al pueblo lo miraba con altivez y desprecio, y cuando le oía quejarse ó clamar contra los injustos y frecuentes asesinatos que cometia, se reía de semejantes clamores y seguia cometiendo otros tantos, como para darle á entender que nada ni nadie le haria variar de propósito. Para don Pedro no habia nada santo ni sagrado, á nadie respetaba ni de nadie hacia caso; para él no habia distincion de clases, gerarquias ni dignidades; lo mismo atropellaba al noble como al plebeyo, y asi mandaba ahorcar á un ladron porque habia robado una cosa de insignificante valor, como al prelado que se atrevia á decirle qué no cumpla con las reglas y preceptos que nuestra religion nos impone: reíase de los anatemas y entredichos con que el vicario de Jesucristo solia obsequiarle; burlábase á veces de la religion, como lo prueba el casamiento con tres mugeres á un tiempo, y cuando algun agorero ó nigromante le pronosticaba sucesos que no eran de su agrado, les hacia pasar los martirios mas horrorosos hasta que la muerte venia á hacerlos descansar por toda una eternidad.

A pesar de que á don Pedro le importaban muy poco los gritos y amenazas de su pueblo, á pesar de oír con despre-

cio el estruendo de las armas y las noticias que le daban sus cortesanos de una invasión estrangera en sus dominios, se sosprendió no poco cuando el bastardo de Trastamara traspuso la frontera de Francia con direccion á Castilla á la cabeza de un numeroso ejército mandado por famosos capitanes, como Beltran Claquin, ó Duguesclin por otro nombre, el mas valiente y lucido capitan de su siglo, condestable de Francia y de tan reconocida reputacion, que no habia nacion ni hombre célebre que no admirase las buenas prendas que adornaban al valeroso Beltran. Contábase tambien entre los capitanes á los hermanos del rey don Sancho y don Tello, y al denodado cuanto caballeroso conde de Ledesma. Seguian al numeroso ejército de bretones franceses y castellanos varias compañías de vandidos de las muchas que infestaban á la Francia por entonces, mandadas por Hugo de Caberlay y otros capitanes de este jaez, gente desalmada y ruin, pero en extremo valientes y esforzados cuando la paga era buena y abundante. Con ejército tan brillante y lucido se presentó en la frontera Enrique de Trastamara, para vengar la muerte de su madre y hermano en su nombre, y en nombre de la Francia la muerte dada á la interesante doña Blanca de Borbon.

A fin de no omitir nada, y para que nuestros lectores no nos califiquen de olvidadizos, diremos algo acerca de la reina doña María: á los siete ú ocho años de haberse retirado á la corte de Portugal falleció la reina victima de los remordimientos que la devoraban y horrorizada de las crueldades de su hijo. Muchos autores afirman y los completos detractores de don Pedro aseguran muy positivamente que la reina doña María, la orgullosa y altanera viuda de Alonso XI de Castilla, habia sido victima tambien de un veneno igual al que privó de la vida en el castillo de Arévalo á la sobrina del rey de Francia doña Blanca de Borbon. Nosotros no podemos dar crédito á semejante opinion, y mas bien creemos que doña María fue victima de los remordimientos

que tan continuamente la mortificaban, porque si bien es verdad que don Pedro era cruel y sanguinario y á veces tenía instintos tan feroces como el tigre mas furioso, si bien es verdad que para él no habia distincion de clases, si asesinó á su tia y á sus hermanos, lo que es el abominable crimen de parricida no lo cometió, porque crimen tan horrendo y terrible no es posible lo cometa ninguna persona, por muy malos instintos y sentimientos que abrigue en su corazón: Parricida!... palabra espantosa que hace erizar el cabello, que impide la circulacion de la sangre, y que llena de terror y pavor! Parricida!... palabra terrible que debia borrarse y olvidarse para siempre, porque no tiene aplicacion en ningun pais ni en ningun idioma. Si, palabra sin significado, porque no hay parricidas, imposible, no existen por mas que digan: ningun hijo tiene valor á levantar el puñal contra su padre, y aunque lo intentara no podria dar el golpe, porque se lo impediria una voz interior, una fuerza irresistible; la naturaleza, el mismo Dios enervaria su brazo para que el mundo no se escandalizase con la perpetracion de crimen tan horrendo, de crimen tan espantoso. No, no hay parricidas ni puede haberlos; la culta Grecia así lo creía, y por eso en sus leyes no habia castigo para el parricida; así lo creía en sus primeros tiempos la república de Roma, y si por una aberracion de la naturaleza caía en manos de los tribunales algun parricida, no solo se consideraba un aborto del infierno ó un monstruo horrible, pues servia de befa y de escarnio, sino que se inventaban los martirios mayores y las muertes mas crueles y penosas en castigo del inconcebible crimen que habia cometido. En otros paises y en otras edades solian despues de martirizarlos meterlos en unos sacos llenos de monos y loros y así los arrojaban al mar, donde ademas de luchar con las fatigas del ahogado, sufrían los mordiscos y picotazos de aquellos furiosos animales, que como él luchaban con la muerte. Esta no podia ser mas horrorosa y terrible; pero aunque se inventaran los mayores martirios nada basta-

ria ni nada es suficiente para castigar un crimen que la sociedad y la naturaleza misma rechazan con asombro é indignacion. Y como no existen los parricidas, por eso don Pedro no lo pudo ser; de manera que semejante opinion ha sido rechazada por todos, siendo nosotros los primeros en rechazarla tambien y los primeros en creer que esa opinion fue una voz inventada por los partidarios de don Enrique para pintar las crueldades de don Pedro con tintas mas negras y tenebrosas, para hacerlo mas odioso que lo que era á los ojos de Castilla y de la Europa entera, y para que la usurpacion que iba á hacer de una corona que por ningun concepto le correspondia, fuese mas tolerada por los castellanos, que no veian en don Enrique mas que á un bastardo sin derechos ningunos absolutamente al trono de Wamba y de Pelayo.

Esta es nuestra opinion, y en nuestro concepto opinion que no carece de fundamento. De todos modos negamos que don Pedro fuese el matador de su madre; no somos partidarios suyos porque la justicia y la razon se oponen á ello; pero somos justos é imparciales, y por lo mismo confesamos que asi como su alma estaba corrompida y era cruel y de sanguinarios instintos, somos tambien los primeros en confesar que con las buenas cualidades que le adornaban y con otra educacion muy distinta á la que le diera su madre, la vengativa doña Maria, hubiera sido uno de los reyes mas grandes de su época, y hubiera hecho asimismo la felicidad de esta pobre Castilla, tantas veces víctima de su tiranía; pero su mala educacion, los torcidos consejos que recibiera cuando niño y su carácter irascible y sanguinario, carácter nunca reprimido, le convirtieron en tirano de su patria y en verdugo de sí mismo.





CAPITULO II.

De cómo se habla del castillo de Montalván y de cierto despenadero que tiene, llamado el despenadero de la Mora.



Dono viajero que abandonando las tortuosas calles de la imperial Toledo, y que tomando la margen izquierda del Tajo caudaloso y murmurador y río que los antiguos conocían con el elegante y poético nombre del de las Arenas de Oro, y que á unas siete leguas de la capital de los godos y separándose del Tajo á dicha distancia como una media legua hácia el arroyo de Torcón, debe necesariamente de hallar en su camino el famoso castillo de Montalván, célebre en la historia en tiempo de los sarracenos, y cuando los Templarios lo poseían agre-

gado á su quinta bailía llamada Melque, y célebre tambien cuando pasó á poder de los reyes de Castilla, porque en él estuvo don Pedro largas temporadas en compañía de su favorita Maria de Padilla, y porque en él se refugió don Juan II huyendo de aquella sedicion en que su vida peligró mas de lo que él pensara.

La fundacion del castillo de Montalvan se pierde en la oscura é impenetrable noche de los tiempos; créese sin embargo que los moros construyeron tan formidable fortaleza para que sirviera de atalaya ó defensa á la multitud de pueblos que por aquella parte riega el Tajo con sus puras y cristalinas aguas; y aunque se le atribuye á los hijos del Africa la fundacion de tan admirable y magnífico edificio, su arquitectura no es árabe sin embargo, ni árabes los gigantescos y atrevidos arcos que daban entrada á la gran plaza de armas del castillo. Opiniones hay de que los Templarios si no lo construyeron lo rehicieron del todo, pero nada tiene absolutamente de la arquitectura bizantina, que por entonces estaba muy en uso. Sea de esto lo que quiera, el resultado es que en la época en que don Pedro regia los destinos de Castilla, era la fortaleza de Montalvan una de las mas grandes é importantes que la corona de dicho reino poseía en España, no solo por ser inespugnable y de indestructible materia, sino por la estension que ocupaba, por la elevacion de sus murallas, por la gigantesca altura de sus arcos y torreones, y por la riqueza que encerraba en las habitaciones destinadas para los reyes.

El nombre de Montalvan lo recibe por hallarse situado en dicho término, y porque inmediatos á él se hallan el pueblo de San Martin de Montalvan y la Puebla del mismo nombre, cuyo señorío tenia el famoso cuanto desgraciado don Alvaro de Luna, á quien en la época de su favoritismo regaló don Juan el segundo el castillo de Montalvan, que hoy pertenece á la ilustre casa de los duques de Frias, descendientes del condestable don Alvaro.

Sobre una eminencia de escarpadas peñas, de salientes y desnudos riscos, de espantosos derrumbaderos y terribles precipicios, elévase grave, imponente, magestuosa y amenazadora una inmensa mole de piedra tan grande como un pueblo: sus murallas de desmesurada altura, tan gruesas y espesas como la de los muros que defendieron á la antigua Troya, son tan negruzcas y sombrías como la de las sinagogas: altas y formidables sus torres, colosales sus arcos, y grandes y espaciosos sus terraplenes. Esta inmensa mole de tan formidable aspecto, este colosal gigante que se enseña orgulloso cerca de una cordillera de montes de cimas tan altas y atrevidas como las cruces y agujas en que terminan sus torres, este vigía formidable de ceñudo aspecto, pero de imponente y grave presencia, es el grandioso castillo de Montalvan, adonde trasladaremos á nuestros lectores para que presencien escenas todas verídicas y ciertas, y con las cuales comenzará á concluirse el argumento de nuestra mal pergeñada historia.

Defiéndele por la parte del mediodía, adonde da la entrada principal del castillo, un ancho foso lleno de sucias y turbulentas aguas, altos muros y fuerte barbacana; el sol naciente hiere todo el día los vidrios de las ventanas y las armas de los soldados que se pasean por la muralla con vigilante atención. Como hemos dicho al principio, elévase el castillo sobre escarpadas peñas y piedra viva que le sirve de cimiento, rodéanle por todos lados anchos é interminables precipicios llenos de madroños y mil plantas silvestres cuyas raíces estan en el corazon de las piedras; pasa por la parte del poniente y por el fondo del precipicio un arroyo llamado Torcon, bullicioso, bramador é inquieto, porque los enormes picos de las piedras del fondo le interrumpen á cada paso la precipitada marcha de sus aguas, aguas que ningun ser viviente ha podido tocar por aquella parte. Pero si maravilloso es aquel sitio, que infunde pavora y admiracion aun tiempo, no lo es menos el magnifico y grandioso

panorama de que se goza colocado en la muralla que domina el precipicio, llamado hace cinco siglos por todas las generaciones el despeñadero de la Mora, panorama tan admirable y sorprendente que el alma se eleva, espánciase el corazon y quédase absorto el entendimiento, porque allí se ve á Dios tan grande, tan poderoso y tan magnánimo como lo es realmente: no se ve allí una naturaleza riente y artificiosa, no; allí se ve á la naturaleza agreste y con sus galas naturales: el cielo azul y trasparente como si fuera de cristal, vése interrumpido por los altos picos y elevadas cimas de los montes; estos son completamente verdes, con lugares á veces tan oscuros que no parece sino que la noche los ha envuelto en sus densas y lúgrubas tinieblas; verdes son tambien los prados, pero de verde tan claro, que mas que la esmeralda aseméjase al verde de los mares; tan estensa alfombra, salpicada aquí y allí con la blanca campanilla y la encarnada amapola, está llena de multitud de pueblos mas ó menos ricos, que vistos desde la fortaleza parecen otras tantas flores que decoran y matizan tan vasta alfombra.

Hoy solo quedan del castillo de Montalvan las murallas que lo defendieron y un torreón con indicios de habitaciones, en tal estado de deterioro, que difícilmente se puede congeturar lo que aquello sería. El foso se halla completamente cegado, destruidos los puentes y tapiado uno de los dos magnificos arcos que daban entrada á la espaciosa plaza de armas, llena de ruinas é indicio de lo que aquello fue. Y á pesar que la mano destructible del tiempo todo lo acaba y confunde no ha podido cebarse todavía, sin embargo del abandono en que yace por espacio de tantos siglos, ni destruir las murallas y barbacanas que rodean el castillo. Esto es lo único que queda de tan inmenso edificio, pero de tal manera conservado que se ve tal como sería en sus primeros tiempos, si se esceptúan algunas piedras que recios huracanes han conseguido arrancar de la superficie del muro que da al despeñadero, arrojándolas con espantosa furia por él, y de

piedra en piedra y de risco en risco hasta que Torcon las recibia en su seno.

Consérvanse asimismo intactos varios subterráneos de abovedada techumbre, mazmorras y calabozos con paredes tan lustrosas, charoladas y tersas como el marmol, y la famosa mina que surtia de agua al castillo y al foso que defendia la parte principal. Concluiremos diciendo que toda persona que viaje por la provincia de Toledo, y mas principalmente los que desde dicha ciudad se dirijan á Talavera de la Reina, procuren visitar el castillo de Montalvan si quieren gozar un momento de la vista de tan formidable gigante, obra que parece de todo punto imposible hayan podido hacer los hombres.

Era una magnífica tarde del mes de julio de 1563, el sol acababa de esconderse con sus ardientes y dorados rayos por entre los montes que hay á la falda de Montalvan, y á medida que los rayos del sol dejaban de reflejar en las sonrosadas nubes que lo rodeaban, avanzaban por la parte opuesta del poniente con paso mesurado y tardío las negras sombras de la noche, amenazando envolver en su tenaz oscuridad al castillo, á la sazón residencia de don Pedro, y á cuantos pueblos le rodeaban; sin embargo el crepúsculo todavía daba bastante luz para que los objetos del castillo de Montalvan se distinguiesen perfectamente: por las murallas y barbacanas veíanse pasear á los soldados que estaban de facción, con sus alabardas y ballestas. Los puentes se habian levantado á la postura del sol, cerradas estaban las puertas y rastrillos, viéndose solo abiertas algunas ventanas de las habitaciones, sin duda porque las personas que en ellas estaban deseaban gozar del agradable ambiente que en parages tan puros se disfruta en las tardes del estío.

Completamente desierta estaba la plaza de armas de la fortaleza, si se exceptúa algun que otro soldado que se dirigia á las murallas, bien para dar alguna noticia del gefe de las tropas, ó bien para relevar algun compañero cuya hora de

centinela ya se había concluido. Pero á fuer de exactos cronistas diremos que en un extremo de la plaza, y ocultos por uno de los torreones angulares, se paseaban dos hombres hablando tan en secreto, que imposible sería oír lo que hablaban aunque para ello nos propusieramos seguirlos. El uno era un hombre de unos treinta años próximamente, de rostro simpático y bello, aunque su mirar era torbo y desconfiado; lacio y espeso bigote adornaba la parte superior de su boca, y su cabello lacio también bajaba en forma de rizado bucle hasta tocar el pequeño cuello de su riquísima camisola. Su talle era airoso y desembarazado, y su presencia grave, noble y magestuosa aun tiempo: vestía una túnica de floreada tela de seda, calzas justas y listadas con zapatos de aguda punta: llevaba pendiente de su cuello magnífica cadena de oro, de la que pendía un medallón del mismo metal guarnecido de riquísimas y abultadas perlas, y en cuyo centro campeaba con gracia la roja cruz de los caballeros de Santiago. Tachonado cinto rodeaba su cintura, y gracioso birrete de terciopelo azul con pluma blanca cubría su cabeza. El que le acompañaba tendría próximamente la misma edad que el caballero: su rostro era también bello y simpático; moreno era su color, negros y grandes sus ojos, afilada su nariz, delgados sus labios, y fino y lustroso su pequeño bigote; á pesar de un conjunto tan bello había en su rostro cierto aire de amargura y de desconfianza, que le hacían mirar las cosas con astucia y recelo. Su estatura era regular, y su porte noble y airoso también. Adornaba su cabeza el abultado turbante que usan los hijos del imperio de la media luna; de sus hombros pendía largo y ancho albornoz de blanco casimir, todo bordado de blanco también.

El caballero castellano dijo en voz baja, para no ser oído por nadie:--Dime, Haffiz, has hecho el encargo que te hice ayer?

—No puedo contestarte, magnánimo señor, porque absolutamente me acuerdo lo que fue.

— Poder de Dios! Será posible que te se haya olvidado, bellaco?

— Perdon!...

— Todo lo compones con inclinar la cabeza y poner el rostro compungido: no te dije que vieras á María de Padilla y la noticiaras que me veo obligado por ahora á abandonar el castillo de Moltalvan?

— Ah! sí señor, es verdad. Vi á María de Padilla.

— Y le dijiste que me veía precisado á abandonar este delicioso castillo, donde tanto hemos gozado, y donde tan felices hemos sido?

— Todo se le dije, señor.

— Oh! cuéntamelo todo, mi querido Haffiz.

— María de Padilla oyó la nueva con rostro al parecer tranquilo, y me contestó con su gracia y amabilidad acostumbrada: — «Bien, amigo; quedo enterada de vuestra comision... Yo veré al rey esta noche.»

— Y nada mas te dijo?

— Nada mas, contestó el moro inclinándose respetuosamente.

— Cuándo la viste?

— Hoy, en la hora que tu Alteza te hacias servir las viandas de tu comida.

Don Pedro se quedó un momento pensativo; miró cuanto le rodeaba con tristeza, y exclamó con impetuoso arranque:

— Maldicion! Siempre ha de venir ese hermano odioso y bastardo á turbar la paz y el sosiego de mi vida cuando mas feliz y contento vivo al lado de los únicos seres á quienes adoro en esta tierra maldita, en este mundo aborrecible. — Oh! yo le juro á Enrique de Trastamara que si llevo á avisarle en los campos de Alfaro no ha de volver á molestar-me mas!

Y volviéndose á Haffiz, le dijo con mas tranquilidad y sosiego:

— Con que te dijo María de Padilla que esta noche me vería?

— Eso me dijo, señor.

— Infeliz! cree que la salida de Montalvan es capricho y no necesidad, y quiere verme para decirme sin duda que no la abandone. Que me vea, si, que me vea esta noche, porque ardo en deseos de referirle cuanto me sucede. — Anda, Haffiz, vé, y dile de mi parte que tan luego como los ministros y dignidades de mi corte y casa hayan despachado conmigo las letras y negocios del día, venga á verme sin falta ninguna, porque mas que ella deseo esa entrevista.

El moro se inclinó en señal de obediencia al oír las palabras de don Pedro, y permaneció inmóvil á su lado.

Don Pedro le miró con iracundo semblante, y le dijo lleno de enojo y de exaltacion:

— Qué haces, bellaco? Por qué no partes á ejecutar mis órdenes?

Haffiz se atrevió á decir con humildad:

— Me mandaba tu Alteza que fuese en seguida?

— En seguida, contestó el monarca con acritud.

— Y os quedareis aqui vos?

— Sí, aqui me quedo; necesito aspirar el ambiente puro que en este parage reina.

El moro se puso descolorido de repente, y mirando á don Pedro con desconfianza le dijo:

— Oh! pues haceis muy mal, señor... Tu Alteza cree que este sitio es sano á la hora de los crepúsculos, y te engañas miserablemente.

— Y por qué?

— Porque las emanaciones que despiden el arroyo Torcón producen terribles calenturas de difícil curacion: los soldados de esta guarnicion cuando estan de servicio á esas horas y por este lado, caen enfermos con tanta frecuencia, que todos los dias hay considerable baja de ellos. Por lo tanto, os suplico, señor, que no hagais semejante desatino, y que os

retireis á vuestras habitaciones, ya que la noche se acerca con sus sombras.

—Sí, pienso retirarme, amigo Haffiz; pero tú marcha á decir á Maria de Padilla que la espero esta noche. El moro no pudo ni tuvo que replicar; se inclinó con respeto ante el rey, y bien pronto desapareció de su presencia. Una idea terrible atormentaba por entonces al desconfiado corazón del hijo del Arraez de Málaga. Su amante Zelima abandonaba todas las noches su escondida y apartada habitación, y paseaba con él en la plaza de armas del castillo, en hora en que ya no se veía alma viviente. El celoso Haffiz se había figurado, al ver la tenaz resistencia del rey por quedarse en la plaza, que había descubierto don Pedro que Zelima vivía en el castillo, y que paseaba todas las noches por dicha plaza después que la campana del vigia daba el toque de oraciones. Convencido el moro de que el rey todo lo sabía, no pudo menos de figurarse que don Pedro se quedaba en la plaza para esperar la hora en que Zelima salía á pasear y á respirar el aire libre. El desconfiado Haffiz, lejos de ir á avisar á Maria de Padilla que el rey le esperaba en sus habitaciones aquella misma noche, lejos de obedecer los mandatos del rey, se deslizó callada y cautelosamente por la escalera que había comenzado á subir á presencia de don Pedro, y se le colocó en parage donde sin ser visto podría ver lo que pasase entre don Pedro y su amada. El hijo del último Arraez de Málaga estaba firmemente resuelto á vengarse una vez de don Pedro, si este, indignado y furioso al descubrir que se le había engañado, cometía con Zelima alguno de sus violentos arranques. Muy ageno estaba el rey de que Zelima no solo viviera con ellos en el castillo de Montalván, sino hasta que existía. Así es que como su objeto al quedarse en la plaza de armas era estar un momento con tranquilidad pensando en su situación lejos de sus aduladores, cortesanos, paseaba con

descuido é indiferencia, y sin parar la atencion en ningun lado ni en ninguna parte.

No dejó de llamar la atencion del moro ver al rey en aquella situacion, porque si don Pedro hubiera sabido que Zelima iba á llegar de un momento á otro, se hubiera escondido para sorprenderla cuando mas descuidada estuviese. Esta reflexion hizo al moro conocer que don Pedro ignoraba lo que en un principio creyó sabia á punto fijo. Haffiz se decidió á abandonar su escondite para decir á Zelima que no saliese aquella noche á dar su acostumbrado paseo, si no queria esponerse á ser vista por don Pedro. Pero ya era tarde; apenas el moro habia dejado el sitio que le ocultara á los ojos del rey, cuando se apareció en la plaza de armas una sombra blanca, que se dirigia pausadamente hácia el sitio por donde don Pedro paseaba. Haffiz dió un grito de desesperacion y volvió á su escondite, en tanto que la sombra, que no era otra que Zelima, caminaba descuidada sin advertir que un hombre la acechaba á pocos pasos de distancia. Como puede inferirse, este hombre era don Pedro, que al ver aparecer una sombra blanca graciosa y aérea como las visiones de un ensueño, se ocultó tambien con el fin de que su presencia no fuera la causa de una repentina huida por parte de la hermosa desconocida, á quien el rey ni habia conocido, ni conoció en mucho tiempo despues. Pero así que estuvo mas cerca la sombra, reconoció en ella á Zelima, á la ingrata jóven que tanto habia amado, encendiéndose nuevamente su volcánico corazon en el mismo amor que la tuvo, amor apagado en la apariencia, pero vivo siempre en su veleidoso y volatario corazon. Todo lo olvidó el rey á la vista de la jóven mora; los peligros que le amenazaban tan de cerca; la memoria de María de Padilla, y la necesidad que tenia de abandonar aquella misma noche el castillo de Montalvan, todo lo habia olvidado, porque la presencia de Zelima habia vuelto á despertar en él los mismos ardientes é inmundos

destos que le devoraban despues de haberla conocido. Nada veía ni conocia el monarca castellano: un terrible acceso de luxuria se habia apoderado de él, embargándole todos los sentidos.

Zelima paseaba tranquila y descuidada, esperando que su amante llegase; cuando de pronto vió á un hombre hincado de rodillas á sus pies que la llamaba sin cesar. La jóven retrocedió asustada, y aunque su intencion era gritar para pedir socorro, la voz se la anudó en la garganta, miró á todos lados llena de miedo y espanto, pudiendo decir al cabo con voz débil y temblorosa:

— ¿Quién sois?

— Un hombre que os ama mas que á su vida, contestó el rey tendiendo sus brazos hácia la hermosa.

— No os conozco, repuso esta, y por lo tanto quisiera que me dejárais libre el paso.

— No me conoces, Zelima?

— No, volvió á decir la jóven.

— Pues qué, se ha desfigurado de tal manera mi rostro en los años que no nos vemos, que no has podido reconocer mis facciones? no puede ser, Zelima; tú me has conocido, y quieres negarlo.

— No os conozco, caballero; pero cómo os llamais?

— Mi nombre es conocido tanto por toda Castilla, como lo es el de Dios por los cristianos: Pedro me llaman, y Pedro me habeis llamado vos tambien.

— Luego sois el rey de Castilla?

— Sí, soy el rey; y si me amas, si correspondes al amor que aun no se ha extinguido en mi pecho desde que te conocí en el alcázar, te daré un trono y una corona, y se postrarán ante tí todos los hombres y mugeres que se llaman mis vasallos.

Zelima retrocedió esclamando:

— Dios mio!... socorro, socorro!

— Huis de mí todavia, Zelima?

— Sí, huyo de vos, porque me causais tanto horror hoy como cuando os conocí.

— Con que me odiáis todavía?

— No solamente os odio ahora, sino que os odiaré eternamente.

— Infeliz! me da compasión el oírlo: si vos me odiáis, yo os amo con loca y frenética pasión; si me maldecís, yo os bendigo; y si os negáis á ser mía de buen grado, contad con que lo sereis á la fuerza.

— Oh! nunca, nunca!... antes la muerte.

— Si, mia á la fuerza, porque necesito poseerte á toda costa, necesito apagar esta llama horrible y abrasadora que tu presencia ha vuelto á encender en mi pecho: si, y lo serás, ya que la fortuna te ha puesto en mis brazos en parage donde no serán oídos tus gritos, y donde yo podré ver cumplidos mis deseos tranquila y sosegadamente.

— Ah! sois un monstruo!...

— Llamadme lo que querais, insultadme si quereis, que tanto adelantareis con lágrimas como con amenazas. Resuelto estoy á poseeros esta noche, y no habrá poder en el cielo ni en la tierra que me haga desistir de mi propósito.

— Callad, infame blasfemo, que todavía puede desprenderse de ese cielo á quien desafiáis un rayo que os aniquile y confunda, en justo castigo de vuestros horrorosos crímenes; y si creéis que he de ser vuestra esta noche, os engañais miserablemente, porque antes haré que se apodere de mí el frío de la muerte.

— Y cómo hareis semejante milagro, hermosa Zelima, si yo no os pienso dejar un momento?

La amante de Haffiz habia resuelto en su interior darse la muerte antes que sucumbir á los terribles y asquerosos deseos del monarca. La jóven miró á este con desprecio y altanería á un tiempo, diciendo con énfasis y magestad:

— Paso, rey de Castilla.

Don Pedro se sonrió malignamente, y repuso con ironía:

—Valiente estais, bellísima Zelima. —Paso volvió á decir la jóven. —Os he dicho que estoy resuelto á poseeros esta noche, y el dejaros libre el paso sería una necedad y una imprudencia por mi parte.

Zelima no contestó, solo señalando sus preciosos ojos al cielo, lanzó un rayo tan sentido como lastimero.

Don Pedro la miró con su acostumbrada burlona sonrisa, y le dijo entre gozoso é irónico:

—Suspirais, bella Zelima?

—Sí, contestó la jóven con los ojos arrasados en lágrimas.

—Tanto padeceis?

—Nada padezco, pero suspiro al considerar mi suerte triste y desgraciada... está sin duda escrito y decretado que yo no he de ser feliz; que vos habiais del ser el demonio de mi vida, y que para verme libre de vuestras asechanzas habia de recurrir al suicidio, como único medio de salvacion. Cómo ha de ser! cúmplase el destino, que Dios en su infinita misericordia, y apiadado de mis sufrimientos, tendrá piedad de mí...

—Y sin embargo de todo, teneis el remedio en vuestra mano.

—De qué modo?

—Accediendo de buen grado á mis deseos.

—Oh! no, nunca! si temiera la muerte, tal vez lo hiciera; pero como no la temo, prefiero la muerte á la deshonoración.

—Con que estais decidida á no corresponder á mi amor?

—Sí, decidida, y decidida á defenderme si vos quereis arrancarme á la fuerza lo que mas vale en la muger.

—Y cómo os defendereis, infeliz, si vuestras fuerzas comparadas con las mías son iguales á las de la tímida paloma con las del fiero gavilán?

—Yo sacaré fuerzas de flaqueza y me defenderé hasta el último momento, y cuando vea que vais á triunfar de mi inocencia y de mi debilidad pondré fin á mis dias, á fin de que

no tengais en vuestros brazos otra cosa que un frío y yerto cadáver. Pero no, no habrá necesidad de eso; vos seréis noble y generoso alguna vez, y no solo me dejareis libre ahora, sino que desistireis para siempre de vuestro propósito. Es verdad que sucederá así, señor? Es verdad que dejareis á esta infeliz, hártó desgraciada con lo que ha sufrido? Oh! sí, tened compasion de mí, sed generoso y magnánimo, cualidades que tanto favorecen á un rey; dejadme libre para siempre y cesará el odio que hoy os tengo, dejadme vivir en paz y tranquilidad, y en agradecimiento á tamañó favor regaré constantemente al cielo por vuestra felicidad y para que aleje de Castilla la terrible tormenta que muy pronto comenzará á rugir sobre vuestra cabeza. Decidme que me dejáis libre, y me arrojaré á vuestros pies y besaré la huella que dejeis impresa en la tierra; decidme que no volveréis á molestarme con esas palabras que os dicta vuestro deseo, palabras que ofenden muy mucho al casto oído de una virgen; decídmelo, señor, y los bendeciré sin cesar, os amaré como á un hermano, ya que como amante me es de todo punto imposible que lo haga.

Con qué decis que de ningún modo me amaréis? —

— De ningún modo, señor, ya lo habeis oido.

— Siempre habeis de ser tan tenaz é inexorable! —

Zelima se encogió de hombros con la mayor indiferencia y guardó el más profundo silencio. Don Pedro la miró con rabia, y dando á su rostro cierto aspecto de ferocidad que indicaba la exaltacion de su ánimo, repuso con tono y maneras algo descompuestas:

— Oh! pues si vos sois tenaz é inexorable, vive Dios que tambien lo he de ser yo! Si vos os empeñais de un modo tan absoluto á no acceder á mis deseos, yo tambien me niego de la misma manera á negaros los vuestros. El destino nos ha unido desde un principio, Zelima; el destino decretó que habiais de ser mia, y tarde ó temprano se cumplen los decretos de ese agente tan directo de nuestra suerte. Y como todavía

no se ha llevado á cabo su Providencia, yo me encargaré de efectuarla esta noche en la plaza misma del castillo de Montalván.

— ¡A pesar de que os escucho con inesplicable horror, siento hacia vos, rey de Castilla, un desprecio tan grande, que convertiría en burlas si mi alma no se hallase poseída en este momento del mas intenso y agudo dolor; no porque me vea próxima al peligro, ni porque tema la muerte, sino porque me acuerdo de mi amante, de ese Haffiz querido, tan digno por todos conceptos del amor tan grande y puro que le profeso.

— Poco me importa ese amor, y poco me importan tambien vuestros sufrimientos: esta noche, ¡ahora! mismo voy á ser mia, porque me ahoga el deseo, porque necesito apagar esta llama voraz y terrible que con incansable afán me quema el corazón y la cabeza. Voy á ser mia, porque tiene que cumplirse tu destino, y porque no es justo que yo desaire al demonio despues que me ha hecho el obsequio de ponerte en mis manos. Zelima, la noche ha cubierto con su negro manto al castillo de Montalván y al horizonte que le rodea, y la luna oculta entre un celage de parduscas hubes, nos priva de su luz para que tu pudor no se resienta tanto. Ha llegado la hora: prepárate á satisfacer los deseos del hombre que mas te adora en el mundo.

— ¡Piedad!

— No hay piedad: tú tampoco la has tenido de mí.

— ¡Con que no hay remedio?

— Ninguno.

— ¡Dios mío! misericordia, misericordia!... exclamó la bella Zelima cayendo casi sin fuerzas sobre sus débiles rodillas y alzando al cielo sus blancos y ebúrneos brazos en señal de súplica.

— Al verla don Pedro en postura tan patética é interesante, y conociendo que sus fuerzas se enervaban por momentos, se acercó á ella con continente mesurado, y despues de

dirigirle dos ó tres palabras amorosas, palabras que la triste situación de Zelima no le permitía escuchar; estampó dos ó tres besos en los finisimos y delgados labios de la jóven con gran complacencia y contento. Zelima tembló de pies á cabeza como si un insecto venenoso hubiese inoculado en su fina epidermis el veneno de que están henchidos. Miró á don Pedro como demandándole gracia, y despues de lanzar un leve quejido, tan débil como el último de un moribundo, inclinó la cabeza sobre su pecho y permaneció así sin hacer caso de las caricias y galanteos de don Pedro. De pronto varió la escena: el rey sintió ruido de pasos y se levantó incomodado para ver quién era el que osaba interrumpirle en tan deliciosa situación. Nada vió ni nada pudo ver, porque era Haffiz, que había salido de su escondite cautelosamente para esconderse en otro desde donde pudiera oir mejor lo que pasaba. Y como Zelima se vió libre de los brazos de don Pedro, y este un poco distante de ella, se levantó precipitadamente con direccion á la muralla del poniente. Oh! fatalidad! cuando el monarca castellano quiso acordar ya estaba la jóven Zelima sobre la muralla que domina el terrible despeñadero de que hemos hablado al principio de este capítulo. Don Pedro dió un grito de horror y de espanto, y con la velocidad del meteoro corrió á la muralla para evitar que la jóven cometiese el proyecto que meditaba. Al ver Zelima á don Pedro tan cerca de sí dió un grito horrible, que resonó en el corazón del desesperado Haffiz como la voz de la verdad en la tumba, y subiéndose sobre el pretil que servia de antepecho á la muralla, inclinó todo su cuerpo resuelta á caer en el profundo abismo que se extendía á sus plantas.

El monarca se apresuró á contenerla, y con brazo fuerte y vigoroso impidió por entonces de que la bella Zelima fuese victima de los salientes picos y escarpadas breñas del precipicio: sujetóla por el flexible traje que la cubría, y le dijo entre sorprendido y lleno de indignacion:

— Qué ibais á hacer, infeliz!

— Ya lo veis! contestó la jóven con la mayor sangre fria.

— Y tienes valor para darte una muerte tan terrible?

— Si.

— No te arredra la profundidad de ese abismo, esas peñas que tiene á uno y otro lado, y ese arroyo que en su fondo murmura sin cesar?

— No. Todo lo prefiero á veros tan impúdico y audaz. Mas horror me causa vuestra presencia que todo cuanto habeis dicho: prefiero dejar mis carnes entre esas duras breñas, que mi honor y honra en vuestras manos; y por último, os dije que preferia la muerte á la deshonra, y estoy resuelta á sacrificarme.

— Imposible! tú eres demasiado jóven y hermosa para morir tan pronto.

— Pero soy tambien demasiado desgraciada para poder vivir!

— Oh! si pues! vivirás, y vivirás feliz.

— No hago caso de vuestras promesas, ni debo fiarme de vos tampoco, porque teneis hasta la mala propiedad de ser falaz, perjuro y embustero: jamas cumplís lo que ofreceis, ni al ofrecerlo teneis ánimo de cumplirlo: por lo tanto, ya que no sois tan noble y generoso como para dejarme en paz y vivir tranquila con mi amante, dejad que ponga fin á una existencia que no tengo fuerzas para sobrellevar con vuestras persecuciones.

— No, Zelima, no pongas fin á una existencia para mí tan preciosa: vive, y vive para amarme.

— Delirais? exclamó la jóven riéndose como una loca: con que os estoy diciendo que os odio y aborrezco, y que voy á poner fin á mis dias por verme libre de vos, y quereis que viva para que os ame? callad, infeliz!

— Pues entonces cúmplase tu destino, dijo don Pedro dejando libre á la jóven: ya que no seas mia, que tampoco seas de nadie; pero no, yo no puedo consentir que te des una

muerte tan cruel siendo tan jóven y hermosa: no morirás, porque tengo bastantes fuerzas para impedir que te lances á ese infierno, y porque llamaré á mis soldados y te libraremos todos, conduciéndote á parage seguro donde no podrás efectuar esa maldita idea de suicidio que tan preocupada te trae.

—Qué horror! yo en vuestro poder!... no lo permita el cielo; á pesar que os engañais miserablemente, vuestras fuerzas de nada sirven, y cuando llameis á vuestros soldados ya estaré en el fondo de ese infierno, como lo llamais, para mi encantador paraíso, porque no solo me libra de vos y de vuestra horrible presencia, sino porque me conduce á los brazos de Dios.

Don Pedro se sonrió como acostumbraba y volvió la cabeza á uno y otro lado en señal de duda.

—Si yo viviera dejariais de molestarme con vuestras persecuciones y repugnantes deseos?

—Voy á ser franco, Zelima: de qué sirve que te ofrezca cumplir lo que pides, si cuando te veo se enciende en mi pecho una llama horrible, llama que no soy dueño de apagar, que despierta en mí deseos de poseerte, y que me harían olvidar ofrecimientos y promesas pasadas?

Zelima escuchó con el mayor silencio lo que acababa de decir don Pedro, y así que este concluyó levantó al cielo sus grandes y rasgados ojos negros, preñados de lágrimas, y con voz lastimosa y suplicante dijo al Rey de los reyes, al Creador del mundo:

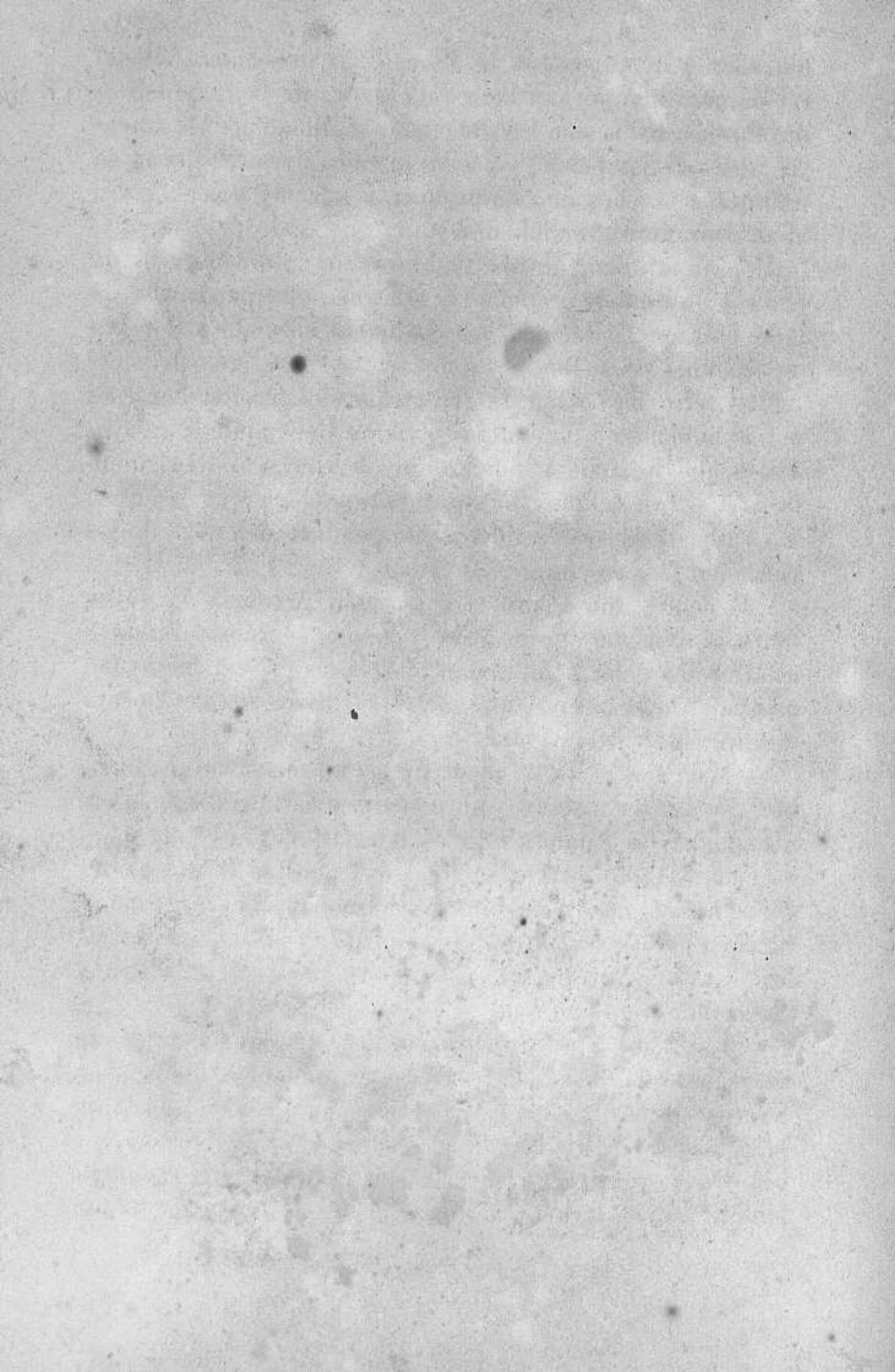
—Señor, tened misericordia de mí! y se inclinó toda al precipicio.

El rey quiso contenerla; pero era tal la fuerza que hacia Zelima que no tuvo mas remedio que dejarla libre, so pena de caer con ella en el hondo y tenebroso abismo.

Al principio se oyeron lastimosos quejidos y dolorosísimos ayes mezclados con cierta palabra que significaba un nombre; pero despues no se oyó mas que el ruido mur-



D. Pedro I.—*Lám.* 10.



niurador y quejumbroso de Torcon. Zelima habia desaparecido para siempre: su hermoso cuerpo, de bellas y delicadas formas, habia sido horriblemente mutilado por los salientes picos de las peñas, y por las plantas silvestres llenas de punzantes pinchos que naturalmente nacen y crecen entre ellas. Durante su terrible descenso, en donde dejó la vida, no dejó ni un momento de acordarse de su amante, ni de pedir á Dios que la perdonase, asi como ella perdonaba de todo corazon al hombre que la habia obligado á dar tan desesperado paso. Despues que cayeron en el fondo del abismo los restos de Zelima, fueron arrancados precipitadamente por la bulliciosa é impetuosa corriente del inquieto arroyo. Asi es que los únicos indicios que se vieron al dia siguiente de la pobre Zelima, fueron algun que otro fragmento de sus carnes y de sus vestidos, que pendian del pico de las peñas ó de los pinchos de las ramas.

Al sentir don Pedro el ruido que producía la jóven mora al caer de uno en otro peñasco se quedó mudo y estático de dolor, sin tener fuerzas para sostenerse, y tan asustado de sí mismo, que exclamó á media voz con acento desesperado y desgarrador:

— Maldicion! Soy un monstruo, y un monstruo abominable! Soy un ser maldito y abyecto, que hasta el demonio me abandona! Oh Zelima, Zelima, hermosa flor agostada y arrancada del tallo de la vida sin haber perdido su pureza!... Yo te he asesinado, yo, que soy un monstruo horrible como há poco me decias, yo te he asesinado, y no tendrás un alma siquiera, un alma que te vengue y que castigue al tirano perseguidor que tanto mal te ha causado.

Dijo, y ocultó el rostro entre sus manos porque el dolor y la vergüenza que le causaba su misma conducta le llenaba de terror y espanto. Largo rato permaneció el rey en semejante postura; pero despues levantó la cabeza con orgullo y osadía, y bajando la escalera de la muralla con paso mesurado y tranquilo dijo, como queriendo desterrar la idea que le atormentaba:

— Fuera preocupaciones... Yo no he sido el asesino de Zelima: si ha muerto, ha sido porque su destino tenía que cumplirse. Valor y serenidad: yo no debo sentir la muerte de una muger que á cada paso me insultaba y maldecía... Oh! repuso con maligna sonrisa, soy un ingrato que me quejaba de abandono por parte del demonio, cuando en vez de abandonarme ha favorecido mis planes en la muerte de Zelima, que ya que no ha sido mia, no lo será de nadie tampoco. — Marchemos á ver á María de Padilla; y despues de despedirme de tan cariñosa amante saldremos á Castilla á castigar la avilantez de ese hermano bastardo que se llama rey, no siendo mas que un miserable de ilegítimo nacimiento.

Don Pedro atravesó en un momento la distancia que mediaba desde la muralla y el sitio donde al principio de este capítulo paseaba con Haffiz. Una sombra tenaz y constante le seguía sin abandonarlo: era el amante de Zelima, que furioso y lleno de dolor, caminaba á su lado con el puñal desenvainado para sepultarlo en el pecho del infame monarca, asesino de la muger que era el angel, el ídolo, el astro de su vida. El rostro de Haffiz semejábase al del tigre que le han robado sus cachorros: sus ojos estaban inyectados de sangre, dilatada la nariz, en extremo abultadas las venas de la frente, y trémulos y amoratados sus labios. Su pecho rugía con sordo rumor, sus miembros todos estaban convulsos, y de vez en cuando decia con fatídica y lúgubre voz: — Venganza! venganza! Así caminó don Pedro, muy ageno de llevar á su lado tan poderoso enemigo, y muy ageno tambien de que el moro hubiese presenciado el suicidio de Zelima, suicidio que en el sentir del rey quedaba envuelto para siempre en las sombras del mas impenetrable misterio. Don Pedro llegó al cabo al torreón donde estaban sus habitaciones; pero apenas puso su planta en el dintel de la puerta que daba á la plaza de armas, cuando se acercó á él Haffiz sigilosamente con el puñal levantado con ánimo de hundir en la indefensa espalda del monarca su aguda y damasquina hoja. Nada sintió ni nada vió don

Pedro, y á medida que se internaba en el torreón, Haffiz acercaba con terrible sonrisa su daga á las ropas del rey.

Todo se acabó en un momentó...

El monarca habia desaparecido en la oscuridad que reinaba en lo interior del torreón, y Haffiz guardaba con indecible alegría su finísimo puñal en la vaina de terciopelo y oro que llevaba sujeta á la cintura. El astuto moro no habia asesinado al monarca, porque por su mente habia cruzado una idea nueva que le causaba mas contento que si hubiera visto muerto á sus pies al amante de María de Padilla. Haffiz reflexionó un momento y se alegró de no haber matado al rey; porque bien mirado, era suficiente para vengar á Zelima el que su asesino muriese en el mismo lugar de la catástrofe repentinamente, sin padecer, ni sufrir, ni proferir un ¡ay!, ni una queja siquiera? no, no era castigo, ó al menos así lo creía el moro. Haffiz queria una completa venganza, y para el efecto pensaba hacer padecer á don Pedro por todos los medios posibles: pensaba comenzar vengándose en lo que mas quisiera el monarca, y despues de hacerle pasar terribles martirios, dudas y deseos, entregarlo con maña y cautela á su irreconciliable enemigo Enrique de Trastamara. Tal fue el pensamiento de Haffiz, pensamiento puesto por obra y comenzado aquella misma noche con la muerte de una persona inocente, de una persona á quien debia mil favores y atenciones, porque era noble y generosa. Pero el moro habia jurado vengarse de don Pedro privándole de lo que mas queria en el mundo y no podia variar de propósito. Zelima, la inocente Zelima estaba pidiendo venganza á voz en grito, y su amante estaba demasiado furioso y era en alto grado vengativo y cruel para comprender que su deber mientras viviese no era otro que vengar á su amante.

Haffiz miró á todos lados con desconfianza como temiendo ser oído, y convencido de que no habia nadie, exclamó en voz alta y dirigiéndose al sitio por donde Zelima se habia lanzado al despeñadero:

— Duerme en paz, hermosa virgen, bella entre las bellas, duermes en paz, que tu amante no dejará un solo día de clamar venganza, hasta que tu sangre haya sido lavada con otras tan ilustres!

Y al acabar de pronunciar las anteriores palabras desapareció por la misma puerta en donde don Pedro estuvo próximo á perder la vida.





CAPITULO III.

En el que se ve que Haffiz comienza su venganza.



RA la misma noche en que Zelima habia puesto fin á su existencia por librarse de las persecuciones de don Pedro. El mas profundo silencio reinaba dentro y fuera del castillo de Montalvan. Silencio únicamente interrumpido de vez en cuando por el canto de las lechuzas, ó por la voz de alerta que daban los soldados que estaban de faccion. En la parte del edificio que ocupaba don Pedro y su comitiva tambien habia el mayor silencio. La noche estaba bastante avanzada para que los habitantes de la fortaleza no estuviesen entregados al mas profundo sueño. Sin embargo, una persona velaba sumergida en honda meditacion. Esta persona era María de Padilla, que sola en su habitacion, consultaba

consigo si debía de ir ó no á la entrevista que el rey le pidiera por conducto de su confidente el moro amante de Zelima.

María paseaba por su habitacion con semblante taciturno y reflexivo, figurándose allá en su mente que el rey fingia motivos altos y poderosos para abandonar el castillo de Montalvan y abandonarla á ella para siempre. María era desconfiada y celosa, con justa razon hasta cierto punto. Conocia el carácter de don Pedro, y habia llegado á comprender, aunque nunca lo manifestó, que don Pedro comenzaba á cansarse con la vida que hacia en Montalvan y á fastidiarse algun tanto de su amada, propiedad muy natural en los caracteres inconstantes y volitarios como el de don Pedro.

Mas de dos meses hacia que se hallaban sin verse los dos amantes por cierta querella que tuvieron en una de sus conversaciones; y ni don Pedro habia solicitado la reconciliacion, ni María lo habia vuelto á ver desde semejante ocurrencia, aunque en su alma sentia entredicho tan largo, ausencia tan prolongada. Asi es que cuando don Pedro le avisó sin mas rodeos que tenia que abandonar con precision el castillo de Montalvan, tal vez aquella misma noche, creyó, y con razon, que la tal necesidad de abandonar el castillo era un pretexto de su amante, cansado y aburrido de verse alli solo. El corazon de la noble María llenóse de sentimiento cuando supo la noticia; pero asi que volvió Haffiz con el recado de que don Pedro deseaba verla aquella misma noche, su amoroso corazon sintió algun alivio, y comenzó á disiparse algo la tristeza que se habia apoderado de su alma. Pero á pesar de todo dudaba de si iria ó no á la cita, porque era tan orgullosa como hermosa, y resentíase con justo motivo de que el rey hubiese estado tan poco galante en aquella ocasion; pero el amor y el deseo de salir de aquella situacion pudo mas que la vanidad y el orgullo: María de Padilla se decidió por último á acudir á la cita, y para el efecto se echó por los hombros un largo manto negro y cogió cierta llave que necesitaba para llegar hasta donde se hallaba su amante.



D. Pedro.—Lám. 42.

Sobre la mesa donde ardía la bugía había una bandeja de oro con una enorme copa del mismo metal y un gran frasco de cristal lleno de cierto líquido refrigerante que la de Padilla tomaba hacia muchos años por vía de medicina antes de recogerse.

La andaluza miró el frasco del refresco, y dijo cogiéndole en una mano y en la otra la copa:

—Bebamos, que ya es hora de tomar ese maldito brebaje.

No bien hubo acabado de proferir las anteriores palabras cuando acercó la dorada copa á sus labios, bebiendo como hasta la mitad del líquido que contenía. La de Padilla dejó la copa en la cincelada bandeja, haciendo un gesto de desagrado como si no le gustase la bebida que acababa de tomar.

Después corrió la cortina que había en la puerta de entrada, y ocultándose el rostro con el manto que enteramente la cubría, desapareció por las largas y oscuras galerías que separaban su habitación de la del hombre que tanto amaba.

No bien hubo salido la Padilla de su elegante gabinete, adornado con lindas y floreadas cortinas de seda, preciosos tapices de Persia y riquísimas y muelles banquetas de terciopelo grana y azul, cuando penetró en ella un hombre envuelto en un albornoz de tela blanca. Aquel hombre era Haffiz, pero talmente parecía un fantasma; su aire era inquieto y sombrío, su andar cauteloso y su mirar atento y desconfiado. Era Haffiz, que penetraba en la estancia de la Padilla con la inquietud y temor del asesino que va á cometer el primer crimen: era Haffiz, que entraba con recelo y cuidado, porque dudaba de si la encubierta que había visto pasar junto á él era María de Padilla ú otra muger; pero convencido de que el gabinete de la hermosa andaluza estaba completamente desierto, llegó con desembarazo hasta la mesa, dejóse caer el embozo del capuchon, y dijo con voz ronca y temblorosa:

—Venganza!

D. Pedro I.



Las facciones del moro estaban en todo el lleno de la desesperacion: su mirada era incierta y vagarosa como la del demente, lívido tenia el rostro, y sus amoratados y convulsos labios repetian con estremada frecuencia la terrible frase de:—Venganza, venganza!

Sus ojos de pronto se fijaron en un punto; sus facciones pasaron de la desesperacion á la alegría, y de sus labios salió una esclamacion que espresaba todo el contento de que se hallaba poseida su alma. Haffiz divisó la bandeja que contenia el frasco de cristal y la copa de oro, llena hasta la mitad de un líquido que no conocía; pero á él le importaba muy poco conocerlo ó no; lo que quería y deseaba era encontrar una bebida ó líquido cualquiera y su deseo se habia cumplido, porque no parece sino que la Providencia se habia encargado de poner á su disposicion aquella copa que tal vez apuraria María de Padilla cuando viniera á recogerse despues de la entrevista con su amante.

El moro separó los pliegues de su ancha vestimenta y sacó de la escarcela un precioso frasquito de cristal adornado esteriormente con mil figuritas y labores de oro. El amante de Zelima puso sus dedos en cierto resorte que habia en la garganta del frasco y descubrió completamente la boca de este; pero una fuerza irresistible le impedia que ejecutara el proyecto que meditaba. María era inocente, y mas bien le debia favores que otra cosa. Pero el recuerdo de Zelima vino bien pronto á llenarlo de furor é indignacion: habia jurado vengarla completamente, y su venganza no se limitaba solo á don Pedro, sino que se estendia á todos los objetos y personas que este mas apreciaba; por consiguiente María tenia que ser una de las primeras víctimas que Haffiz necesitaba para dar comienzo á su venganza. Así es que con paso resuelto y decidido se acercó mas á la mesa, y con infernal sonrisa echó en la copa tres ó cuatro gotas del agua que contenia su precioso frasco, gotas que bien pronto se mezclaron con la refrigerante bebida.

El moro ocultó el pomo de cristal en su escarcela, miró á todos lados con feroz sonrisa, embozóse hasta los ojos con el capuchon, y salió de la estancia corriendo la cortina como María de Padilla.

Esta llegó sin contratiempo alguno al departamento que el rey ocupaba. La de Padilla abrió con cautela la última puerta, y observó un momento al rey, que con el codo apoyado en una mesa y la mano en la megilla, reflexionaba triste y taciturno. María penetró sin hacer ruido en la habitacion, y cogiendo una banqueta de las que habia en ella, sentóse cerca de don Pedro, pero tan calladamente que el monarca no debió sentirlo, pues permaneció en la misma postura y profundamente distraido. Largo rato permanecieron en esta situacion, hasta que al fin tosió dos ó tres veces con el objeto de llamar la atencion del reflexivo monarca. Entonces don Pedro levantó con prontitud la cabeza, y fijando sus ojos en el bello rostro de la andaluza, le dijo con visibiles señales de asombro:

— Señora... vos aqui?

— Sorpresa me causa que estrañeis mi estancia aqui, cuando tantos recados me habeis mandado para que no faltase.

— No me causa estrañeza veros, puesto que os esperaba; pero lo que sí me llena de asombro es veros tan de repente sin haber hecho ruido para penetrar aqui. Por dónde habeis venido, cómo os hallais tan cerca de mí sin que yo os haya oido?

— No me habeis sentido, porque estabais sumergido en honda meditacion.

— Asi es verdad. Estaba distraido, porque pensaba en... no lo sé... en las penas que me aquejan.

— Tantas son, que os tenian casi absorto y enteramente fuera de vos mismo?

— Tantas, que no tengo un momento de reposo.

— Quién habia de decir que don Pedro de Castilla se

había de ver abatido y subyugado por unas penas que tal vez sean insignificantes!

— Insignificantes decís? Cómo se conoce que ignorais la desgraciada muerte de la inocente... pero no, yo deliro, deliro y miento: ni nadie ha muerto, ni yo tengo penas... no padezco, María, os engañaba miserablemente; no padezco, porque ninguna pena, por grande que sea, ha podido todavía afligir mi corazón: no padezco ni nunca he padecido, porque tengo la suficiente serenidad para desechár y despreciar á un tiempo las penas y los dolores.

— Podrá ser verdad cuanto decís; pero lo que sí es cierto que observo en vuestras palabras cierta amargura que me hace conocer no solo que existe en vuestro pecho el dolor, sino que padeceis mas de lo que quisiérais.

— Te engañas, María, porque yo no padezco, no, y tan es cierto, que mira cómo me sonrío.

Y don Pedro procuró, aunque en vano, desunir sus labios para probar que estaba contento.

— Bien, bien: no os esforceis en probar una cosa que desmiente vuestro rostro, la situación de vuestro ánimo y hasta el modo de mirar que teneis hoy. No lo ocultéis, rey de Castilla; padeceis interiormente, y quereis negarlo, porque sois tan orgulloso, teneis tanto amor propio, que se os figura cobarde y vergongozo manifestar que os hallais supeditado por la pena que os devora.

Don Pedro movió la cabeza á uno y otro lado, y se sonrió desdeñosamente.

— No vayais á creer que yo deseo conocer vuestra pena; nada de eso: casi me es indiferente el saberlo; lo que sí quiero tengais entendido es que no me habeis engañado como procurásteis hacerlo.

— Con que os es enteramente indiferente conocer mis males ó no?

— Indiferente de todo punto.

— Esperaba de tí semejante rasgo de generosidad.

— Es cuanto mereceis, rey de Castilla.

— Debo advertiros sin embargo, que el padre de vuestros hijos debe ser tratado por vuestra parte con otra consideración.

Los ojos de María se llenaron de lágrimas al oír las palabras del rey: la infeliz las devoró en silencio como pudo, y repuso al instante, desentendiéndose completamente de la anterior contestacion del monarca:

— Decidme os ruego qué es lo que quereis, ó para qué me habeis llamado con tanto empeño.

— Os queria ver para daros una noticia en extremo desagradable.

— Y qué clase de noticia es esa? dijo con indiferencia la de Padilla.

— Que esta misma noche, ó mañana por la mañana á mas tardar, tengo que abandonar este castillo con toda urgencia.

— Y nada mas que eso teniais que decirme?

— Nada mas...

— Pues os habiais podido ahorrar semejante trabajo, porque ya habia llegado á mis oídos esa noticia.

— Qué, no deseabas oirla de mi boca?

— Tambien me era completamente indiferente.

— Y no quereis saber las causas que motivan tan repentina marcha?

— Oírlas con gusto, sino estuviera convencida de que son pretestos inventados por vos para salir de este castillo.

— Qué dices, infeliz! Si yo quisiera separarme de tu lado ó abandonarte porque estuviese cansado de tí, tendria necesidad de pretestos ni motivos para hacerlo?

— No lo sé!... pero es lo cierto que de esos medios os valeis para dejar este castillo.

— Mientes, María! Si salgo de aqui, es porque mi hermano Enrique de Trastamara se presenta por la parte de

Aragon con un poderoso ejército, y con la necia y ridícula pretension de arrancar de mis sienes la corona de Castilla, para colocársela él en las suyas; y ya ves que sería una cobardía que yo no saliese al encuentro del bastardo para castigar su atrevimiento y audacia.

— Ah! perdonadme; yo ignoraba semejante suceso.

— Sí, María; Enrique de Trastámara se presenta amenazador y hostil, y yo necesito salir al encuentro de ese rebelde para escarmentarlo.

— Con que tanto es el peligro que os amenaza? Dios mío! tened piedad de mí, porque qué será de don Pedro en esta jornada?

— Tranquilízate, hermosa María, tranquilízate de todo punto, que no es el peligro tan grande como para que tú te aflijas tanto.

— No creéis grande el peligro! dijo asustada María de Padilla.

— No, no es grande ni mucho menos; porque qué daño me puede hacer á mí el bastardo con ese puñado de gente soez y aventurera que trae á sus órdenes?

— Puede haceros mucho daño, señor; porque no solo viene Enrique á vengar la muerte de su madre, de su hermana y de su tía, sino que traerá el encargo de la Francia de vengar también la injusta muerte que disteis á doña Blanca de Borbon: yo veo en esa invasion de Enrique de Trastámara y su ejército la espiacion de vuestras culpas, porque esta, tarde ó temprano llega. Estad prevenido, señor, y vivid con cierto cuidado, que nunca falta oro para comprar un asesino, y este puede espiar vuestros pasos hasta que cumpla su cometido. Qué quereis que os diga, señor? el corazón me presagia males sin cuento, y no puedo menos de temer por vos, por mí, y por el porvenir de nuestros hijos. Yo no debo ni quiero separarme de vos ni un momento. Vuestra suerte será la mia; juntos seremos afortunados é infelices. Si salís del castillo para reunir vuestro ejército y salir al en-

cuentro de Enrique de Trastámara, yo os acompañaré también, porque mi mayor dicha sería estar con vos en el peligro.

— No, generosa María, no puede ser lo que quieres: yo admiró tu valor, y te agradezco infinito esas pruebas que acabas de darme de abnegacion y cariño; pero no puedo exponerte de ningún modo á los azares y trabajos de una guerra en que tal vez pierda la corona y la vida...

— Oh! no digais eso!... La vida, la vida... qué horror!...

— Todo puede ser, hermosa mía: si el ejército de Enrique es un ejército mandado por la Providencia, como tú has dicho, para hacerme espíar esos crímenes que me imputan, entonces es segura la victoria en ellos, como segura en mí la ruina.

— Por qué no seguisteis mis consejos cuando os decia que templaseis un poco vuestro carácter y fueseis mas benigno en el castigo que imponiais al que os faltaba? por qué asesinasteis á la generosa é inocente doña Leonor de Guzman?

— Yo no asesiné á doña Leonor: esa muerte fue obra de mi madre.

— Es verdad, fue obra de vuestra madre, pero obra consentida y autorizada por vos de antemano. — Pero en fin, por qué asesinasteis á vuestro hermano, á vuestra esposa, tia y primo, y á otros tantos caballeros de vuestra nobleza, tan ilustres como inocentes?

— Porque todos ellos eran culpables, y todos dignos de perder cien vidas que tuvieran.

— Oh! no, no; bien os dije que eran inocentes; y dado caso que no lo fueran, eran demasiado ilustres para que hubieseis segado sus cabezas tan inhumanamente. Ahora la Francia pide con justa razon la venganza por doña Blanca; el Aragon por su reina viuda; y el infante su hijo, Enrique de Trastámara, por sus hermanos, y Castilla misma por sus nobles y caballeros. — Ved ahí las consecuencias de vuestra tenacidad: si no hubiérais sido criminal, no tendrian pre-

testos vuestros enemigos para hacer lo que hoy hacen; no se hubieran reunido castellanos, aragoneses y franceses para gritar juntos muera don Pedro y viva Enrique de Trastamara.

— Yo acallaré esos gritos con las armas de mis soldados, y haré ver á los franceses y aragoneses lo que puede don Pedro de Castilla: Enrique de Trastamara acabará como sus hermanos; los franceses volverán á su patria mohinos y asendereados; y los aragoneses, castigados de la misma manera, solicitarán en seguida la paz: con que nada temas, hermosa María, tranquilízate y pierde cuidado, que yo solo soy bastante á deshacer el nublado que tanto horror te causa. Reuniré un poderoso ejército, y si esto no me bastase, pediré á la Inglaterra auxilio para desbaratar de una vez ese ejército, compuesto de gente desalmada y aventurera.

— Oh! sí, pelead con denuedo y valor; defended hasta lo último vuestros derechos, y esterminad á vuestros enemigos, para que nos dejen vivir en paz. El cielo permita vea yo cumplidos mis deseos!

— No dudes, hermosa mia, que los verás. Tú, entre tanto que yo salgo al encuentro de Enrique de Trastamara, te irás á Sevilla, donde permanecerás al cuidado de nuestros hijos, hasta que yo te avise ó me presente en dicha ciudad triunfante ó vencido. Si lo primero, para comunicarte tan fausta noticia, y si lo segundo, para embarcarnos en Sevilla, y buscar en tierras extrañas la hospitalidad que nuestra patria nos negará en tal caso.

— Oh! Dios mio! cuánto sufriría si nos viésemos en situación tan dolorosa... Pero no, el cielo tendrá piedad de nosotros, y no consentirá que el bastardo triunfe en Castilla.

— No triunfará, María; ténlo por seguro.

— Y cuándo pensais salir del castillo?

— Saldré tan luego como el día asome por el horizonte: ya sabes, María, que no se puede perder ni un instante.

— Sí, teneis razon; salid cuanto antes á sofocar esa rebe-

lion: no perdais tiempo; la hora que habeis elegido es muy buena, pero debeis descansar lo que resta de noche, para que vuestro cuerpo no se halle abatido mañana por el cansancio.

— Imposible; yo no podré pegar los ojos en toda la noche, porque tengo mi imaginacion ocupada con mil ideas que me impiden entregarme sosegadamente al descanso.

— Haced un esfuerzo, señor, y procurad dormir un momento, para que vuestro cuerpo esté mañana agil y dispuesto á las fatigas que le esperan.

— Bien, hermosa mia, procuraré darte gusto.

— En ese caso, señor, me retiro para dejaros en completa libertad. Llevad feliz viaje, y procurad que llegue pronto á mis oidos, para que yo se lo repita á vuestros hijos, las hazañas y proezas de vuestro ejército, las victorias que indudablemente conseguireis, y sobre todo, la completa derrota de Enrique de Trastamara.

— Y qué, me vas á abandonar en este momento?

— Sí, os dejo, porque vos necesitais reposar, y yo necesito la soledad para pedir al cielo que triunfeis de vuestros enemigos.

— Cuán buena eres, María.

Hubo un momento de silencio: los dos amantes reflexionaba cada uno con la vista fija en el suelo y la mano en la megilla. Don Pedro estaba triste por muchas razones: estaba triste por el suceso de Zelima, porque iba á abandonar á María, y porque aunque lo disimulaba, no dejaba de inquietarle la actitud imponente y amenazadora del bastardo de Trastamara. María tambien como su amante se hallaba poseida de la mayor tristeza; tristeza mezclada de miedo y temor, porque su fiel corazon le presagiaba desgracias y males sin cuento. Don Pedro habia sido y era demasiado malo y cruel para que sus crímenes quedasen impunes. De modo que en el sentir de María, don Pedro iba á espiar en aquella guerra sus maldades perdiendo la corona de Castilla, y tal

vez la vida con ella. En esta situación, se puso de pies la de Padilla, y alargando su diestra al rey, dijo con voz conmovida: — Hasta Sevilla, señor.

El monarca se apresuró á coger la mano que María le tendía, y llenándosela de multitud de besos, repuso también enternecido:

— Oh!... cuánto siento abandonarte, hermosa mía! cuánto siento que nuestros hijos reclamen tu cuidado y presencia, para que te vinieses conmigo, y siguieses la suerte adversa ó próspera que el cielo me tiene reservada... pero cómo ha de ser; primero son nuestros hijos que nada en el mundo.

María acercó á sus ojos un finísimo paño blanco para enjugar las abundantes lágrimas que de sus ojos se desprendían.

— María!... Oh! enjuga esas lágrimas, enjúgalas por Dios, y no te aflijas si es cierto que me amas. No abusemos de la suerte, y no lloremos cuando no hay motivos para ello. Acuérdate que tienes hijos, y que tu vida es de ellos como tuyo su amor; sósiegate, hermosa mía, sósiegate y enjuga esas lágrimas, que me causan tanto dolor como sentimiento.

María se enjugó las lágrimas que inundaban su rostro, diciendo en seguida con semblante al parecer tranquilo:

— Señor, acordaos alguna vez en esa campaña de la madre de vuestros hijos, y quiera el cielo que ese hermano rebelde conozca su error y desista de su loco empeño.

Al decir María las anteriores palabras volvióse para ocultar su dolor, y se dirigió á la puerta por donde había entrado.

Don Pedro quiso llamarla y detenerla, pero la voz se le anudó en la garganta, le faltaron las fuerzas, y cayó en el sillón con los ojos preñados de lágrimas. No parece sino que uno y otro sabían positivamente que no volverían á verse más; que aquella despedida era hasta la eternidad.

María llegó á su habitación llorando amarga y desconsoladamente; sentóse cerca de la mesa donde ardía la bugía

que ella habia dejado encendida, y ocultando el rostro entre sus manos, exclamó dando rienda suelta á su dolor: — Dios mio, Dios mio, misericordia!... tened piedad de él, y haced porque no pierda en esa guerra más que la corona de Castilla... yo bien sé que ha llegado la hora de la espacion; yo bien sé que ya estais cansado de ver tantas maldades; pero sed piadoso con él; hacedlo siquiera por sus hijos... Oh! qué desgracia! Don Pedro ignora que ese hermano á quien llama cobarde y audaz es el encargado tal vez por la Providencia de hacerle espian los crímenes que ha cometido. Sí, no hay duda; los sabios y agoreros así lo pronosticaron, y la hora del castigo se acerca por momentos.

María levantó la cabeza, y vió cerca de la bandeja de oro en donde estaba la copa y el frasco de cristal, un pergamino cuidadosamente cerrado. Cogiolo apresuradamente y leyó su contenido en seguida con la mayor avidez; la de Padilla palideció de repente, y con voz temblorosa exclamó, despues de arrojar la carta lejos de sí:

— No, no me engaña el infeliz!... los que se engañan muy mucho son los que creen que él me engaña á mí... pero qué objeto tendrá esta carta sin firma, y cuando no dice mas que una cosa que no existe? no lo sé ni puedo averiguarlo; pero lo que sí es cierto, que me incomodan esas misivas tan intempestivas como insípidas.

Y distraidamente cogió María la copa, y acercándosela á sus labios, bebió un poco del liquido que contenia. No tardó mucho en hacer su efecto el activo veneno que Haffiz habia echado en el refrigerante brebaje: una palidez mortal cubrió de repente el rostro de María de Padilla; su frente se vió inundada por un sudor frio y espantoso; la vista se le enturbió, y sus labios pasaron del color de carmin mas subido al yerto morado del de los cadáveres.

— Dios mio! exclamó la infeliz llena de terror; qué me sucede? yo siento un fuego abrasador en el estómago, la vis-

ta se me turba, y no tengo fuerzas para levantarme de aquí: oh! qué es esto, Dios mio! socorro! piedad!...

Y creyendo que encontraría alivio en seguir bebiendo del fatal brebaje, cogió la copa con mano convulsa y temblorosa, y la apuró de un solo trago; la infeliz habia acabado de asesinarse: hizo un gesto horrible al concluir de beber, y cayó al suelo diciendo con fatiga y dificultad:

— Socorro... Oh! padezco horribilmente... Piedad, Dios mio, misericordia... Yo quiero ver á mis hijos; quiero ver al rey; concededme esta gracia, Señor... Pero no puedo, imposible: el dolor me ahoga; ya he perdido la vista... Oh! me muero, me muero... Socorro, hijos míos; socorro, rey de Castilla; venid á socorrerme, que me muero víctima de horribles dolores é indecibles angustias... Pero no, perdon, Señor: á vos debo dirigirme yo ahora con toda la efusion de mi alma para suplicaros que tengais piedad de esta infeliz, que harto espía sus crímenes con los horribles dolores que sufre en este momento. Perdonadla, Señor grande y generoso, para que muera contenta y bendiciendo vuestro sacrosanto nombre... Si, sí, socorro, perdon...

María exhaló su último suspiro á tiempo que espiraba en sus labios la palabra perdon.

La estancia quedó sumergida en el mas profundo silencio, silencio interrumpido á poco por los pasos del vengativo Haffiz, que penetró en ella con rostro risueño y cauteloso andar: Haffiz, que habiendo observado la agonía de María, entraba contento y gozoso para completar su obra. Cogió la carta que María habia leído pocos momentos antes, y poniéndosela en una de sus manos, salió de la mortuoria vivienda, diciendo con feroz sonrisa:

— Venganza!... ahora, Zelima mia, estarás menos enojada con tu amante, porque ya te ha sacrificado uno... los demas irán cayendo sucesivamente, porque la venganza tiene su principio como todas las cosas.

Y en seguida se dirigió Haffiz á las habitaciones del rey.

Don Pedro no habia abandonado el sillón donde lo hallara sentado María, y como esta, lo halló Haffiz sumergido en honda meditacion. A poco levantó don Pedro la cabeza, y al ver la palidez del moro y su asustado semblante, le preguntó con mas curiosidad que inquietud:

— ¿Qué tienes?

— Oh! señor!...

— Habla; qué tienes?

— Una desgracia enorme pesa sobre nosotros; desgracia terrible que no acierto á esplicar, porque la voz se me anuda en la garganta.

— Vive Dios que si logras impacientarme, no vas á salir muy bien librado: qué ocurre, bellaco?

— Ya os he dicho, señor, que es una desgracia horrible, desgracia que me ha llenado de tanto pavor, me ha sorprendido tanto, que no puedo, imposible, no tengo fuerzas ni valor para referirla.

— Vive Dios que me cansán tus dilaciones: qué ocurre en el castillo? acaso hay tropas enemigas que nos quieran sitiar?

— No, señor, muy al contrario; por las inmediaciones del castillo no se ve alma viviente.

— Se ha sublevado acaso la guarnicion?

— Tampoco.

— Pues qué sucede entonces?

— Cuánto siento entristecer el ánimo de vuestra alteza con la noticia que le voy á dar.

— No le hace, acaba pronto y satisface mi curiosidad.

— Pues sabed, señor, que María de Padilla, esa muger tan noble como generosa...

— Qué, ha salido del castillo?

— Si no ha salido ella, ha salido su alma por lo menos.

— Don Pedro se encogió de hombros, y repuso con indiferencia:

— No sólo no te comprendo, sino que estoy ya cansado de oírte hablar con tantos ambages y rodeos: qué le ha suce-

dido á María de Padilla? dílo pronto, ó si no márchate, por que necesito descansar.

— Pues bien, señor; sabed que María de Padilla ha muerto.

— Qué dices, infiel!

— Que ha muerto María de Padilla, contestó Haffiz con la mayor tranquilidad.

— Cielos! exclamó don Pedro ocultando el rostro entre sus manos.

El astuto moro puso el rostro compungido y triste, y dijo en tanto que don Pedro sollozaba:

— Oh! es una desgracia horrible, una pérdida irreparable!...

Don Pedro levantó la cabeza, y dijo mirando á todos lados con inquietud y asombro:

— Muerta! oh! qué horror!... no me faltaba mas que una desgracia como esta para acabar de conocer que el infierno se ha desencadenado contra mí!... Muerta la muger hermosa y noble á quien tanto he amado... Muerta la madre de mis hijos en la hora precisamente en que estos seres desgraciados mas necesitaban de su amparo y proteccion... No sé cómo he tenido fuerzas ni valor para haber escuchado semejante noticia tan de repente... Pero una duda me se ocurre: cómo ha muerto María tan pronto, si no hace media hora aun que ha estado aqui sin tener novedad ninguna? si habrá sido asesinada? pero no, no puede haber sido asesinada una muger tan buena y generosa como María, una muger tan querida por todos, y que su único deseo no ha sido otro que el de hacer bien... ella socorria al necesitado, pedia por el destinado á sufrir la última pena ó algun castigo, y disculpaba al que cometia falta alguna... una muger tan buena no podia tener enemigos, imposible, y enemigos que la odiasen tanto como para asesinarla villana y traidoramente; sin embargo, bueno será que yo me informe de todo para ver si consigo averiguar la verdad del caso.

Y dirigiéndose á Haffiz, le dijo algo mas sosegado y tranquilo:

— Dime, Haffiz, será cosa de que te hayas equivocado?

— Equivocado en qué, señor?

— En la muerte de María.

— Puede ser, contestó el moro consintiendo con don Pedro en que podia haberse equivocado; puede ser que yo me haya equivocado; pero lo que sí os puedo asegurar sin temor de equivocarme ahora, es que vuestra amante está tendida en medio de su habitacion con el rostro horriblemente desfigurado.

— Tal vez sea algun accidente, replicó don Pedro concibiendo una pequeña esperanza.

— Tambien puede ser, repuso el moro; y si es efectivamente lo que decís, no debemos de perder ni un solo momento en acudir al socorro de la infeliz doña María... tal vez lleguemos á tiempo y podamos salvarla: qué os parece, señor y amo mio?

— Oh! sí, sí, tienes razon, corramos al socorro de María, y si es cierto que ha muerto, verán mis ojos lo que se resiste á creer mi corazon.

— Sí, corramos, dijo el astuto Haffiz dirigiéndose apresuradamente á la puerta de salida como si efectivamente hubiera alguna esperanza de salvar á la desgraciada María.

— Una palabra no mas, dijo don Pedro deteniéndose: me dijiste que habías visto á María, Haffiz?

— Efectivamente, eso os dije, y eso os puedo repetir ahora si quereis.

— No, no es necesario; pero cuéntame cómo la has visto, estando ella en su habitacion.

— Habia salido á dar una vuelta por la muralla para ver si los soldados cumplan con su deber, y al volver para daros cuenta del resultado de mi ronda, observé no sin algun asombro que la habitacion de doña María tenia la puerta abierta y luz en su interior. La curiosidad me hizo acercar el

oido á la cortina que cubria la puerta, y observé que todo reinaba en el mayor silencio: entonces descorrí un poco la cortina y vi á María de Padilla tendida en el suelo, y como os dije antes, con el rostro horriblemente desfigurado: di un grito de sorpresa y espanto, y corrí presuroso á daros tan infausta noticia.

— Oh! sí, infausta, y bien infausta por cierto; pero no perdamos tiempo, marchemos al socorro de esa infeliz para ver si tiene algun remedio y podemos salvarla.

Esto diciendo, don Pedro se dirigió á la puerta por donde habia entrado el moro, desapareciendo por ella seguido de este último.

Con paso algo mas que precipitado atravesó el rey la galería que mediaba desde su habitacion á la de su desgraciada amante; pero al llegar á la puerta se quedó inmóvil como una estatua de piedra, sin tener fuerzas ni valor para levantar el cortinaje que la cubria. Al ver el moro la inmovilidad del monarca, se atrevió á decirle como sintiendo que no hubiese penetrado en la mortuoria estancia:

— Qué os detiene, señor?

— Y me lo preguntas, Haffiz! no te dice mi semblante que mi corazon palpita violentamente, que una agitacion febril se ha apoderado de todo mi cuerpo, y que me falta el valor para ver la triste realidad?... sin embargo, Haffiz, descorre la cortina y acabemos de una vez.

El moro obedeció sin detenerse, y él y don Pedro penetraron en la estancia donde yacia el yerto cadáver de doña María de Padilla; el rey dió un grito, y se ocultó el rostro horrorizado.

— María! María!... exclamó despues mirándola atentamente con los ojos preñados de lágrimas. — Infeliz! quién ha de conocer en tí aquella muger blanca y hermosa como un angel; quién dirá ahora que tú eres aquella muger esbelta y graciosa á quien don Pedro amaba con tanto delirio... sí, porque la muerte te ha desfigurado de tal manera, her-

mosa mía, que aun tu mismo esposo te conoce... Oh! Dios mio! Dios mio!... y qué bien me castigais arrebatándome la muger á quien mas adoro, á la madre de mis hijos, cuyo porvenir es dudoso, como mil veces me ha dicho esa infeliz que yace muerta á mis plantas.

Don Pedro guardó silencio por un momento: sus ojos estaban fijos en el rostro del cadáver; de sus labios salian de vez en cuando inarticuladas frases é inconexas palabras.

El moro se habia retirado á un extremo de la estancia, y aunque solia figurar que se limpiaba las lágrimas con su blanco albornoz, en realidad sentia cierto gozo y alegría interior á la vista del triste espectáculo que tenia delante.

Don Pedro se volvió repentinamente al moro, y le dijo con rabia é indignacion:

— María de Padilla ha muerto envenenada, Haffiz!

— Envenenada! exclamó el moro aparentando sorpresa.

— Sí, envenenada, envenenada; pero vive Dios que poco he de poder si no descubro los autores de tan horrendo crimen! y ay del que sea, porque contra él se estrellará todo mi furor!

— Furor justo y razonado, repuso el moro inclinándose con hipocresía.

— Y tú desde este momento te encargas de buscar el autor del crimen para que reciba su castigo. Haz con eficacia mi encargo, sino quieres pagar tú solo la muerte de María de Padilla.

Haffiz miró al rey con desprecio, y dijo acercándose al desfigurado cadáver:

— Teneis razon, señor, doña Maria ha muerto envenenada; pero estoy por creer que se ha envenenado ella misma.

— Imposible...

— Imposible decís?

— Sí, imposible, porque María no tenia motivos para haberse suicidado: ella estaba segura de mi amor, y con

este y el de sus hijos se conceptuaba la muger mas dichosa del universo.

— Pues ved ahí sobre la mesa esa copa y ese frasco de cristal, cuyo contenido en mi concepto ha privado de la vida á vuestra amante.

— Es verdad... es verdad... dijo el rey como titubeando.

— Pero calla... exclamó Haffiz tan contento como si se hubiese hallado un tesoro. Doña María tiene en su mano derecha un pergamino que vuestra alteza sin duda no ha visto, y que puede aclararnos algo de este oscurísimo misterio.

Apenas acabó el moro de pronunciar las anteriores palabras, cuando ya don Pedro tenia el pergamino en su poder. Desliólo con la mayor avidez, y leyó en voz alta lo que sigue:

«María: — Don Pedro te engaña miserablemente, y como ya está cansado de tu amor, ha jurado á su nueva querida que te abandonará para siempre. No creas si te dice que la necesidad de salir al encuentro de su hermano le obliga á abandonar el castillo de Montalvan, porque ni su hermano está en Castilla, ni él tiene necesidad tampoco de hacer semejante salida.»

«Vive prevenida, y haz caso del aviso que te da una persona que te quiere demasiado para verte burlada por un hombre tan villano como don Pedro.»

El rey arrojó la carta lejos de sí al mismo tiempo que dijo:

— Todo lo comprendo ahora: al venir María de mi habitacion ha debido leer esa carta por primera vez, y la infeliz se ha suicidado, creyendo ser verdad cuanto le dicen en ese infame anónimo. Cómo ha de ser! sería ese tambien su destino, y por eso se ha cumplido. Dios la perdone, y me dé á mí conformidad para sobrellevar tan grande pérdida.

Y volviéndose á Haffiz, le dijo:

— Ya no tienes que molestarte en buscar al perpetrador del crimen; nadie tiene culpa de la muerte de María; ella se ha envenenado tal vez en un momento en que su imaginacion estuviese estraviada.

— De todos modos, señor, es una pérdida grande.

— Sí, grande, grandísima; pero no hay mas remedio que conformarse con los altos designios de la Providencia.

— Y qué disposiciones dais, señor?

— Que se dé esta misma noche sepultura al cadáver, y que hoy al amanecer esten todos dispuestos para salir de este maldito castillo.

El moro se inclinó en señal de respeto.

Don Pedro salió á poco de la estancia, diciendo con sentido acento:

— A Dios, María, á Dios para siempre!...

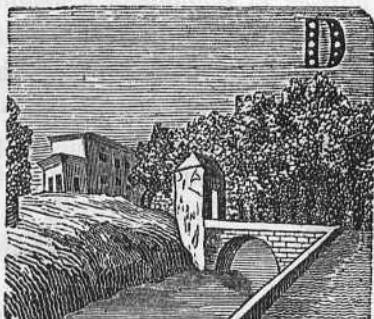
Y se enjugó una lágrima que rodó por su megilla, lágrima que fue la última que vertió por la infortunada María.





CAPITULO IV.

Que no tiene epigrafe, porque tampoco lo tiene la crónica.



ON Pedro abandonó el castillo de Montalvan al dia siguiente de haber ocurrido los tristes sucesos que dejamos referidos en el capítulo anterior. Acompañaban al rey los grandes de su servidumbre, su confidente el hijo del último Arraez de Málaga, y una escolta de cien caballos al mando de Mendo Rodriguez de Sanabria, famoso capitan á quien don Pedro profesaba el mayor cariño.

De esta suerte atravesó toda Castilla hasta llegar á Burgos, donde reunió un brillante ejército y esperó noticias del ejército contrario. No tardaron estas mucho tiempo en llegar, porque bien pronto se supo en la corte que don Enri-

que habia penetrado en Castilla con un ejército tan poderoso, que segun el cronista Ayala ascendian á unos doce mil hombres, y que el bastardo de Trastamara tomó en Calahorra la investidura real, haciéndose proclamar por el ejército y ciudad rey de Castilla y Leon. Los rumores de estos sucesos resonaban en el corazon de don Pedro de un modo tan triste, que ya veía el cruel monarca perdido su reino y corona. En tanto don Enrique seguia adelantando en sus conquistas: la mayor parte de los pueblos y ciudades por donde pasaba con su ejército les abrian las puertas contentos y gozosos, porque iban á tener dentro de sus muros al que llamaban libertador de Castilla. Sonaban por toda España con gran estrépito estos sucesos, y muy mas en Burgos, donde residia el rey y sus partidarios. Pero envalentonado Enrique de Trastamara con los triunfos y conquistas conseguidas tan á poca costa, y creido que la Providencia favorecia sus planes, se decidió, siguiendo el parecer de sus capitanes, sitiar á Burgos y presentar batalla á don Pedro, que con el grueso de su ejército permanecia quieto y sosegado sin tomar determinacion ninguna, ni poner á la ciudad en buen estado de defensa. Con la velocidad del metéoro llegó á Burgos la noticia de que Enrique de Trastamara marchaba contra dicha ciudad para tomarla por combate, como habia sucedido con Bribiesca. Semejante noticia produjo en el ánimo de don Pedro tal efecto, que sin encomendarse á nadie, ni avisar á los caballeros de su corte, montó á caballo un sábado de ramos á 28 de marzo de 1366, y abandonando la ciudad y el ejército, se dirigió solo á Sevilla, segun unos, porque temia á don Enrique, y segun otros, porque queria salvar á sus hijos y tesoros antes que el bastardo llegara con su ejército á la patria de Trajano. Los habitantes de la noble y leal ciudad de Burgos, siempre amantes de sus legitimos reyes, se afligieron tanto al saber que don Pedro los abandonaba, que hasta el mismo consejo de la ciudad corrió presuroso á palacio, pidiendo con ruegos y súplicas no los dejase en situa-

cion tan crítica, supuesto habia gente de guerra bastante con que hacer frente al enemigo, y sobraban armas y comestibles. Pero don Pedro se negó á permanecer en la ciudad; y entonces el consejo, viendo que sus ruegos no eran atendidos, le suplicaron les absolviese de su obediencia, caso de no poder defenderse Burgos de los enemigos, que ya solo distaban ocho leguas. Absolviólos efectivamente el rey, recibiendo auto de ello para hacerlo constar en su dia. Don Pedro salió entonces de Burgos, pero no sin dejar rastro de su paso, porque antes de salir, y como por via de despedida, hizo matar á Juan Hernandez de Tobar, sin otro delito que ser hermano de don Fernando Sanchez de Tobar, que habia los dias antes admitido en Calahorra al conde don Enrique.

En Burgos mudaron de semblante las cosas asi que se hubo marchado don Pedro. El ejército que este habia reunido se disipó brevemente, retirándose muchos á sus casas y los mas á servir al bastardo, que bien pronto recibió mensaje de Burgos en que le suplicaban fuese á la ciudad, donde sería aclamado rey y señor, pues estaban libres del juramento de fidelidad que habian hecho á don Pedro. Alegróse en extremo Enrique de Trastamara con semejante mensaje, partiendo á poco con todo su ejército para Burgos, donde fue recibido procesionalmente, con grandes aclamaciones y general regocijo. Sucedió esto á primero de abril del año 1566, y luego que en la ciudad de Burgos fue recibido por rey, mandó prevenir el aparato de su coronacion en el monasterio de las Huelgas. Coronacion brillante y solemne á la cual asistió lo mas selecto y escogido tanto de la ciudad como de su ejército. A los pocos dias de su estancia en Burgos comenzó á recibir á los procuradores de todas las ciudades de España que habian asistido á la coronacion para darle la obediencia. De forma que á los veinte dias de titularse rey de Castilla era señor de cuantos habian obedecido á don Pedro, escepto la villa de Agreda, el castillo de Soria, el de Arnedo,

Logroño, San Sebastian, Guetaria y parte del reino de Murcia, inclusa su capital. Perfectamente bien recibidos fueron por el nuevo rey los procuradores que habían venido á prestarle obediencia en nombre de sus pueblos respectivos, pues no solo los recibió con el mayor agrado, sino que les otorgó cuantas libertades, gracias y mercedes acertaron á pedirle, porque don Enrique estaba en el convencimiento, á la verdad no infundado, de que el mejor camino para asegurarse la corona que él por su propia voluntad se habia puesto en sus sienes, era el de la dádiva y el de la concesion, y en prueba de esto hizo despues de su coronacion á los caballeros que le acompañaban grandes donativos y mercedes. A don Alonso de Aragon dió el título de marques de Villena; á Duguesclin lo hizo señor de Molina y conde de Trastamara; á Cabelay lo hizo conde de Carrion; á don Tello su hermano lo llamó conde de Vizcaya, Lara, Aguilar y señor de Castañeda, y á su otro hermano don Sancho le dió el título de conde de Alburquerque y el señorío de Ledesma con sus cinco villas, Salvatierra, Miranda, Montemayor, Granada y Galisteo, como tambien las villas de Haro, Briones, Belorado y Cerezo. De la misma suerte cedió villas, lugares y castillos á los ricos-hombres y caballeros que le acompañaban, con otras innumerables mercedes y gracias, viniéndole con tantas liberalidades el regio renombre de Enrique el de las Mercedes.

De Burgos partió para Toledo; en el camino le fueron á dar obediencia y besar la mano los mas allegados y amigos de don Pedro: en Toledo no fue tan bien recibido como esperaba, porque se mantenía por su hermano; pero vencidas todas las dificultades entró, deteniéndose en ella quince días para pagar á su gente y recoger un millon de maravedises que le regalaron los judíos de aquella rica poblacion. Dejó bien defendida la ciudad á cargo de su arzobispo don Gómez Manrique, y partió para las Andalucías en seguimiento de su hermano el ya destronado don Pedro.

Llegaban á Sevilla continuamente los ecos de estas y otras

novedades que ponian á don Pedro cada vez en mayor sobresalto. Gran sentimiento le causó la pérdida de Toledo, pero la noticia de que don Enrique marchaba ya para Sevilla y en su busca, le causó aun mayor sobresalto y sorpresa. Hubo un momento en que don Pedro tuvo miedo por su existencia; porque, cuenta clara, si Enrique de Trastámara llegaba á cogérlo, le haria espiar con la muerte las de su madre y hermanos. Aconsejóse el rey de sus caballeros sobre el partido que debia tomar en semejante situacion, y resolvióse en este consejo que don Pedro abandonase á Sevilla, mandando antes á Portugal en una galera á sus hijos y riquezas. Todo estaba ya dispuesto, y cuando se disponia don Pedro á marchar, le fue dicho que toda Sevilla estaba levantada tumultuosamente, y que el pueblo se acercaba al alcázar pidiendo á voz en grito la muerte del tirano. Cogió don Pedro un caballo sin detenerse, y montando en él, partió á todo escape al reino de Portugal, librándose de ese modo de una muerte cierta: acompañábanle Martin Lopez de Córdoba, maestre de Alcántara, Mateo Fernandez, su canciller, Diego Gomez de Castañeda, Pedro Fernandez Cabeza de Vaca y otros varios caballeros. Don Pedro vió con dolor que el Portugal le cerraba sus puertas, y que el castillo de Alburquerque le negaba la entrada por disposicion de don Gil Bocanegra que lo mandaba. No sabia el rey qué partido tomar en tal conflicto, pues no hallando asilo en su reino ni en Portugal, era segura su perdicion si don Enrique, sabida la ruta que llevaba, determinaba seguirlo. En estas dudas estaba, cuando supo con harto dolor que habia sido apresada por los sevillanos la galera donde iba su tesoro, aun antes de salir del rio, conduciéndola á Sevilla y poniendo preso al tesorero Martin Yañez. El cronista Ayala asegura que el tesoro hallado ascendia á treinta y seis quintales de oro acuñado, y multitud de joyas de gran valor y estima, parando todo en manos de don Enrique, que bien necesitaba de semejante socorro para pagar á la gente estrangera que traía en su ejército.

Viéndose perdido el rey don Pedro, y espuesto á caer en poder del bastardo, resolvió retirarse á Galicia con sus hijas para deliberar en aquel apartado rincon el partido que debia tomar segun las circunstancias. No atreviéndose á caminar por tierra de Castilla por hallarse toda en favor de don Enrique, pidió al rey de Portugal, que ya que no habia querido admitirlo en su reino, le concediera el nimio favor de asegurarle el camino por su pais hasta Galicia. Otorgóselo sin reparo el rey de Portugal, enviándole dos caballeros de su confianza para que le acompañasen. Don Pedro llegó á Monterey, y sabido que el alcázar de Zamora, cuyo alcaide era Juan Gascon, comendador de la orden de San Juan, se mantenía por él, al punto despachó cartas para el comendador y á las ciudades de Soria y Logroño, únicas que le quedaban de tan basto reino, alentándolas y haciéndolas saber que se hallaba en Galicia para ir á su socorro cuanto antes le fuera posible. Sabida la llegada del rey don Pedro á Monterey, llegaron el arzobispo de Santiago y don Fernando de Castro á ofrecerle sus respetos y haciendas. Tuvo el rey consejo con ellos, y quedó resuelto que con doscientos caballos que le quedaban y quinientos que se levantaron en Galicia, con mas doscientos infantes, fuese para Zamora y de alli á Logroño, camino sumamente seguro para don Pedro por hallarse el bastardo en Sevilla con todas sus gentes. Don Pedro reflexionó luego lo arriesgado de la empresa, y desistiendo de ella resueltamente, se decidió á seguir su viaje hasta la Coruña y embarcarse alli para Bayona, que era entonces de los ingleses, donde podria solicitar socorro del poderoso príncipe de Gales, presunto heredero de la corona de Inglaterra. Deliberado esto pasó el rey á la ciudad de Santiago á mediados de junio, donde el arzobispo de dicha ciudad se puso al servicio del rey con doscientos caballos y cuantas fortalezas y castillos le pertenecian por su alta dignidad y elevada posicion. Pero don Pedro, que aun en la adversidad, aun rodeado de precipicios y de desgracias, no habia dejado su carác-

ter feroz y sanguinario, trató de pagar al reverendo prelado los servicios tan importantes que le habia hecho prendiéndolo y encerrándolo en una de sus fortalezas envidioso de su poder y riquezas. Todo se verificó tal como el sanguinario don Pedro deseaba; pero el canciller Mateo Fernandez, Juan Diente, que de ballestero habia pasado á ser favorito del rey, y Sueró Yañez de Parada, aconsejaron á don Pedro que se dejase de rodeos y matase al arzobispo, so color de ser natural de Toledo, cuya ciudad se habia entregado á don Enrique, y segun la espresion de un historiador respetable, pocas instancias necesitaba Neron cuando se trataba de derramar sangre humana. Aplaudió con muestras de gran contento el infame consejo que le daban sus viles aduladores. Mandó luego llamar al arzobispo, y llegado que hubo á la puerta de la iglesia donde estaba el rey, fue muerto alevosamente á lanzadas por Fernan Perez Churruchao y otros asesinos de á caballo que le acompañaban resueltos como él á cometer crimen tan inaudito, tamaño sacrilegio. Mataron tambien alli mismo al dean de la iglesia catedral, llamado Pedro Alvarez de Toledo, que acompañaba al prelado ignorante del desastroso fin que les esperaba. Don Pedro presenció este doble asesinato con su acostumbrada sangre fria y feroz sonrisa, y no contento con el crimen que habia cometido, robó el palacio arzobispal, saqueó todas las fortalezas y castillos del desgraciado prelado, y se dirigió á la Coruña, donde se embarcó para Bayona con sus tres hijas y el tesoro de joyas y dinero que por medio tan vil se habia adquirido en la ciudad de Santiago. Una vez en Bayona se avistó con el príncipe de Gales, el que no solo le recibió con urbanidad y agrado, sino que le prometió socorro y ayuda para que recobrase su perdida corona.

No tardaron mucho en llegar á Sevilla semejantes noticias, que llenaron de cuidado y recelo al nuevo rey de Castilla. Sin embargo de esta novedad, reunió don Enrique su ejército y se dirigió á Galicia á marchas dobles con intento de apoderarse de ella á la fuerza antes que viniera don Pedro,

ó ganar para sí á don Fernando de Castro que la gobernaba por orden de este. Cuando lo supo don Fernando se encerró en Lugo, que era la plaza mas fuerte de Galicia, donde se negó abiertamente á toda capitulacion ó convenio por mas favorables que le fueran. Cercóla don Enrique viendo la tenacidad del gobernador, no pudiendo obtener ventaja alguna por el desasosiego en que le tenian las noticias de su hermano y del príncipe de Gales; pero á pesar de eso se mantuvo alli dos meses en el cerco, y despues de convencerse de lo inútil de su empresa marchó á Burgos, temiendo que se le rebelase como Astorga y Zamora, que, temerosas de la llegada de don Pedro, se habian declarado en su favor.

Una vez en Burgos don Enrique, aprovechó el tiempo en poner en orden sus intereses y el de su familia. Tuvo Cortes generales, en las cuales, despues que fue jurado heredero de Castilla y Leon su hijo el príncipe don Juan, pidió los subsidios necesarios para tener la corona libre y guardada de enemigos; otorgáronle una alcabala tan crecida, que aquel año ascendió á la suma de diez y nueve millones de maravedises. Manifestó asimismo á las dichas Cortes como don Pedro pensaba volver á recobrar su perdido reino ausiliado por el príncipe de Inglaterra, y por lo tanto les encargaba si esto llegaba á suceder, defendiesen el derecho del príncipe don Juan que habian jurado, como él lo defenderia hasta perder la vida. Juraron hacerlo así, y don Enrique en agradecimiento aumentó la jurisdiccion de Burgos con la villa de Miranda de Ebro.

Mientras esto sucedia en Castilla andaba solícito el rey don Pedro por Francia juntando gente de guerra y cebando la ambicion del príncipe de Gales con promesas que no habia de cumplir, para que le acompañase contra el bastardo de Trastamara. Para mas obligarle le dió el señorío de Vizcaya por escritura de 23 de setiembre de este año de 1367, y ademas se obligó por otra del mismo dia á dar al príncipe de Gales y á sus gentes cincuenta y cinco mil florines de oro, y cinco mil seiscientos mas al mismo príncipe por via

de regalo; quedando en poder del de Gales en rehenes de estos y otros ofrecimientos sus hijas y otras personas amigas y allegadas. Don Enrique en tanto se hallaba temeroso y desorientado, y mas que á su hermano, temia á las fuerzas del poderoso príncipe de Gales. Vióse en Campezo con don Carlos, rey de Navarra, resultando de estas vistas que el Navarro ofreciese á don Enrique no dejaria pasar por sus dominios al ejército invasor, y prohibirle la entrada con todo su poder, dando en cambio el rey de Castilla en recompensa de tamaño servicio á la Navarra para siempre la ciudad de Logroño y las villas de su jurisdiccion. Este trato fue concluido y jurado sobre la Hostia consagrada para mayor firmeza de lo convenido; pero el Navarro fue traidor, pues en setiembre del año anterior se habia concertado con don Pedro y el príncipe de Gales no solo de darles paso franco para Castilla contra don Enrique, sino tambien de hallarse con ellos en la jornada. Por este convenio le habia prometido don Pedro la provincia de Guipúzcoa, la de Alava, Navarrete, Calahorra, Alfaro, Treviño, Nájera, Haro, Briones y la Bastida. De modo que el ambicioso y perjuro rey de Navarra no solo prometió bajo juramentos tan serios dos cosas tan opuestas como dar paso y no darle, sino tambien de hallarse en campaña por una y otra parte. Para cumplir con todos ideó tratar ocultamente con un caballero breton llamado Mosen Oliver, alcaide del castillo de Borja, diciendo andaria á caza cerca de su castillo cuando el ejército de don Pedro viniese para España, saliendo Oliver entonces del castillo, prendiese á don Pedro y lo encerrase con buena guarda en dicha fortaleza. Debíalo detener alli hasta que él avisase á don Enrique para que viniese al encuentro de su hermano y trabasen batalla en su mismo reino. Con esta estratagema creia el perjuro rey salvar su conciencia, justicia y fama; pero se llevó un solemne chasco, porque por este y otros innumerables hechos semejantes se granjeó el renombre de Carlos el malo con que le distingue la historia.

Muy confiado don Enrique de las promesas del Navarro regresó á Burgos, donde todavía tenia las Cortes abiertas, procurando por cuantos medios se hallaban á la mano sofocar la tormenta que se preparaba. Era esto á primeros de febrero, y tardó poco tiempo en saberse la noticia de que el ejército combinado entraba ya por Roncesvalles en Navarra. Entonces Hugo de Caberlay se despidió de don Enrique diciendo que él no podia pelear contra su príncipe de Gales que venia con don Pedro. El ejército de este entró en Navarra sin embarazo ninguno el dia 20 de febrero del año de 1367. Con esta noticia puso don Enrique en marcha su ejército para la Rioja, y sentó su campo en el encinar de Bañares, cerca de Santo Domingo de la Calzada. La suerte comenzaba á serle tan adversa como próspera le habia sido hasta alli, porque seiscientos caballos que habia mandado para recobrar la villa de Agreda, que se mantenía por don Pedro, se habian pasado á este sin querer desempeñar su cometido. Semejante procedimiento por parte de su tropa debia desanimar á don Enrique; pero él se fue disponiendo para medir las armas con el ejército combinado, que segun el cronista Ayala, constaba de diez mil hombres de armas blancas, de diez mil ballesteros y de una crecida tropa de soldados de á caballo. Pero cuando mas resuelto estaba don Enrique á hacer frente al enemigo con el resto de su ejército, recibió cartas del rey de Francia en las que le encargaba vivamente escusase batalla con don Pedro, porque su ejército era en extremo numeroso y de gente escogida. Le decia asimismo que lo que debia de hacer era entretener al enemigo con pequeñas escaramuzas, sin llegar á batalla decisiva, pues los ingleses pronto se cansarian de estar en España, consiguiendo dos cosas á cual mas importantes con este modo de guerrear, pues don Pedro, viéndose sin el apoyo del príncipe de Gales, se volveria al extranjero sin haber conseguido su objeto, y su ejército quedaba ileso para mejor ocasion. Lo mismo dijeron á don Enrique Duguesclin y los demas capi-

tanos extranjeros que le seguian; pero los caballeros españoles se opusieron abiertamente, diciendo que si don Enrique rehusaba la batalla ó mostraba miedo, en el instante le dejarían todas las tierras que seguian su voz y se pasarían á don Pedro. Hubo don Enrique de seguir este segundo dictámen, resuelto á no mostrar flaqueza ni temor alguno, sin embargo de que conocia lo arriesgado de una accion tan desproporcionada.

Ya mientras tanto habia bajado el ejército de don Pedro á la Vega de Pamplona, y entrado en Alava se le habia rendido Salvatierra. Con esta noticia movió don Enrique su campo del encinar de Bañares en busca del enemigo, y sentóle ventajosamente sobre un cerro donde está el castillo de Zaldarian. Esta determinacion del intruso rey de Castilla dió nuevos ánimos al ejército combinado, graduando de miedo aquella posicion de don Enrique, no engañándose á la verdad. Viendo don Pedro que el bastardo de Trastamara se estaba en Zaldarian sin bajar del monte, y que por alli no podia su ejército transitar á Castilla, porque don Enrique tenia ocupados los collados, pasos y caminos, tomó por Navarra el camino de Logroño, ciudad que le habia sido fiel desde un principio. Con esta noticia marchó don Enrique para Nájera y puso su real cerca de la villa, de forma que el rio Najerilla mediaba entre el real de don Enrique y el camino por donde habia de pasar el ejército combinado, cuya intencion era ir por la Rioja á Burgos. Llegado á Navarrete el enemigo, envió el príncipe de Gales á don Enrique una carta en extremo atenta, en que le proponia acomodamiento con don Pedro, ofreciéndose él mismo á ser el mediador para que uno y otro saliesen contentos del ajuste que proponia (1). Recibió

(1) Creemos que no desagradará á nuestros lectores insertemos íntegra la carta del príncipe de Gales, por ser un documento casi desconocido. No la damos en el lenguaje en que está escrita, porque es de difícil lectura y pronunciaci3n. La carta dice así: «Eduardo,

don Enrique con agasajo al mensagero haciéndole diferentes regalos preciosos. Tuvo su consejo don Enrique acerca de la respuesta, y hubo quien dijo que no la merecia buena ni cor-

hijo primogénito del rey de Inglaterra, príncipe de Gales y de Guiana, duque de Cornoalla y conde de Cestre: al noble y poderoso príncipe don Enrique, conde de Trastamara. Sabed que en estos días pasados el muy alto y muy poderoso príncipe don Pedro, rey de Castilla y Leon, nuestro muy caro y muy amado pariente, llegó á las partidas de Guiana donde Nos estábamos, y nos hizo entender que cuando el rey don Alfonso su padre murió, que todos los de los reinos de Castilla y Leon pacíficamente le recibieron y tomaron por su rey y señor; entre los cuales Vos fuisteis uno de los que así le obedecieron y estuvisteis gran tiempo en la su obediencia. Y diz que despues de esto, ahora puede haber un año, que Vos con gentes y campañas de diversas naciones entrásteis en los sus reinos y los ocupásteis, y llamásteis Vos rey de Castilla y Leon, y le tomásteis los sus tesoros y las sus rentas, y le teneis tomado y forzado, así el su reino, y decís que le defendereis de él y de los que le quisieren ayudar: de lo cual somos mucho maravillados que un hombre tan noble como vos, hijo de rey, hicieseis cosa que vos sea vergonzosa de hacer contra vuestro rey y señor. Y el rey don Pedro envió mostrar todas estas cosas á mi señor y padre el rey de Inglaterra, y le requirió, lo uno por el gran deudo y linage que las casas de Inglaterra y Castilla hubieron en uno, y otrosí por las ligas y confederaciones que el dicho rey don Pedro tiene hechas con el rey de Inglaterra mi padre y mi señor, y conmigo que le quisiese ayudar á tornar al su reino y cobrar lo suyo. Y el rey de Inglaterra mi padre y mi señor, viendo que el dicho rey don Pedro su pariente le enviaba pedir justicia y derecho y cosa razonable á que todo rey debe ayudar, plúgole de lo hacer así y enviónos mandar que con todos sus vasallos y valedores y amigos que él há, que Nos les viniesemos á ayudar y confortar, segun cumple á su honra: por la cual razon, Nos somos llegados aquí, y estamos hoy en el lugar de Navarrete, que es en los términos de Castilla. Y porque si voluntad fuese de Dios que se pudiese escusar tan gran derramamiento de

tés, quien no le daba el título de rey en la suya. Pero prevaleció el voto de los que dijeron debíasele responder cortesamente, y la respuesta fue como la trascribimos á conti-

sangre de cristianos, como podria acontecer si batalla hubiese, de lo cual sabe Dios que á Nos pesára mucho: por ende, vos rogamos y requerimos de parte de Dios y con el mártir S. Jorge, que si vos place que Nos seamos buen medianero entre el dicho rey don Pedro y Vos, que nos lo hagais saber, y Nos trabajaremos como Vos hayais en los sus reinos y en la su buena gracia y merced gran parte, porque muy honradamente podais bien pasar y tener vuestro estado. Y si algunas otras cosas hubiere de librar entre él y Vos, Nos con la merced de Dios entendemos ponerlas en tal estado como Vos seais bien contento. Y si desto non vos place y quereis que se libre por batalla, sabe Dios que nos desplace mucho de ello: empero non podemos escusar de ir con el dicho rey don Pedro nuestro pariente por el su reino: y si algunos quisiesen embargar los caminos á él, y á Nos que con él imos, nos haremos mucho por le ayudar con el ayuda y gracia de Dios. Escrita en Navarrete, villa de Castilla, 1.º dia de abril del año de gracia de 1368.»

La carta contestacion de don Enrique fue como sigue: «*Don Enrique, por la gracia de Dios rey de Castilla y Leon: al muy alto y muy poderoso don Eduardo, hijo primogénito del rey de Inglaterra, príncipe de Gales y de Guiana, duque de Cornoalla, conde de Cestre, salud. Recibimos por vuestro saraute una vuestra carta, en la cual se contenian muchas razones que vos fueron dichas por parte de ese nuestro adversario que hi es: E non nos parece que Vos habeis sido informado de como ese adversario nuestro en los tiempos pasados que tuvo estos reinos los rigió en tal guisa y manera, que todos los que lo saben y oyen se pueden de ello maravilllar, porque tanto tiempo él haya sido sufrido en el señorío que en el dicho reino tuvo: ca él mató en este reino á la reina doña Blanca de Borbon, que era su muger legítima, y mató á la reina doña Leonor de Aragon, que era su tia, hermana del rey don Alfonso, su padre, y mató á doña Juana y á doña Isabel de Lara, hijas de don Juan Nuñez, señor de Vizcaya, y sus*

nuacion de la carta del príncipe de Gales. Las razones dadas por don Enrique no debieron parecer al príncipe de Gales tan convincentes que bastasen á escusar la batalla; antes creyó debia darse, y dejar el negocio en manos de Dios que diese la victoria á quien fuese su voluntad. Asi en la mañana siguiente, sábado 3 de abril, movió el ejército combinado hácia Nájera en orden de batalla. Don Enrique al mismo tiempo pasó contra ellos el Najerilla, y sentó su campo en una llanura cerca de Navarrete contra el dictámen de sus capitanes, que le decian se mantuviese en posicion ventajosa. Pero su gran valor no le dejó obrar con asomos de cobardía ó miedo, y dijo públicamente no queria pelear con ventaja que no naciese del esfuerzo y valentía. Presto se avistaron ambos ejércitos, y se acometieron con tanta furia, que del encuentro cayeron á unos y otros las lanzas de las manos.

Alzabase el sol esplendente y tranquilo sobre las llanuras

primas, y mató á doña Blanca de Villena por heredar las sus tierras que estas tenían, y mató tres hermanos suyos, don Fadrique, maestre de Santiago, y don Juan y don Pedro; y mató á don Juan Gil, señor de Alburquerque, y mató al infante de Aragon don Juan, su primo, y mató á muchos caballeros y escuderos de los mayores de estos reinos; y tomó contra su voluntad muchas dueñas y doncellas de ellas casadas; y tomaba todos los derechos del Papa y de los prelados. Por las cuales cosas y otras que serian luengas de contar, Dios por su merced puso en voluntad de todos los reinos, que se sintiesen de esto, porque non fuese este mal de cada dia en mas, y non le haciendo hombre en todo su señorío, ninguna otra cosa salvo obediencia, y estando todos juntos con él para le ayudar y servir, y para le defender el dicho reino, Dios dió su sentencia contra él, que él de su propia voluntad desamparó este reino y se fue: y todos los de los reinos de Castilla y Leon tuvieron de esto muy gran sentimiento y placer junto teniendo que Dios les habia enviado su misericordia por los librar de tal señor tan duro y tan peligroso como tenían; y de su propia voluntad todos vinieron á Nos, y nos tomaron por su rey y por su señor

de Navarrete, como si no hubiese de alumbrar aquel día una de las mas sangrientas y memorables batallas que nos refieren los anales del mundo.

El ejército del rey don Enrique, situado en la llanura antes del amanecer, apareció formado en tres divisiones ordenadas del modo siguiente:

Don Tello y su hermano don Sancho, colocados á la cabeza de veinticinco mil hombres, mandaban el ala izquierda.

El condestable Beltran Duguesclin con diez y ocho mil caballos sobre poco mas ó menos formaba la vanguardia.

Y el rey don Enrique en persona, y al frente de veintiun mil caballos y treinta mil infantes, mandaba el flanco derecho.

Este poderoso ejército tenia ademas una reserva de valientes y esforzados aragoneses, caballeros sobre magníficos

asi prelados como caballeros é hijos-dalgo y ciudades y villas del reino. Lo cual non es de maravillar, ca en tiempo de los godos que enseñorearon las Españas, donde Nos venimos, asi lo hicieron, y ellos tomaron y tomaban por rey á cualquier que entendian que mejor los podría gobernar: y se guardó por largos tiempos esta costumbre en España; y aun hoy día en España es aquella costumbre, ca juran al hijo primogénito del rey en su vida, lo cual no es en otro reino de cristiano. Y por tanto entendemos por estas cosas sobredichas que habemos derecho á este reino, pues por voluntad de Dios y de todos nos fue dado: y non habeis Vos razon alguna porque nos lo de estorbar, y si batalla hubiese de haber cuanto á Nos sabe Dios que nos desplace de ello; pero non podemos escusar de poner nuestro cuerpo en defensa de estos reinos, á quien tan temido somos, contra cualquier que contra ellos quisiese ser; y por ende vos rogamos y requerimos con Dios y con el apostol Santiago, que Vos non querais entrar asi poderosamente en nuestros reinos: ca haciéndolo non podemos escusar de defenderlos. Escrita en el nuestro real de Nájera, segundo día de abril.»

caballos, reserva mandada por los condes de Ahigues y Roque-Bertin.

En esta disposicion el ejército, determinó Enrique de Trastamara pasar revista á las tropas para alentarlas con su presencia é infundirles el valor suficiente para que el triunfo y la victoria estuviesen de su parte. Montó en un brioso alazan jugueton é inquieto y de pura raza árabe, y así pasó revista á sus escuadrones, escitando el valor de unos, dirigiendo elogios á otros, y haciendo presente á todos el peligro que correrian sus vidas si llegaban á caer vivos en poder del cruel y sanguinario don Pedro.

En seguida se acercó al condestable Duguesclin, que permanecía quieto y tranquilo en su puesto asemejándose á una estatua, y despues de tenderle los brazos con la mayor cordialidad, le dijo en voz alta para que todo el ejército lo oyese:

— Sois, condestable, el hombre mas valiente y esforzado que se conoce en este siglo: por vos he sido rey hasta hoy, y vuestro brazo va á conquistarme la corona para siempre. Yo quisiera ser dueño del Universo para cederos la mejor corona del mundo en recompensa de los servicios tan grandes que he recibido y recibiré de vos.

Beltran Duguesclin se inclinó respetuosamente, y contestó con su acostumbrada franqueza:

— Me confunden, señor, vuestras alabanzas, porque yo no hago mas que cumplir con mi deber y con la orden que he recibido de mi buen señor el rey Carlos V de Francia. — Él me ha dicho que me pusiera á vuestras órdenes y que os obedciera y ayudara como si fuera él mismo; por consiguiente en vos veo ademas del príncipe que necesita la ayuda de todas las personas honradas para acabar de una vez con vuestro cruel hermano, á mi señor el rey de Francia.

— Bien, condestable; sois tan leal como valiente y esforzado, y con vuestra ayuda venceré á mi hermano y al príncipe de Gales.

El rey se separó de Beltran y siguió su revista con la sonrisa en los labios y vertiendo palabras lisonjeras que suele llevarse el viento cuando el peligro desaparece.

Terminados que fueron los preparativos que hemós referido, el rey Enrique y el ejército entero á imitacion suya se arrodilló para suplicar al Hacedor Supremo que le concediese la victoria en aquella batalla, en que se iba á decidir de la suerte y el porvenir de Castilla.

El sol, que se levantaba brillante y magestuoso sobre la montaña de Navarrete, alumbraba con sus vivos rayos esta escena tan devota, y permitia ver al ejército enemigo colocado sobre la cima, de la cual comenzó á descender lentamente y en perfecta alineacion.

El aventurero mosen Hugo de Caberlay, fiero y arrogante como un toro del Jarama, acompañado del duque de Lancaster, se situó frente de Beltran Duguesclin y de sus diez y ocho mil bretones.

El principe de Gales con su armadura negra y el rey don Pedro se colocaron al frente de los principes don Tello y don Sancho.

Los demas caudillos del ejército tomaron posicion al frente del mismo Enrique de Trastamara.

Despues de una sentida exhortacion que dirigió el principe de Gales á sus tropas, dieron los clarines la señal del combate, y al mismo instante la tierra tembló como asustada de lo que sobre ella iba á suceder, y se oyó al mismo tiempo tambien un ruido parecido al de dos truenos que se chocan impetuosamente. Eran los dos ejércitos, que se reunian con tanta furia y precipitacion como la corriente de un rio cuando se le quita el dique que la contiene. El aire se vió lleno de flechas; los caballos relinchaban y piafaban con terrible furia; los caballeros de uno y otro bando peleaban cuerpo á cuerpo valiéndose de sus mazas y puñales, y cada lanzada de una y otra parte dejaba fuera de combate al infeliz que la recibia. Espectáculo feroz y terrible ver á tantos millares

de hombres decididos á perder la vida, porque los dos principales caudillos de aquella batalla recobrasen una corona que todo lo mas que tocara á ellos sería el brillo de sus rayos!!

El ejército de Enrique de Trastamara comenzó á titubear, porque el ala izquierda, mandada por don Tello y don Sancho, huyó despavorida y asustada con la incesante persecucion del príncipe de Gales, que con su natural arrojo habia conseguido desbaratarla.

Al ver en derrota el ala izquierda se apoderó del ejército de Enrique un terror pánico, cuya fuerza irresistible alcanzó al mismo rey Enrique y al valeroso condestable de Francia. Entonces don Pedro al ver desbaratada el ala izquierda se volvió de repente contra su hermano Enrique, que luchaba valientemente con uno de los principales gefes del ejército contrario. Pero atacado por las siete mil lanzas de la reserva se vió forzado á replegarse, perdiendo de vista al bastardo.

Todo era desaliento y confusion en el ejército de don Enrique, y á pesar del horrible estruendo que reinaba, producido por el choque de las armas, el relincho de los caballos y los gritos rabiosos de los combatientes, se oía la voz de don Enrique que con Beltran decia:—Todo se ha perdido!... La victoria se ha declarado por el enemigo! En tanto que don Pedro gritaba á los suyos:—A ellos, á ellos, mis valientes soldados!... Mueran los rebeldes!... No haya perdon para ninguno.

Don Pedro, seguido de una escolta de quinientos moros que le habia enviado el rey de Granada, y cuyo mando habia conferido al amante de Zelima, corria á uno y otro lado furioso como un tigre y descargando sobre el enemigo su dorida hacha teñida con la sangre de cien victimas.

La victoria se decidió al cabo por don Pedro. El ejército de Enrique de Trastamara huía disperso por la llanura como rebaño descarriado. Solo quedaba al frente del enemigo la muralla de bretones que mandaba el valiente condestable,

hasta que fueron hechos prisioneros por el mismo príncipe de Gales y el ejército que le seguía.

Duguesclin se volvió á uno de sus capitanes, y preguntó con el mayor interés:

— ¿Dónde está el rey? Ha sido muerto?

Peró don Enrique, cubierto con la enemiga y propia sangre, y casi destrozada su armadura, se acercó con su caballo al condestable y le dijo:

— Amigo mio, vos me hicisteis rey, y quiero probaros hasta lo último que sé sostener con honor tan alta dignidad.— No entregueis vuestra espada al enemigo, porque si nuestros soldados han sido derrotados unos, y otros han huido cobardemente, nosotros dos peharemos hasta perder la vida.

— Oh! no, no hagais tal cosa, replicó Duguesclin. Al contrario, huid, puesto que no os han visto, y salvaros si podeis. Vasta ya de pelea; continuar sería una locura, y ya que habeis tenido la dicha de salir vivo de tantos peligros como habeis pasado, no os espongaís nuevamente.

— De ningun modo os abandono, Beltran, y pues todo se ha perdido, solo me resta morir, pero morir peleando.

— Yo os suplico que huyais, señor. Todo se ha perdido, es verdad, pero viviendo vos hay todavía alguna esperanza; pero si morís, entonces sí que todo se ha perdido realmente. Marchad á Francia y decid al rey Carlos que soy prisionero del príncipe de Gales; que me rescate si puede y volveremos otra vez á Castilla, porque si en esta batalla hemos sido vencidos, en otra seremos vencedores. Con que hacedme el obsequio de abandonar por ahora vuestra patria.

Don Enrique abrazó cordialmente al condestable, vertiendo lágrimas de agradecimiento, esclamando conmovido:

— Sí, condestable, voy á darte gusto, pero mas lo hago por cumplir el encargo de tu rescate, que por verme libre.

— Huid, huid, señor! dijo de pronto el condestable trémulo y asustado. Huid, que viene hácia aqui don Pedro su-

rioso como una hiena y blandiendo su terrible maza de cien pinchos!

Entonces Enrique de Trastamara metió espuelas á su caballo, desapareciendo bien pronto de aquel sangriento lugar.

Don Pedro llegó con el caballo jadeando y cubierto de espuma, y dijo con la mayor ferocidad:

—Dónde está el bastardo que ha tenido la audacia de llamarse rey de Castilla?

Beltran Duguesclin miró al rey con desprecio, y repuso en seguida:

—El legítimo rey de Castilla está en parage donde no podrá alcanzarlo el cruel don Pedro.

—Quién eres tú, que así te atreves á responder á don Pedro I de Castilla?

—Soy un hombre que así como vos os habeis hecho famoso por la crueldad de vuestro carácter y las bajasas que en todo tiempo habeis cometido, yo lo soy por conocidos hechos de armas y por la grandeza de mi espíritu.

—Quién eres, quién eres! gritó don Pedro echándose sobre Beltran con terrible furia.

Pero apretando el condestable los puños con rabia, y haciendo frente al rey, le dijo con tanto ímpetu como dignidad:

—Deteneos, don Pedro, que soy el condestable de Francia.

—Bravo! Tenia deseos de conocerte para descargar sobre tu deforme cabeza mi hacha de dos filos. Has venido á Castilla creyendo enriquecerte defendiendo una causa que nada te importa? Oh! pues yo satisfaré tu ambicion, yo me encargo de recompensar tus buenos servicios.

Y con feroz sonrisa levantó don Pedro su enorme maza para descargarla sobre el abollado casco de Beltran Duguesclin. Pero un hombre armado de pies á cabeza con una armadura tan negra como las sombras de la noche, se interpu-

so entre el condestable y don Pedro, diciendo con altivez:

— Deteneos, rey de Castilla, deteneos si no quereis deshonraros!

Don Pedro hizo retroceder su caballo, diciendo con sordo acento:

— Siempre que voy á vengarme de mis enemigos os presentais para impedirme que lo haga. Qué quereis de mí, principe de Gales?

— Quiero enseñaros las costumbres de la guerra, contestó el principe sonriéndose con ironía. Quiero probaros que todo vencedor tiene que ser humano con el vencido.

Don Pedro rugió como la pantera á quien le han quitado su presa, y Beltran Dugueselin, despues de dar las gracias al principe por el favor que acababa de hacerle, le entregó su espada en tantas batallas victoriosa, y se hizo su prisionero.

Don Pedro se levantó la visera de su casco y tendió la vista por la campiña, dando las mas vivas señales de impaciencia. Habia despachado un grueso destacamento para impedir que don Enrique pudiera huir si intentaba hacerlo, destacamento que tardaba demasiado en volver, á juzgar por su impaciencia. Pero de pronto brillaron de alegría sus facciones, respiró con mas libertad, y dijo poniendo la diestra en el pomo de su daga:

— Ellos son!

Con efecto. No muy distante del campo donde habia tenido lugar la batalla, se vió venir á todo escape el destacamento que habia enviado don Pedro. Este destacamento lo componian los quinientos moros que le habia mandado el rey de Granada, tan horribles como el mismo pecado. El moro Haffiz venia á la cabeza con semblante un tanto taciturno y triste.

— Qué hay? dijo don Pedro así que hubieron llegado á su presencia.

— Nada, contestó el gefe á media voz.

— Nada! repitió don Pedro retorciéndose las manos de rabia.

— Nada absolutamente, señor, volvió á decir el moro Haffiz.

— Maldicion!

— Hemos recorrido toda la campiña, repuso el moro, hemos registrado todos los lugares mas apartados, y nada hemos visto. En mi concepto debe haber huido don Enrique al principio de la batalla.

— Mientes, bellaco, que hace un momento le vi conferenciar con ese perro francés á quien llaman condestable.

— Pues si no ha huido hasta despues de la batalla, debe hallarse todavía por estos contornos.

— Pues búscalo, mi fiel Haffiz, búscalo, y si me lo traes vivo ó muerto, te hago rico para siempre.

Apenas habia acabado don Pedro de proferir las anteriores palabras, cuando se vió atravesar por el campo un gine-te que á todo escape se dirigia al rio Najerilla. Brillante y rica era por demas su armadura, magnífico su caballo, adornando la cimera de su casco una corona real de oro puro.

— Él es! dijo don Pedro con indecible alegría metiendo espuelas á su caballo.

— Él es! repitió Haffiz, siguiendo al rey con sus quinientos moros vestidos de blanco.

— Él es! exclamó Beltran Duguesclin temblando como un azogado, y sintiendo hallarse en situacion de prisionero para socorrer al desgraciado Enrique de Trastamara, que no solo habia perdido la corona de Castilla, sino que iba á perder tambien su preciosa vida.

En tanto don Pedro seguia con la velocidad del rayo al fugitivo, llenándole de denuestos é improperios, y llamándole cobarde y bastardo á voz en grito.

La suerte se habia declarado por don Pedro en este dia; porque habiendo dado alcance por último al fugitivo monarca, descargó tan tremendo golpe sobre el armado, que le

hizo caer en tierra sin proferir una palabra. Haffiz y varios moros de los que le acompañaban rodearon al caballero, que permanecía en tierra sin dar señales de vida. —

— Abajo esa corona! gritó don Pedro indignado al verla: fuera esas insignias reales! y si no ha muerto ese miserable, acábalo tú de matar, mi fiel Haffiz. —

Bien pronto saltó hecho pedazos el casco que cubría la cabeza y rostro del caballero, presentándose á don Pedro las facciones no de su hermano Enrique, sino las de un hombre cuyo nombre recordó esclamando con rabia! —

— Maldicion! Es el conde de Ledesma!.. —

Don Pedro lo miró con desprecio, y dijo á Haffiz al mismo tiempo que metía espuelas á su caballo: —

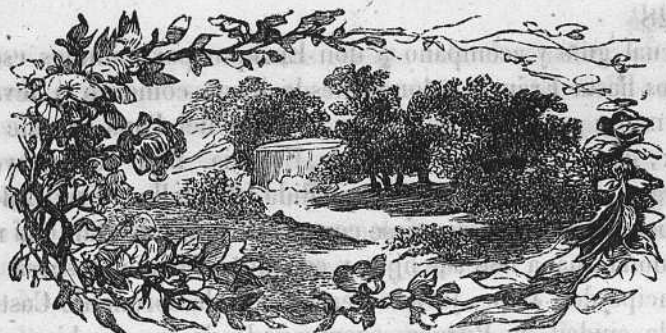
— Sígueme, y deja á ese miserable que sea pasto de los buitres de ese monte. —

Pero apenas hubo desaparecido don Pedro y los quinientos moros de su escolta, cuando se levantó el conde de Ledesma, y montando en su fiel caballo se dirigió á la frontera de Francia, donde le aguardaba Enrique de Trastámara, librado por este ardid de una muerte cierta. —



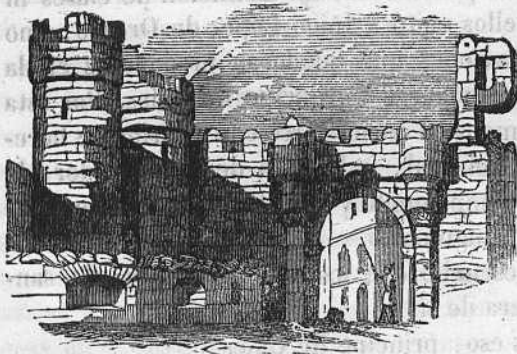


D. Pedro I.—Lám. 13.



CAPITULO V.

*En el que se dice lo que hizo don Pedro despues de haber reco-
brado su reino.*



PERDIDA la batalla
huyó don Enrique
como dijimos con
muchos de los su-
yos al inmediato
pueblo de Nájera,
y de allí por Soria
se internó en Ara-
gon, descansando
en el lugar de I-
llueca, propio de

don Juan Martinez de Luna. En dicho lugar encontró á su
hijo don Pedro de Luna, que mas adelante llegó á ser Papa,

el cual guió y acompañó á don Enrique por caminos escusados hasta Francia, donde desde luego comenzó á levantar nueva gente de guerra con el favor del Papa, conde de Fox, duque de Anjou y rey de Francia. Don Tello huyó á Burgos con la noticia de ser perdida la batalla, dirigiéndose á poco á Francia á reunirse con su hermano. En tanto la reina doña Juana con sus hijos y con doña Leonor, esposa del príncipe don Juan, jurado heredero de la corona de Castilla en la ciudad de Burgos, acompañada de los arzobispos de Toledo y Zaragoza, huía errante y fugitiva, temiendo hallarse con algun partidario de don Pedro que los prendiese á todos y condujese á su presencia. Pero afortunadamente pudieron llegar á la ciudad de Barcelona, donde esperaron el resultado definitivo de todo lo que pasaba.

A pesar de las amonestaciones y consejos que recibia don Pedro de sus amigos y partidarios de que no se ensañase con los prisioneros y vencidos, porque en ello disgustaria al príncipe de Gales, príncipe tan valeroso y esforzado en la pelea como noble y humano despues de ella, no pudieron conseguir del cruel monarca semejante peticion, porque al dia siguiente de la batalla, 4 de abril, y estando aun el ejército en el campamento, ejecutó por su propia mano la mas horrible carnicería con los prisioneros, sin distincion de clases ni paises, pues entre ellos mató á Íñigo Lopez de Orozco, uno de los caballeros gascones que quedaron prisioneros en la batalla, y amigo particular del príncipe de Gales. Por esta y otras muertes comenzó á enemistarse con el príncipe heredero de Inglaterra, el cual, indignado de su proceder, le trató en medio del campamento y delante de sus capitanes de inhumano, cruel y sanguinario.

Don Pedro lo escuchó con los ojos inyectados de sangre, y dijo casi fuera de sí:

— A quién decís eso, príncipe de Gales?

— A vos, rey de Castilla, repuso el principe negro con la mayor serenidad y parsimonia. Os he llamado inhumano,

porque lo es el que se ensangrienta con el vencido; os he llamado cruel, porque matais sin piedad; y os he dicho sanguinario, porque gozais con derramar sangre humana.

— Y qué os importa á vos, caballero?

— Impórtame, porque soy enemigo de esas crueldades, y porque mientras esté á vuestro lado, teneis que cumplir con uno de los capitulos de nuestra alianza.

— No recuerdo qué capítulo sea ese.

— Pronto os olvidais de lo tratado, rey don Pedro, pero yo recuerdo el capitulo de que os hablo: dice de que yo os habia de acompañar en esta campaña, con la condicion espresa de que no habiais de quitar la vida á ningun caballero de don Enrique por queja ó venganza particular, sino solo cuerpo á cuerpo en el campo de batalla, hasta salir reo por justicia. Recordais ahora, rey de Castilla?

— Recuerdo, contestó don Pedro con indiferencia, recuerdo, príncipe de Gales; pero tambien debeis tener presente que yo debo esterminar á los enemigos de mi trono, porque sino sería vencer hoy para ser vencido mañana. Por lo tanto, desearia de vos que me entregáseis los prisioneros castellanos y leoneses que hicisteis en la batalla; y si no quereis entregármelos de buen grado, pedid por ellos el rescate que os acomode.

— No me ofrezcais dinero por esos desgraciados caballeros, porque estoy resuelto á no entregároslos por todo el oro del mundo.

Al punto se comenzó á quejar don Pedro con demasiado orgullo, diciendo al príncipe «que su auxilio no le habia servido de nada, despues de haber espendido en él sus tesoros, pues si aquellos caballeros vivian y se rescataban se juntarian otra vez con don Enrique, quedando las cosas en el estado que estaban antes;» á lo que contestó el príncipe Eduardo con severidad y entereza: «Paréceme, señor pariente, que teneis maneras mas fuertes ahora que

habeis recobrado vuestro reino, que cuando lo teniais perdido á causa de la manera cruel con que lo registeis. Y yo os aconsejaría que cesáseis de hacer esas muertes, y que buscáseis manera de cobrar las voluntades de los señores, caballeros, hijos-dalgo, ciudades y pueblos de este vuestro reino; porque si de otra manera no lo haceis, ó pensais gobernarlos como hasta aqui lo habeis hecho, correis gran peligro no solo de perder la corona, sino hasta la vida, llegando á tal estado vuestra ruina, que mi señor y padre el rey de Inglaterra ni yo, aunque quisiésemos no os podríamos socorrer.»

Don Pedro no contestó al príncipe de Gales por temor de incomodarlo; pero se separó de él resuelto á hacer su voluntad en todo y por todo.

El día 5 de abril movió el rey su ejército para Burgos, cuya ciudad le recibió sin resistencia alguna. Halló en ella al arzobispo de Braga don Juan Cardellac, francés de nacion, y lo mandó preso al castillo de Alcalá de Guadaira, donde permaneció hasta la muerte de don Pedro. En dicha ciudad tuvieron este y el príncipe de Gales varias reyertas y palabras acerca de las pagas de la gente inglesa y cumplimiento de tratos, no mostrándose ya el rey tan liberal en su efectivo cumplimiento como lo habia sido en las promesas. Ello es que la Vizcaya y Castro-urdiales, que debia dar al príncipe en recompensa de sus servicios, no llegaron á ser suyas mas que de nombre y en esperanza, á pesar de mediar escrituras y solemnes juramentos. Tuvo don Pedro la habilidad de hacer que los vizcainos rehusasen al inglés por señor de su territorio, y como tuviese que dar al condestable del príncipe de Inglaterra la ciudad de Soria que le habia ofrecido, hizo don Pedro que su canceller Mateo Fernandez de Cáceres pidiese de derechos por estender la carta de donacion la exorbitante suma de diez mil doblas, cantidad que el condestable no pudo satisfacer, perdiendo por consiguiente la ciu-

dad. Sin embargo de tantos engaños, se detuvo el príncipe algun tiempo en Castilla, creyendo que don Pedro no le cumplia los tratos por no estar las cosas sosegadas, y por miedo de que se levantasen nuevamente los pueblos. Finalmente, resolvieron terminar sus diferencias con don Pedro pasando por lo que este proponia, porque no pudiendo por entonces dar las pagas á la gente inglesa, juró darles la mitad pasados cuatro meses, durante los cuales habia el ejército de seguir en Castilla mantenido por el rey para lo que se ofreciese, y la otra mitad cumplido el plazo de un año; y para seguridad del cumplimiento de esta promesa dió don Pedro sus hijas al príncipe.

Compuestas asi las cosas, dijo al de Gales que para cumplir su palabra en orden á las pagas de los ingleses habia determinado recorrer él mismo en persona todo el reino y recaudar el dinero de la primera paga para cuando se acercase el plazo de los cuatro meses. Asi convenidos, marchó don Pedro para Toledo y el príncipe se quedó en Burgos, en cuyas cercanías acantonó toda su gente.

Tan luego como don Pedro se vió libre del príncipe de Gales se entregó con horrible furia á los mayores horrores y crímenes. Estaba sediento de venganza, y no deseaba otra cosa que castigar á cuantos habian seguido las banderas del bastardo. En Toledo mató á dos caballeros sin otro delito que ser amigos del de Trastámara, y despues de exigir á la ciudad una crecida cantidad de dinero, marchó para Córdoba armado de furia contra los que tenia proscritos en su mente como partidarios de don Enrique. Con efecto, dos dias despues de llegado á dicha ciudad salió de noche con sus verdugos, y andando de casa en casa mató á diez y seis caballeros cordobeses, diciendo habian sido los primeros en salir á recibir al bastardo. Bajó despues á Sevilla, mandando matar allí á don Gil de Bocanegra por haberle negado la entrada en el castillo de Alburquerque, y á doña Urraca de Osorio sin otra culpa que ser madre de don Juan Alonso de Guzman, amigo

y partidario acérrimo de don Enrique. Quitó tambien la vida á Martin Yañez su tesorero, porque perdida la galera que enviaba con el tesoro se acomodó con don Enrique, y á otra porcion de caballeros que los sevillanos por congraciarse con él habian encarcelado asi que supieron la derrota que habia sufrido el de Trastamara. De esta manera jugaba con la fortuna al compas de las vicisitudes humanas.

En tanto don Enrique activo y diligente y sin perder momento, convencido que el tiempo es de un valor inapreciable, corria de una parte á otra pidiendo socorro y proteccion de los poderosos para armar un ejército y venir contra su hermano el rey de Castilla. Cincuenta mil francos de oro le regaló el rey de Francia, con mas el castillo de Petrapertusa y el condado de Fesenon en el Languedoc. Otros cincuenta mil francos de oro le dió el duque de Anjou y la posesion del condado del mismo nombre, por ser él lugar teniente de su hermano el rey de Francia. Puso luego don Enrique á su muger é hijos en el castillo de Petrapertusa, que era muy fuerte, y con el dinero recogido del rey de Francia, del Papa, duque de Anjou y otros señores, comenzó á comprar armas y prevenciones de guerra, pues todos los dias le venian caballeros, escuderos y soldados de Castilla para moverle y animarle á volver de nuevo, sabiendo por ellos don Enrique que los mas de los caballeros que habian sido presos en la batalla de Nájera estaban ya libres, entre los cuales se contaba el condestable Beltran Duguesclin. Tambien supo cómo don Pedro no habia satisfecho la primera paga que debia á los ingleses, ni habia entregado la Vizcaya, Castro-uriales ni Soria, por cuya razon andaba el príncipe de Gales muy disgustado y queria volverse á Guiana rotas las amistades. Avisaban á don Enrique algunos caballeros ingleses que lo amaban no se arriesgase á volver á Castilla hasta tanto que el principe de Gales saliese de ella; pero una vez fuera este no lo dilatase si tenia la gente á punto, pues el principe se iba muy enfadado con don Pedro, y no volveria á favorecer.

le por todo el oro del mundo que le ofreciese. También tuvo noticia de que don Gonzalo Megía, maestro de Santiago, y don Juan Alonso de Guzman, conde de Niebla, se habían hecho fuertes en Alburquerque proclamando su causa, teniendo de su parte toda la comarca y levantada mucha gente de guerra contra don Pedro. A la fama de estas cosas se levantaron por Enrique de Trastámara la ciudad de Valladolid, Aillon, toda la Vizcaya, casi toda Guipúzcoa, y otras muchas villas, lugares, castillos y aun provincias.

Por el agosto del mismo año salió de España con sus compañías el príncipe de Gales, tan mal pagado de don Pedro como lo eran todos los que con él trataban. Pero no podía quejarse sino de sí mismo, que fió de un rey sin fé, crédito ni vergüenza, aunque de muy buenas palabras. Tenía don Enrique ya por entonces en pie el ejército con que había de volver á Castilla, que aunque parece no era muy numeroso, era bastante contra don Pedro, ya sin ingleses y con todo el reino rebelado contra él. Si alguna gente le seguía era de puro miedo á sus inhumanidades. Desdichado del monarca que se hace obedecer por temido y no por amado! Tomó don Enrique el camino de España por el Val de Aran, siéndole forzoso pasar por Aragón, cuyo rey no le quiso dar paso, teniendo el ejército de don Enrique que andar por tierras del conde de Ribagorza casi huyendo. Entonces el Aragonés mandó salir sus banderas y compañías á interceptar el paso al de Trastámara. Pero viendo la tropa la poca razón del rey, habiéndole don Enrique servido tan bien y rescatándole tantas plazas como el Castellano le había ocupado en las guerras pasadas, caminaba descontenta y perezosa, dando lugar á que saliese del reino. Pasó, pues, don Enrique con su gente de Barbastro á Huesca huyendo de Zaragoza, y de allí caminó para Navarra, entrando en Castilla por Calahorra como el año precedente. Recibióle la ciudad con sumo regocijo y algazara, y alojó su gente mientras iban llegando otras muchas que venían detras y diferentes caballeros aragoneses. Apenas don

Enrique pisó tierra de Castilla, bajóse del caballo, se puso de rodillas, hizo una cruz en el suelo, y besándola con religioso respeto, dijo en voz alta:

— «Juro por esta señal de cruz no salir ya mas de Castilla por causa ninguna; antes esperaré la muerte en ella, ó la ventura que me viniere.»

Partió para Burgos en seguida, no habiéndole recibido Logroño, mandando preguntar antes si lo acogerian. Halló favorable la ciudad como la vez primera, aunque el castillo estaba por don Pedro, siendo su alcaide Alfonso Fernandez de Cal, con trescientos hombres de guarnicion. Entró don Enrique en Burgos recibido del pueblo y clero con infinitas aclamaciones, y luego que hubo tomado posesion de la ciudad, mandó minar el castillo y la judería por no querer entregarse, con lo cual no solo consiguió que se le rindieran uno y otro, sino que los judíos le hicieran un donativo de un millon de maravedises.

Por entonces se levantó tambien por don Enrique la ciudad de Córdoba, llamando en su auxilio al maestre de Santiago y á don Juan Alonso de Guzman, que con sus huestes estaban en Llerena y lugares á la redonda. Con esto determinó don Enrique enviar su muger é hijos, que consigo traía, al reino de Toledo, en el cual tenia de su parte muchas fortalezas, como Guadalajara, Illescas y otras. Pasó despues de Burgos á sitiar la villa de Dueñas, que estaba por don Pedro. Combatióla por un mes, y no pudiendo defenderse mas la villa, se rindió á merced. En seguida movió don Enrique su campo y pasó á poner sitio á Leon, que tambien seguia á don Pedro, aunque los hijos-dalgos y caballeros del reino estaban por don Enrique. Poco duró el sitio de la ciudad, pues no pudiendo defenderse de las baterias, las cuales hacian infinito daño en los edificios, se rindió en los mismos términos que Dueñas. Tras de Leon hicieron lo mismo las Asturias sin esperar hostilidad, escepto algunos lugares. Tomó por combate á Tordeumos, que se defendió pertinazmente, mu-

riendo en su asalto el conde de Osona, hijo de don Bernardo de Cabrera, que militaba bajo las banderas de don Enrique. Apoderóse tambien de Medina de Rioseco y otras plazas circunvecinas, y se fue despues á Illescas, donde estaba ya su muger y familia. Rindiéronsele en el camino Buitrago y Madrid, si bien este último hizo una gran resistencia, y hubiera costado mas á no haber dado á los de don Enrique dos torres de la villa junto á Puerta de Moros un aldeano de Leganés llamado Domingo Muñoz, que las tenia á su cargo.

Córdoba llamaba con instancias á don Enrique, con la seguridad de que se declararía por él toda Andalucia luego que pasase Sierra-Morena, afianzando esto la mucha gente que se habia levantado á su favor aun enmedio del peligro por hallarse don Pedro en Sevilla. Don Enrique estaba indeciso si asistir al llamamiento de los cordobeses, ó dirigirse antes á Toledo para sitiario y quitar á don Pedro su gran esperanza: asi fue determinado, y dirigiéndose á la ciudad imperial puso su real por la parte de la Vega. Comenzaron los combates con impetu y valor, defendiéndose animosamente las gentes que don Pedro tenia, porque si se rendian quitaria luego este la vida á los rehenes que se habia llevado. En tanto don Enrique dispuso que su muger é hijos se volbiesen á Burgos, con el doble objeto de que sostuviesen alli las cosas lo mejor que pudiesen, y de alejarlos del teatro de la guerra. Durante el sitio de Toledo se declararon por don Enrique, Cuenca, Villareal, Uclés, Talavera y los castillos de Mora, Hita, Buitrago y Consuegra. Pero todavia seguian á don Pedro, Soria, Berlanga, Vitoria, Logroño, Salvatierra, Álava, Santa Cruz de Campezo, San Sebastian, Güetaria, Zamora, toda Galicia, el reino de Murcia, Sevilla, Carmona, Jerez y Úbeda, escepto algunos particulares.

No faltaban en Toledo parciales á don Enrique, habiendo muchas inquietudes y muertes por esta causa, hasta llegar á darle una torre de la ciudad, que no pudo mantener. Tentaron entonces darle entrada por el puente de San Mar-

tin; pero los defensores rompieron un arco de él, frustrando de este modo las esperanzas de don Enrique y de sus partidarios.

Tiempo es ya de que digamos algo de don Pedro, que seguía en Sevilla, sabedor de los adelantos que hacia don Enrique en la conquista de su reino, y de cuantas ciudades, castillos y pueblos se le habian entregado. Por lo tanto determinó fortificar á Carmona, no fiando mucho de los sevillanos ni aun de sus familiares, dando principio á la fortificacion á tiempo que el maestre de Santiago don Juan Alonso de Guzman y otros caballeros partidarios de don Enrique, tenían cercada la pequeña fortaleza de Casalla de la Sierra. Viéndose el rey don Pedro en estado tan peligroso, pidió al de Granada socorro de gentes para sostener su reino. Condescendió de buen grado el Granadino, mandándole setecientos ginetes y ocho mil infantes, entre los cuales habia mil doscientos ballesteros. Don Pedro tenia solos mil quinientos caballos y seiscientos infantes. Juntaron ambos sus huestes, y se pusieron sobre Córdoba con ánimo de sitiaria y de pasar á cuchillo á todos sus habitantes tan luego como se rindiese. Ya estaban en ella el maestre de Santiago don Gonzalo Megía, el de Calatrava don Pedro Muñiz, y don Juan Alonso de Guzman con sus compañías. Habia tambien en Córdoba muchos caballeros naturales de la ciudad, resueltos á defenderla por don Enrique. Empero necesitaron de todo su valor y resolucion para no perderse y perder aun la misma ciudad. La muchedumbre del ejército combinado era formidable y resuelta; los ataques vigorosísimos, y tan tenaces en el acometer, que bien pronto tomaron casi todas las fortalezas y el alcázar principal, colocando en ellos los pendones de don Pedro y de la media luna. Los ciudadanos se desanimaban á la vista de tantos desastres, y no confiaban poder defenderse del furor de don Pedro y de sus sarracenos. Las mugeres, niños y doncellas de la ciudad salieron por las calles y plazas llorosas y suplicantes, pidiendo á todos los

hombres se armasen de valor y las defendiesen del cautiverio ó muerte que tenían á la vista. Tales ademanes y lástimas tuvieron el efecto consiguiente, porque se consiguió reanimar á todos los ciudadanos, de modo que estos resolvieron librar á la ciudad del peligro que le amenazaba, ó morir todos en la defensa. Movieron de golpe contra las torres y muro del alcázar viejo que los moros habian tomado, matando á la mayor parte de ellos, arrojando fuera los restantes, y apoderándose de los pendones enemigos allí puestos. Sobrevino la noche, y con el favor de la oscuridad restauraron las ruinas del muro, suponiendo que al dia siguiente serian otra vez acometidos, porque los moros miraban siempre con cierta predileccion la ciudad de Córdoba, tantos años corte de su imperio en España. Por otra parte, el rey don Pedro tenía sumo deseo de degollar á todos los que la defendian, y veía con extraordinario placer la destruccion de muros y torres por mano de los enemigos de Cristo. Empero la Providencia decretó en sus altos designios que el cruel monarca no viese satisfechos sus deseos, porque al dia siguiente del esfuerzo que hicieron los cordobeses estaban las cosas de muy distinta manera. Todas las murallas de la ciudad se veían llenas de decididos defensores, no pudiendo el ejército combinado ni arrimar escalas ni hacer otras tentativas sin recibir infinito daño. En esta situacion la célebre patria de Almanzor, el Granadino se retiró á su patria, y don Pedro á Sevilla.

Envalentonado el rey moro de Granada con la situacion en que se encontraba Castilla, y convencido de que ni don Pedro ni don Enrique podrian contrarrestar lo que hiciese, determinó hacer una salida por tierra de cristianos, y recuperar en pocos dias lo que Granada habia perdido en el espacio de sesenta años. Acercóse á Jaen con numerosa hueste, y la tomó por asalto despues de un sitio de tres dias. Los defensores entonces se recogieron al alcázar; el resto de la poblacion fue muerta y cautiva. Combatió luego el alcázar, vién-

dose en la necesidad los que allí se refugiaron de comprar su libertad á precio de oro. El Granadino destruyó toda la ciudad, sin dejar iglesia ni casa que no quemase y arruinase. Juntaron otra vez sus gentes y marcharon contra Córdoba; pero hallándola bien apercebida, no llegaron á tentar cosa alguna contra ella. De allí pasaron á Úbeda, y la tomaron, robaron y prendieron fuego. Combatieron á Andújar, pero no pudieron tomarla. Lleváronse á Granada casi toda la gente de Marchena y Utrera, de modo que solo de la última fueron cautivadas once mil personas; recobrando al mismo tiempo para sí los castillos de Belmes, Cambil, Alhabar, Turron, Hardales, el Burgo, Cañete, Las Cuevas y otros, prefiriendo mas don Pedro fuesen de los moros que de don Enrique.

Don Pedro en tanto seguia fortificando la ciudad de Carmona para guarecerse en ella, temiendo el reves de fortuna que se le acercaba á pasos agigantados. Era esto á fines del año de 1368: las villas de Logroño, Vitoria, Salvatierra, Álava y Campezo pidieron á don Pedro permiso para ponerse bajo la proteccion del rey de Navarra, como confederado y amigo que era de don Pedro, pues con semejante auxilio podrian defenderse de don Enrique. No vino en ello don Pedro, porque no confiaba mucho del Navarro; antes les dijo que les enviaria socorro, y que si no podia verificarlo, se diesen primero al conde don Enrique que al Navarro, á fin de no separar dichas provincias de la corona de Castilla. Pero ellos no se detuvieron, y se entregaron al rey de Navarra, poniéndolo en posesion el traidor don Tello, hermano de don Enrique.

Hallándose don Enrique en el sitio de Toledo le llegaron embajadores del rey de Francia confirmando las amistades que tenian, y haciéndole saber habia vuelto á encenderse la guerra de Francia contra los ingleses. Decíale asimismo que le enviaba á Beltran Duguesclin con quinientas lanzas y crecido número de infantes para lo que se ofreciese contra don Pedro.

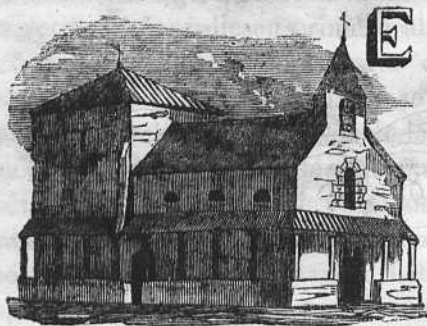
Tenia este ya muy fortificada y abastecida la ciudad de Carmona, donde puso sus hijos con buena guarnicion que los defendiese. Despues de esto parti6 de Sevilla para Alcántara, donde recogió gente de guerra para socorrer á Toledo, que lo necesitaba y pedia con urgencia. Pero luego que don Enrique lo supo, mandó á los caballeros que guardaban á Córdoba que cuando viesen que don Pedro abandonaba á Sevilla lo siguiesen y observasen sus movimientos con cautela, pues su designio era salir á darle batalla donde lo encontrase, y para eso tenia dadas las órdenes oportunas á todas sus huestes y capitanes. Asi lo practicaron exactamente los de Córdoba: dejando defendida la ciudad, marcharon detras del rey don Pedro luego que este se puso en marcha. A punto de ponerse don Enrique en marcha, dejando bien encargado el sitio de Toledo, llegó Duguesclin con las quinientas lanzas francesas, y partieron juntos en persecucion de don Pedro. Ademas se le unieron en Orgaz los caballeros y gentes de Córdoba, y sabiendo que don Pedro estaba ya en Montiel, aceleraron las marchas para pillarlo desprevenido y presentarle batalla.





CAPITULO VI.

De como se habla de una profecía.



triunfante, dominando toda la villa y sirviéndola de constante vigia y centinela.

El castillo de Montiel era una de las fortalezas mas fuertes y mejor defendida que tenia la corona de Castilla. Estendíase á los pies del castillo la villa de Montiel, tan bien fortalecida como el gigante de piedra que se elevaba

Era una hermosa tarde del mes de abril del año de 1369. La villa de Montiel se hallaba cuajada de tropa de todas clases que habían seguido á don Pedro, el cual se habia hospedado en el castillo, por ser el lugar mas decente y á propósito para hospedar á tan ilustre huésped. El mas profundo silencio reinaba en la fortaleza. En sus murallas se veían únicamente á los soldados que estaban de faccion, que con la alabarda descansada en el hombro paseaban con gravedad sin salir del corto trecho de cuatro ó seis pies de terreno. Completamente desiertas estaban las galerías é inmensos salones del castillo, si se exceptúa el llamado salon de armas, salon largo y ancho de abovedada techumbre y de marmóreo pavimento, cuyas paredes estaban adornadas de mil diferentes y combinados trofeos, de brillantes y enmohecidas armaduras, de largas y cortantes espadas, de mazas de hierro, acero y plata, y de cuantas armas y máquinas de guerra se conocian en aquella época en que la guerra era una necesidad, y en que los hombres adquirian tanta fama como batallas habian ganado. En este salon pues se veía un hombre alto de cuerpo, de gallarda presencia y de impetuosos arranques. Vestía una rica armadura de bruñido acero con embutidos de oro y plata, calzaba espuela de oro, y ceñia su casco una diadema real. Larga tizona pendia de su cintura, y de sus hombros caía rico manto de escarlata haciendo mil caprichosas ondulaciones, en las que se veía el oro de que se hallaba salpicado, unas veces brillante como un lucero matutino, y otras oscuro y sombrío como si le hubieran oxidado. Este hombre era el rey don Pedro I de Castilla, que se habia refugiado en el castillo de Montiel con el doble objeto de dar descanso á sus tropas, y de verse libre un momento de la constante persecucion de los caballeros cordobeses. Don Pedro se paseaba por el salon de armas agitado é inquieto, con la visera de su casco levantada y las manoplas quitadas, porque ora se retorcia las manos con rabia, ora

miraba á todos lados con la ferocidad del tigre. Horriblemente padecía don Pedro, porque veíase solo, solo completamente, y lleno de punzantes remordimientos, que aunque procuraba alejar de su imaginacion, no lo pudo conseguir en los últimos dias de su vida. Acordábase de Zelima, y entonces sentia un estremecimiento en todo su cuerpo, que solia concluir por trastornarle completamente el juicio: llevaba su pensamiento á María de Padilla; el desastroso fin de esta infeliz le llenaba el alma de desconsuelo: acordábase de sus hijos, y se estremecía al pensar en el porvenir de aquellos seres desgraciados porque eran sus hijos, desgraciados porque eran bastardos, y mas desgraciados aun porque cierta voz interior le decia que tal vez sirvieran para vengar la muerte de los tiernos hijos de su padre, mandados matar por él precisamente en la misma ciudad donde los suyos se refugiaban. Rara y singular coincidencia! Volvia la vista á su reino, y veia con dolor y desesperacion á un tiempo que el señor de tantas ciudades y pueblos, que el poderoso monarca castellano estaba reducido solo á mandar en la villa y en el castillo de Montiel: contemplaba su ejército, y reflexionaba con tristeza que el hombre que habia mandado tantos millones de habitantes, solo tenia ahora un reducido ejército, insuficiente para contrarestar el poder del enemigo aun fortalecidos como estaban.

En estas y otras reflexiones estaba don Pedro, cuando se presentó en la estancia el hijo del último Arracz de Málaga brillantemente vestido y con la sonrisa en los labios. Al verlo don Pedro se sonrió tambien, creyendo que le traia alguna noticia importante y favorable. Pero el moro dejó de sonreirse, y pasando junto á don Pedro, se fue derecho al alfeizar de una de las ventanas, donde tomó asiento á la usanza de su pais. Entonces don Pedro se volvió rápidamente hácia donde se habia colocado, y le dijo con dulzura:

— Qué noticias me traes, mi fiel alcon blanco?

El moro se encogió de hombros, y dijo con la mayor indiferencia:

— Nada sé.

Don Pedro dirigió una mirada de tristeza á su confidente, diciéndole en tono de dulce reconvencion:

— Ah! tú tambien comienzas á mirarme con indiferencia!

— Dios me libre de semejante idea, repuso el moro con hipocresía, porque tanto en la adversidad como en la fortuna, siempre sereis para mí no solo el rey de Castilla, sino mi amo y señor, á quien he jurado obedecer hasta el último dia de mi vida.

— Ah! mi fiel Haffiz, cuánto siento haber recompensado tan mal tus servicios... Cuánto me pesa haber sido la causa de...

— De qué! exclamó el moro con la mayor impaciencia y con el rostro encendido como la grana.

— De nada, de nada... contestó don Pedro temiendo haber dicho demasiado.

Entonces el moro, desentendiéndose completamente de las últimas palabras del monarca y de lo que antes le habia dicho, contestó inclinándose con respeto, mas para ocultar la cólera que se veía pintada en su rostro, que por hacer la cortesía al monarca:

— En cuanto á la recompensa de mis servicios, os puedo asegurar que me creo suficientemente recompensado con obtener vuestro aprecio y cariño.

— Eres tan leal como desinteresado, y si vuelvo á recobrar la corona que mi padre me dejó por herencia, tendrás mas lugar aun de conocer ese aprecio y cariño de que has hablado.

— Gracias, señor; y si os contesté que nada sabia al preguntarme vos si os traía alguna noticia, es porque realmente nada ocurre de nuevo.

— Nada absolutamente?

— Nada, señor.

— Y los caballeros cordobeses?

— Acampados estan á muy poca distancia de Montiel; pero eso no debe dar cuidado á tu alteza, porque son pocos en número.

— Y si Enrique de Trastamara se encuentra con ellos ó está oculto por estas inmediaciones?

— Descuidad, señor! Enrique de Trastamara se halla en el sitio de Toledo, cuya ciudad no puede conquistar, ni conquistaria aunque estuviese treinta años sitiándola.

— Es verdad, son los únicos que me han sido fieles, y por lo mismo sufren tanto; pero dime, Haffiz, es cierto que don Enrique se halla todavía en el cerco de Toledo?

— Tan cierto, como que son las últimas noticias que me han traído unos espías moros de toda mi confianza que tengo apostados cerca de don Enrique para que espíen todos sus movimientos.

— Y ha llegado ya Beltran Duguesclin con sus bretones al socorro del bastardo?

— Noticia desagradable es, pero ha llegado, señor.

— Aborrezco de muerte á ese francés, y no siento mas que la suerte le proteja y se vengue en Montiel de la derrota que le hice sufrir en Nájera.

— Pues ese francés, señor, es uno de los grandes capitanes de la época; y si vuestra conducta hubiera sido otra, ese gran capitán estaria á vuestras órdenes, y os daría la corona de Castilla como se la dió la vez primera á don Enrique, y como se la dará ahora.

— Y como se la dará ahora dices? exclamó don Pedro con la mayor exaltacion. — Pues qué, tienes por segura mi derrota?

— Fuerza es confesarlo en vista de los sucesos, y debeis confesar, señor, que lo estais.

— Yo derrotado? Nunca, nunca!

— Pues decid qué os queda de vuestros reino.

— Montiel, contestó don Pedro con altanería.

— Y qué es Montiel comparado con Castilla y Leon entero?

— Un castillo donde me haré fuerte y no sucumbiré nunca al enemigo... En fin, Haffiz, mientras don Pedro tenga un palmo de tierra que le pertenezca, no se da por vencido ni derrotado.

— En eso no hareis mas que lo que debeis, porque en la situacion en que os hallais, vuestro deber es triunfar ó morir.

— Triunfar, triunfar mejor que morir; porque aunque no temo á la muerte, aunque me es enteramente indiferente estar despierto ó dormido, quisiera triunfar, únicamente por vengarme de las dos únicas personas á quien hoy aborrezco con toda mi alma.

— Y esas dos personas, dijo Haffiz aparentando ignorancia, puedo saber cómo se llaman?

— Oh! me estraña no las hayas conocido, cuando es tan grande el odio que las manifiesto! La una es el bastardo de Trastamara; la otra es ese aventurero que se titula condestable de Francia... y júrote por quien soy, que si logro vencerlos y haberlos á las manos, haré con sus carnes mezcladas un sabroso picadillo para mis lebreles.

El rey se sonrió con maligna é infernal sonrisa, y dijo despues:

— Chistoso sería ver á ese gran capitan y á ese bastardo que ha tenido la osadía de llamarse rey de Castilla, sirviendo de pasto á los lebreles de don Pedro el cruel y el sanguinario, como me llaman creyendo que me importan á mí algo esos epítetos y otros parecidos.

— Y bien, señor, qué hareis si Enrique de Trastamara se presenta á las puertas de Montiel?

— Qué haré dices? salir á su encuentro, vencerlo y esterminarlo si puedo; y si tengo la desgracia de que yo sea el vencido, me retiraré á este castillo, donde me haré fuerte hasta el último momento.

— Observad, señor, que el ejército de don Enrique no solo es numerosísimo, sino que se compone de gente entendi-

da y aguerrida. Tened en cuenta tambien lo reducido y escaso que es el vuestro, y que no teneis como en Nájera treinta ó cuarenta mil ingleses que os guarden las espaldas.

— No, Haffiz, no quiero ingleses ni estrangeros que vengan á imponerme condiciones; quiero vencer ó ser vencido enteramente solo y con el reducido ejército que me ha quedado; y ten entendido que si llego á triunfar, será porque mis soldados son mas valientes que los de don Enrique, y si llego á ser vencido, tambien será porque ese era mi destino y tenia que cumplirse sin remedio.

— Pues si vuestro destino llega á cumplirse, bien triste es por cierto, segun el augurio de los nigromantes de Sevilla.

— Augurios que siempre me he reido de ellos, como me río de esos bellacos de nigromantes y agoreros. Pero en fin, qué han dicho de mi esos bribones charlatanes?

— Señor, permitidme... yo no puedo repetir lo que han dicho esos hombres.

— Y por qué?

— Porque su pronóstico es tan triste, que ninguna persona que ame á tu alteza podrá decírtelo.

— Sin embargo, Haffiz, yo quiero saberlo, dijo don Pedro lleno de curiosidad.

— Señor...

— Yo quiero saberlo, repitió el rey dando á sus palabras la misma inflexibilidad que tenia su carácter.

— Pues bien, señor; los nigromantes y agoreros de Sevilla han dicho hace tiempo y repiten todos los dias que tu alteza seria derrotado y vencido por don Enrique, y que no solo os arrancaria para siempre la corona de Castilla, sino que os quitaria la vida en lucha con vos mismo y por su propia mano.

Don Pedro se puso horriblemente pálido, sus facciones se desencajaron y tembló convulsivamente de rabia y miedo á un tiempo. Procuró tranquilizarse, y repuso sonriéndose con ironía:

— Patrañas, Haffiz, patrañas y embustes de esos miserables: yo te juro que si vuelvo á recobrar mi reino mando quemar á esos bellacos sin dejar uno, para que vayan á hacer conjuros y pronósticos con el diablo su familiar.

— Patrañas decís, y sin embargo acordaos de que habeis mandado llamar uno para que esta noche os diga vuestro porvenir, segun él lo vea escrito en los astros.

— Y ha venido ese hombre?

— Ha llegado esta tarde en tanto que tu alteza observaba en la torre del vigia la posicion de los caballeros cordobeses acampados á poca distancia de este castillo.

— Y has visto al hombre que ha de decirme mi porvenir?

— No solo lo he visto, sino que lo he hablado.

— Y á qué raza pertenece?

— Es un respetable judío de larga barba blanca, de cabellos lacios tambien blancos, y de aspecto grave y sereno.

— Su nombre?

— Jehú se llama, señor.

— Bien; veremos al nigromante, y oiremos de su boca lo que se le antoje decir acerca de mi porvenir. Si este me lo pronóstica, favorable ó triste, nada le diré ahora; pero si cumple el tiempo de la profecía y no me ha sucedido ó no me sucede lo que me anuncie esta noche, pobre Jehú entonces!

— Con que segun eso no creéis en la ciencia de los astrólogos, y sin embargo los llamais para que os digan lo que será de vos si Enrique de Trastamara llega á triunfar.

— Y qué, tú que eres tan incrédulo crees en esa mentida ciencia de los nigromantes?

— Creo, señor; la creo verdadera, porque la esperiencia me lo ha probado. Yo tambien cuando vine á vuestra corte fui á ver un agorero para que me dijera lo que sería de mí en esta tierra estraña, lo que sería de mi amante y lo que sería de mi nuevo señor.

— Y quién era tu nuevo señor? dijo don Pedro lleno de curiosidad.

— Lo era tu alteza, como lo eres ahora.

— Y bien, cuéntame todo lo que te dijo.

— Dijo acerca de mí que nada notable veía escrito en mi vida, que viviría siempre á vuestro lado, y que recibiría á veces vuestras mas íntimas confianzas. Esto creo que se ha-
ya cumplido, porque ni yo me he separado de vuestra alteza,
y con efecto he tenido el honor y lo tengo en la actualidad de
ser vuestro confidente.

— Sigue.

— De Zelima me dijo que habia de ser tan desgraciada co-
mo hermosa era...

El moro se detuvo con maligna intencion para observar
al monarca. Este repuso en seguida como si hablara consigo
mismo :

— Oh ! sí, Zelima era muy hermosa... y efectivamente ha
sido tan desgraciada como el moro te dijo... pero que digo!
qué sé yo si Zelima es desgraciada ó dichosa? acaso la veo yo
ni la he visto desde que supe que era tu amante?... No es tu
amante Zelima?

— Era, contestó Haffiz encogiéndose de hombros?

— Qué, te ha sido infiel? aquella muger tan hermosa y
al parecer tan buena, ha tenido corazon para dejar de amar-
te cuando tú la querias con tanto delirio?

El moro tuvo necesidad de volver la cara á otro lado di-
simuladamente para que don Pedro no advirtiera toda la có-
lera que de pronto se habia agolpado á su rostro al escuchar
las palabras del rey. Haffiz se volvió á don Pedro, y le dijo
al parecer con tranquilidad:

— Zelima no dejó de amarme nunca; pero Zelima no es
mi amante, porque ya no existe.

— No existe aquel angel de bondad y hermosura?

— No existe, señor... El astrólogo á quien fui á consultar
me dijo que Zelima tendria un fin desastroso, y Zelima ha
muerto despeñada en el castillo de Montalvan. Ya veis como
tambien se cumplió la profecia del astrólogo acerca de Zeli-

lima. Lo que me dijo acerca de vos ya os lo he referido antes; no sé si llegará á cumplirse; pero si no llega ese caso, es una injusticia por parte del cielo ó del destino que se haya cumplido el desastroso fin de Zelima, y que lo que se ha pronosticado de vos se convierta en una verdadera patraña.

— Si otro llegara á pronunciar esas palabras ya estaría su cabeza rodando por el suelo de esta estancia; pero á tí te perdono, porque el dolor te hace decir lo que tu corazon no siente.

El rey y su confidente guardaron silencio largo rato. Don Pedro volvió á pasearse de un extremo á otro del salon callado y reflexivo, y Haffiz, con la mano apoyada en la megilla derecha, observaba completamente absorto la postura del sol, que al comenzar á descender pausadamente hácia el ocaso, sus rayos despedían pálidos destellos sobre la negruzca mole y los pintados vidrios del castillo de Montiel.

En dicha situacion permanecieron los dos protagonistas de este capítulo, hasta que habiendo desaparecido completamente el sol y comenzado la noche á estender su negra sombra por el horizonte, se oyó la campana del vigía, que con lúgubre sonido dió las oraciones. Don Pedro entonces se volvió á Haffiz y le dijo:

— En qué parte del castillo se ha hospedado Jehú el judío?

— En el último piso de la torre del vigía, contestó el moro, saliendo con este motivo de la profunda distraccion ó arrobamiento en que se hallaba sumergido.

— Esos abejarucos de hopalandas negras y blanca barba son como las aves de rapiña, que siempre viven en lo mas alto de los edificios: por qué ha elegido una habitacion tan incómoda y estrecha, y sobre todo tan alta?

— Porque quiere, para hacer con libertad sus observaciones, ver el cielo sin impedimento alguno, y dominar toda la tierra que se estiende á uno y otro lado de esta forta-

leza. Además, que sobre el chiribitil que ha elegido está la plataforma de la torre, y desde allí puede perfectamente hacer sus estudios y observaciones sin que nada ni nadie le moleste.

— Pues una vez que ya el cielo está cubierto de estrellas, y que la luna estiende su luz sobre la tierra, aunque no con mucha claridad, marchemos á la habitacion del judío para que nos diga lo que ocurre y lo que será de mí en esta guerra.

Haffiz se puso de pies y delante de don Pedro para servirle de guía.

— Marchemos, dijo este despues de haberse embozado perfectamente con el manto de púrpura que pendia de sus hombros.

— Marchemos, repitió el moro internándose con el rey en las estrechas y oscuras galerías del castillo.

A pesar de la oscuridad que reinaba en el interior de la fortaleza, llegaron bien pronto al torreón que ocupaba el nigromántico. Una estrecha y tortuosa escalera de caracol daba ascenso á la vivienda de dicho personage. Don Pedro y su guía el moro Haffiz comenzaron á subirla con paso algo mas que precipitado, maldiciendo y renegando el segundo por la oscuridad, y subiendo el otro callado y taciturno, porque temia al mismo tiempo que deseaba que el agorero le dijera el porvenir que le estaba reservado. En la mitad de la escalera estarian nuestros protagonistas cuando recibieron un sacorro tan inesperado como grato. El retorcido caracol de piedra se vió inundado de pronto por la opaca luz de una bugía de sebo que el nigromántico habia asomado á la puerta de su habitacion para que los personajes á quienes esperaba, y habia conocido, llegasen á su elevado chiribitil con mas comodidad y menos riesgo.

Haffiz, así que hubo llegado á la puerta de Jehú, dió con suavidad dos golpes en ella, diciendo al mismo tiempo y casi á media voz:

— Estais en casa, señor astrólogo?

— Adelante, contestó desde dentro una voz estentórea.

Entonces el amante de Zelima dió un pequeño empuje á la puerta penetrando en la estancia seguido del callado don Pedro, que permaneció en medio de ella como la estatua del Comendador.

Reducida era por demas la habitacion que se le habia dado al nigromántico en el castillo de Montiel. Sus paredes estaban completamente desnudas; ni un mueble la adornaba, si se exceptúa un enorme sillón de baqueta donde Jehú descansaba con los brazos cruzados y la cabeza reclinada sobre el pecho. Era Jehú un anciano de mas de sesenta años, de elevada estatura y de grave y mesurado continente; su rostro, tan simpático como imponente, asemejábase por la proporcion de sus facciones al de los antiguos patriarcas; una espesa y larga barba blanca adornaba el extremo de su rostro descansando sobre el pecho, como sus largos y sedosos cabellos blancos descansaban sobre sus hombros. Extraño capricho de la naturaleza! Quién habia de decir que bajo aquella figura venerable se habia de ocultar la farsa y el engaño, la usura y la ambicion mas desmedida, y los sentimientos mas innobles y miserables!

Al ver el judío dentro de su habitacion aquellos dos encubiertos personajes levantó la cabeza con prontitud, y con afectada sonrisa les dijo:

— A quién tengo el honor de hablar?

— Qué, no me conocéis? repuso el moro con la mayor extrañeza.

— No os conozco ciertamente, y por el Dios de Israel que me pesa ser tan torpe ó desmemoriado.

Haffiz se acercó al judío diciéndole al mismo tiempo:

— Cómo! es posible que no os acordeis de mí? Miradme bien, hermano Jehú, reconocereis en mis facciones las de aquel moro que tantas veces os fue á consultar sobre su porvenir y el de su amada.

— Loado sea Dios! exclamó el nigromántico alzando al cielo sus brazos y dejándolos caer despues sobre los hombros del moro: loado sea Dios, y qué torpeza la mia!... no conocer en este mancebo al moro Haffiz, confidente de S. A. el rey de Castilla! Me engaño?

— No, no os engañais.

— Pues ya que he tenido la suerte de encontraros, me hareis el favor de decirme qué delito he cometido para haber sido arrebatado de mi hogar y conducido á este castillo, y sobre todo á esta habitacion tan horrible como el mismo pecado.

— No, hermano Jehú, no estais preso ni habeis cometido delito ninguno; todo al contrario, vais á tener un gran honor.

— Me engañais? dijo el judío con desconfianza.

— No os engaño, y en prueba de ello escuchadme: El rey don Pedro, que se halla en este castillo espererando el ejército del usurpador don Enrique, me manifestó deseos de que un astrólogo habil y entendido le dijese lo que seria de él y de su reino en la situacion tan crítica en que hoy se encuentra. Yo entonces me acordé de vos, os mandé traer, y os doy palabra de que regresareis á vuestro hogar tan luego como hayais satisfecho los deseos de S. A.

— Y cuándo me cumplireis esa palabra para mí tan halagüena?

— Mañana mismo.

— Mañana!

— Sí, mañana, porque esta misma noche direis al rey lo que los astros os revelen sobre su porvenir.

— En ese caso iremos á la habitacion de S. A.

— No hay necesidad, porque S. A. se ha tomado la molestia de llegar hasta aqui..

— De modo...

— De modo, repuso Haffiz con prontitud, que la persona que teneis delante es el rey don Pedro I de Castilla.

— Bendito sea una y mil veces el Dios de Israel! exclamó el judío haciendo mil exageradas demostraciones de sorpresa y gratitud. Permitidme, señor, que me arrodille, y manifieste de este modo á tu alteza el amor que le profeso y la gratitud de que se halla poseida mi alma por el gran favor que me haces.

— Alza, anciano, y satisface al momento mi curiosidad con las revelaciones que te haga tu ciencia.

— Muchas veces, señor, me he ocupado en mis soledades de tu alteza y del porvenir que el cielo te tiene reservado... ese porvenir me ha sido revelado tres ó cuatro veces de la misma manera... por lo tanto, siento y...

— Acaba, dijo don Podro con impaciencia.

— En ese caso, os diré que vuestro porvenir es tristísimo y horroroso.

Don Pedro hizo un movimiento brusco con todo su cuerpo, y exclamó á media voz con indecible rabia:

— Maldicion! si dirá verdad este perro judío?

— Mis labios no se abren mas que para decir la verdad, repuso Jehú inclinándose con respeto.

— Pues si dices la verdad, pruébamelo con otra nueva consulta á los astros.

— Triste es para un súbdito que tanto os ama tener que deciros palabra por palabra el augurio que describen los cieles acerca de vuestra futura suerte.

— No le hace; satisface mi curiosidad, porque ardo en deseos de conocer ese porvenir tristísimo de que me has hablado.

— Puesto que así lo quereis, seguidme, y vos tambien, hermano Haffiz, para que seais testigo de mis palabras.

Y el judío al decir las anteriores palabras se dirigió á una puerta que habia cerrada y la hizo girar sobre sus goznes en un momento, desapareciendo por ella seguido de don Pedro y del moro confidente de este.

El rey de Castilla se encontró así que hubo traspuesto

el dintel de la puerta, se encontró, decimos, en un pequeño terraplen rodeado de un grueso pretil de piedra, y sin techumbre que lo guardase de las injurias del tiempo. Don Pedro tendió la vista en derredor suyo, y solo vió la oscuridad mas profunda y estensa por todas partes; alzó la vista al cielo, y con cierto temor vago que presentia vió con asombro que se hallaba encapotado y nebuloso, sin luna que los alumbrase, y sin estrellas que les revelase lo que tanto deseaba saber.

Jehú, inmóvil y con sus pequeños ojos relucientes como dos luceros fijos en el firmamento, aparentaba observar cuidadosamente los signos y geroglíficos que decia ver escritos en los cielos.

En tanto don Pedro, lleno de impaciencia, se paseaba de un extremo á otro del terraplen con los brazos cruzados y la cabeza inclinada sobre el pecho. Pero de pronto alzó la cabeza, é interrumpiendo su agitado paseo se dirigió al judío, y dejando caer su enorme manopla sobre el hombro derecho de este, le dijo con uno de esos impetuosos arranques tan propios en él:

— Y bien, qué haces, bribon entre todos los bribones?

— Leer, estudiar y consultar, contestó el judío desentendiéndose completamente del epíteto que don Pedro le habia dado.

— Poder de Dios! exclamó el monarca riéndose estrepitosamente: cómo podrá leer ese bellaco, si no tiene libros?

— Mi libro, contestó el judío con gravedad, es el firmamento; los fenómenos que en el hay, y los astros que le recorren constantemente, son las páginas de donde saco los secretos y el porvenir de la humanidad entera.

— Patrañas, contestó don Pedro siguiendo en su hilaridad, patrañas que aqui no cuelan, señor nigromante ó brujo.

— Pues si tan poca fé teneis en la sublime ciencia, escusado es que os diga lo que he podido sacar en consecuencia á pesar de la profunda oscuridad que reina.

— Y qué has visto? repuso don Pedro picado de la mas viva curiosidad.

— Permitidme que guarde silencio, ya que sois tan incrédulo.

— Habla, miserable, exclamó don Pedro montando en cólera, habla, ó te arrojo desde aqui para que sirvas de pasto á las culebras y lagartos que habitan en el foso de este castillo!

Jehú tembló como un azogado, porque como todo miserable, era cobarde y miedoso. Miró al cielo con afectada hipocresía, y lanzando de su pecho un hondo gemido, dijo á media voz, pero con tristísimo acento:

— Cúmplase su destino!

Y acercándose á don Pedro, y cogiéndole por la mano-pla derecha, le dijo con voz hueca y sentenciosa:

— Qué veis en los cielos, rey de Castilla?

— Nada, contestó don Pedro encogiéndose de hombros: qué quereis que vea, si la oscuridad es tan grande que parece que estamos en los profundos abismos?

— Oh sublime poder de la ciencia! dijo Jehú admirado; y yo que veo el cielo tan brillante y luminoso como si el sol le alumbrara! Pero no á todos les es permitida esta gracia... sin embargo, vos tambien vereis, rey de Castilla.

— Pues bien, dad principio.

— Seguid la indicacion de mi dedo, dijo Jehú, y vereis á la izquierda de este castillo, y no muy distante de él, un brillante lucero que campea solo sobre un trozo de cielo tan puro y despejado como la sonrisa de una virgen y como las aguas del cristalino arroyo.

— Nada veo.

— Mirad despacio, y...

— Ah! sí, con efecto... brillante lucero! Pero decidme, Jehú, cómo es que por esa parte está el cielo diáfano y transparente, y por aqui se halla tan recargado de negros nubarrones y de tan horrible oscuridad?

— Porque los cielos tienen decretado que la tormenta ha



de formarse y estallar sobre el mismo castillo de Montiel.

Don Pedro tembló involuntariamente al escuchar las tristes palabras del judío, y este continuó como sigue:

— Ese lucero es el astro protector de vuestro enemigo Enrique de Trastamara, y es el que le ha revelado por medio de los astrólogos vuestra estancia en Montiel: es, por último, el que le ha hecho abandonar el sitio de Toledo, y el que le ha conducido aquí asegurándole el triunfo y la victoria.

— Y dónde está Enrique de Trastamara? dijo don Pedro lleno de rabia.

— Distinguis allá lejos unas luces que tan pronto aparecen como desaparecen, asemejándose á las oscilaciones de un metéoro?

— Sí, las he visto antes con notable extrañeza, y cuando os voy á preguntar qué es aquello, me decís que son...

— Las hogueras que sin duda habrán encendido para calentarse los soldados de Enrique de Trastamara, se apresuró á decir el judío con la mas dañada intencion.

— Luego está el bastardo en las inmediaciones del castillo?

— Justamente.

— Y cuál es su intencion?

— Espera á que el día asome por el horizonte, para acercarse á las puertas de este castillo y provocaros á la batalla.

— Y si la rehusó?

— Entonces tomará por asalto este castillo y pasará á cuchillo á todos sus habitantes.

— Tan seguro estais de su victoria?

— Seguro, porque los cielos han decretado que sea completa.

— Luego pereceré yo?

— Esas nubes negruzcas que se apiñan sobre Montiel significan muerte y esterminio.

— Contento moriré si es en el campo de batalla.

— No, don Pedro, no morireis en el campo de batalla, sino despues de ella y á manos de don Enrique de Trastámara, vuestro bastardo hermano.

— Maldicion!... tiene acaso ese infame proyectado asesinar me traidoramente cuando me tenga en su poder?

— Enrique es demasiado caballero para cometer accion tan villana: luchareis con él cuerpo á cuerpo y brazo á brazo, pero morireis, porque vos sereis el vencido y él el vencedor.

— Pero porque, por qué ha de vencer siempre ese miserable bastardo y usurpador?... dijo don Pedro furioso como una hiena y retorciéndose las manos con indecible rabia.

— Porque está escrito así en tu destino en justa espiacion de...

— Acaba! dijo don Pedro dando una fuerte patada en el suelo, acaba, miserable, ó me harás creer que todo cuanto has dicho es una pura farsa. Pobre de tí entonces, infeliz Jehú!

— Os he dicho la verdad, y pongo al cielo por testigo de ello... y si no quedais contento aun, os lo juraré en nombre de vuestro padre...

— Basta, basta; sigue lo que estabas diciendo.

— Señor...

— Continúa, ó vive Dios que te va á salir peor la cuenta!

— Pues bien, señor, segun dicen por ahí, todo cuanto os pasa es en justa espiacion de vuestros crímenes.

— Silencio! exclamó el monarca mas bien por acallar el grito de su conciencia que por interrumpir al nigromántico.

Y don Pedro volvió á cubrirse con su rico manto de escarlata y salió del terraplen seguido de Haffiz, abandonando bien pronto la habitacion del judío, que los despidió hasta lo último haciendo profundas reverencias.

Así que don Pedro se halló en el patio del castillo, se acercó á Haffiz con cautela y sigilo y le dijo á media voz:

— Inmediatamente me pones á buen recaudo á ese perro

de Jehú, y si se llega á cumplir su profecía, en el momento que yo muera ha de morir él tambien, á fin de que hagamos juntos el viaje al infierno... si por el contrario sale mentira todo, yo me encargo de su castigo.

El moro se sonrió malignamente y repuso en seguida:

— Tus órdenes serán cumplidas tal como desees.

— Bien, amigo mio; ahora vé á avisar al ejército á fin de que esté prevenido para mañana al amanecer, pues en seguida que el dia estienda su luz sobre la tierra saldremos á hacer frente á las tropas del infame usurpador.

Don Pedro comenzó á subir la ancha escalera del castillo, mientras que Haffiz lo contemplaba con los brazos cruzados y murmurando entre dientes:

— Sí, marcha, infeliz, marcha, que mientras tú piensas en el modo de salvarte y de salvar tu corona, yo maquino por lo bajo tu ruina... la hora de la venganza ha llegado!... Zelima me la pide desde el cielo, y yo, que la amé tanto, no puedo, imposible!... no puedo negársela...





CAPITULO VII.

De como se habla de una batalla y de otras varias cosas que sucedieron.



PENAS los primeros albores del día comenzaron á distinguirse en el horizonte, cuando don Pedro, armado de pies á cabeza y caballero sobre un brioso alazan de pura raza árabe, comenzó á descender por la elevada cuesta que conducia á la villa y castillo de

Montiel. Seguíanle como hasta unos doscientos caballeros y soldados armados de punta en blanco y montados en juguetones caballos que con la brisa de la mañana retozaban y piafaban sin que sus dueños pudieran sujetarlos. Caminaban detras de los ginetes mudos y silenciosos como unos qui-

nientos ginetes moros, negros y atezados como el enemigo malo, de torva mirada y de feroz sonrisa, pero cubiertos de pies á cabeza con sus blancos albornoces de cachemira que los hace parecer los fantasmas de un ensueño. Así don Pedro, seguido de su reducido ejército, abandonaba el castillo de Montiel para salir al encuentro de Enrique de Trastámara, y hacerle ver que no temia sus amenazas ni el ruidoso estruendo de sus estrangeras armas.

Grave, taciturno y en extremo pensativo, dejábase conducir don Pedro por su brioso caballo. Su imaginacion, como era natural, iba preocupada con la idea siempre triste de que en aquella jornada iba á perder la vida, y aunque don Pedro era valiente y valeroso en demasía, como lo habia probado en varias ocasiones, sentia llegase tan duro trance no tan solo porque su conciencia no estaba muy limpia y tranquila, sino porque sentia proporcionarle á su enemigo el bastardo el placer de morir á sus manos.

El ejército acabó de bajar la cuesta, y torciendo á la izquierda se dirigieron al mismo sitio donde don Pedro habia visto luces la noche antes desde el terraplen de la torre del vigía. Mas apenas hubieron andado como medio cuarto de legua, distinguieron una muralla de hombres que callados é inmóviles como estátuas les cerraban la marcha por todos lados. A la vista de tan formidable y numeroso enemigo retrocedió don Pedro en buen orden y con el fin de ponerse á distancia conveniente para acometer y ser acometido.

Serian como las ocho de la mañana del dia 15 de marzo del año 1369. El cielo estaba diáfano y trasparente como el límpido cristal de una luna de Venecia, y el sol, con sus cien rayos de fuego, estendia su benéfico calor sobre la tierra: la atmósfera se hallaba completamente descargada de vapores, y solo un poco de aire ligero y agradable era lo único que podia molestar á los dos ejércitos, deseosos uno y otro de que se diera principio al combate.

El brillante ejército de Enrique de Trastámara compo-
niase de soldados castellanos valerosos y aguerridos, y de
seiscientos ó setecientos caballos franceses, que al mando de
Beltran Duguesclin le habia mandado por via de socorro el
buen Carlos V, rey de Francia. Todos colocados en orden
de batalla, esperaban con el mayor silencio á que el bastar-
do de Trastámara diese la señal de acometer. Pero este an-
tes de hacerlo, le pareció oportuno y conveniente pasar re-
vista á sus tropas y arengarles para infundirles el ánimo y
valor suficientes, en tanto que don Pedro hacia lo mismo, aun-
que de distinta manera, porque ora amenazaba á unos, ora
castigaba á otros, y sus arengas en vez de infundir en el pusi-
lánime ánimo de los moros el entusiasmo y valor de que era
menester, les llenaba de terror y espanto. En esta situacion
ambos ejércitos, llamó el condestable de Francia á don En-
rique, y le dijo con la mayor cortesía y respeto:

— Me permite tu alteza que diga lo que siento?

— Sí, di lo que quieras, valeroso Beltran, que para mí
tus palabras y consejos valen tanto como si me los diera el
mismo dios de la guerra.

Beltran se inclinó al escuchar tan refinada galantería, y
dijo en seguida:

— Señor, se me hace hasta cargo de conciencia que aco-
metamos á don Pedro con tanta gente, acompañándole á él
tan poca. De ese modo la victoria es segura por nuestra par-
te, y victorias que se ganan así maldito el mérito que tienen.

Enrique de Trastámara hizo un gesto de desagrado, y re-
puso no con tanta amabilidad:

— Y qué le hemos de hacer?

— Yo creo que ese combate no debe darse, porque de lo
contrario, y en mi concepto, es un cobarde asesinato que ma-
ñana la Europa entera nos echará en cara.

— Asesinato!... vive Dios que no os comprendo! qué que-
reis que se haga? quereis que dejemos vivo á ese miserable
para que nunca haya paz en este pobre pais tan virtuoso co-

mo desgraciado? Oh! no, no lo conseguireis de mí jamas, Beltran... esto tiene que tener un término, ó él ó yo... Si el cielo es justo su muerte es cierta, y si por uno de esos impenetrables arcanos de la Providencia el cielo le protege á pesar de sus maldades, yo seré la víctima.

— Siento en extremo, señor, que hayais interpretado tan mal mis palabras: yo no quiero de ningun modo que á don Pedro se le deje en libertad para que mañana os importune en pretension de la corona que tan legítimamente poseeis; de ningun modo; yo lo que queria deciros era, que puesto que la derrota de don Pedro es segura, porque lo han pronosticado los astrólogos, porque se halla perdido y sin recursos, y porque nuestro ejército es tan numeroso, que solo mis seiscientos bretones harán correr como una bandada de pájaros escaariados á sus quinientos moros, único recurso con que cuenta, que se le diga se entregue prisionero con toda su gente, y de ese modo se evita gran derramamiento de sangre.

— Estais loco, amigo Beltran? en el orgullo y la ferocidad de don Pedro quereis que admita una proposicion tan deshonrosa?

— Y si de todos modos su derrota es cierta, cuánto mas gana con ser prisionero que cadáver? Intentadlo, que tal vez acepte la proposicion.

— Beltran, os voy á dar gusto porque nada pierdo con dar semejante paso; pero si conocierais mas el carácter de don Pedro no me hubierais dado ese consejo: ya vereis el resultado que va á dar vuestra proposicion: recibirá nuestro embajador lanzando terribles imprecaciones contra mí; dirá que él prefiere la muerte á ser mi prisionero; y por último tendrá la osadía de decir, que si le mando semejante proposicion es porque le tengo miedo. Sin embargo, voy á probar, y si vos quisierais ser el embajador...

— Permitidme, señor; mandadme si quereis que acometa á quinientos moros con cincuenta bretones, pero no me confieis ninguna mision diplomática, porque indudablemente

la echaria á perder... os digo con la franqueza de soldado que yo no sirvo mas que para dar mandobles, y para combinar un plan de batalla tan bien como pueda combinarle el primer capitan del siglo.

— Bien está, no faltará embajador; pero lo que si os encargo es que no se trasluzca nada de esta conversacion, porque si somos desairados, como es muy probable, sería una vergüenza para nosotros que se hiciera pública.

En tanto que esto pasaba en el ejército de Enrique de Trastamara, don Pedro lleno de impaciencia corria de un lado á otro con su caballo esperando la señal de la batalla, y sin saber á qué atribuir tanta tardanza, cuando uno de sus capitanes, llamado Mendo Rodriguez de Sanabria, le hizo notar que hacía el campamento se dirigian como cuatro ó seis ginetes á todo correr. Don Pedro se sonrió irónicamente, y dijo con malicia:

— Será que tendremos embajada...

— Y si es efectivamente embajada, se la presento á V. A.?

— No es necesario, dijo don Pedro sonriéndose, que si es embajada del ejército enemigo, mi alteza se tomará la molestia de salir al encuentro de tan escelsos señores para saber lo que quieren.

A poco de esto llegó la comitiva, y parándose á cierta distancia preguntó el que parecia gefe si se podia hablar á don Pedro. Este al instante se apresuró á salir al encuentro de los recién venidos, y saludándolos con la punta de su lanza les dijo desde el caballo:

— Quiénes sois, y qué quereis del rey de Castilla?

El que parecia gefe, como asimismo los que le acompañaban, no se apearon de sus caballos ni se levantaron las viseras de sus cascos.

Al ver don Pedro semejante descortesía volvió á decir irritado y colérico:

— Quiénes sois?

— Soy embajador de don Enrique de Trastamara, rey de

Castilla y Leon, y estos caballeros componen la guardia de honor que S. A. ha tenido á bien concederme.

Don Pedro se mordió los labios de despecho al oir llamar rey á su hermano, y repuso con su acostumbrada ironía:

—Y qué quiere de mí el conde de Trastamara?

—Vengo en su nombre á ofreceros la paz.

—La paz! dijo don Pedro sorprendido; y por qué quiere la paz ese orgulloso usurpador?... me tiene miedo por ventura, ó la conciencia le obliga á dar este paso?

—Equivocado estais, don Pedro; el rey Enrique ni os tiene miedo ni su conciencia tiene de que arrepentirse; no os tiene miedo, porque jamas lo ha conocido, y porque su ejército es tan numeroso, que al momento que se le mandara atacar al vuestro sucederia como con el milano y la paloma; su conciencia no le acusa de nada, porque si os disputa una corona que vos heredásteis, le asiste el divino derecho de que el cielo lo ha elegido para que libre á este pobre pais de vuestras iniquidades, habiendo sido proclamado rey de Castilla y de Leon por todos los pueblos de estos reinos en el momento en que empuñó las armas, jurando librarlos de vuestra tiranía.

—Y quién sois vos para hablar asi? exclamó don Pedro en extremo furioso y enristrando su enorme lanzon.

—Soy el embajador del rey Enrique de Trastamara.

—Y porque vengais con el carácter inviolable de embajador, os creéis con el derecho de hablar alto al rey de Castilla? Oh! pues guardaos bien, porque yo asi hago caso de un embajador como del juglar que tiene que inventar chistes para hacerme reir.

—Sé muy bien, contestó el enviado de don Enrique, que para vos no hay ni ha habido nada digno de respeto, porque el que no se lo tuvo á sus padres, el que como vos violó doncellas y casadas sin respetar á las leyes divinas y humanas, el que tuvo valor para asesinar traidoramente á su hermano y á su esposa inocente, es muy capaz de hacer

con el embajador de Enrique de Trastamara lo que hizo con el príncipe moro enviado del rey de Granada.

— Calle el miserable, ó vive Dios que le mando arrancar la lengua!

— Don Pedro, dijo el enviado de don Enrique con ironía, no ha nacido todavía el mortal no digo que me arranque la lengua, pero que ni me toque solo á uno de mis cabellos.

— Arrogante estais, contestó don Pedro sonriéndose, y os perdono porque quiero saber las condiciones de esa paz que me proponeis en nombre del bastardo.

— El rey don Enrique me ha dicho que puesto que su ejército es tan numeroso y el vuestro tan reducido, que se puede evitar la batalla, y con ella gran derramamiento de sangre por vuestra parte, si os conformais en entregaros prisionero con los caballeros castellanos que os acompañan. Habrá perdón general, y vos sereis tratado con las consideraciones debidas á vuestra clase. Con esto evitais dos cosas, don Pedro, la completa destruccion de vuestro ejército, y que perdais tal vez vos la vida.

— Cobarde! proponerme á mi semejantes condiciones, cuando lo que deseo es beber su sangre aunque fuera á costa no digo de ese puñado de soldados, sino de Castilla entera!... No; decid á ese miserable cobarde que no acepto las proposiciones de paz que me ofrece... que ya sé que me tiene miedo, y que si llego á cogerlo debajo de mis uñas, le destrozaré el alma y le haré pedazos el corazón con tanto regocijo como si estuviera en un banquete... volved y decid á vuestro amo de mi parte que es un cobarde, un miserable, digno mas bien de la rueca y el huso que de la espada que ha tenido la osadía de empuñar... Decidle asimismo que si rehusa la batalla, me veré en la precision de acometer con mi reducido ejército hasta vencerlo.

— Estoy oyendo, don Pedro, vuestras palabras, y mas que otra cosa solo me inspiran risa y desprecio; os oigo echar bravatas, y al tender la vista en vuestro rededor veo

que los elementos con que contáis para conseguir tamaño triunfo son un palmo de tierra donde apenas cabeis, y quinientos moros tan cobardes como horribles... por ahí podreis sacar en consecuencia lo que valeis, rey don Pedro, que al hallaros solo y en la necesidad de pedir socorro, tuvisteis que recurrir á un rey descreido, enemigo personal nuestro, de nuestro Dios y de nuestra religion... Asi es que desprecio en nombre de don Enrique los insultos y amenazas que habeis proferido, y declaro que si pereceis y perece vuestro ejército en la batalla, culpa vuestra será, porque don Enrique como padre cariñoso ha hecho cuanto estaba de su parte por salvar no á los mahometanos ni á vos, cuyas vidas les importa poco, sino á esos pobres castellanos que os siguen, unos por miedo y otros á la fuerza.

—No puedo sufrir ya mas! marchad á vuestro campamento, que si permanecéis un momento mas os mando colgar del arbol mas alto que haya en la campiña.

—Una palabra no mas, rey don Pedro...

—No escucho, dijo el rey volviendo con prontitud el caballo.

—Pues vive Dios que habeis de oirme á la fuerza! exclamó el embajador metiendo espuelas á su caballo y poniéndose frente por frente de don Pedro.

El rey lo miró con extraordinaria sorpresa, y dijo á media voz:

—Este hombre es un atrevido!... oigámosle á ver qué quiere.

Conociendo el encubierto que don Pedro se disponia á escucharle, se apresuró á decir en voz baja y pausadamente:

—Rey don Pedro, á pesar de que en otra ocasion tan critica como esta os di mis saludables consejos, y no quisisteis aceptarlos dejándoos llevar por ese inflexible carácter é indomable orgullo que ha sido la causa de vuestra perdicion, me tomo la molestia de volveros á aconsejar, porque

al fin sois hijo de Alonso XI, que admitais las proposiciones de paz que Enrique de Trastámara os ofrece. Y cuenta que al daros semejante consejo, lo hago con toda la honradez y buena fé que Castilla entera reconoce en mí. Si las rehusais, temed las consecuencias de vuestra obcecación.

—Quién sois para hablarme de esa manera? dijo don Pedro lleno de sorpresa y curiosidad.

—Soy un hombre que os he mecido en mis brazos cuando erais niño, y que se vió en la necesidad de abandonaros cuando os entregásteis con tanto empeño en la senda de la crueldad y del crimen. Soy un hombre que á pesar de veros en el primer escalon de vuestra perdición, se acercó á vos y os dije que os podiais salvar si seguíais en un todo los consejos que entonces os di; pero no solo los despreciásteis, sino que tuvisteis el atrevimiento de mandar á vuestros soldados que me asesinasen, sin mas delito que haberos dicho la verdad. Todo ha sucedido tal como os lo predije, todo absolutamente: vos os encontrais hoy solo, desamparado, sin familia, amigos ni aliados; todos os vuelven la espalda horrorizados de vuestras crueldades, y deseando que la Providencia ponga término á vuestra escandalosa conducta: Enrique de Trastámara es hoy dueño de todo cuanto mandabais ayer, y no solo os ha arrancado de vuestras sienes la corona de cien reyes, que tan indignamente habeis sabido llevar, sino que os arrancará la vida en este campo de Montiel, para escarmiento de los reyes tiranos y crueles como vos. Y sin embargo, yo no quiero que murais, os quiero salvar, y por eso os aconsejo que acepteis las proposiciones de Enrique de Trastámara.

—Nunca, nunca! exclamó don Pedro tan sumamente furioso, que los ojos le centelleaban como si fueran de fuego: nunca! yo no quiero de ese miserable ni la salvación... solo quiero beber su sangre, verlo muerto á mis pies!... Y vos, miserable aventurero que habeis tenido la audacia de decirme palabras que ningun hombre se ha atrevido á

pronunciar, preparaos á morir, que ya que no tenga entre mis manos á Enrique de Trastámara, me saciaré con la sangre de su embajador.

Y al decir don Pedro esto arremeti6 con tanta furia al desconocido, que si no hubiera sido por el movimiento que hizo dar á su caballo, indudablemente hubiera perecido víctima de la lanzada que don Pedro le dirigia al corazon con notable acierto. Entonces el caballero, alzando la voz, dijo lleno de indignacion y de desprecio:

— Rey don Pedro, siempre sois cobarde, indigno y mal caballero! Siempre sereis el rey asesino, el monstruo que ha estado devorando á la pobre Castilla... Infame don Pedro, pronto nos veremos las caras, y os juro pagaros la traidora lanzada que no supisteis darme. Y para que sepais quién es el que os ha hablado de esta manera, reconoced en mí al poseedor de la famosa sortija que data desde don Fernando III, y que hoy tiene vuestro hermano Enrique, cuya rama reinará en Castilla perpetuamente.

— Maldicion! es el conde de Ledesma, y yo no lo habia conocido!... Oh! cuánto siento que se me escape de entre las manos ese miserable!... Cuánto siento que no muera á mis manos! Pero no, no se me escapará; aun es tiempo de conseguir mi deseo.

Esto diciendo, hizo una seña á unos cuantos ginetes que andaban cerca de su persona, los cuales, conociendo la intencion y deseos de don Pedro, cargaron tan de improviso sobre los caballeros de don Enrique, que estos se vieron en peligro de perecer. Hubo sin embargo un momento de lucha, al cabo del cual se vió correr con direccion al campamento de don Enrique al conde de Ledesma y varios caballeros, quedando muertos en la refriega dos de los que acompañaban al tan mal despachado embajador.

Al ver huir don Pedro al conde de Ledesma fue tal su rabia, que corrió tras él largo rato, aunque en vano, para ver si podia alcanzarlo.

Como una media hora despues de lo acaecido notaron los de don Pedro gran movimiento y animacion en los enemigos, señal infalible de que don Enrique habia dispuesto presentarse en batalla.

Entonces don Pedro dirigiéndose á los suyos, les dijo en voz alta y corriendo de un lado á otro en su caballo para que todos le oyesen:

—Ea, hijos mios, el ejército enemigo se prepara á acometernos, ejército en extremo numeroso y compuesto de gente aguerrida y conocedora del arte de la guerra... Nuestro deber es morir ó vencer en este encuentro; para lo primero se necesita que tengais todo el valor y valentía que desplegásteis en los campos de Nájera; para lo segundo tambien se necesita valor, pero lo que mas hace falta es resignacion y confianza en el Supremo Hacedor de todas las cosas. Caballeros y soldados, en vuestras manos encomiendo mi vida; vos sabreis lo que habeis de hacer, que yo procuraré defenderla hasta el último momento. No titubeeis en matar y acometer, bajo la inteligencia que si os mostrais débiles ó amedrentados sereis víctimas de la fiereza de esos soldados, la mayor parte de ellos extranjeros.

No bien hubo don Pedro acabado de arengar á sus tropas, cuando vió venir hácia él una interminable muralla de hombres tan bien alineados y unidos, que mas que seres naturales parecian las rocas de que se compone la muralla de una fortaleza. El ejército de don Pedro tuvo miedo por un momento; pero animándolos el monarca comenzaron tambien á desfilar en orden de batalla con direccion al ejército enemigo. Bien pronto el eco repitió por todas partes el confuso estruendo de las armas y el estridente sonido de las cornetas, atambores y chirimías. Concluidos estos preparativos bélicos dióse la señal de acometer, y ambos ejércitos se chocaron con tanta furia, que retrocedieron espontáneamente como la pelota que bota despues de haberse lanzado contra el muro. Dióse de nuevo la señal, y ambos ejércitos volvieron á jun-

tarse con menos fuerza, si bien con mas deseos de derramar la sangre enemiga.

La tierra tembló como asustada de lo que sobre ella sucedia, el cielo se nubló con las flechas y el humo de la pólvora de los arcabuces: todo era confusion y espanto, todo gritaría y estruendo; unos proclamaban la victoria por don Enrique, en tanto que otros que poco antes habian gritado lo mismo, lanzaban el último suspiro en medio de los mas terribles dolores. Pero todo se acabó de pronto; el milano habia destrozado á la paloma, como habia dicho el conde de Ledesma al rey don Pedro. El ejército de este monarca habia desaparecido completamente del campo de batalla; todos habian perecido víctimas de su esfuerzo y valor, si se exceptúan doscientos ó trescientos moros que huían por la campiña con una velocidad extraordinaria, y unos cuantos caballeros que defendian á don Pedro de un puñado de soldados bretones que se habian empeñado en asesinarlo. Un hombre armado de pies á cabeza, con corona real en la cimera de su casco y manto de púrpura pendiente de sus hombros, se acercó con su fatigado y espumoso corcel lleno de curiosidad al grupo que formaban los castellanos y bretones.

— Qué es eso? preguntó á uno de ellos.

— Ahí es nada! contestó el soldado restregándose las manos de alegría. Figuraos que entre esos hombres que pelean y esos que se defienden se halla el rey don Pedro en persona, que no se quiere rendir por mas esfuerzos que hemos hecho.

— El rey don Pedro! exclamó Enrique de Trastamara lleno de sorpresa.

— El rey don Pedro en cuerpo y alma para lo que gustéis mandar, contestó el soldado sonriéndose y sin haber conocido á la persona á quien hablaba con tanta franqueza.

— Oh! el destino lo pone en mis manos!... veremos si ahora se me escapa ese infame que ha tenido la osadía de llamarme cobarde!

Y metiendo espuelas á su caballo se metió en el grupo de soldados diciendo á voz en grito:

— Dónde está el tirano que se ha llamado rey de Castilla? Dónde está ese rey cruel, asesino de sus semejantes?

— Aquí estoy, bastardo, aquí estoy, miserable aventurero, aquí estoy para arrancarte primero la lengua y luego el corazón.

— Tú á mí? repuso don Enrique sonriéndose con ironía. Oh! la vergüenza de verte derrotado y preso te hace proferir palabras que son la causa de mi desprecio. Hermano cruel, hijo indigno de Alonso XI, cuya corona y cuya memoria has deshonrado vilmente, prepárate á morir, porque tu última hora ha llegado...

— Cobarde! y eres tú el caballero?... Mentira, mentira! ningún caballero es tan miserable que se atreva á asesinar villanamente á un prisionero que se halla impotente para poder defenderse de su asesino. Si eres tan noble y caballero como dicen tus locos partidarios, manda á tus soldados que me suelten, dame libertad por un momento, y la cuestion se decidirá como se decide entre dos caballeros... Lucharemos cuerpo á cuerpo si quieres, y si no, las mazas ó las espadas serán suficientes para concluir con uno de los dos.

— Cuánto me place tu reto... contestó Enrique, y en prueba de que es así, fijemos los términos en que ha de ser.

— A muerte! exclamó don Pedro con la mayor ferocidad.

— Sí, á muerte, porque nos odiamos demasiado para que uno de los dos exista. A muerte, pero con la expresa condicion de que el vencido queda á merced del vencedor.

— Tú lo has dicho, infeliz! El vencido queda á merced del vencedor... Oh! y cómo voy á gozar con ver correr esa sangre para mí tan odiosa! dijo don Pedro con tono feroz y jactancioso.

— Crees triunfar, miserable? Te oigo hablar y me río de oír tus necias y ridículas bravatas.

— Marchemos al combate, y te diré de lo que soy capaz, miserable bastardo.

— Si, marchemos, marchemos, que ya la cólera me ciega, y deseo poner término cuanto antes á tan enojosa conferencia. Soldados, repuso Enrique alzando la voz, soltad al destronado don Pedro y dejadlo en completa libertad; yo os lo mando.

Los soldados obedecieron sin titubear, aunque en su interior sentían soltar á tan magnífica presa. Así que se vió libre don Pedro montó en un caballo, y despues de afirmarse en los estribos y recoger la brida, dijo al de Trastamara con su natural impaciencia:

— Ya estoy dispuesto; marchemos adonde gusteis.

— Es inútil ir á otro lado, porque en este sitio hay terreno bastante para que nuestros caballos tomen carrera.

— En ese caso coged vuestra lanza y demos principio.

Un momento despues se hallaban los dos combatientes uno en frente del otro con las lanzas en ristre y en disposicion de acometerse á un mismo tiempo. Con efecto, los dos caballos partieron con tanta velocidad y tan iguales, que parecia que un resorte oculto los habia movido á ambos. Este choque, este primer encuentro fue terrible, espantoso; los caballos retrocedieron gran trecho del impetu del choque, las lanzas de ambos combatientes se hicieron pedazos, y ellos, inmóviles sobre la silla como dos estátuas de hierro, resistieron con igual serenidad y firmeza el recio empuje.

Un numeroso circulo de espectadores miraba con profunda atencion lo que pasaba entre los dos regios combatientes. Pero al ver que Enrique de Trastamara resistió con tanta firmeza el terrible choque de su contrario, un grito unánime de alegría salió de todos los pechos.

— Ya veis, le dijo Enrique á don Pedro, que tengo tanta firmeza como vos en los estribos, y que lo que es con la lanza es sumamente difícil que me venzaís.

— Oh! lo que yo creo es que el demonio os presta su ayu-

da! exclamó don Pedro furiosamente irritado; pero no importa, sacad la espada y comencemos de nuevo.

— Poco haremos con las espadas á caballo, don Pedro; cojamos las mazas si gustais por ser cosa mas pronta, y acabaremos de una vez.

— Oh! si, me place la idea, dijo don Pedro; la maza es precisamente mi arma favorita.

No bien hubieron acabado uno y otro de decir las anteriores palabras, cuando descolgaron de su cintura unas enormes mazas de hierro llenas de punzantes pinchos del mismo metal.

Los caballos se juntaron de nuevo, y don Pedro, adelantándose á su hermano y pillándolo desprevenido, levantó su enorme maza con las dos manos, y descargó tan terrible golpe sobre la cabeza de su adversario que el infeliz Enrique, atontado y sin conocimiento, soltó las bridas, abandonó los estribos y titubeó en la silla dos ó tres veces.

— Está vencido! exclamó don Pedro con indecible alegría; es mio... mio, porque una de las condiciones del desafio era que el vencido habia de quedar á merced del vencedor... El cielo me ha concedido lo que tanto le he pedido, porque al fin muere á mis manos ese miserable usurpador, bastardo y aventurero...

Don Pedro calló de pronto, porque observó con gran sorpresa que Enrique de Trastámara en vez de caer del caballo, como todos esperaban, víctima del terrible golpe que le habia dado, se incorporó de repente hácia adelante, afirmóse en la silla y en los estribos, y volviendo á coger su maza partió hácia don Pedro con tanta furia y denuedo, que aunque el monarca puso su maza para defenderse del golpe fue este tan tremendo y certero, que cayó por la trasera del caballo sin proferir una sola palabra.

— Triunfé! dijo Enrique quitándose el casco para limpiarse el sudor que inundaba su rostro.

Despues se apeó con ligereza del caballo, y sacando su es-

pada de dos filos se dirigió á don Pedro y le levantó la visera del casco. El monarca entonces le dirigió una mirada mas llena de rabia que de otra cosa, y volvió á cerrar los ojos.

— Estais vencido, le dijo Enrique.

— Lo sé... contestó don Pedro con voz débil y temblorosa por la rabia. Pero vais á asesinar-me?

— Acordaos de que el vencido quedaba á merced del vencedor.

— Teneis razon; la suerte os ha protegido hasta el último momento!... La profecía de Jehú se ha cumplido! respetemos los altos designios de la Providencia!... Estoy á tu disposicion, hermano, hiéreme pronto, y quitame de una vez una vida que me es tan odiosa como tu presencia.

Don Pedro guardó silencio, y Enrique de Trastamara introdujo la punta de su espada por entre la juntura del casco y el peto de la armadura. Pero cuando se disponia á dar un pequeño empuje á la espada para que se introdujese en la garganta del vencido monarca, se presentó de repente un hombre de noble y simpática presencia que decia en voz alta:

— Alto, rey don Enrique; deteneos un momento!

El de Trastamara miró con estrañeza al advenedizo, que iba armado y cubierto el rostro con la visera, y le dijo con altanería:

— Quién sois para hablarme asi?

— No me habeis conocido? pues miradme, dijo el nuevo personage alzando la visera de su casco.

— Ah! ahora sí que os reconozco, mi buen Felipe, repuso el rey alargándole su diestra con afecto y cordialidad.

— Rey don Enrique, dijo el de Ledesma, yo venia á pedir os un favor grande si se quiere, pero insignificante para un rey que como vos es noble y generoso, y que se halla en el apogeo de su fortuna.

Enrique de Trastamara juntó las cejas en señal de desagrado, y repuso vivamente:

— Y qué favor es ese?

— Que me concedais la vida de ese hombre que yace tendido en el suelo casi exánime.

— Pero recordad que ese hombre es el rey don Pedro, mi mas mortal enemigo, el matador de mi madre y hermanos, y el tirano por tantos años de nuestra patria!

— No le hace, yo quiero la vida del rey don Pedro.

— Conde de Ledesma, pedís un imposible que yo no puedo concederos de ningun modo.

— Rey de Castilla, concededme este favor, ya que es el único que os he pedido y que os pediré.

— Imposible!

— Pues una vez que os negais á concederme la vida de don Pedro por favor, concedédmela en cambio de... perdonad que os lo recuerde.

— De vuestros servicios? repuso Enrique desentendiéndose de la intencion del conde.

— Yo no tengo servicios ningunos; lo que he hecho por vos y por vuestra causa me lo prescribia el deber.

— Pero no veis, conde de Ledesma, que el concederos la vida de don Pedro sería desairar á la fortuna, que tan propicia se nos ha mostrado esta vez, y volver de nuevo al estado y situacion en que nos hemos hallado?

— Don Pedro no volverá á molestaros en lo sucesivo.

— Sin embargo, no puedo concederos lo que pedís.

— Pues hacedlo en cambio de...

— De qué? dijo don Enrique impaciente y de mal humor.

— De la sortija que os entregué, y que os ha dado el trono de Castilla á vos y á toda vuestra descendencia.

El rey miró con tristeza al conde de Ledesma, y lanzando un profundo gemido de su pecho, dijo al mismo tiempo que montaba en su caballo para despedirse de aquel lugar:

— Os concedo la vida de mi hermano: conde de Ledesma, fio en vuestra lealtad...

Al concluir de decir esto partió con la velocidad del rayo, desapareciendo bien pronto de la vista de todos. El conde de

Ledesma tambien se fue, aunque por distinta direccion, y poco despues de lo sucedido don Pedro, entre los suyos, vuelto en sí y limpiándose el sudor, preguntaba á quién debia la libertad y la vida. En torno suyo se oyó una voz unánime que le dijo:

— Al conde de Ledesma.

— Oh! cuánto siento no haber apreciado como debia las buenas cualidades de ese hombre incomparable!

Media hora despues don Pedro con todos los suyos se refugiaban de nuevo en el castillo de Montiel.

CONCLUSION.

HACIA mas de ocho dias que el ejército de Enrique de Trastámara sitiaba por hambre á los moradores del castillo de Montiel, entre los cuales estaba el rey don Pedro. La situacion de estos no podia ser mas triste y dolorosa: hallábanse casi exánimes, porque los pocos víveres que tenian se habian concluido enteramente, y era de todo punto imposible introducir en el castillo socorro alguno de la villa.

Los de don Enrique en tanto, acampados en la villa de Montiel y por las inmediaciones del castillo, reían, gozaban y comian, descansando de las largas jornadas y fatigas que habian padecido, y esperando tan alegremente á que los estenuados habitantes de la fortaleza se entregasen y rindiesen muertos de necesidad. Asi sucedió efectivamente, porque estándose paseando don Pedro por el gran salon de armas donde le hemos visto ya otra vez, le dijo á su confidente y favorito el moro Haffiz:

— Sabes qué pienso, mi fiel amigo? que debíamos rendirnos al enemigo antes que perezca la poca gente que queda.

— Oh! y tiene mucha razon V. A., porque ya los soldados han concluido con las caballerías que habia en las cuadras, y si continúa esta situacion me temo que se coman unos á otros.

— Sí, sí, nos rendiremos... pero oh! cuánto siento ser pri-

sionero de ese miserable bastardo, que me quitará la vida como me ha quitado la corona!... pero cómo ha de ser, hay que conformarse con el destino y obedecer las determinaciones del cielo. El capitán Mendo Rodríguez de Sanabria hará entrega del castillo y de toda la gente... y yo me presentaré solo.

—V. A. se puede salvar si quiere, dijo Haffiz de pronto.

—Yo salvarme! Deliras? repuso don Pedro con tono incrédulo.

—No deliro. Inmediatamente voy á ver á ese francés llamado Beltran Duguesclin, y á proponerle en vuestro nombre que si favorece vuestra huida esta noche del castillo le dareis todo el tesoro que habeis podido salvar y que conservais en vuestro poder. Si acepta, esta noche, despues de oraciones, cuando ya reine completa oscuridad, salimos del castillo, y como seremos protegidos por ese francés y sus bretones, huiremos á la ciudad de Toledo, que se mantiene por tu alteza, donde reuniremos un buen ejército para empezar nueva campaña.

Los ojos de don Pedro brillaron de alegría, y sus facciones se animaron estraordinariamente á la vista del risueño cuadro que el astuto moro le presentaba con tan vivos colores. Don Pedro tendió hácia él los brazos, diciéndole al mismo tiempo con alegría:

—Oh! sí, sí, mi fiel Haffiz, mi querido amigo, corre y ofrécele á Beltran todo mi tesoro, todas mis joyas y todo cuanto poseo si contribuye á mi salvacion. No te detengas, marcha, y ven al momento á darme la contestacion que te dé el francés.

Haffiz salió de la estancia, y don Pedro quedó en ella esperando con la mayor impaciencia el resultado de la comision. Mucho tardó el moro, pero al cabo se presentó en el salon risueño y alegre, señales infalibles de que habia habido buena acogida.

—Qué hay! exclamó don Pedro saliendo al encuentro del moro.

— Tu alteza se ha salvado, dijo este con la mayor solemnidad.

— Ladoo sea Dios!... Con que el francés está corriente?

— En un todo: acepta la mitad de vuestro tesoro, y ofrece estar despues de oraciones en su tienda con caballos y soldados para acompañarnos hasta donde no haya peligro.—

— Y si todo se convierte en traicion? dijo don Pedro con desconfianza.

— No espereis del condestable semejante bellaquería; yo os aseguro que cumplirá su palabra.

Diremos algo de la comision que habia desempeñado el moro con tanto acierto. Efectivamente se avistó con Beltran y le hizo la proposicion que sabemos. El francés se negó al principio por no ser infiel á don Enrique; pero como se le ocurriera la idea de que dando parte al rey se podia cazar con la mayor facilidad á don Pedro, contestó que estaba pronto á favorecer la huida del rey siempre que se le diera la mitad del tesoro que se le habia ofrecido. Haffiz salió en extremo gozoso de haber conseguido este primer paso, y como la hora de su venganza creía él se acercaba por momentos, el astuto y engañador moro se dirigió sin titubear al real de don Enrique. Se dirigió á la magnífica tienda que ocupaba el monarca, y alzando uno de sus tapices penetró en ella embozado hasta los ojos con su blanco albornoz.

— Salud, escelso rey, dijo al divisar á don Enrique.

Este le miró de pies á cabeza, y le dijo no sin alguna sorpresa:

— Quién sois?

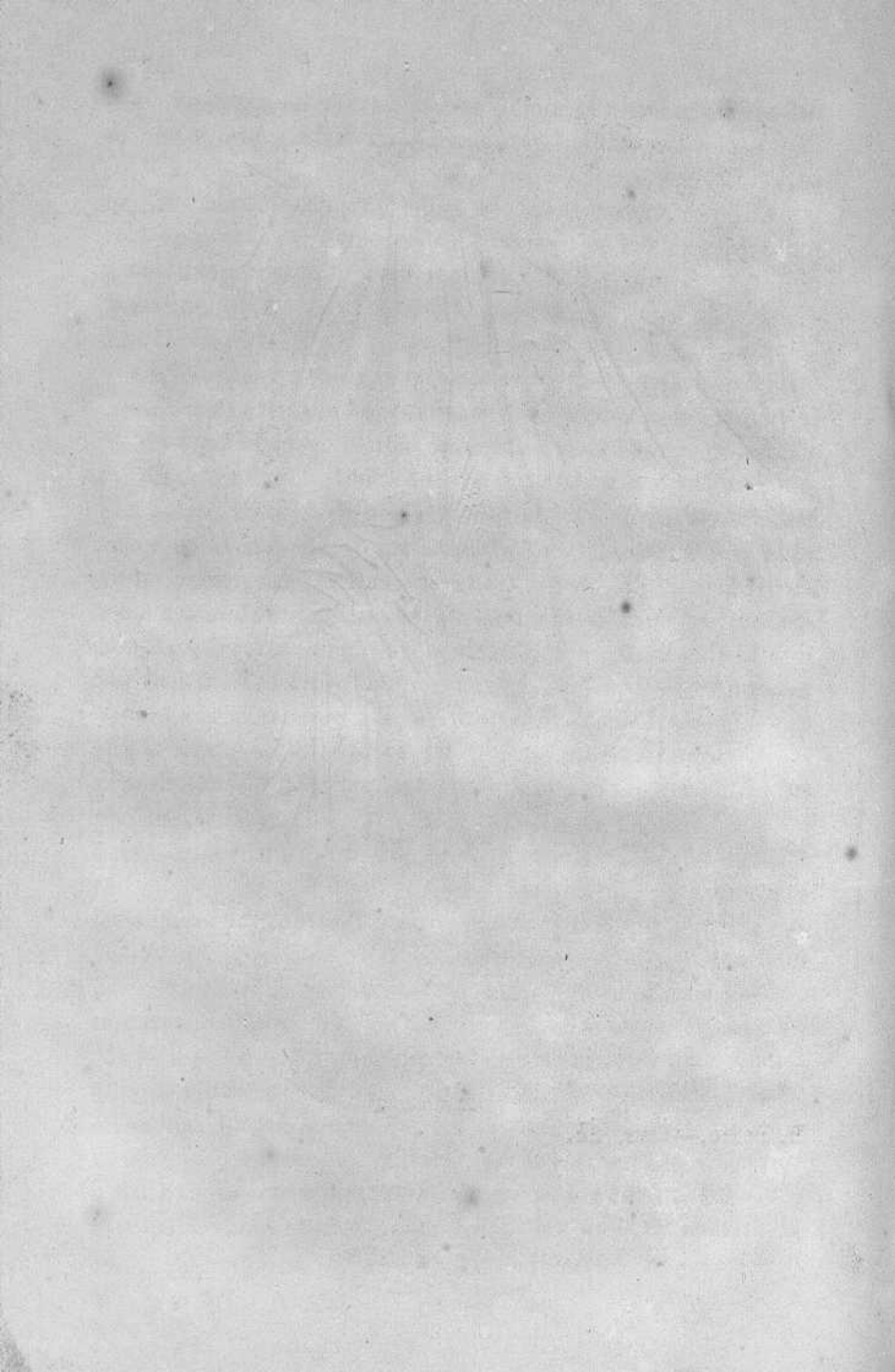
— Un hijo de Mahoma, que os viene á prestar un gran servicio.

— Veamos.

— Esta noche despues del toque de oraciones saldrá del castillo de Montiel el rey don Pedro con intencion de refugiarse en la ciudad de Toledo. Vendrá á montar á la tienda



D. Pedro.—Lám. 14.



del condestable de Francia, porque este le ha ofrecido, mediante cierta cantidad razonable, ayudarle y protegerle en su huida.

Enrique se puso lívido de cólera; pero viendo que el moro se retiraba se apresuró á decirle:

— Gracias por vuestro aviso... pero no quereis oro?

— Nada quiero, contestó Haffiz, saliendo de la regia estancia.

Poco despues entró Beltran en la tienda y le hizo al rey la misma relacion que el moro. Enrique autorizó la traicion, y todos esperaron con vivas ansias que llegara la noche.

Esta llegó al cabo para el impaciente don Pedro. El dia terminó su carrera, y tan luego como el cielo se ocultó á la vista de los mortales, y todo se llenó de las densas tinieblas de la noche, don Pedro y su confidente, cubiertos con sendas capas oscuras, abandonaron el castillo de Montiel para ir á la tienda del condestable de Francia. Al cabo de un pequeño rato llegaron á ella, y don Pedro vió con satisfaccion que habia caballos en disposicion de montarse, y soldados perfectamente armados. Don Pedro inclinó la cabeza al entrar en la tienda, contestándole con una profunda reverencia los que habia en ella.

— Dónde está el condestable? preguntó don Pedro bruscamente á uno de los soldados.

— Aqui, rey don Pedro, contestó Beltrán acercándose al monarca.

— Y bien, no os parece ya hora de marchar?

— Perdonad, señor, pero os han engañado miserablemente... aqui estais en clase de prisionero.

— Traicion! traicion! exclamó don Pedro indignado; y volviéndose á Haffiz, le dijo á media voz y con amargura: — Ves como nos han engañado, Haffiz?

— Echadme á mí la culpa, señor, porque yo he sido quien ha avisado á Enrique de Trastamara de vuestra huida.

— Infame! Tú tambien...

— Qué queréis , Zelima murió por vuestra causa , y mi deber era vengarla. Ya lo está , rey don Pedro !

El destronado monarca dió un grito desgarrador y se ocultó el rostro entre las manos. Todos entonces desaparecieron de la tienda , porque cuando alzó la cabeza don Pedro solo vió á un hombre armado que le dijo con terrible ironía:

— Eres tú el miserable que se titulaba rey de Castilla?

— Yo soy , yo soy , bastardo , que quiero beber tu sangre!...

— Y yo la tuya !

Dijo Enrique precipitándose sobre su hermano , y dando principio á la mas terrible lucha que se habia visto entre hombres. Ambos combatientes cayeron al suelo , y por un golpe adverso de la fortuna Enrique de Trastamara cayó debajo de su hermano , que bien pronto sacó su daga para sepultársela en la garganta ; pero en esto acudió Beltran Duguesclin , que observaba la lucha oculto , y suspendiendo á don Pedro por la cintura dió lugar á que Enrique se repusiera y ocupase la ventajosa posicion de su hermano.

— Miserable , dijo este , una nueva villanía de ese bandido francés te da la ventaja , que sino ya hubiera sorbido tu sangre bastarda !...

— Calla , calla para siempre , asesino... dijo Enrique , al mismo tiempo que sepultaba hasta el pomo en la garganta de su hermano su damasquino puñal.

Don Pedro alzó al cielo los ojos , miró á Enrique y al francés con indecible rabia , y lanzó despues por su boca y por la herida un torrente de sangre hirviente y espumosa.

Dos minutos despues el fogoso don Pedro no era mas que un yerto cadáver.

Y en tanto que los castellanos recogian los restos del destronado monarca para darle sepultura , Enrique de Trastamara tomaba completa posesion del solio de San Fernando.



ÍNDICE

DE LOS CAPÍTULO QUE CONTIENE ESTA OBRA.

	PÁG.
DEDICATORIA.	4

INTRODUCCION.

CAP. I. <i>De como se habla de una hostelería, de un hostelero, y de varias cosas que pasaron en ella.</i>	5
CAP. II. <i>De como se sigue hablando de la misma materia, porque hasta ahora no hay otra cosa de que ocuparse.</i>	24

PARTE PRIMERA.

EL GRITO DE VENGANZA.

CAP. I. <i>De como se habla de un Te-Deum.</i>	45
CAP. II. <i>En el que se cuenta una conversacion, y lo que resultó de ella.</i>	61
CAP. III. <i>De como doña María tuvo un encuentro que no esperaba.</i>	94
CAP. IV. <i>De como don Pedro cuenta á un esclavo moro que no está contento con su suerte.</i>	125
CAP. V. <i>De como no fue sola Zelima la que oyó el canto de Haffiz.</i>	148
CAP. VI. <i>De como vuelve á hablarse de Alonso Fernandez de Olmedo.</i>	163
CAP. VII. <i>Que no tiene epigrafe porque se le olvidó ponerlo al primitivo narrador de estos hechos.</i>	174
CAP. VIII. <i>De como una mala noticia puede retrasar la convalecencia mas adelantada.</i>	190

PARTE SEGUNDA.

FATALIDAD.

CAP. I. <i>En el que se habla de amor, de política y de otras muchas cosas.</i>	203
CAP. II. <i>En el que se ve que el desconocido que queria hablar al rey es un antiguo conocido de nuestros lectores.</i>	220
CAP. III. <i>Háblase en este capítulo de otras varias cosas que sucedieron.</i>	241
CAP. IV. <i>De como don Pedro se propuso llevar adelante su intento.</i>	271
CAP. V. <i>En el que se prueba con hechos que es una verdad el antiguo adagio de el hombre propone y Dios dispone.</i>	291

PARTE TERCERA.

LA BATALLA DE NÁJERA Y EL CASTILLO DE MONTIEL.

CAP. I. <i>De como se habla de todo lo acaecido en el interregno que media desde el final de la segunda parte hasta el principio de la tercera, y de como hay que dar algun salto para poder hablar en esta tercera y última parte de la muerte del rey don Pedro y otra porcion de sucesos notables que tuvieron lugar.</i>	352
CAP. II. <i>De como se habla del castillo de Montalvan y de cierto despeñadero que tiene, llamado el despeñadero de la Mora.</i>	361
CAP. III. <i>En el que se ve que Haffiz comienza su venganza.</i>	383
CAP. IV. <i>Que no tiene epígrafe, porque tampoco le tiene la crónica.</i>	404
CAP. V. <i>En el que se dice lo que hizo don Pedro despues de haber recobrado su reino.</i>	427
CAP. VI. <i>De como se habla de una profecía.</i>	440
CAP. VII. <i>De como se habla de una batalla y de otras varias cosas que sucedieron.</i>	459
Conclusion.	476

Pauta para la colocacion de las láminas.

LÁMINAS.

PÁGINAS.

Retrato de don Pedro.	8
1. ^a	20
2. ^a	35
3. ^a	64
4. ^a	122
5. ^a	150
6. ^a	168
7. ^a	200
8. ^a	210
9. ^a	254
11. ^a	290
10. ^a	378
12. ^a	385
Don Pedro descargando á caballo su maza sobre el fu- gitivo.	426
14. ^a	478
Muerte de don Pedro.	480

NOTA.

Con motivo de haberse equivocado la numeracion de las láminas, presentamos la pauta de este modo, á nuestro entender el mas claro.

Índice para la edición de las láminas.

PÁGINAS.	LÁMINAS.
8	Retrato de don Pedro.
20	1. ^a
32	2. ^a
61	3. ^a
122	4. ^a
130	5. ^a
168	6. ^a
200	7. ^a
210	8. ^a
221	9. ^a
230	11. ^a
272	10. ^a
382	12. ^a
	Don Pedro desgranando el caballo en una sobre el fir.
426	13. ^a
472	14. ^a
480	Monje de don Pedro.

NOTA.

Con motivo de haberse equivocado la numeración de las láminas, presentamos la pauta de este modo, á nuestro entender, el más claro.



D. Pedro I.—*Ldm.* 45.

DON ENRIQUE II.

DON ENRIQUE II.

MADRID, IMPRENTA DE REPULLÉS. 1851.

A los Sres. Suscritores

DE DON PEDRO I DE CASTILLA.

CUANDO anunciamos á nuestros suscritores la obra que terminamos hoy con la entrega treinta, decíamos que comenzaba á publicarse una Colección de novelas históricas con el título de *«Historia novelesca española,»* cuyo objeto era publicar por orden cronológico todos los reinados desde Fernando IV, que también se incluye, y su sucesor Alfonso XI, hasta nuestros días si fuera posible. La empresa que ha tomado á su cargo tamaño empeño no solo vuelve á repetir su ofrecimiento, sino que está resuelta y decidida á llevarlo á cabo, con el plausible fin de que el público conozca la historia de España y sus principales acontecimientos de la misma manera amena y entretenida que los franceses conocen la de su país en las célebres novelas de Alejandro Dumas. Pero al concluirse don Pedro se toca con el inconveniente de que el reinado de su sucesor Enrique II carece de los episodios necesarios y del interés suficiente para formar una novela con todas las condiciones de las del día. El reinado de Enrique II fue un reinado pacífico que nada notable se conoce en él, y que no podía ser otra cosa cuando se asentaba en el trono de Castilla un hombre que se vió en la necesidad durante su vida de hacer olvidar al pueblo que gobernaba la manera villana y fea de que se valió para ganar la corona que adornaba su cabeza. Enrique de Trastámara era un usurpador, y como tal conoció que para hacerse querer de sus súbditos y afianzar en el trono castellano su dinastía, era preciso ser generoso y espléndido con todos, conceder títulos y grandezas á unos y mercedes y gracias á otros, para que ol-

vidasen lo que él no pudo olvidar nunca. Por lo demas, Enrique era un gran rey, porque le adornaban brillantes cualidades, y sino hubiese sido por las razones arriba dichas, su reinado hubiera sido uno de los mas brillantes de su época.

En la imposibilidad de formar una novela del reinado de Enrique II el caballeroso por las razones ya indicadas, y á fin de continuar en el orden cronológico que nos hemos propuesto, ofrecemos á nuestros suscritores una reseña histórica del dicho reinado que solo consta de ocho entregas, y que puede encuadernarse con don Pedro como continuacion de este.

La reseña del reinado de Enrique de Trastámara es en extremo amena é instructiva; divídese en dos partes iguales, una que comprende la parte histórica y los sucesos mas principales, y otra en que solo se trata de la vida privada de don Enrique, como sus amores, intrigas, celos, y demas circunstancias que constituyen la vida privada de un hombre que como todos tenia sus defectos y pasiones.

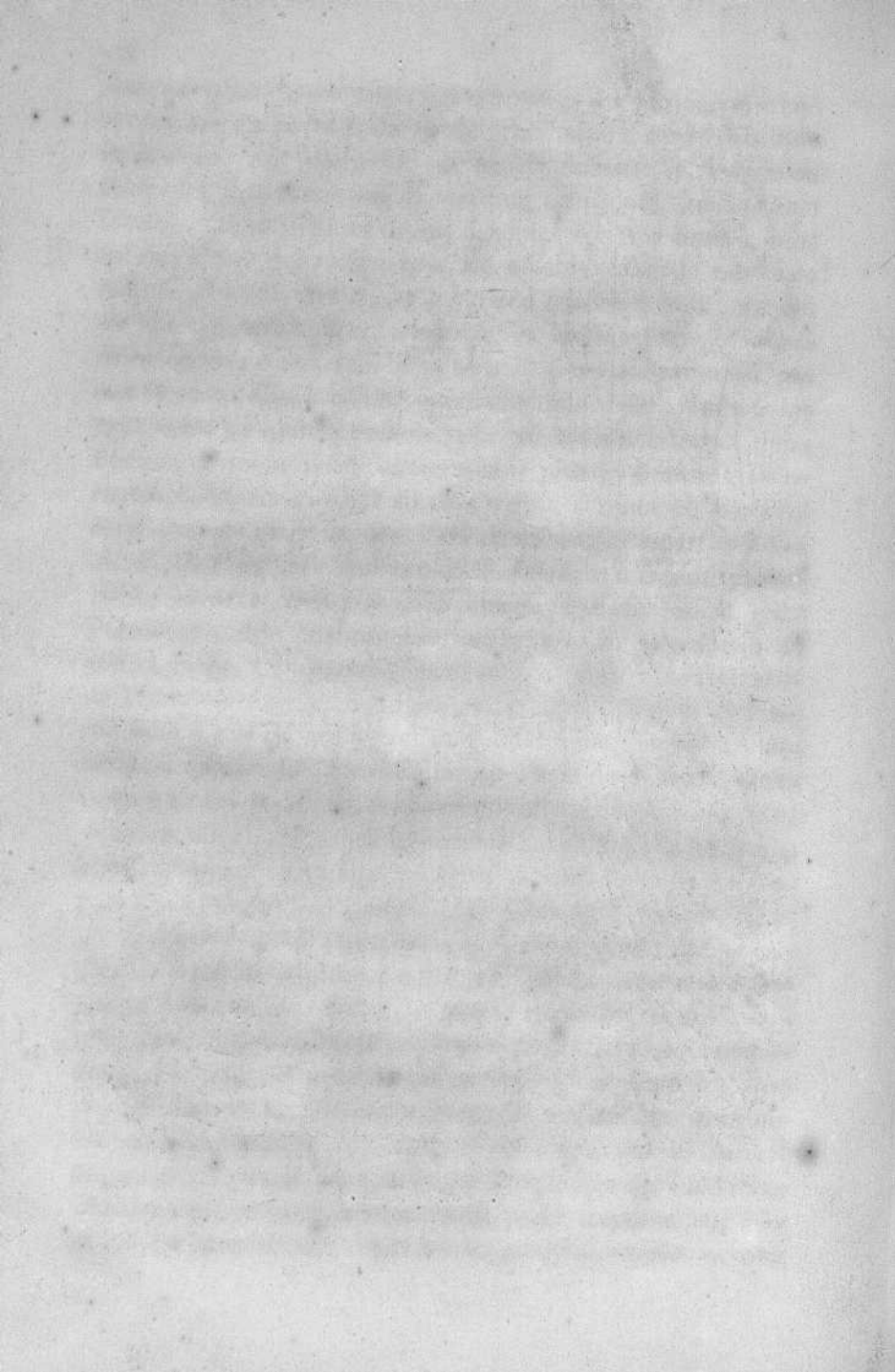
En cuanto á lo demas, Enrique de Trastámara será en un todo igual á don Pedro, esto es, tamaño, papel, impresion, láminas y precio, con solo la diferencia de que no consta mas que de ocho entregas.

Puede encuadernarse con don Pedro, como ya hemos dicho, y forma parte de la Coleccion de novelas históricas españolas que comenzamos con Fernando IV. Abrigamos el convencimiento íntimo de que Enrique de Trastámara merecerá la aprobacion de nuestros suscritores, en gracia á su reducido tamaño y mérito de sus páginas.

Despues se publicará el siguiente reinado, como continuacion de la Coleccion que ofrecimos á nuestros suscritores.



D. Enrique II.





PRIMERA PARTE.

Capítulo primero.



RA el año de 1569. El 25 de marzo se había cumplido la profecía que en otro tiempo le hicieron los astrólogos á don Pedro. Montiel fue testigo de una escena sangrienta y fraticida que aun hoy despues de cinco siglos causa horror cuando se relata; porque de la tienda misma que cubria el cadáver mutilado del rey don Pedro se vió salir á don Enrique, llevando en su cabeza la corona de Castilla manchada con la sangre de su hermano. Crónica horri-

ble, por mas que la crueldad del rey don Pedro sirviese para ocultar en parte toda su deformidad á los pueblos, que llenos de pavor y cansados de sufrir durante el reinado de Pedro el justiciero, no vieron por de pronto en este crimen sino la conclusion de sus desgracias y una duda consoladora acerca del nuevo rey. En efecto, colmada estaba la medida del sufrimiento, y llenos de odio los corazones del pueblo que habia presenciado todos los dias nuevos asesinatos, y que habia tenido necesidad de nombrar á su rey con el título de *Cruel*. El pueblo no pudo ver sino con lágrimas en los ojos la prision y la muerte de la reina doña Blanca, á quien habia contemplado jóven y hermosa, sonriendo de placer al dejar su pais para ser reina de Castilla. El pueblo no pudo acostumbrarse nunca á despertar todos los dias con la noticia de nuevas crueldades. Y sin embargo estas se sucedian, y á la noticia de los asesinatos de Toledo se seguia la de muchos caballeros que en Maqueda y Medina del Campo les habia costado la vida su lealtad y su valor.

Pero á qué describir y relatar tantas iniquidades? Si solo tuviéramos que lamentar la muerte de esa reina, sería bastante para maldecir el reinado de don Pedro. Nada perdonó él; ni el valor de los jóvenes caballeros, ni el llanto y debilidad de la muger pudieron hacer mella en su corazon.

Gozándose estaba aun en mirar la sangre de su hermano, incrustada en el marmol de su palacio, cuando escuchó la relacion de la triste muerte de su jóven esposa, muerte que debió pesar siempre sobre su corazon, y que en medio de las caricias que otra muger menos hermosa aun que doña Blanca le prodigaba, tal vez por ambicion, debió oír las quejas de aquella otra infortunada jóven que siendo reina, y estando en la primavera de su vida, cuando todo pudo sonreirla, y cuando su corazon pudo empezar á fingirse las ilusiones mas risueñas, esperaba la muerte en una

torre de Medina Sidonia como el descanso á todos sus tormentos y desgracias. Hé aquí por qué el pueblo, que aun creía estar oyendo los últimos quejidos de esa inocente víctima, no volvió la cara ni se enfureció con el matador cuando escuchó el último alarido de rabia de don Pedro; crimen que le hubiera hecho estremecer de ira á otro pueblo menos cansado de su funesto reinado; y que no hizo mas (por triste que sea decirlo) que dar lugar á la esperanza, volviéndole la fé que habia perdido con tantas calamidades, asi como el navegante perdido en alta mar por tempestad eleva sus ojos al cielo cansado de luchar, y al cerrarlos ya sin esperanza divisa en lontananza el puerto que ha de ser su salvacion. Y el pueblo pudo abrigar esta esperanza, porque don Enrique era un gran rey. Acostumbrado desde niño á las humillaciones que le hacia sufrir don Pedro echándole en cara su bastardia, teniendo que guardar en el fondo de su alma la herida que recibió con la traidora muerte de su madre, porque entonces él era impotente para vengarse, aprendió á dominarse á sí mismo, y adquirió una fuerza de carácter y de voluntad, que ni los contratiempos y azares que en la guerra habia sufrido por espacio de mucho tiempo, ni el abandono y soledad en que se encontró en una tierra extraña, pudieron hacerle desistir de sus proyectos. Muchos han dicho que solo la ambicion de un trono podia hacer de don Enrique un hombre tan guerrero y tan sufrido en sus derrotas; y por qué no habia de ser tambien el deseo de vengar á su madre y á su hermano, y á tantos y tantos caballeros como fueron víctimas de la crueldad de don Pedro? No negaremos nosotros que tuvo ambicion de ser rey; si, pero fue una ambicion noble y generosa, sostenida por un sentimiento de amor filial: tuvo ambicion, pero fue para librar al pueblo de la esclavitud y de la miseria, y para poder castigar con el tiempo al hombre sin corazon que pudo encontrar alegría en burlar

á una muger asesinándola: necesario es conceder á un hijo el deseo de vengar á su madre muerta, porque el cariño de una madre es y será siempre el mas puro, el mas grande y el mas tierno que pueda nacer en el fondo del corazón. Disculpemos pues á don Enrique si no pudo encontrar un resto de piedad para su hermano, cuando en este hermano veía al verdugo de su pobre madre.

Es lo cierto que don Enrique, aunque enseñado por la adversidad, maestra dura y cruel, pero muy provechosa y útil, iba á subir á un trono vacilante é iba á mandar á un pueblo dividido por los odios, encontrándose tras de estos obstáculos asediado de pretendientes poderosos que deseaban la corona de Castilla.

Situacion terrible para don Enrique, que tenía que hacer olvidar á algunos la escena de Montiel, empresa grande y esforzada para otro que no hubiera sido tan valiente y no hubiera tenido la fuerza de voluntad que siempre se notó en él.

Aun no habia subido la última grada del trono, tal vez antes que él pensara, cuando pudo oir don Enrique la declaracion de guerra que todos los reyes le hacian. Todos entonces se creyeron con derechos, y todos tambien vieron una oportunidad en la muerte de don Pedro y en el cansancio que revelara Castilla por la guerra civil que habia sostenido, para conseguir sus intentos y satisfacer su ambicion.

Comenzó el rey de Navarra apoderándose de los mejores pueblos de Castilla, en tanto que el rey de Aragon, seduciendo á los gobernadores de don Enrique, principiaba la guerra, desmembrando algunas ciudades á la corona del nuevo rey. Por otra parte el rey de Portugal sacaba á plaza sus derechos, titulándose rey de Castilla y León, por ser nieto de doña Beatriz, hija de don Sancho, y para probar que estaba decidido á sostenerlos, tomaba posesion de las ciudades mas próximas á sus esta-

dos: ya veremos mas tarde cómo don Enrique supo hacer frente con ánimo esforzado á todas estas contrariedades con que tenia que luchar antes de sentarse pacíficamente en el solio de Castilla.

No eran todos estos alardes de guerra lo que mas imponia á don Enrique: algun mas recelo y cuidado le daban las noticias que llegaban de Inglaterra, y mucho mas temibles eran los aprestos que se hacian en los mares, fundándose en los derechos que habian nacido con las bodas de doña Constanza y doña Isabel, hijas del rey don Pedro y doña María de Padilla, con don Juan, duque de Alencastre, hermano del príncipe de Gales, y el conde Cantabrigense.

Envuelto don Enrique en tantas guerras, su primer cuidado fue halagar y contentar los deseos de sus ciudades y grandes. Gran político, se apresuró á remediar las necesidades de sus pueblos aliviándoles de los pechos, cargas y contribuciones que tan agobiados los tenian, y distrájoles su imaginacion de los sucesos tristes que en los últimos tiempos les afectarían, con juegos y diversiones en que olvidaban sus pasados infortunios. Habiendo aprendido en la desgracia á leer en el fondo del corazon humano, supo halagar la vanidad de los grandes señores con mercedes y gracias, haciéndose partidario, si no amigo, de estos hombres que esperaban tan solo sus liberalidades para seguir sus banderas, ó levantar en cada castillo feudal una señal de deslealtad y de traicion.

Teniendo ya por suyos estos dos elementos tan opuestos, gracias á su prudencia y á su talento, se preparó á marchar de Montiel mas pronto tal vez, porque alli las impresiones eran demasiado desgarradoras y los recuerdos se presentaban bastante amargos y terribles para luchar con ellos frente á frente.

Dispuso pues su marcha para Sevilla, ciudad enteramente suya y que le tenia preparado un recibimiento regio. En efecto, el corazon de don Enrique se dilató cuando vió á sus pueblos llenos de contento salir á su encuentro para rendir-

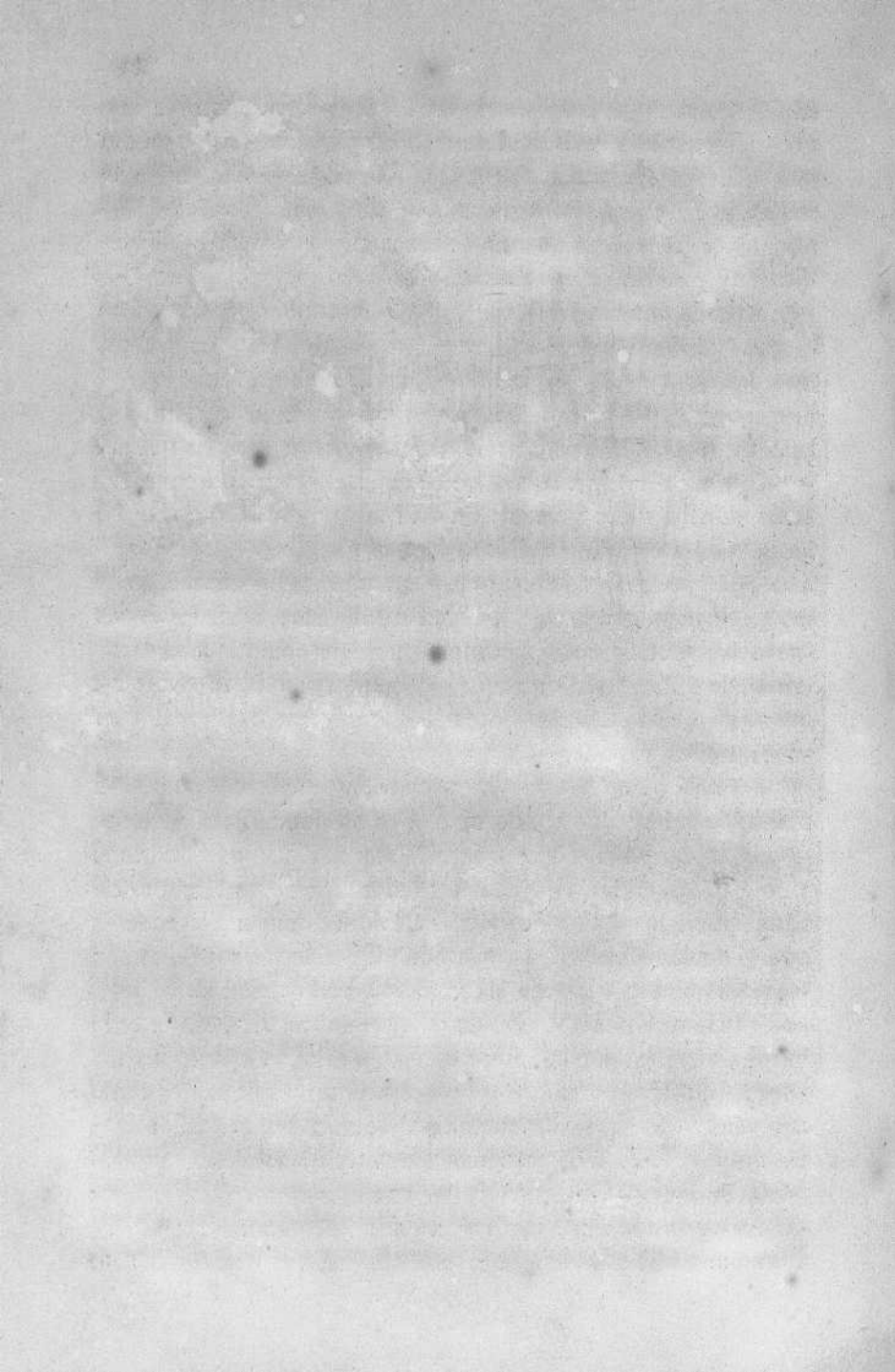
le homenaje; por la primera vez despues de la noche de Montiel asomó á sus labios finos y delgados una sonrisa de satisfaccion y de orgullo; verdad es tambien segun cuentan que nunca desapareció de sus ojos dulces y hermosos cierta languidez melancólica, ni sus labios dejaron ver una sonrisa de satisfaccion.

Quando llegó á Sevilla en medio de victores y triunfos, todos los pueblos de Andalucia se apresuraron á rendirle su homenaje de respeto y fidelidad; homenaje que esplicaba bien las altas esperanzas que los pueblos tenian en su nuevo rey. Solo Carmona, que retenia entre sus muros los desgraciados hijos del rey don Pedro, villa que tanto interes tuvo este rey en fortificarla para guardar en ella los tesoros de su corazon y de su corona, y tal vez para guardarse él mismo, solo esta villa, decimos, hizo alarde de fidelidad al cadáver de Montiel, como si quisiera con esta conducta de lealtad no agravar mas el dolor y el infortunio de aquellos pobres niños, juguetes de la fortuna y espuestos ahora á un enemigo poderoso y valiente.

Don Enrique, rey de un corazon magnánimo, que veía detras de esta rebeldía corazones nobles y generosos, deseó una transacion con los de Carmona, concediéndoles el tesoro y joyas que don Pedro habia ocultado alli. Sus esfuerzos fueron vanos; Carmona no quiso transigir, y el valiente Martin Lopez de Córdoba, que se hacia llamar maestre de Calatrava, guardador de los hijos del rey muerto, nunca quiso acceder, presagiando puede ser la vida tormentosa que habian de sufrir sus pupilos una vez en poder de su tio. Mas tarde, quando Carmona fue vencida y el guardador destrozado, los pobres niños pasaron su vida entre hierros, unas veces custodiados en Toledo, otras veces conduciéndolos en jaulas al lado del rey; contando algun cronista que don Enrique los visitaba muchos dias, notándose despues de estas visitas que el rey permanecia triste y reflexivo. No era hombre don Enrique á quien adormecian los placeres y las fies-



D. Enrique.—Lám. 1.^a



tas. En tanto que permanecía en Sevilla presenciando la alegría del pueblo y recibiendo constantes ovaciones, procuraba por todos los medios conseguir del rey moro de Granada treguas que le dejaran mas desembarazado para acudir al llamamiento de guerra que de todas partes le hacian, y donde era muy precisa su presencia.

Muchos afearon esta conducta de humillacion por parte de don Enrique tratándose de un rey infiel, y sus enemigos, que buscaban siempre pretextos para destronarle, ó al menos desacreditarle, tuvieron un apoyo en esta opinion, que iba tomando fuerza sin tener ningun fundamento para sustentarla. El eco de estas quejas y de este disgusto tuvo que llegar hasta don Enrique; pero la necesidad imperiosa en que se hallaba de asentar sobre bases firmes y seguras su nuevo reinado, la precision de concentrar sus fuerzas en un solo punto, y la unidad de accion que necesitaba para desbaratar los proyectos y ambiciones de tantos enemigos como se le presentaban, le obligaron á pasar por el menoscabo de su valor, y por el sentimiento de que pudieran creer una vez tan sola en su pequeñez y cobardía.

Un nuevo apuro le estaba preparado en Toledo, adonde marchó para recibir y saludar á la reina doña Juana su esposa y al infante don Juan su hijo, personas siempre queridas de él con adoracion, y á quienes habia dejado desterradas en Francia. Se acercaba el plazo, y habia que pagar los sueldos que se debian á Beltran Duguesclin y soldados estrangeros por su intervencion y ayuda en la guerra, reclamando Beltran ademas lo que don Enrique le prometiera en un momento de vértigo y de ira por conducir á su tienda al rey don Pedro. Don Enrique se horrorizó al tener que cumplir el pago de una traicion, y deseando no ver mas al testigo de su crimen y á los hombres que le recordaban con su presencia aquella noche fatal, agotó sus tesoros y las rentas reales; pero á pesar de esto no pudo aun reunirse la suficiente cantidad para recompensarlos: mil medios buscó don Enrique para acallar las

bocas de aquellos soldados que le echaban en cara con cinismo que ellos habian sido los que le dieran el trono, pero nada encontraba, en tanto que tenia que sufrir en silencio esas palabras amargas, como si viera en ellas una espiacion de lo pasado. Agotados ya todos los recursos mandó crear dos clases de monedas, llamada la una cruzadas y la otra reales, medida con que pudo satisfacer sus empeños, y que por de pronto le libró de la continua afrenta porque la necesidad le habia obligado á pasar.

No se escondió á don Enrique los males y embarazos que llevaba consigo la creacion de estas monedas, cuyos efectos debian sentirse mas tarde; pero las circunstancias eran demasiado apremiantes para no apresurarse á cumplir su palabra, sabiendo don Enrique que hubiera bastado tan solo una negativa por su parte para hacérselos enemigos y pelear con el rey de Navarra, que los habia llamado con afan. Por otra parte la facilidad de don Enrique para contentar y su natural dulzura, hicieron muy pronto desaparecer el mal efecto que produjera la creacion de esas monedas.

Habia principiado apenas don Enrique á saborear en brazos de su jóven esposa las dulzuras del trono, del que hasta entonces no habia recogido mas que disgustos é inquietudes, cuando hubo nuevas en la ciudad de que los reyes de Aragon y Portugal, apoyados en los derechos que ya dejamos dicho, se aparejaban para la guerra. Muy poco pudo solazarse con el placer de ser rey y de estar rodeado del cariño apasionado que siempre le mostró la reina doña Juana. La necesidad de marchar hácia Portugal le quitó bien pronto el descanso y el placer que habia encontrado en la ciudad imperial, ciudad que tanto le queria, y que desde su entrada en ella le estaba pagando con fiestas y juegos la libertad y la tranquilidad que les diera con la muerte de don Pedro, que tan tristes y amargos recuerdos habia dejado en Toledo.

Gran sentimiento hubo en la ciudad el dia que se preparó á dejarla: muy grande fue tambien el del rey al tener

que separarse del lado de su esposa y de sus hijos, á los que siempre amó con delirio, cuando tanto tiempo el destino y la desgracia los habia tenido separados, ahora que estaban abrigados por el regio dosel, ahora que la fortuna, esa diosa inconstante siempre, se habia presentado sonriéndoles: el deseo de vengar la audacia de los que querian usurpar sus derechos y conquistar sus pueblos le dió fuerza á don Enrique para romper el encanto con que le tenian adormecido las caricias de su esposa y de sus hijos, y el entusiasmo de un pueblo que le veía como á su salvador; y desde este dia no pudo resistir al deseo de escarmentar por sí mismo á esos reyes que le querian cercar, pensando tal vez que don Enrique no tendria corazon para resistirlos.

Pero cuánto se engañaron, y cuán poco tiempo tardó en hacérselo conocer! Su rostro dulce y espresivo ocultaba un corazon de fuego y un valor que nunca desmintió. Lleno de actividad, no descansaba un momento hasta realizar el pensamiento que le habia ocupado: así es que pocos dias despues de recibir lá noticia de esa invasion tenia dispuestos ya dos pequeños ejércitos, mandando uno al reino de Aragon á las órdenes del capitan Pero Gonzalez Mendoza, y saliendo él mismo con el otro el 29 de julio para Zamora: acompañaban al rey el caballero Beltran, á quien el rey con su generoso corazon habia colmado de mercedes y honores, y otros grandes señores de la corte que habian querido partir con él los peligros á que su valor le esponia.

Muy corta fue esta campaña: la energía y el valor que mostraba don Enrique aterró á sus enemigos, y en boca de don Enrique hubieran sido una verdad otra vez aquellas concisas y significativas palabras con que César dió cuenta al senado despues de la batalla... *veni, vidi, vinci*. En efecto, así pudo decir el rey guerrero, porque mas bien que una campaña fue un paseo militar. Al pasar por Zamora la puso cerco, y teniendo noticias de que el rey de Portugal no habia tenido valor para esperarle y habia huido hácia sus estados, don

Enrique sin descansar, y ansioso de escarmentarle, corrió tras de él, y entró en Portugal por las tierras que pillan en medio el Duero y el Miño: tomó sin detenerse las ciudades de Braga y Braganza, espantando con su osadía y su valor á los portugueses, que tuvieron que sufrir con alguna dureza por parte de don Enrique la ligereza de haber invadido sus ciudades. Una carta del rey á doña Juana su esposa dice bastante bien los desmanes y el saqueo de que los vencidos portugueses fueron víctimas; en ella tambien dice don Enrique cuán contento está por haber obligado al rey de Portugal con sus victorias á demandarle la paz.

Pero estaba de Dios que don Enrique gozara por muy poco tiempo de los halagos de la victoria que su ardimiento le hacia conquistar. Estando aun en Portugal recibió la noticia de que el rey moro de Granada, olvidando y rompiendo los pactos que con don Enrique hiciera, principiaba á dejar sentir su venganza sobre los pueblos de la rica Andalucía, testigos antes de la crueldad con que fueron sacrificados tantos moros: no habia limitado á esto su venganza: viéndose dueño, ahora que el rey estaba lejos, de aquel delicioso pais, se apoderó de Algeciras, y cual otra nueva Jerusalem, no quedó piedra sobre piedra de esta hermosa ciudad.

Renováronse con estas tristes noticias los disgustos del rey, y ya ardía en deseos de escarmentar la vileza y cobardía de Mahomad, rey que tanto habia favorecido á don Pedro en la guerra contra don Enrique. Pero por mucho que le interesase al rey dar una severa leccion al moro, tuvo que ceder este deseo á consideraciones políticas de mas transcendencia y mas apremiantes. Aun no se habia podido arreglar completamente el pago con Beltran Duguesclin, porque este habia querido acompañar al rey en su expedicion á Portugal. Pero don Enrique, que deseaba con empeño concluir su deuda por separarse de estos hombres que le recordaban sucesos que herian su corazon, se apresuró á marchar á Toro, donde pensaba concluir este negocio tan eno-

joso, y donde tambien dispuso gentes que marchasen contra el rey de Granada y contra Carmona, que era el pensamiento constante de don Enrique. Alli estaban los hijos de don Pedro; y quién sabe si su desgracia y su abandono inspiraría compasion, ó si algunos señores descontentos, tomando el nombre y la bandera de esos niños, suscitarían otra guerra civil, tanto mas espuesta y peligrosa para don Enrique, cuanto que no hubiera podido atender á tantas partes donde le combatian? Por eso él queria y suspiraba por esa plaza, objeto de tantas inquietudes para él; por eso no perdonaba sacrificio alguno para tener á Carmona, porque con ella guardaria él mismo á los hijos de su hermano, y ese dia de seguridad que deseaba don Enrique, desvanecería todos los proyectos, todas las esperanzas de los que en su descontento y en su ambicion hubieran creido encontrar en estos pobres niños la escala que pudiera conducirlos á la usurpacion de un trono combatido ahora por tantos huracanes.

Sin embargo de tantas inquietudes, de tantos pensamientos sombríos que constantemente asediaban á don Enrique, y que servian para hacerle insufrible el trono, que habia sido el sueño mas halagüeño de su vida, no descansaba un momento para asegurar la paz y la felicidad á sus leales súbditos, ora mandando ejércitos para escarmentar á los insurgentes, ora formando leyes que arreglasen las diferencias que se suscitaban entre muchos pueblos.

En efecto, le vemos llegar á Toro, disponer ejércitos, buscar nuevos recursos para concluir de pagar á los extranjeros, y le vemos tambien empeñado en dar buenas leyes, confirmando al cabildo eclesiástico de Madrid los privilegios que de antiguo tenia de sus antecesores, y celebrando juntas para arreglar las tasas, viandas y monedas.

Mas tarde le volvemos á encontrar en Medina del Campo convocando cortes para concluir definitivamente el asunto del pago, que era el caballo de batalla y la necesidad mas

apremiante de entonces, porque se temia que los éstrangeros, descontentos y engañados por tanto tiempo, se volbiesen contra el que los habia traído. A Beltran pues se le dieron las ciento veinte mil doblas en que se pactó la entrega de don Pedro, ademas de las ciudades de Soria, de Almazan y otras. Dió tambien á Mosen Oliver de Manny, primo de Beltran, algunas otras, casándole con una de la casa de Guzman, parienta suya, y agregándole el título de conde. De este modo el generoso rey pudo quitarse de su lado estos hombres, que atizaban y despertaban recuerdos que no podía olvidar.

Otra prueba tenemos tambien para decir que no solo pensó don Enrique en combatir y vencer á los muchos enemigos que ambicionaban su corona, sino que tambien en el poco tiempo que los asuntos de la guerra le dejaban, procuraba remediar los males que se originaban por la mala administracion de justicia. A don Enrique debemos esa institucion que en nuestros dias causa tantos beneficios; la institucion de las audiencias: él fue el que en las cortes que celebró en Toro el año de 1371, dió vida á estas magistraturas: él fue el que estableció ademas diez alcaldes que decidieran las causas criminales, dividiéndolos y asignándoles el territorio donde debian ejercer para mayor espedicion y prontitud de la justicia.

Sin duda hubiera hecho mas reformas legislativas don Enrique, ayudado de los hombres notables que estaban reunidos con él, si los asuntos del reino le hubieran permitido ocuparse de estas tareas; pero no se debe perder de vista que el reinado de don Enrique fue una constante guerra, como si fuera la espiacion que Dios le impusiera por la usurpacion del trono de su hermano y por el crimen de Montiel; y que cuando mas ocupado estaba dictando leyes, la noticia de una nueva invasion venia á distraerle de esta interesante tarea. Asi sucedió con la que recibió de que don Fernando de Castro se habia apoderado de las ciudades de Santiago y

Tuy. Triste fue para el rey esta noticia, cuando tan poco tiempo hacia que habia llevado á aquellos pueblos el espanto con sus continuadas victorias, y cuando el rey de Portugal se habia visto obligado á pedirle la paz; pero conociendo que lo que interesaba era poner pronto remedio á esta invasion, reunió tropas, y mandó al frente de ellas á Pedro Manrique, adelantado de Castilla, y á Pedro Ruiz Sarmiento, adelantado de Galicia.

En tanto don Enrique despidió las cortes y marchó á Sevilla para cercar á Carmona, que como hemos dicho antes, era la plaza que mas se resistia y que mas cuidado daba al rey. Favoreció mucho á don Enrique la tregua que alcanzaron del rey de Granada los maestros de Santiago y Calatrava, porque tal vez no hubiera podido resistir tanta guerra como de todas partes le hacian. De este modo pudo resistir y luego desbaratar la armada de los portugueses, que tanto daño hicieron en aquellas costas.

Contento don Enrique con haber hecho desaparecer este nuevo obstáculo, se decidió con ardor al sitio de Carmona: en efecto, llegada la primavera de 1371 se presentó frente á Carmona con todo su ejército, y despues de muchas dificultades y alguna esposicion por parte del rey, merced á su valor y á su deseo de tomarla, logró por fin entrar en la villa y apoderarse de los tesoros que alli guardó su hermano, y de los hijos de don Pedro, cuyo destino tuvieron lugar de maldecir muchas veces. Una vez realizado su deseo el corazon de don Enrique se dilató, porque habia quitado con Carmona el único refugio á los partidarios de su hermano. Algunos escritores dicen que pudo mostrarse mas humano en su victoria, no matando al capitan Martin Lopez de Córdoba y otros, que se rindieron bajo la palabra de don Enrique; pero este, enojado con la muerte de algunos de sus caballeros sacrificados en el cerco de la villa, no quiso perdonar al que habia sido causa de estas pérdidas.

En tanto que esto sucedía en Castilla, el rey de Portugal, entregado como estaba á los encantos de una muger que supo con una grande habilidad dominarle, no pensaba mas que en satisfacer los caprichos de su querida, cuidándose muy poco de los émulos que por entonces agitaban á toda la Europa. Por otra parte, el mal resultado que habia tenido la guerra que poco antes sostuviera, el conocimiento que adquirió del valor y de la decision del rey de Castilla, le hacian retroceder del pensamiento de otra nueva campaña, mirando como una felicidad el arreglo entre Castilla y Portugal. No tardó en realizarse su deseo con la llegada de Alfonso Perez de Guzman, embajador de don Enrique cerca de don Fernando para tratar de una paz definitiva y duradera. Con gran placer de don Fernando se arregló la paz en Alcúzar, villa de Portugal, tanto mas que las condiciones todas eran favorables á don Fernando: porque el rey de Castilla le habia de restituir los pueblos que la conquista le diera; le prometia á su hija la infanta doña Leonor, con otras proposiciones tan ventajosas que hicieron al rey el hombre mas dichoso. Pero cuán poco tardó en destruirse este brillante porvenir de paz y de amistad con un rey tan poderoso y valiente! Contaba don Fernando sin la pasion insensata que encerraba en su corazon por doña Leonor de Meneses, y no vió en aquel momento el influjo que ejercia esa muger en su corazon, y la esclavitud en que quedaria al contemplar nuevamente los encantos y hechizos con que sabia fascinarle. Por desgracia asi sucedió. Una vez á su lado don Fernando, volvió á ser el hombre débil y apasionado, y al escuchar las quejas mentidas de la muger que amaba, se olvidó de la paz y del rey, y de su casamiento convenido: volvió á entregarse con mas delirio que antes á las caricias de su querida, y sin escuchar la voz de sus pueblos, impacientes y descontentos con estos amores, no solo rompió los pactos que en los momentos de razon hiciera con don Enrique, sino que accediendo á los deseos de su querida, se

casó publicamente con ella, sin considerar en su ceguedad cuántos males iban á llover sobre su cabeza y la de su pueblo. Muy pronto por desgracia pudo tocar las consecuencias de su infortunado enlace: la muger que un día le vendió sus caricias, y con su talento supo llegar á ser reina, olvidaba su decoro y su posicion, y se echaba en brazos de un nuevo querido, el conde de Oren: don Enrique, que aunque habia ganado todas las plazas que para contentarle de este desaire le habia dado don Fernando, se resistiera su orgullo al ver que un rey le habia faltado, se disponia á hacerle nueva guerra. No tardó mucho tiempo el rey de Portugal en sentir la espiacion de su falta. Cuando menos se pensaba, don Enrique, ciego de furor, penetró en Portugal, arrasó los campos, quemó los pueblos, cuyas llamas servian para alumbrar el camino que llevaba el conquistador, y fue á buscar al rey á Santaren para provocarle á una accion que don Fernando no quiso aceptar. Inquieto estaba don Enrique porque no encontraba enemigos con quien luchar. Su espíritu altivo, su corazon de fuego le hacian desear ocasiones de salir victorioso, y corria de una parte á otra, ya tomando ciudades, ya saqueando villas, sin que el rey se presentase.

En este tiempo don Guido, cardenal de Bolona, que habia llegado á Castilla como legado del Papa Gregorio, y que traía de este el encargo de arreglar la paz entre los dos reyes, conociendo el valor de don Enrique y los desafueros que ocasionaría en Portugal la entrada del rey, se marchó á Portugal, trabajó sin descanso hasta lograr componerlos, y por fin el dia 28 de marzo se hablaron los dos reyes y concertaron la paz por mediacion del legado. Nuevas bodas trajo consigo esta paz y la restitucion de los pueblos que se hubieran tomado en aquella guerra. Celebróse en Santaren el casamiento de don Sancho, hermano del rey de Castilla, con doña Beatriz, hermana del rey de Portugal, dejando para mas adelante el casamiento de doña Isabel, hija natural del rey de Portugal, con don Alfonso, conde de Gijon,

hijo bastardo de don Enrique, si bien teniendo en su poder el rey de Castilla á doña Isabel, niña entonces de ocho años, hasta que pudiera celebrarse el matrimonio.

Quando don Enrique concluyó esta paz con Portugal, volvió al momento contra Navarra para dar una nueva lección á este rey, que afectaba desconocer el valor y el arrojo de don Enrique. Pronto conoció ahora cuán temible se habia hecho, persuadiéndose tambien de que nada se le podia oponer á su fuerza, voluntad y á su deseo de conquista: así es que acogió con un gran placer la paz que el legado de S. S. iba á proponerle en nombre de don Enrique, y suscribió gustoso á las condiciones que quiso imponer el conquistador. Como la base mas sólida para cimentar una paz son los intereses de familia y las afecciones que naturalmente nacen con ellos, quisieron asegurar aquella por medio de nuevas bodas entre don Carlos, hijo del rey de Navarra, y doña Leonor, hija de don Enrique, restituyendo al mismo tiempo al rey de Castilla las ciudades de Logroño y Vitoria, y dando á este don Enrique por via de dote ciento veinte mil escudos de oro en diferentes plazos. Los desposorios se hicieron en Briones, y para prenda de seguridad dió el de Navarra á su hijo don Pedro para que se educase en la corte de don Enrique.

El rey de Aragon que sabia por experiencia cuánto valia don Enrique, y que por otra parte veía que los demas reyes que á su ascension al trono habian sido los primeros en atentar contra sus derechos, trataban ahora de buscar alianzas con él, procuró á toda costa la amistad de don Enrique, desechando las proposiciones que le hicieron los ingleses de hacer juntos la guerra contra él, cediéndole despues muchas ciudades. Todo lo despreció; su pensamiento constante era asegurar la paz con Castilla, porque recelaba del talento y decision de don Enrique, que estaba en todos los secretos de Aragon.

El duque de Anjou fue el que primero trató de la alianza entre Aragon y Castilla. Pero don Enrique, que tenia la conciencia de su poderio, puso por condicion que doña Leonor,

hija del rey de Aragon, prometida á su hijo don Juan, se le habia de entregar: contestaba á esto el de Aragon que era muy justa su demanda, pero que al mismo tiempo don Enrique le habia de dar las ciudades que en época no lejana le habia prometido. No quiso acceder el rey de Castilla á estas exigencias, porque decia que se habia aliado con su enemigo, llegando hasta el caso cuando él se encontraba en Francia de prohibirle el pasar por sus estados. De todas estas disputas resultó que nada se concluyó, que don Enrique siguió haciendo alarde de su actividad y de su arrojo, ya marchando contra los ingleses que pensaron temerariamente en pisar el suelo español, ya alentando al infante de Mallorca en sus pretensiones contra el de Aragon; hasta que conociendo los deseos que el rey tenia de hacer las paces, y el partido tan ventajoso que podia sacar de este deseo, procuró poner de mediadora á la reina doña Juana su muger, presumiendo con fundamento que el de Aragon suscribiria á todo ahora que tan atormentado se encontraba.

En efecto, doña Juana, como se prometió don Enrique, fue la que concluyó la paz en Almazan, donde se reunieron por parte del rey de Aragon el arzobispo de Zaragoza y Ramon Alaman de Cerbellon, su camarero mayor. El dia 12 del mes de abril se firmó la paz bajo estas condiciones. La infanta doña Leonor, prometida hacia mucho tiempo al infante don Juan, se le habia de dar para que el matrimonio se celebrase; de este modo se cumplian los deseos ardientes del infante don Juan, que desde niño no habia podido olvidar los bellos dias que pasara al lado de su querida Leonor. Tal vez esta pasion, que se desarrolló en don Juan con toda la fuerza del primer amor y que su madre conocia á fondo, fue lo que mas decidió á la reina, esclava siempre de sus hijos, á ser la mediadora para que fuese á ella sola á quien debiera su hijo la felicidad de su vida.

Con esta boda iba á concluir don Enrique el gran pensamiento de su vida. Veía asegurada la paz en todo su reino

despues de grandes conflictos, y habiendo tenido que luchar palmo á palmo por sentarse en el trono de Castilla. Solo un hombre acostumbrado á las grandes privaciones y azares de la vida hubiera podido sobreponerse á tanta contrariedad. Solo un hombre tan valiente y de corazon tan esforzado como don Enrique pudo vencer tantos enemigos, desbaratar tantas alianzas para destronarle, y cimentar con los odios antiguos una paz duradera que le aseguraba para siempre una corona vacilante y un trono firme que legaria á su hijo. Por eso don Enrique mas contento ya, aunque siempre melancólico, quiso dar brillo y esplendor á estas bodas, para que asi pudieran los corazones tener alguna expansion despues de tantas guerras.

Nada perdonó para su magnificencia don Enrique: salió de Sevilla con una corte lucidisima, donde iban los caballeros mas ricos y mas nobles de España, para presenciar las bodas que habian de celebrarse en Soria: alli se encontraba ya la infanta, alli estaba tambien don Juan á su lado, comunicando su felicidad y su contento á todos los que le miraban.

Soberbia y magnífica estaba la ciudad destinada á bendecir este amor. Don Enrique habia querido tambien que al mismo tiempo se celebrasen los desposorios de su hija con don Carlos, hijo del rey de Navarra; de suerte que se reunieron en aquella ciudad lo mas principal y brillante de las tres cortes, deseosos todos de superar por su lujo y por su nobleza. Gran contento reinaba en la ciudad. Nadie hubiera podido recordar alli en medio de tanta alegría los dias de luto que pasaran, ni nunca la imaginacion hubiera podido soñar con mas verdad el porvenir de paz y de ventura que principiaba para Castilla. Soria era en aquellos dias el pueblo mas risueño y feliz de toda Europa por sus danzas y sus fiestas, por sus juegos y amorios: los guerreros olvidaban los desastres de la guerra para mostrarse galantes y apuestos con las damas: estas, aturdidas con el placer á que no estaban abostumbradas y radiantes de hermosura, ostentaban riquísimos trages, es-

tudiaban la manera de presentarse mas bellas y fascinadoras á los ojos de los caballeros mas apuestos y mas ricos de los tres reinos, concediéndoles por su galanteria lo que no habian querido concederles por su valor: todo respiraba en fin de leite y amor al lado de los jóvenes amantes, que se entregaban con una dulce confianza en brazos de ese presente tan encantador que se les ofrecia, y nadie pensó mas que en dar tregua á los amargos recuerdos que les habia dejado la triste época que acababan de atravesar, para entregarse al placer del momento confiados en que esta alegría tan justa mataria aquel dolor.

Muchos dias duraron las fiestas, porque las bodas no se celebraron juntas, verificándose la de doña Leonor, hija de don Enrique, el 27 de mayo, y la de don Juan el 19 de junio; de este modo se alargaron tambien los dias de solaz y de recreo, que siempre fueron pocos para aquella juventud rica de amor y ávida de placeres.

Una vez concluidas las bodas todos se dispersaron, y la ciudad, dias antes tan alegre y bulliciosa, volvió á ser lo que siempre habia sido. Don Enrique marchó á Burgos despues de recoger las bendiciones de sus súbditos, que se congratulaban al tener por rey un príncipe tan grande y tan respetado de todos los demas reyes, que habia logrado, merced á grandes sacrificios, asegurar la paz en sus estados y hacerse poderoso y temible á las demas naciones. Otro hombre menos susceptible y bondadoso que don Enrique hubiera creido bien que estas bendiciones de sus súbditos envolvian el perdon y el olvido de su crimen; pero don Enrique, en medio de los victores y de las fiestas, encontraba allá en el fondo de su conciencia una inquietud que bien pudiera creer fuese un remordimiento: nunca pudo desaparecer de su alma ese triste recuerdo, ni aun en medio de sus victorias, ni con las caricias de su muger, á quien tanto amaba.

No habia podido olvidar don Enrique nunca la proteccion que debió á la Francia cuando vencido y solo reclamó

de ese pais un asilo á su desgracia, ni mucho menos lo que esa misma Francia le ayudó para venir con un ejército á hacerse dueño del trono de Castilla: así es que cuando llegó á Burgos, su primer pensamiento fue acudir á favorecer al rey de Francia contra los ingleses, que mantenian á la sazón una guerra. Mucha fue su influencia en la paz que inmediatamente se pensó arreglar entre las dos naciones beligerantes, porque entonces don Enrique tenia mucho dominio y autoridad en todas las cortes, y siempre se procuraba adoptar la opinion de este gran rey.

Como Castilla, ó mejor dicho España, gozaba por entonces de una paz segura y estable, don Enrique se propuso estirpar los desmanes y abusos, hijos de una guerra tan larga y tan reñida como la que habia sostenido Castilla. Para esto se dedicó con ardor al mejoramiento de las costumbres, dando leyes buenas y saludables; alivió en parte las cargas que sufrían los pueblos, y quiso poner coto á la arrogancia del fuerte contra el débil: poco faltó mientras don Enrique se entretenia en hacer la felicidad de su pueblo para que esta dicha no se trocase en un principio de mal.

Habia ido á Roma por aquel tiempo acompañando al obispo de Sigüenza don Juan Ramirez de Arellano, y á su vuelta, cuando se presentó al rey de Aragon á ofrecerle su homenaje, se vió insultado y acusado de traidor por el vizconde de la Rota, fundando su acusacion en que á pesar de los favores y distinciones que debia al rey de Aragon, secretamente habia aconsejado á don Jaime el de Mallorca que intentase su entrada en Aragon. Muy sorprendido se halló don Juan con este desafio y con estas invectivas, tanto mas que veía al rey inclinarse en favor del vizconde y autorizando de un modo indirecto aquellos insultos. Gozaba de gran amistad Arellano con don Enrique; así fue que desde el momento en que el rey tuvo la primera noticia tomó ese insulto por suyo, y aunque dijo que se acomodaba al desafio que el de Aragon habia dispuesto que se verificase, decia

tambien que mandaba tres mil caballeros para la seguridad de su privado.

Sin duda hubiera vuelto á encenderse la guerra con esta medida si el rey de Aragon hubiese escuchado los consejos de su muger. Esta llevada del odio que profesaba á don Enrique, sin que nunca se supiera la causa de este odio mas que la superioridad y las ventajas que tenia sobre todos los reyes, no cesaba de inclinar al rey su esposo con esa fuerza de imaginacion que las mugeres poseen cuando se interesa su orgullo ó su corazon, que no debia dejar pasar esta buena ocasion de escarmentar á un rey que se atrevia á tomar por suyas las ofensas que se hacian á sus súbditos, y que de todos modos se realizase el desafio.

El rey de Aragon en aquella ocasion fue sordo á las exigencias de su esposa, y puso en manos de su consejo la resolucion de este asunto. El consejo mas prudente, y conociendo mas que la reina, que dominada por su odio no veía en esta negativa mas que un medio de satisfacerle, el poder que ostentaba don Enrique, la gran influencia que gozaba en todas partes y el valor de todos reconocido, decidió que debia abandonarse este asunto, disipando todos los temores de una guerra que sería peligrosa mas que nunca para Aragon, tanto mas que con las bodas habian nacido nuevos vínculos entre las dos coronas, vínculos mucho mas estrechos y necesarios que el interes de demostrar á un súbdito el empeño en llevar á cabo un desafio provocado por él.

Destruida ya esta ocasion, volvieron las cosas al estado de paz en que estaban hacia algun tiempo. Don Enrique, que entregado á la felicidad de sus súbditos visitaba sus pueblos para conocer de cerca sus necesidades y remediarlas, recibió en Segovia la visita del duque de Borgoña, que despues de asistir á la junta de Brujas, perteneciente á los estados de Flandes, para tratar la paz entre Francia é Inglaterra, venia de visitar el cuerpo del apostol Santiago, cumpliendo así un voto que en años anteriores hiciera.

Con gran aparato y ostentacion le recibió don Enrique, y gran satisfaccion tuvo el duque al verse tratado tan regiamente por el rey: muy bien pudo hablar despues de su generosidad, y bien agradecido quedó del regio hospedage. Desde Segovia partió el rey para Leon y Burgos, donde celebró cortes; en ellas se dispuso una gran reforma que da á conocer el carácter de don Enrique y su deseo de poner término á los abusos que estaban introducidos en los beneficios eclesiásticos de resultas de las reservas y gracias espectativas con que fue inundada la Iglesia española desde Bonifacio VIII. Conociendo el rey y las cortes esta necesidad de poner coto á esta costumbre, mandaron que no se proveyeran en ningun extranjero las dignidades eclesiásticas, porque estando fuera no podian cumplir con el ministerio y hacian salir el oro y la plata. Este fue el modo de estirpar los grande males que traían consigo esas provisiones, tan frecuentes en aquel tiempo en que la miseria era uno de los delitos mas frecuentes, y en que la curia eclesiástica hacia un comercio sacrilego de los empleos, dando á extranjeros de influencia y ricos la provision que solicitaban con justas causas eclesiásticos pobres y españoles postergados á los que venian nombrados, que se cuidaban muy poco de cumplir su sagrada mision, pero que en cambio extraían de España cuantiosas sumas con que estaban dotados aquellos beneficios.

Solo los tiempos tan calamitosos porque pasaba la Iglesia desde la eleccion de Bonifacio VIII, pudieron hacer durar ese desorden en la provision de beneficios. Males que habian tomado un gran incremento, y que se necesitaba todo el carácter y talento de don Enrique para contrarestar tan directamente un abuso que la debilidad ó la condescendencia en este punto ocasionaria perjuicios irreparables.

Don Enrique seguia entretenido en el bien y felicidad de su pueblo, descansando en su trono de los azares é inquietudes que en el primer período de su reinado le habian cer-

cado. Ya creía su trono seguro, y se complacía en recorrer lo pasado para recordar cuán espuesto y combatido se había encontrado por tantos pretendientes que ya no pensaban en la usurpacion, pretendientes á quien no solo había obligado á reconocerle y respetarle, sino tambien á desear y solicitar su alianza por medio de unos enlaces que naturalmente debían producir buenos resultados para la paz, y habían de ser causa para estrechar sus relaciones.

Sin embargo de que esto es cierto y de que así lo pensaba don Enrique, cuando mas tranquilo estaba rodeado de su corte, compuesta de tantos caballeros á quienes había colmado de mercedes y títulos, y que nunca le abandonaba, y pensaba en nuevos enlaces, supo que el rey de Navarra buscaba un pretesto de guerra, pidiendo el dinero que se había estipulado que se le daría: como lo recibiese en plata, poco apreciada entonces, procuró seducir al gobernador que había en Logroño, llamado Pedro Manrique, ofreciéndole grandes sumas y distinciones si le entregaba aquella plaza.

Fiel y leal Manrique, consultó con el rey cómo se había de vengar de aquella proposicion que se le hacia, y don Enrique le contestó que transigiese al parecer para que pudiesen tener confianza en él, y despues que el de Navarra entrase en la plaza le pusiese preso. Afortunadamente el rey de Navarra no entró en la plaza, porque suspicaz y receloso, pensó si sería una traicion del gobernador, y queriendo asegurarse antes de la confianza que pudiera merecerle, dispuso que algunos entrasen para apoderarse del pueblo. Pronto conoció cuán fundadas eran sus sospechas, porque tan luego como llegaron á penetrar los pusieron presos, escepto algunos que se defendieron hasta morir.

Descubierta de este modo la falsa amistad del rey de Navarra, se llenó de indignacion don Enrique y le declaró la guerra: para esto aprestó un ejército, nombrando para mandarle á su hijo el infante don Juan, que enseñado al lado de su padre, fue un héroe en aquella corta campaña. Muy tar-

de conoció la imprudencia que habia cometido el rey de Navarra: habia olvidado por desgracia las derrotas pasadas, y quiso hacer un alarde de fuerza que siempre era inútil tratándose de don Enrique: asi es que el de Navarra estaba arrepentido de su loca arrogancia, porque veía que don Juan, tan valiente y esforzado como su padre, atravesaba ciudades, destruía fuertes, talaba campos, y en una palabra, llevaba el estermínio y la desolacion hasta las filas enemigas, que cansadas de tener que sostener dos guerras y luchar con tantos enemigos y por tanto tiempo, se encontraban desfallecidas para la victoria.

En tanto que don Juan escarmentaba al rey de Navarra, don Enrique, que estaba en Burgos á la mira de la guerra, celebraba al mismo tiempo las bodas de su hijo don Alonso de Gijon, bastardo, que desobedeciendo á su padre y no queriendo aceptar este casamiento, se habia escapado á Francia; pero don Enrique, que nunca cedia, y que habia dado su palabra solemne, le mandó buscar, y una vez que le tuvo en su poder, se celebró el casamiento con la hija bastarda tambien del rey de Portugal. Por aquel tiempo concertó las bodas de otras dos hijas que tenia bastardas tambien con los hijos de don Alonso de Aragon, conde de Denia y marques de Villena; pero una de ellas no pudo verificarse por estar ausente el novio, y aunque fue su prometida, nunca llegó á celebrarse. De este modo cumplia don Enrique con un deber de su conciencia y de su corazon, dando una posicion brillante á esos seres infortunados que no conocian á su madre, y que iban siempre acompañadas de un titulo que las humillaba.

Cuando don Enrique llegó á Córdoba, despues de efectuados los casamientos de sus hijos, se encontró con que habian llegado á aquella ciudad mensageros del Papa Urbano VI, elevado al pontificado por muerte de Gregorio XI, que habia muerto en Roma y que habia sido el primero en dejar á Avignon, despues que Clemente V, obedeciendo á los de-

seos del rey de Francia, estableció su corte en esta ciudad.

Grandes sucesos afectaron á la Iglesia con la muerte de Gregorio XI, porque con ella tuvo principio el cisma que tanto daño atrajo á la cristiandad. La muerte de este Papa, que habia tenido valor para desprenderse de la influencia de los cardenales franceses que deseaban retenerle en Avignon, oyendo las súplicas que los romanos le hicieron por su gran poeta el Petrarca para volverse á la ciudad de los Césares, fue el grito de guerra que ocasionó las desgracias de todo el pueblo cristiano, que se vió envuelto entre anatemas y bendiciones de los dos Papas que desde este dia pretendieron gobernar la Iglesia.

Bueno será que nosotros demos una idea del principio de este cisma y de sus consecuencias, porque teniendo lugar en tiempo de don Enrique, y herido por entonces uno de los reyes mas poderosos y temibles, tuvo que encontrarse interesado en esta lucha, asediado por ambas partes, deseosas cada una de atraerle á su partido. Luego diremos la conducta de este rey sabio para salir airoso de las continuas exigencias que tenia.

Sin duda el siglo XIV no hubiera conocido el cisma si sucesos muy anteriores no hubieran ido labrando el descontento y la ira en la mayor parte del pueblo cristiano, que habia visto nacer una corte nueva y ambiciosa en Avignon, y que veía á Roma sola y abandonada por los Pontífices, si las pretensiones ambiciosas de la corte de Roma, personificadas en Bonifacio VIII, hubieran sabido doblarse á la necesidad de las circunstancias, que hacian á un pueblo buscar recursos extraordinarios en las cosas que antes respetara; ni Felipe el Hermoso se hubiera visto obligado á dar rienda suelta á su carácter altivo y dominador siempre, ni los cristianos hubieran principiado desde entonces á presagiar y á temblar por la paz de la Iglesia cristiana. Hablamos de las discordias que con motivo del recargo que Felipe el Hermoso, rey de Francia, hizo en los bienes de los eclesiásticos, tuvieron lugar

entre este y Bonifacio VIII, y hablamos de esto, porque desde aqui traen origen los escándalos que, contenidos por mucho tiempo, lograron estallar en el reinado de don Enrique, y porque de aqui dimanó la célebre bula *unam sanctam*, que fue la señal de rompimiento y de venganza entre las dos cortes, rompimiento preñado de odio y de rencor por ambas partes, y que habia de durar aun mas allá de la tumba, manchando para siempre la memoria de Bonifacio VIII.

Nada mas cierto por desgracia que este odio implacable entre los dos reyes, que les impulsó á cometer hasta crímenes que los buenos cristianos veían con un amargo dolor. La muerte de Bonifacio VIII, que debió concluir con este encarnizamiento, no hizo mas que ocultarle para dejar paso á la ambicion. El rey de Francia habia procurado hacerse amigos entre los cardenales, concediéndoles gracias y riquezas para tenerlos dispuestos á secundar sus planes: no tardó en llegar la oportunidad. Felipe queria tener un Papa enteramente suyo para poner en planta sus planes, y lo consiguió en la eleccion de Clemente V, arzobispo de Burdeos, con quien habia tenido secretas conferencias antes de subir al pontificado, elevacion que él no podia esperar, y que la debió á la sutileza y engaño del rey de Francia para con los cardenales italianos.

Consiguió Felipe con esta eleccion el deseo que habia abrigado hacia mucho tiempo. Clemente V, pagando la deuda de gratitud que debia al rey de Francia, colocó su silla en Avignon, ciudad de Francia, y se entregó completamente á las inspiraciones y deseos de Felipe, que no atendiendo mas que á sus miras particulares, no cuidó de reservarle un buen lugar en la historia, que al cumplir fielmente con su mision, tuvo que dejar caer sobre su vida ciertos lunares que manchan la pureza del Pontífice.

Los cardenales, dominados desde entonces por pasiones contrarias y por intrigas de que procuraban sacar el mejor partido posible, descuidaron completamente su mision sa-

grada y el interes de la Iglesia, corriendo presurosos á afiliarse á la bandera que segun ellos tuviera mas probabilidades de triunfo. Mas de medio siglo tuvo que sufrir Roma la ausencia de su Pontífice, y el pueblo cristiano las cargas que los Papas se veían obligados á repartir para buscarse recursos que Roma les negaba. De aqui nacieron muchos abusos en la administracion eclesiástica, abusos que conociéndolos don Enrique, habia principiado á estirparlos, como hemos visto, en las cortes que celebró en Toro, donde prohibió dar beneficios á los estrangeros que sin titulo alguno y sin residir en España sacaban los tesoros para llenar las arcas de Avignon.

Cansados ya los romanos de sufrir las vejaciones que los señores dueños de Roma ahora les imponian, y deseando concluir con las discordias que habian hecho nacer la guerra civil, suplicaron á Gregorio XI sacase de su viudez á la silla de Roma. Ya hemos visto como este Pontífice, deseando por su parte la paz para la Iglesia, y cediendo á las súplicas de las dos vírgenes que eran en aquel tiempo la gloria de la misma, Santa Catalina de Sena y Santa Brígida de Suecia, habia vuelto á la ciudad de los Césares, siendo recibido con un entusiasmo que probaba bien cuánto habian sufrido por su ausencia. Pero cuán poco duró este delirio! la muerte de Gregorio vino á traer nuevas desgracias sobre la Iglesia, y aqui principia ya la época mas triste para los verdaderos cristianos.

Era imposible que las ambiciones perjudicadas por la restitucion de la silla pontifical á Roma hubiesen desaparecido completamente, y que el germen de discordia que habia sembrado Clemente V al sentarse en Avignon no hubiera fructificado en el corazon de todos los que tenian un interes grande en la restitucion de la silla de San Pedro á la ciudad de Francia. Estos eran los cardenales franceses, cuyo número, mayor que el de todas las demas naciones juntas, se habian apresurado á entrar en cónclave cuando ape-

nas se habian apagado los ecos del canto funeral hecho á Gregorio XI, decididos á nombrar un Papa que favoreciese sus deseos y su ambicion.

Pero olvidaron al pueblo; ese pueblo romano que habia sufrido en silencio por espacio de sesenta y un años la soledad y el abandono de su Pontífice, y que habia estado atesorando veneno y desesperacion para lanzarse el dia de la espiacion á reconquistar sus derechos y á defender con sus vidas lo que constituia sus deseos y su felicidad. Asi fue que conociendo por instinto que querian otra vez arrebatarle su trono, se lanzó furioso á las calles como un torrente que corre desbordado y que nada puede contenerle.

Los gritos del pueblo á la puerta del palacio donde estaba reunido el cónclave hicieron temblar en sus asientos á los que ya creían seguro su triunfo, y las palabras de «lo volemo romano,» que llegaban á sus oidos como una amenaza, les hizo pensar en su salvacion antes que en sus proyectos; asi es que se decidieron á nombrar á un cardenal romano llamado Bartolomé de Prignano, arzobispo de Bari, que fue luego Urbano VI. Una equivocacion en la pronunciacion de Bari hizo creer al pueblo cuando se lo anunciaron que el elegido era Bars, tenido como francés; y ciego de furor se lanzó al palacio, quemó las puertas, destruyó los muebles, y hubiera destrozado á los cardenales si no se les dice que el Papa era romano.

Tal fue la eleccion del Papa Urbano VI, hombre que apreciándole todos por su modestia y por su conducta religiosa é intachable, subió al pontificado, descubriendo al momento un carácter duro y malo, é implacable en sus venganzas. Tal vez si Urbano VI no da rienda suelta á sus pasiones atropellando y persiguiendo á los cardenales, estos, movidos por la paz y por el bien de la religion, hubieran concluido con su ambicion, asegurando á la Iglesia cristiana una tranquilidad que hacia tanto tiempo necesitaba.

Pero por desgracia no sucedió asi. Casi todos los Papas

que lo han sido durante el cisma que tomó grandes proporciones en tiempo de Urbano VI, pero que realmente principió en tiempo de Felipe, rey de Francia, casi todos han tenido mas en cuenta su ambicion é interes personal que la paz y concordia de la Iglesia; y si antes de subir al pontificado hacian alarde de mansedumbre y de abnegacion, al colocarse la tiara sobre su cabeza concluía esta abnegacion y bondad, deslumbrados por el resplandor del trono.

Muy bien pudo concluirse el cisma en el momento que principiaba á desarrollarse si todos hubieran colocado en primer término los males que afligian á la Iglesia, y hubieran hecho desaparecer para siempre sus intentos de venganza y de esterminio unos, y otros sus ambiciones personales. Pero nadie quiso tener en cuenta el bien de los cristianos, y nadie pensó en mas que seguir adelante con sus proyectos, sin reparar ni sentir las consecuencias tan tristes que de esta guerra de legitimidad se habian de desprender.

Los cardenales franceses, viéndose perseguidos por el nuevo Pontífice, salieron de Roma y se retiraron á Fondi, en el reino de Nápoles, desde donde se decidieron á turbar nuevamente la paz de la Iglesia. Una vez juntos allí escribieron á los reyes, diciéndoles que la eleccion de Urbano VI era nula, porque habian sido violentados por el pueblo, y que les prestasen su apoyo para hacer nueva eleccion, ahora que estaban fuera de la venganza de Urbano, y tranquilos para reflexionar en lo que mas convenia á la Iglesia. Ayudados por algunos reyes, con cuya influencia contaban, se reunieron en cónclave y eligieron á Clemente VII, persona de mucho talento y de mucha virtud.

Ya tenemos dos Papas escomulgándose mutuamente, y pasando su tiempo en disputar quién tiene mas derechos á la silla de San Pedro, halagando y atemorizando segun creen mas seguro su triunfo á los que quieren que sean sus partidarios. Ya tenemos tambien todos los reyes en lucha, todos los pueblos dudosos y todas las conciencias sobresaltadas,

porque un acto que indicase obediencia á Clemente ocasionaba el anatema de Urbano: de aquí resultó lo que necesariamente tenia que suceder, que los reyes sacaron un partido grande de estas dudas, no decidiéndose por ninguno y gobernándose como querian, y los anatemas y excomuniones, que son armas que siempre debieron tener guardadas los Pontífices, cayeron en el ridículo y en el desprecio.

Cerca de cincuenta años tuvo la Iglesia que sufrir esta prueba dura y terrible de los hombres que debieron ser los primeros en sepultar antiguas rencillas y miras personales, para no atender mas que al esplendor y gloria de la Iglesia cristiana, tan combatida y tan azotada por el huracan de la ambicion y de las malas pasiones. Sin embargo de que todos los Pontífices desde Urbano VI subian al solio pontificio habiendo hecho la promesa de renunciar por el bien de la Iglesia, y que mientras duraba su reinado no hablaban de otra cosa que de la renuncia, el cisma continuó hasta 1417, en que fue elegido Papa Martino V, habiendo tenido que escomulgar y deponer á los Pontífices que se resistian á obedecer las disposiciones del Concilio.

Una vez que la importancia del cisma nos ha obligado á reseñar los motivos que sirvieron de cuna á tantos desórdenes y delitos como se cometieron en los sesenta años, ó mejor dicho, en los cien años que mediaron entre Bonifacio VIII y Martino V, en esa época triste para la Iglesia, mucho mas triste y funesta que la época de las persecuciones y de los mártires, en que solo resplandecía una fé pura, y en la que el interes particular y otras malas pasiones que sirvieron para desarrollar este cisma se encontraban vencidas por la abnegacion y por la fortaleza de los primeros mártires; una vez concluida esta ligera noticia, que hemos creído necesaria, aunque el reinado de don Enrique no fuese testigo sino del principio, volvamos ahora á Córdoba, ciudad donde se encontraba don Enrique cuando los gritos

del pueblo romano pidiendo Pontífice principiaban á atemorizar á todos los buenos cristianos.

Pocos dias hacia que don Enrique descansaba en la ciudad moruna, cuando llegaron á ella dos embajadores de Urbano VI, elegido Papa como ya hemos visto en medio de los desórdenes del pueblo. Este Papa, que al tomar el título de sucesor de San Pedro no recordó la mansedumbre y piedad del primer Vicario de Jesucristo, comprendió su situacion crítica y embarazosa, y se apresuró á toda costa á tener por amigos á los reyes, que eran entonces para él su salvacion. No pudo olvidar Urbano VI en su deseo de hacerse aliados al rey de Castilla, porque sabia muy bien cuánto valia don Enrique, y la fuerza y autoridad que le daria su alianza, tanto mas que conocia la influencia de este rey no solo en Castilla, sino en toda España y aun en las naciones extranjeras. Por eso su primer cuidado al sentarse en la silla de San Pedro fue mandar embajadores al rey de Castilla, encargándoles que no escasearan las gracias y favores que fueran precisos para decidir á don Enrique á reconocerle.

En efecto, la presentacion de los embajadores fue para don Enrique una continua alabanza: en ella le dijeron que siendo el primero Urbano VI en reconocer las grandes cualidades que le adornaban, y que le habian hecho tan poderoso y querido en su reino como temible en el extranjero, tenia un placer en ofrecerse á ser el mediador de la paz con todos los que sostuvieran guerra contra él: ofrecia tambien no dar las dignidades y beneficios sino á los naturales del pais; y procuraba hacer conocer á don Enrique que se prestaria á cuanto quisiese si en cambio podia contar con su alianza y su amistad.

Don Enrique, que como ya hemos dicho no solo era un gran guerrero, sino que tambien podia pasar por un gran político, que sabia á cuánto se esponia si antes de consultar empeñaba su palabra real, rehusó una contestacion afirmativa: admitió los grandes regalos que en nom-

bre de Urbano VI le hicieron sus embajadores, y para que olvidasen su frialdad en admitir la amistad del nuevo Papa les obsequió con grandes fiestas y banquetes, haciéndolos marchar en su compañía á Toledo, donde esperaba á su hijo don Juan, y donde fueron recibidos con el contento y alegría que don Enrique siempre pudo ver en el semblante de sus súbditos.

Pero cuando el rey procuraba entretener sin dar respuesta ninguna á los embajadores de Urbano VI se complicó la situacion, porque llegaron á Toledo otros embajadores que mandaba el rey de Francia para decidirle á que reconociese á Clemente VII por verdadero Pontífice, que habia sido elegido en Fondi por los cardenales franceses que habian sido ultrajados y perseguidos en Roma por Urbano VI. Le decia ademas los escándalos de que habia sido teatro Roma, y le hablaba del mal carácter del Papa Urbano.

Estos nuevos embajadores vinieron á comprometer la situacion espectante en que habia sabido colocarse con los de Urbano VI, y le obligaron á decidirse, reuniendo para esto los prelados y grandes de su reino para que todos tuviesen parte en la decision. Una vez convencido de la necesidad de dar una respuesta reunió á los embajadores, y delante de su consejo les obligó á esponer las razones en que se fundaban para sostener su opinion. Cada uno alegó alli las pruebas de su derecho: nosotros diremos aqui las razones que ambas partes alegaban para atraerse á don Enrique á su partido: decian los embajadores de Urbano VI que los alborotos y atropellos de que echó mano el pueblo romano no habian sido tan grandes que quitasen la libertad á los cardenales para hacer la eleccion, y que estos mismos lo habrian juzgado asi cuando asistieron á la coronacion. Porque si fue violenta la eleccion, por qué se prestan de buen grado á solemnizar la coronacion? daban ademas otra razon para concluir; que en la duda de si esta eleccion debia tenerse por

nula, parecia justo declararse por Urbano VI, que tenia la posesion, hasta que no se declarase nula jurídicamente.

Por su parte los embajadores del rey de Francia sostenian que el verdadero Papa era Clemente VII, porque en la eleccion hecha en Roma se habia empleado la fuerza, se habia amenazado con la muerte á los cardenales, y que estos habian protestado de esta eleccion: decian tambien que no fueron menos libres en la coronacion, ademas de que este acto no habia podido hacer válida una eleccion que fue radicalmente nula. Concluyeron encomiando el carácter bondadoso de Clemente, y en esto no decian mas que una cosa reconocida por todos, porque él fue uno de los que con mas ardor trabajaron para la conciliacion, y con su buen corazon no hizo mas que lamentarse con dolor de las desgracias que la ambicion acarreaba á la Iglesia.

Escuchó don Enrique con interes las razones que espusieron una y otra parte, y como habil político, no se apresuró á decidirse hasta no ver con mas claridad los sucesos y escuchar la opinion de los grandes hombres de su reino. Deploró como buen cristiano los males que estas disidencias ocasionaban á la Iglesia, se lamentó con ellos de la pérdida moral que esto traeria al pontificado, y concluyó por decirles, que siendo un asunto tan delicado y que tanto afectaba al pueblo cristiano, tenia que consultar á sus pueblos y buscar una decision en sus conciencias.

De este modo salió don Enrique de los dos escollos que se le presentaron, contentando los deseos de la mayor parte de sus pueblos, que querian mejor estar á la expectativa de los sucesos que indudablemente habian de seguirse, que esponderse desde luego á obedecer á un Papa, recogiendo por este mismo acto los anatemas del otro que quedaba desairado. Mas tarde don Enrique, conociendo las ventajas de Clemente sobre Urbano, y viendo en este último un hombre implacable que se gozaba en la desgracia y la muerte de muchos cardenales, en tanto que el primero procuraba

á fuerza de hacer bien compensar en parte los disgustos que habia acarreado á la Iglesia su nueva eleccion, mandando en tanto á los prelados é iglesias de su reino que el dinero perteneciente al Papa se depositase hasta tanto que todos los cristianos decidiesen cuál era el verdadero Papa, medida altamente política y que dejaba á los pueblos la seguridad del buen proceder de don Enrique, haciendo desaparecer las disputas á que podia dar lugar la remision de este dinero, mas tarde, decimos, se unió al rey de Francia, con quien siempre tuvo una gran amistad por agradecimiento, y prestaron obediencia á Clemente, que pudo morir mas tranquilo teniendo como tenia el apoyo de los reyes mas grandes y poderosos de su tiempo. Despues Castilla siguió la misma marcha que la Francia durante el cisma: las vemos ser amigas y ofrecer su alianza á Benedicto XIII, sucesor de Clemente VII, despues aparecer neutrales, porque este se olvidó facilmente á su subida al trono pontificio de las promesas que hiciera á sus buenos aliados, y mas tarde por fin volvemos á encontrarles amigos, dándole Castilla una gran prueba de deferencia é intimidación dejando á su arbitrio el disponer en materias de beneficios; medida que volvió á introducir el caos y la mala administracion en las iglesias de España, dando lugar á los abusos que don Enrique procuró cortar con mano fuerte y con decision; concesion hecha en un momento de verdadera amistad y de entusiasmo en que no supo calcular los males que traeria consigo, ni el tiempo que habia de necesitarse para estirpar de una vez estos abusos.

En la reseña que nos hemos visto obligados á hacer del cisma que afligió á la Iglesia en el siglo XIV, para que conociese el lector, si es que antes no lo conocia, las tristes circunstancias que tocaron al reinado de don Enrique, hemos visto á este gran rey mostrarse prudente y juicioso, no dejándose llevar de sus instintos, y acomodándose al parecer de todos los hombres notables de su reino en asunto

tan vital y de tantas consecuencias para la Iglesia: ahora vamos á volverle á ver guerrero y valiente, haciendo temblar con su fuerza de voluntad á cuantos se habian atrevido á declararle la guerra.

Recordará el lector que su hijo don Juan estaba sosteniendo la guerra con el rey de Navarra, que olvidando las relaciones de familia, habia querido tomar por engaño algunas ciudades de Castilla. Una vez despedidos los embajadores el rey se preparó para marchar á Burgos, donde queria estar para disponer por sí mismo las cosas necesarias á la guerra. Apenas tuvo el rey de Navarra noticias de que don Enrique se acercaba, se apresuró á mandarle embajadores que arreglasen la paz, porque conocia demasiado á don Enrique y temia por su corona.

En efecto, estos, que eran don Ramir Sanchez de Arellano y el prior de Roncesvalles, personas muy influentes y de gran prestigio en la corte de Navarra, llegaron á Burgos pocos dias despues que don Enrique. Este los recibió dignamente y se alegró de la paz que venian á ofrecerle; pero se dispuso á sacar todo el partido posible de esta paz que ellos le ofrecian, y que él deseaba en el fondo de su corazon. Esta superioridad que afectó delante de los embajadores, y que estos creían hija de su fuerza y de su valor, le sirvió para imponer las condiciones que quiso: ellos, que tenian cumplidos é ilimitados poderes para negociar la paz, y que conocian bien la triste situacion de Navarra para poder sostener la guerra, tuvieron la habilidad de transigir con todas las condiciones sin oponer ningun obstáculo, conociendo desde luego tendria peor resultado.

Don Enrique, pues, exigió que el rey de Navarra habia de mandar fuera de su reino á todos los capitanes ingleses, no accediendo por su parte á la exigencia del rey de Navarra, que queria dejase de ser amigo don Enrique del rey de Francia; ademas, como prenda de seguridad tendria don Enrique los castillos de Tudela, Arcos, Viana, Estella y otros,

dando en cambio y como recompensa veinte mil ducados y los lugares que el infante don Juan le tomara. Asi concluyó la guerra de Navarra con tan buena suerte por parte de don Enrique, como valor y ardimiento por parte de su hijo don Juan.

Deseoso el rey de Navarra de estrechar ahora las relaciones con don Enrique, á pesar de la contrariedad que notaba en su muger siempre que se trataba de este, suplicó á don Enrique si queria venir á Santo Domingo de la Calzada, donde podrian verse y hablarse. Gran contento tuvo con esta invitacion don Enrique, y grandes preparativos dispuso para sorprender al rey de Navarra con su lujo y su ostentacion. Tal vez al quererse presentar don Enrique delante de su aliado de una manera tan brillante y tan fastuosa, respondia á un deseo de orgullo y de altivez que guardaba en su corazon, y cuya principal causa era la reina de Navarra, muger que tanto llegó á odiar á don Enrique despues tal vez de haberle adorado y sentido por él una de esas pasiones terribles que encienden el corazon, y cuya misma grandeza las hace cambiar en un odio eterno é implacable la menor ofensa ó la mas pequeña sonrisa de triunfo.

Quando el rey de Castilla llegó á Santo Domingo se encontró con un recibimiento digno del conquistador: llena la ciudad de brillantes caballeros que acompañaban al rey de Navarra, entregados al placer de las fiestas, y sedientos de señalar aquellos dias en la memoria de alguna hermosa jóven con los triunfos que consiguiesen en las justas y torneos dispuestos para obsequiar á sus reales huéspedes, en aquellos dias se confundian los caballeros castellanos y navarros, haciendo alarde todos de ser los primeros en galantería para con las damas y en grandeza para con los hombres.

Tambien participaba don Enrique del contento general, y se entregaba con placer á las diversiones preparadas para su recreo. Quién hubiera podido adivinar los sucesos tristes que habian de seguir á tanta diversion, á tanta locura? Quién

le hubiera dicho á ese rey tan halagado, tan lisonjeado y tan valiente, que iban á concluir para él los placeres de la vida, y que el último ruido de esas fiestas dispuestas para él sería la señal de su muerte? No pudo creer don Enrique que tan pronto abandonaria la vida, ahora que principiaba á gozar de la paz y de las dulzuras del trono, rodeado de un pueblo que habia olvidado mejor que él su elevacion al trono para no recordar mas que al rey valiente y poderoso que llegó á hacer creer á todos los reyes que Castilla siempre es vencedora cuando sus reyes saben ser guerreros.

Mucha duda hay para decidir qué causa ocasionó la muerte de este gran rey: es verdad que el rey moro de Granada siempre habia sido enemigo de don Enrique, y receloso de sus fuerzas cuando las comparaba con el valor y decision de su contrario, pudo muy bien, como dicen algunos historiadores, fingirse amigo para presentarle grandes obsequios, en lo que afirman que llevaba el veneno que habia de matar á don Enrique. Sea de esto lo que quiera, es lo cierto que aun no se habian concluido las fiestas en la ciudad, cuando ya el rey desde su cama conocia que la vida se le iba alejando, y que en vano los recursos del arte y los cuidados de su hijo trataban de estirpar el mal, porque este se aumentaba, y con él la tristeza del rey.

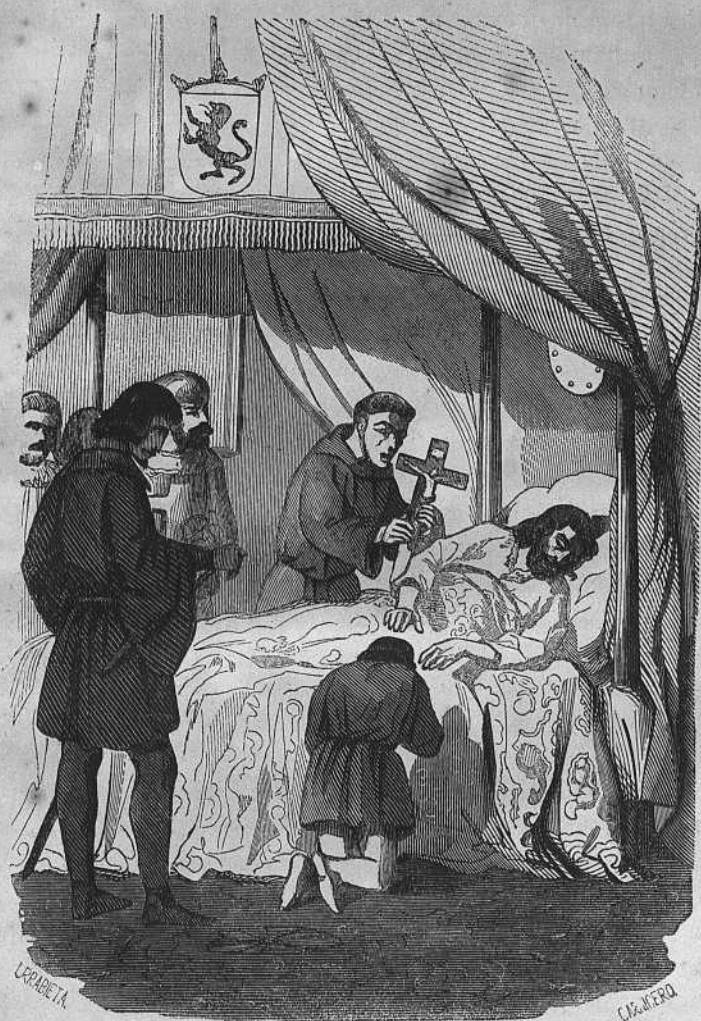
Todo en aquellos momentos era lúgubre y fatal para Enrique: nunca las ideas habian aparecido á su cerebro bajo una forma tan medrosa y temible: recorria en su memoria, cansado ya de evocar recuerdos, todos los dias de su vida, y al querer leer en el libro de los sucesos que le habian afectado mas en su carrera, cerraba los ojos espantado, porque la primera página estaba manchada con sangre; entonces se ponía á temblar, y su cabeza, débil por la enfermedad, le presentaba mil fantasmas con quien sostenia una lucha cruel que le dejaba sin fuerzas.

La escena de Montiel, que nunca pudo olvidar, ni en medio de sus victorias, ni en medio de sus arrebatos amoro-

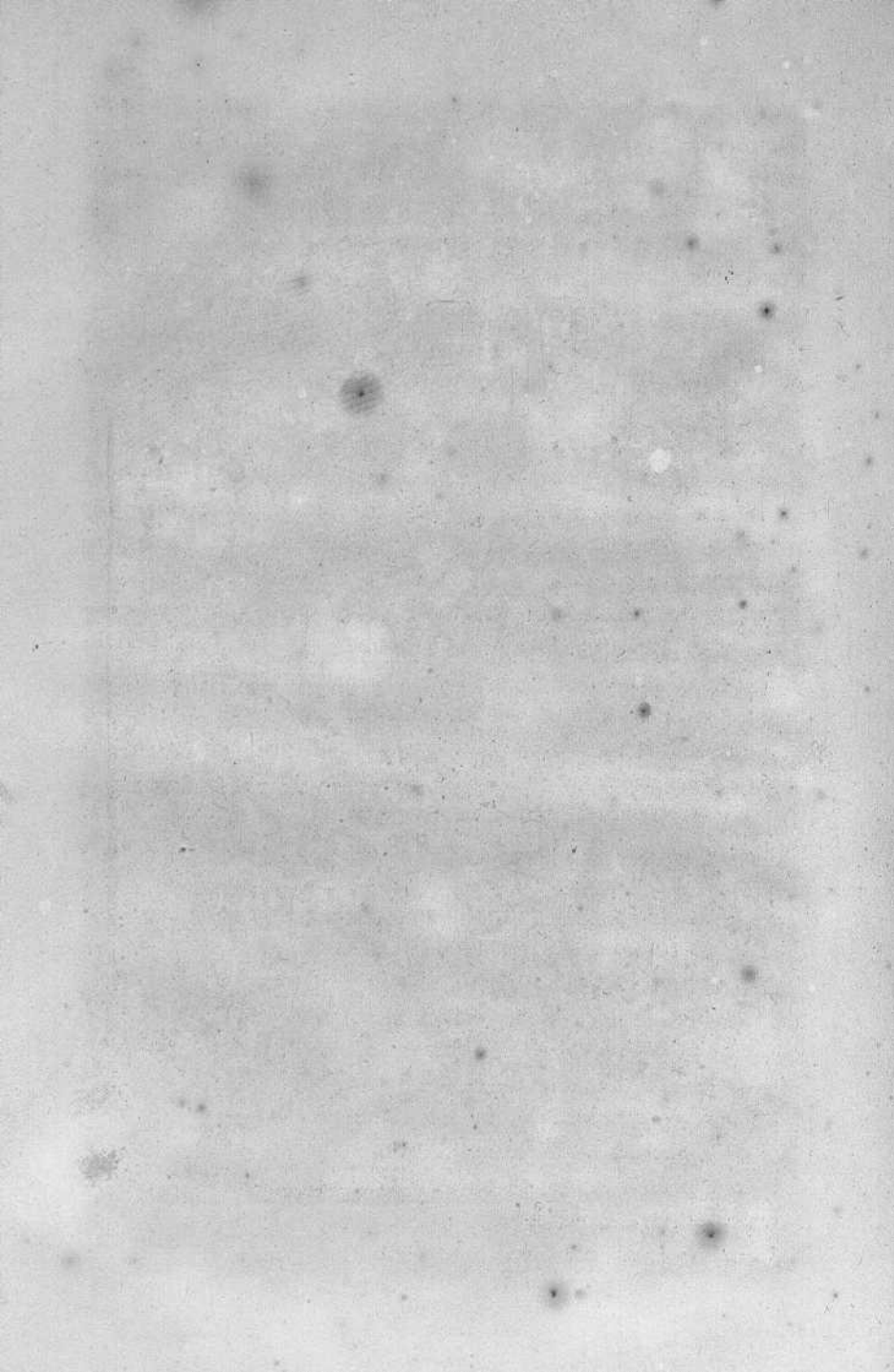
sos, se presentaba ahora con formas mas abultadas, mas tétricas á la calenturienta imaginacion de don Enrique, y como si la imagen de su madre y de sus hermanos, sacrificados por don Pedro, pudiese compensar este remordimiento, los llamaba con todo su corazon para tranquilizarse, confiado que el recuerdo cariñoso de su madre le daría fuerzas á desafiár la sombra de su hermano, que habia herido sin piedad á la muger que tanto amaba á su padre.

Y es verdad; si un crimen puede mirarse alguna vez sin tanto horror como naturalmente produce en el corazon humano, es sin duda el que cometió don Enrique en la persona de su hermano. Verdugo de la humanidad, no encontró nunca mayor placer que el que le ofrecia el sacrificio de una virgen que habia preferido la muerte á los halagos del rey impúdico, ó la abnegacion del hijo que se prestaba á la muerte para librar á su padre: verdugo de su familia, nada respetó; ni ese sentimiento siempre tierno y sagrado que nace de la naturaleza fue para él mas que un objeto de venganza; sin afecciones que respetar, porque todo lo manchaba con su lubricidad, no tenia en su corazon mas que recuerdos llenos de sangre y podridos por el cieno de sus malas pasiones. Rey atrevido y valiente, mostró empeño en cambiar este título por el de cruel; hombre de talento y de astucia, concluyó porque todos le engañasen á fuerza de hacerse desconfiado.

Este era el rey que se veía Castilla obligada á sufrir cuando don Enrique se presentó jurando venganza á su madre, á sus hermanos, á su cuñada, á sus parientes y al pueblo, porque todos eran víctimas. Hemos dicho al principio cuánta disculpa cabe para don Enrique, que habia tenido que oír desde un pais estrangero el último grito de dolor que el verdugo habia arrancado á su madre, y este recuerdo por si solo basta para mantener vivo siempre un deseo de estermínio y de muerte para el matador que aun se gozaba en su triunfo.



D. Enrique.—*Lám. 2.ª*



Otro que no hubiera sido don Enrique hubiera olvidado facilmente ese triste episodio de su vida tormentosa, tanto mas que el pueblo, juez imparcial que debiera ser, le habia recibido con aplausos cuando aun llevaba en su ropilla la sangre de su hermano: ademas, no habia espiado su crimen con su valor, con esa actividad que espantó á todos los reyes y con la paz que dió á sus pueblos, atemorizados en tiempo de don Pedro? Si, para el pueblo que comprendió al momento el gran rey que salia de la tienda de Beltran, para el pueblo que sentia ahora la bienandanza de una paz dichosa y estable, y que se veía respetado fuera y desahogado de pechos y contribuciones, para ese pueblo, decimos, ya no habia espiacion, ya no habia recuerdos que disminuyesen su cariño y su admiracion á don Enrique. El rey estaba purificado y debia morir tranquilo: estas eran las palabras que escuchaba don Enrique de su confesor, fraile dominico y muy querido del rey, cuando este se veía acometido de ese pensamiento sombrío de que no podian distraerle ni los consuelos de su hijo, ni los vivos que el pueblo, apasionado de su rey, le dirigia como si quisiera á fuerza de entusiasmo espantar la muerte del lecho de don Enrique.

El rey conoció bien pronto cuán ineficaces eran todos los remedios que se opusieron á su enfermedad; su hora habia llegado, y el libro de su vida iba á cerrarse para siempre. Pero don Enrique, formado para la desgracia y acostumbrado al infortunio, no se dejó vencer por esta idea; su pensamiento constante habia sido la grandeza de su trono y la felicidad de su pueblo; así es que cuando conoció que las fuerzas le iban á faltar, y cuando su voz iba perdiendo ya toda su fuerza, llamó á su hijo á la cabecera de su lecho, y rodeado de su confesor, de don Juan García Manriquez, obispo de Sigüenza, y otros muchos caballeros, le echó su bendicion, y con ánimo sereno le dijo: «Mi muerte va á poner la corona de Castilla sobre tu cabeza; procura sostenerla con nobleza, para que los pueblos que tanto me han que-

rido trasladen sin arrepentirse ese cariño á tí. Procura siempre rodearte de buenos y sabios consejeros, y no te dejes llevar para escogerlos de los impulsos del corazon, que muchas veces se engaña tanto en sus amistades como en sus odios. Cuida mucho de no dejarte llevar de las pasiones, que ciegan y rompen cuanto encuentran á su paso. La Iglesia está en estos momentos sufriendo muy cruda tempestad; cuida mucho antes de decidirte por una de las partes de tomar consejo, y ten siempre presente el temor á Dios y el amparo de su Iglesia. Conserva la buena amistad con Francia, porque esa nacion ayudó á Castilla á sacudir la tiranía y la desgracia que pesaba sobre ella. Tres clases de gentes hay en Castilla, hijo mio, que debes conocer á fondo; los que siguieron nuestras banderas, los que han sido fieles al rey don Pedro, y los que se han mantenido neutrales. Conserva á los primeros las mercedes que yo les concedi, porque es muy justo recompensar sus sacrificios, pero no pongas tu confianza en ellos, no sea que te vendiesen: ten en los segundos entera confianza; ruégalos con los empleos y encargos, porque si llegan á decidirse por servirte, no los tendrás mas fieles que esos servidores que han sufrido su suerte desgraciada con entereza y abnegacion: los terceros déjalos alejados de tí; son hombres que nunca se interesarán por nadie, y que no tendrán otro móvil nunca que su interés particular: por último, hijo mio, concede la libertad á todos los prisioneros; que vayan á gozar de su pais y de los encantos de su hogar, rodeados de las personas queridas; así te bendecirán. Ah! tú no sabes lo que es la libertad despues de estar errante por un pais que no es el tuyo, y ver familias que miran indiferentes tu desgracia y tu soledad.»

Estas fueron las últimas palabras que pronunció este gran rey; palabras llenas de uncion y de caridad que decian bien claro cuán bondadoso era su corazon y cuán buenos sentimientos habia siempre abrigado su alma; palabras que todos los señores que pudieron escucharlas lo hicieron con

las lágrima en los ojos, porque conocieron la pérdida tan grande que era para un reino la muerte de tan buen señor: y quién sabe si este dolor, si estas lágrimas que las últimas palabras de don Enrique habian arrancado á tantos caballeros endurecidos en la guerra, no fueron el juramento de fidelidad hecho á su hijo don Juan en memoria de su padre? Tal vez estos sublimes consejos, esta abnegacion que don Enrique mostró en sus últimos momentos, le aseguró la reconciliacion y la amistad de muchos hombres indiferentes hasta entonces ó contrarios, que despertándose en este momento de amargura y tristeza una chispa de respeto é intereses en su corazon, y cediendo al influjo que tiene siempre una gran desgracia, olvidaron para siempre su indiferencia ó enemistad, y se presentaron á don Juan para ayudarle á cumplir el último deseo de su querido padre.

Grande fue la tristeza que se comunicó al pueblo cuando pudo oir distintamente el eco de la campana que anunciaba la muerte del rey. La ciudad que pocos dias antes se habia adornado con sus galas para recibir al rey, cambiaba sus vestidos y ricos adornos de novia por el traje triste y severo de viuda: las campanas que dias antes saludaban con volteos y repiques la entrada del vencedor, despedian ahora al aire sus notas acompasadas, dando lugar á que el eco pudiera llevar mas lejos su sonido triste y fatidico: los caballeros que se presentaran con vistosos y elegantes trages, ostentando plumas gayas y lindas cintas con el color de sus damas, se les veia ahora con los ojos bajos y vestidos de luto preguntarse cómo habia sucedido tan pronto esa desgracia: todo era en fin luto y desolacion en la ciudad antes tan alegre.

Don Enrique habia logrado á fuerza de valor y de franqueza que el pueblo le adorase y que los grandes le respetaran: su dulzura natural, que algunos han traducido por debilidad, le granjeaba bien pronto el cariño de los que le hablaban una vez. Se ha dicho que no pensó mas que en

saciar la codicia de los nobles, y dar lugar con esta conducta á que estos, llenos de ambicion y de poder, se creyesen otros tantos reyes creados para afligir y hacer sufrir al pueblo; pero esto no es cierto, porque nadie como don Enrique, cuyo primer pensamiento fue aliviar al pueblo de sus cargas, atajó la soberbia de los grandes señores que creyeron por un momento que podrian jugar con un rey que habia subido al trono por un crimen, y que siempre les halagaria con honores y riquezas para hacerles olvidar su elevacion.

Pero don Enrique, que si conoció al principio esta necesidad de tener á su partido á los grandes concediéndoles mercedes y honores, comprendió muy luego cuánto él valia teniendo ejércitos tan decididos y valientes, procuró darse á conocer como fuerte y poderoso á los hombres que creyéndole débil habian soñado que el reinado de don Enrique sería una lluvia eterna de gracias y mercedes, logrando con esto al fin llegar á ser querido de todos, los unos por agradecimiento y los otros por temor.

Otros acusan á don Enrique que pasó su tiempo en galanterías y fiestas, no cuidando de dejar grandes recuerdos que señalasen su reinado; y lo que estos dicen procuran hacer creer que no conocen el reinado de don Enrique ni las circunstancias especiales de aquella época. Un rey que desde el momento que subió al trono de Castilla tuvo que escuchar los gritos de guerra que todos los reyes le dirigian; que no descansó un solo dia hasta humillar la altivez de todos los que se habian atrevido á provocarle; que hizo pedirle la paz á cuatro reyes valientes y algunos poderosos; que consiguió de estos mismos reyes que sus deseos fuesen respetados y ejecutados; que hizo grandes alianzas, y que á fuerza de ser temido llegó á decidir las contiendas entre naciones extranjeras, y que por fin logró ver á sus pueblos contentos entregarse á las faenas y trabajos del campo, dejando á un lado la lanza y el mosquete, el rey que hizo to-

do esto merece ocupar otro lugar en la historia que el de galanteador. Tiene tambien don Enrique la gloria de haber hecho temblar á la corte de Roma, tan exigente entonces y tan temida, y librar á sus pueblos con su prudencia y con su talento de una guerra de religion y de conciencia, mil veces peor que una guerra de principios.

El cisma que comenzó en la Iglesia viviendo aun don Enrique pudo dar lugar á consecuencias muy triste á ser rey de Castilla un hombre menos entendido y peor aconsejado que don Enrique; pero ya hemos visto con el tino y la habilidad con que salió del compromiso en que los legados le querian intesar con promesas, convencidos del gran ascendiente que daria don Enrique al partido á que se uniese; salvando por entonces (que era al principio), cuando aun no se habia salido de la sorpresa que infundió el encontrarse los pueblos con dos Papas, y cuando se oían con pavor aun los anatemas que se lanzaban diariamente los dos sucesores de Pedro el pescador, salvando, decimos, con su reserva de inclinarse á cualquiera de los dos la paz y tranquilidad que gozaban sus pueblos, poco interesados en los sucesos porque no veían á su rey tomar una parte activa en ellos. La historia, espejo el mas fiel de las edades pasadas, dice bien cuán grande y fecundo fue el reinado de don Enrique II, y cuánto amor supo atesorar en el corazon de los pueblos; amor que pasó entero á su hijo por el gran recuerdo que tenían del padre. De este modo se esplica el sentimiento de que llenó á los pueblos la noticia de su muerte, y como en medio de la tristeza que esta nueva repartió por todos los ángulos de Castilla, se apresuraron á proclamar á su hijo don Juan por rey antes que el cadáver de su padre fuera sepultado, como si de este modo quisieran recompensar en don Juan la paz y la tranquilidad que su padre habia sabido dar á Castilla.

Grandes preparativos se hacian en Santo Domingo para trasladar á Burgos los restos de don Enrique. En efecto,

tres días despues de su muerte volvía á salir de la ciudad por aquella puerta por la que quince días antes habia entrado con todo el esplendor de su corte y de sus victorias: ahora salía yerto é inanimado, y no eran los cantos de triunfo ni los victores los que hacían ruidosa su salida, sino el llanto del pueblo que le acompañaba y las oraciones con que la Iglesia despide á un cristiano de este mundo. Acompañaban el regio cadáver su hijo don Juan, proclamado rey, el obispo de Sigüenza y otros muchos caballeros de todas partes que se encontraban en Santo Domingo, ó que habian llegado al saber la muerte de tan buen rey.

Cuando llegaron á Burgos depositaron el cadáver en la iglesia mayor, en la capilla de Santa Catalina, en tanto que se disponían suntuosas honras por su alma. Celebrados los solemnes oficios con toda la pompa real, trasladaron los restos á Valladolid, donde estuvieron hasta fin del mismo año, que se condujeron á Toledo deseoso su hijo de cumplir la última voluntad de su padre: allí descansan hoy en la capilla que llaman de los Reyes, en compañía de los de su hijo y nieto y de las reinas sus mugeres.

Hemos concluido la reseña histórica del reinado de don Enrique; en ella hemos procurado relatar, aunque con alguna brevedad, los sucesos mas importantes de este reinado, que duró trece años y dos meses desde que se proclamó rey en Calahorra, y hemos presentado á este rey tan infatigable y tan conquistador como nos dice la historia: le vemos tambien legislar en medio de unas cortes, procurando dar á sus pueblos buenas leyes conformes con su época, y trabajar sin descanso para hacer respetar su autoridad y para dar á los pueblos la tranquilidad que él no tenia. Imposible parece que un rey cuya vida privada no es de las mas purificadas, y que tan amigo y apasionado se mostró siempre de la belleza, imposible parece, decimos, que se desprendiera con la facilidad que siempre se notó en él de los encantos y placeres que mugeres hermosas le estaban prepa-

rando siempre para alimentar y mantener su amor, y se lanzara á los peligros de la guerra con un alma llena de valor y un cuerpo incansable en las fatigas.

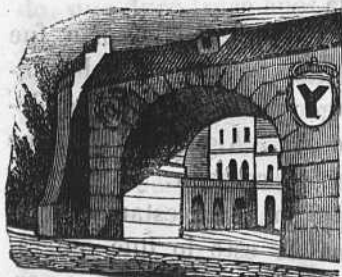
Diremos antes de dejar la pluma de una vez algo de doña Juana, porque hace algun tiempo que nada hemos hablado de ella. La reina doña Juana, muger de un corazon puro y noble, no habia querido asistir á las fiestas de Santo Domingo, y se habia marchado á Burgos para esperar alli á su querido esposo; alli recibió la triste noticia de la muerte del rey con un gran sentimiento que la hizo estar enferma de peligro. Doña Juana habia querido á su esposo con delirio, porque le habia visto pobre y solo abandonado de todos en un pais extraño, y se habia unido á él con todo su corazon: la desgracia de que le habia visto cercado le dió nuevos encantos para ella, y habia llegado á ser don Enrique su primera pasion. Bien conocia ella que el amor de su esposo se habia disminuido; pero qué habia de hacer, cuando la trataba siempre con la misma consideracion y para todos siempre ella era la esposa querida? Sufria en silencio y perdonaba esas pasiones que se iban sucediendo en el corazon del rey, hacia una vida tranquila, y muchas veces se alejaba de la corte para ser mas extraña á la infidelidad del rey, y no estar oyendo la esposicion de sus faltas por hombres que tal vez al darle esa prueba de respeto y de consideracion llevaban una idea interesada.

Una de estas veces que no quiso acompañar la corte, fue cuando se dirigió á Burgos, en tanto que el rey estaba entregado al placer en Santo Domingo: quién la habia de decir que no volveria á ver á su esposo!... Algunos dicen que doña Juana guardaba un secreto en su corazon, y que otro amor que no era el de don Enrique la hacia estar siempre triste y alejada de los placeres: sea de esto lo que quiera, debemos concluir diciendo que doña Juana lloró con amargura la muerte de su esposo.



SEGUNDA PARTE.

Capítulo primero.



A que hemos concluido la parte histórica del reinado de don Enrique, y que le hemos presentado á nuestros lectores como rey guerrero y gran político, deseoso de asegurar la paz en sus estados y celoso en extremo por la dignidad de su corona; ya que le hemos visto decidido siempre á sostener con valor sus derechos, haciéndose respetar de todos los reyes, vamos ahora, para que nuestros lectores co-

nozcan doblemente á don Enrique, á presentarle en su vida privada, con sus pasiones, sus debilidades y sus defectos.

Imposible parece que despues de registrar la historia, donde se ve la actividad y la fuerza de voluntad que siempre tuvo este rey, tuviese tiempo en medio de tantas guerras y de tantas privaciones para mostrarse tan galante y tan apasionado como la misma historia nos cuenta que fue, entregándose con delirio á tantos y tantos devaneos durante su vida. Una prueba de este aserto la tenemos en el número de sus amigas, y en la multitud de hijos naturales que segun la historia pudieron conocer á su padre en don Enrique.

Hombre de gran corazon, se entregó sin reserva á esos afectos tiernos que consuelan de las grandes desgracias, y que son un bálsamo para las naturalezas sensibles y apasionadas: amigo de los placeres por su imaginacion, encontraba en las pasiones que se encendian en su corazon una nueva vida y un goce supremo: agraciado por la naturaleza con una figura tan simpática y tan fina, encontró siempre hermosas mugeres que se entregasen á su amor y que se deleitasen con el fuego de sus hermosos ojos, logrando con tantas buenas cualidades que amasen en él al poeta y al hombre de sentimiento y de corazon, sin acordarse del brillo y resplandor de la corona.

Desgraciadamente para las mugeres que amó, el rey era muy inconstante; su imaginacion vehemente se resistia á permanecer todos los dias y siempre al lado de una misma muger, y muchas veces sin querer y sin tener valor para resistirse se apartaba de la muger querida, dejándose llevar de su inconstancia que le creaba otra nueva felicidad, y que hacia nacer en su corazon otro amor mas feliz y mas halagüeño porque aun no habia tenido tiempo de ser correspondido.

Sin embargo de la movilidad de sus afectos y de sus pasiones, don Enrique llegó á entregar su corazon á una muger que siempre se resistió á este amor, y que luchó tal vez

por virtud, tal vez conociendo que este era el medio de retener á este hombre, que hasta entonces habia sido tan feliz en conquistar mugeres y olvidarlas como en ganar batallas y tomar ciudades. Solo en los últimos dias de su vida pudo don Enrique gozar de la sonrisa tierna y amorosa de la muger por quien suspiraba. Solo entonces apareció vencida, cuando la desgracia y la fatalidad pesaban ya sobre don Enrique, como si hubiera querido convencerle de la verdad de su cariño que habia ocultado cuando podia ofrecerla su regio amante una corona, y que se presentaba á sus ojos en los momentos de abatimiento y de muerte.

Una vez indicado ya nuestro plan, trataremos de hacer conocer al lector los episodios mas bellos de la vida privada de este rey, presentándole tan facil ó inconstante en sus conquistas amorosas como nos dice la historia que fue. Ojalá que nuestra pluma fuese tan habil que trazase con fuerte y verdadero colorido las mil escenas tiernas y voluptuosas que tendrian lugar entre don Enrique, hombre lleno de sentimiento, y entre las deliciosas criaturas con quien reparó sus caricias y sus ilusiones.

Pero por desgracia nosotros no tenemos tanto corazon ni imaginacion tan poética como nos dicen del bello rey, ni podemos fingirnos, aunque no sea mas que por el momento de escribir este episodio, lo delicioso y embriagante que serian las caricias de mugeres tan hermosas y voluptuosas: asi es que hemos de renunciar á interesar á nuestros lectores, contentándonos con esponer del mejor modo los sucesos que llenaron la vida de don Enrique.

Habiéndose casado á la edad de 17 años con doña Juana Manuel, niña aun, no pudo sentir por ella mas que ese amor de niño dulce y tierno, pero sin emociones y sin contrariedades que encendiesen su corazon con una pasion duradera. Conociendo su madre cuál seria su desgracia cuando muriese su padre y su señor, quiso de este modo buscar á su hijo un amparo donde pudiera refugiarse en los dias de

tribulacion que ella veía llegar. La solicitud y el cariño de madre la hizo encontrar para su querido hijo una muger que al mismo tiempo que hiciese nacer en él un sentimiento tierno, le escudase con su poder de los peligros que ella temia; por estas razones eligió á doña Juana, hija de don Manuel, nieto de San Fernando y muy poderoso en aquel tiempo, y de doña Blanca de la Cerda y Lara, señora de la primera nobleza de Castilla.

Aun no habian pasado los primeros dias de boda, dulces siempre cuando se pasan al lado de una jóven hermosa, cuando principiaron á realizarse los temores de su madre. Don Pedro se habia sentado en el trono de Castilla, y la muger tan querida de su padre sufria ya la venganza del hijo de aquel hombre á quien tanto quiso. Encerrada ella en su fortaleza, los jóvenes esposos, huyendo del primer momento de venganza y de furor de su hermano, unas veces amigos y otras enemigos, no habian tenido tiempo de dar lugar en su corazon á un sentimiento mas vivo que les asegurase la felicidad de toda su vida.

Pasaron así los años, hasta que la Providencia, cansada de la crueldad del rey de Castilla, dispuso que llegase la hora de la espiacion para don Pedro y la del triunfo para su hermano don Enrique, y que este al fin lograse, despues de tantos sufrimientos y disgustos, del placer de llamarse rey de Castilla.

Este dia fue el mas feliz para doña Juana: educada en la grandeza y en medio del lujo de su poderosa familia, no conocia otra pasion que la ambicion de mandar y el orgullo de ser reina. Desde el momento en que pudo llamarse esposa de don Enrique, su único pensamiento fue el trono, y con una decision admirable y con un valor extraordinario, trabajó durante el reinado de don Pedro para acercar ese dia en que su orgullo estaria satisfecho: jóven y hermosa, apenas hizo caso de estas cualidades cuando ellas no podian facilitar el camino á su constante deseo; dominada por este pensa-

miento, todas las horas del día sacrificaba al trabajo y á la actividad. Como su única pasión era la ambición, se burlaba del amor que su hermosura encendía en el corazón de sus apasionados; y sin embargo, á la heroicidad de un hombre que la quiso con delirio debió el escaparse de la prisión en que la tenía don Pedro, y la protección que encontró en el rey de Aragón, cuando sola y perseguida no encontraba donde ocultarse, la debió también á la severa belleza de que la había colmado el cielo. Mas tarde pudo conocer mejor doña Juana la influencia que su hermosura había alcanzado del rey de Aragón cuando ella se presentó á negociar la paz. Entonces comprendió la pasión del rey por ella, que sin ser dueño de resistir á los encantos de esta mujer tan bella como altiva, concluyó una paz á que antes se había resistido, cediendo á las exigencias de la reina doña Juana.

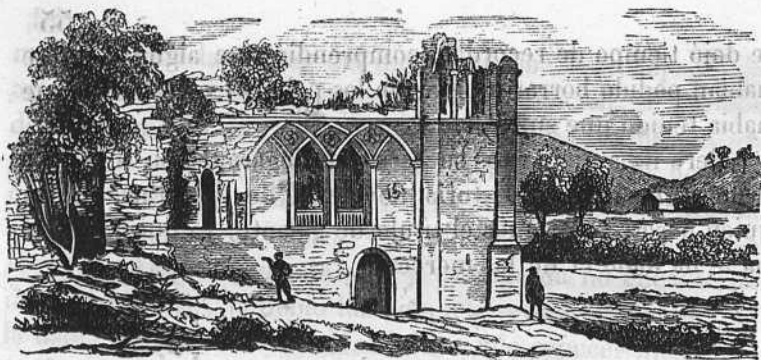
Hemos dado un colorido demasiado fuerte sin duda á la pintura que hemos hecho de la reina de Castilla, pero llega el caso de santificar en parte esa pasión, que mas que ninguna la dominó toda su vida: hubo un día en que esa ambición llegó á ser noble. Madre cariñosa, desde el momento en que pudo estrechar entre sus brazos á su querido hijo no pensó mas que en su felicidad y en asegurar para él la corona vacilante aun en su padre. Si hizo alarde, si abusó del amor que inspiraba, fue con un objeto sublime y hermoso: la felicidad, el porvenir de su hijo; estas palabras santifican á la mujer ambiciosa, que no descansó ni un momento hasta que pudo ver sin moverse la corona de Castilla en las sienes de su esposo, teniendo la esperanza de que pasaría sin caerse á la cabeza de su hijo.

También en medio de ese pensamiento dominante que ocupaba su corazón pudo vivir, y vivió sin duda, otro mas tierno y mas dulce cuanto mas oculto estaba. Ocupada como había estado los primeros años de su matrimonio en buscar el camino del trono, no había hecho caso de las impresiones del momento; impresiones que cuando la posesión del trono

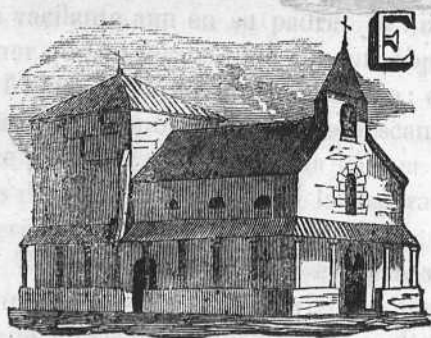
le dejó tiempo de recordar, comprendió que algunas no se habian podido borrar á pesar de los peligros y disgustos que habia tenido que sufrir.

Pero no anticipemos sucesos que llegarán á su tiempo y principiemos ya la historia novelesca de don Enrique, á quien nosotros daremos el título de galante, ya que la historia le ha dado el de las mercedes.





Capítulo segundo.



ERAN las 11 de la mañana de uno de esos días puros y bellos de abril. El sol, siempre hermoso en Andalucía, había procurado este día alejar todas las nubes que envidiosas de su luz se arrojaban á su paso para robarse la, mostrándose radiante y alegre como si quisiera contribuir con sus rayos luminosos á aumentar el contento y la animacion que habia en Sevilla.

En efecto, aquel día Sevilla, la ciudad poética que acaricia el Guadalquivir, y que se ha dado el título de reino de Andalucía teniendo en cuenta la grandeza de sus recuerdos y la belleza de sus mugeres, se había despertado contenta y bulliciosa; sus vecinos se habían apresurado á salir temprano de sus casas no para acudir al trabajo y ocupaciones de todos los días, sino para recorrer las calles y plazas vestidos con sus mejores trages y llevando pintada en sus semblantes la alegría y la sonrisa del hombre feliz.

Multitud de personas discurrían por las calles, cantando y bailando unos, parándose otros á ver y admirar los magníficos tapices que iban ocultando las casas y balcones. Todo era vida y animación aquel día en Sevilla; los balcones se iban llenando de flores, y entre estas se descubrían hermosas mugeres que arrojaban miradas impacientes á la calle, y que después se ocultaban para volverse á asomar al menor ruido.

Pero por qué esta animación, por qué esta alegría en un día de trabajo y ocupación que debió pasar lo mismo que el anterior? Esta pregunta nos hará el lector al ver que no le decimos la causa de este movimiento y de esta agitación; pero vamos á tranquilizarle llevándole á la plaza de Sevilla, donde se agrupan todas las gentes, y donde un poco separados de la multitud que anda y mira sin pararse en nada, forman corro cuatro caballeros, que así lo parecen por sus trages, hablando sin duda de lo que el lector quiere saber.

— Podreis decirme, señores, decía uno que acababa de llegar, y que por su larga espada y retorcido bigote indicaba que pertenecía á la guerra, qué causa tienen tantos aprestos y tanta algazara como noto hoy en Sevilla?

— De dónde venís, capitán Mendoza? respondió un hermoso jóven que vestía un magnífico traje de terciopelo negro, y que por su lujo y sus delicados movimientos se conocía ser un jóven principal; pues qué, no sabeis que hoy tendremos en Sevilla á nuestro muy querido rey don Enrique II?

— Si yo fuera como vos, repuso aquel á quien habian llamado Mendoza, conde de Denia, amigo del rey, y tuviera por complemento vuestra hermosa figura, hubiera procurado saberlo anticipadamente, siquiera por tener lugar de adornarme para lucir delante de tantas hermosas como presentarán la entrada del rey.

— Cuidado, Mendoza; me habeis querido castigar por haberos dicho de dónde veniais; sois muy cruel, añadió el jóven con una hermosa sonrisa que descubrió sus blancos y pequeños dientes. Desgraciados, amigo capitan, los que tenemos que componer nuestro traje para lucir delante de las hermosas, y dichosos por el contrario los que como vos no necesitan mas que su semblante guerrero y su espada para llamar la atencion y estar siempre bellos! y el jóven conde con una delicadeza estremada estendió su mano á Mendoza, que la estrechó entre las suyas.

— Magnífico, dijo otro caballero de los que formaban el corro, esto es saber hablar: bien, mi querido conde, desafío al que pueda enfadarse con vos, que sois el tipo de la finura y de la gracia. Pero volviendo á nuestra conversacion, á qué hora entra el rey? viene con él doña Juana, su jóven esposa?

— De un momento á otro debe llegar; ya veis que todo está dispuesto para recibirle: ahora contestaré á la segunda pregunta diciéndoos que el rey viene solo, porque doña Juana marcha á Toledo con sus hijos, el infante don Juan y la infanta doña Leonor.

— Cómo! no viene doña Juana con el rey? por qué motivo? dijo uno de los caballeros que estaban en el corro, y que nada habia dicho hasta ahora.

— Qué quereis, Carrillo, dicen que los deseos del rey es que la reina doña Juana marche á Toledo, donde se reunirá con don Enrique.

Apenas habia concluido de decir estas palabras, cuando notaron grandes voces y carreras, principiando de allí á po-

co el repique de las campanas, que anunciaban que pronto entraria el rey en Sevilla.

— Señores, dijo el capitan Mendoza, no me parece que este sitio sea muy bueno para gozar de la funcion, y yo deseo ver y saludar al rey á su paso.

— Teneis razon, aqui estamos escondidos ó indiferentes, y nadie debe estarlo cuando se trata de victorear al rey. Vamos, Carrillo, no venís?

El jóven á quien se dirigieron estas palabras estaba con los ojos bajos, indiferente á cuanto á su alrededor pasaba: asi es que se estremeció cuando su compañero le invitó á salir al encuentro del rey, y con una frialdad marcada dijo:

— No iré; me quedo.

— Os acompañaré entonces, dijo el hermoso conde de Denia, saludando y despidiéndose de los otros dos, que se marcharon al momento que conocieron su deseo de quedarse solos.

— Pobre Carrillo! dijo el conde cuando ya sus otros dos compañeros habian desaparecido: amigo mio, no sabeis disimular; es posible...

— Con que no viene, querido conde? contestó Carrillo sin hacer caso de lo que antes le dijera su amigo. Qué desgraciado soy! aqui teneis, todos hoy en Sevilla son felices, porque merced á las fiestas podrán ver á sus queridas; solo yo estoy condenado á no verla: yo vivia con la esperanza de que hoy sería feliz, pero vos acabais de destrozarme el corazón... solo él! ah! conde, me marchó á Toledo, alli la veré, y luego aunque tuviera que morir...

— Silencio! dijo su amigo viendo que Carrillo se iba exaltando al hablar de la muger que amaba: vamos por esas calles paseando y asi no chocará nuestra conversacion. Y cogiendo el brazo de Carrillo lo llevó de la plaza sin que este opusiera ninguna resistencia. — Mirad, Carrillo, os veo trasido de dolor, leo en vuestra mirada la desesperacion mas profunda, y no asoma á vuestros labios una sonrisa de satis-

faccion al ver hoy á Sevilla, ostentando sus hermosas mugeres mas gracia y mas coquetería que siempre. Qué es lo que teneis? es posible que vuestro amor antiguo se levante hoy con mas fuerza que nunca, y que deis pábulo á esa pasion cuando es tan imposible? tanto la quereis?

— Ah! mirad, conde, dijo Carrillo cogiendo una mano á su amigo, me preguntais si la amo! pues bien, os lo diré: la quiero tanto, que sacrificaria por ella mi vida, mi honor, como he sacrificado mi libertad; la quiero tanto, que no tengo otro pensamiento que ella, y ya no tengo fuerzas para disimular á los ojos del mundo este amor que es doblemente un crimen. Ah! estoy loco, conde, porque veo fijarse en mí sus miradas ahora mismo, porque miro la tristeza en su semblante, y sin embargo, hace un año que no la veo.

— Olvidad ese amor, amigo mio, dijo el conde viendo que su amigo habia vuelto á caer en su tristeza: ese amor os dará la muerte por muy feliz que seais; tranquilizad vuestro corazon y despues conocereis que no debeis tener ninguna esperanza; esa muger está en una posicion muy alta, muy elevada, para que haya podido reparar en vuestras lágrimas y haya oido los quejidos de vuestro corazon.

— Decís que no podrá amarme, que no verá mi dolor... entonces, para qué encender mi corazon con sus miradas de fuego, y enseñarme el camino de la esperanza, si luego se ha de burlar, si luego ha de ser una muger sin corazon, sin fé...

— Callad, Carrillo; estais muy agitado, y olvidais que una palabra que por desgracia se os escapara nos perderia, porque á quien tanto acusais llamándola muger sin fé y coqueta, es la reina de Castilla, es la esposa del rey que vais á ver en este momento.

En efecto, en este instante una multitud desembocaba de una de las calles y corria hácia el alcázar, dando gritos que se mezclaban al ruido de los clarines y atambores con que la ciudad habia dispuesto recibir al rey. Nuestros dos

amigos se colocaron cerca de la calle por donde iba á entrar la comitiva real, gozando desde alli del perfume de las flores que caían de los balcones cansados de retener tantas, y de la vista de tantas y tan lindas jóvenes como se divisaban esperando ver al rey, que era tambien jóven y hermoso.}]

En esto, á los gritos de viva el rey, se vió venir ya la comitiva. Abria la marcha una compañía de tropa de la guardia del rey con trompetas y chirimías que producian un ruido fastidioso; seguian los adelantados mayores de la corte, y despues, en soberbios y magníficos corceles, multitud de caballeros vestidos de punta en blanco, dando al aire sus lindos penachos de hermosas plumas del color del traje de sus damas; finalmente venia el rey montado en un brioso caballo de raza pura española, adornado con gualdrapas de paño de oro y pedrería: seguia al rey su confidente y amigo el conde de Ledesma y otros caballeros que habian hecho el viaje con el rey. Don Enrique era jóven aun; su cara pálida daba una espresion singular á sus ojos azules, tan dulces y espresivos, que nadie podia resistir su hermosa mirada sin conmoverse; aunque no muy alto, tenia formas esbeltas y se presentaba siempre con una gallardía y gracia admirables: manejaba el caballo con una habilidad extraordinaria, y era aquel dia el objeto donde se fijaban todas las miradas.

Cuando llegó el rey frente de donde se habian situado nuestros amigos se volvió para mirarlos; pero al mismo tiempo un ramo que cayó de un balcon árabe dió en el arzon de la silla del rey, y obligó á este á mirar al balcon desde donde habia caido: otra cabeza habia seguido el movimiento del rey y miraba tambien al balcon. De pronto dos gritos que procuraron ahogar salió de la boca de ambos al reconocer á la hermosa que habia arrojado el ramo.

— Elvira! dijo el rey tomando el ramo en sus manos y llevándosele á la boca, en tanto que Carrillo sostenia al jóven conde de Denia, que despues de mirar al balcon al mismo tiempo que el rey, se habia quedado pálido y des-

mayado, no pudiendo decir nada mas que exhalar un grito. La dama que habia sido causa de estos dos gritos se ocultó al momento cubriéndose la cara con sus manos al ver al otro jóven que sostenia Carrillo; pero muy pronto, cediendo tal vez á un deseo de su corazon, volvió á mirar al rey, que á pesar de seguir andando, habia vuelto la cabeza, cediendo puede ser al mismo deseo. La dama permaneció alli medio oculta hasta que la comitiva se escondió del todo, y ya no pudo ver al rey.

En tanto nuestros dos jóvenes amigos se quedaron fijos alli hasta que la gente se fué dispersando, y los gritos de viva el rey se iban perdiendo con la distancia. Entonces Carrillo dió el brazo á su amigo, y se le llevó á su pesar de aquel sitio, que habia sido tan fatal para su amigo, aunque él nada comprendia.

— Ya que estamos lejos del tumulto que hay hoy en Sevilla, y que nadie puede interrumpir nuestra conversacion, quierés decirme qué te ha sucedido para estar asi?

— Ay, amigo mio! dijo el conde de Denia estrechando entre las suyas las manos de su amigo. Ella está aqui, y nada me habia dicho, luego me engaña... Qué desgraciado soy! Tú al menos alimentas un amor imposible, si, pero sin dudas, sin celos, porque nadie puede llegar hasta ella... pero yo... me engaña... quiere á otro, y ese otro es el rey...

— Qué estás diciendo? quién te engaña? Nunca me habias dicho nada de ese amor. Y eras tú el que me dabas consejos hace dos horas, que me decias, olvida, mata ese amor que nace en tu corazon, porque es una quimera, y ese amor conduce á la muerte. Pues bien, yo te diré, no tengas celos; qué importa que esa muger te engañe; cúrate de esa pasion, olvida á esa muger, porque ese amor conduce al ridículo.

— Por Dios, amigo mio, no envenenes mas mi corazon con tus palabras, porque voy á volverme loco: ah! si fuera

verdad! continuó el de Denia dejándose caer en un asiento de piedra que estaba cerca: si ella hubiera venido solo por ver al rey! y yo nada sabia, amándola como la amo, porque has de saber, Carrillo, que esa muger era mi prometida, y que muchas noches, teniendo solo por testigo á la luna, me ha jurado un amor eterno.

— Entonces no debes dudarle. Pero qué has visto en ella para tener esos celos?

— Qué he visto dices? y el ramo que al pasar el rey le ha arrojado ella? y la mirada del rey? y sus ojos fijos en don Enrique, en tanto que le ha podido ver? Y me preguntas qué he visto? Ira de Dios! dijo el conde levantándose y golpeando el suelo con sus pies; y ser el rey mi rival! Pero qué importa? le materé ó moriré yo.

Todo esto decia el conde sin reflexionar, y sin fijarse en ninguna idea: su cabeza estaba trastornada, y todo lo veía de color de sangre. Desgraciado del rey si se hubiera presentado á sus ojos en este momento de ira y de venganza. Carrillo, atormentado como estaba por su funesta passion, no podia dar á su amigo los consuelos que él hubiera deseado; un mismo hombre robaba á los dos amigos su amor, su felicidad. Cómo pedir gracia y compasion para este hombre, que olvidaba el angel que Dios le habia destinado para pensar en otras? Imposible parecia á Carrillo que teniendo por muger á doña Juana, pudiera fijar el rey sus miradas en ninguna dama de su corte. Si yo fuera tan dichoso como él, pasaria las horas de mi vida al lado de aquella muger adorada, y ella llegaría á quererme con idolatria.

Estos pensamientos ocupaban á los dos jóvenes amigos, sin que nada pudiera distraerlos de esa meditacion en que el hombre que padece se absorbe, y en la que recuerda con mas placer que nunca la felicidad perdida.

— Qué pobres somos! dijo Carrillo sacudiendo su elegante ropilla! estamos alimentando risueñas esperanzas á pesar

de ver nuestro destino, y olvidamos que debemos presentarnos al rey al momento.

— Al rey? no quiero verle, dijo el conde levantándose tambien; no quiero ver su sonrisa de triunfo; no quiero ver su mirada, en que estará pintada la dicha y la esperanza.

— Y sin embargo, tiene que suceder, replicó Carrillo, cogiendo el brazo del conde: no podemos menos de presentarnos en palacio, ya que somos caballeros y amigos del rey, continuó diciendo Carrillo con una sonrisa llena de amargura, y que representaba bien los sentimientos del jóven.

— Con que es decir que tengo que sufrir nuevamente, y sufrir en silencio, porque él es rey, y yo, yo no soy mas que un súbdito de esa corona que me roba hoy á la muger querida: dónde podré encontrarla? iba diciendo el conde, dejándose llevar de su amigo. Yo quisiera verla para maldecirla: pero no, no tendria fuerzas; es una muger tan hermosa, que no tendria valor mas que para llorar su olvido y matarme... Pero qué es esto, Carrillo? dijo de pronto el conde sorprendido de hallarse en la puerta de la casa de cuyos balcones habia caido el ramo: dónde me llevais, amigo mio?

— A verla; este es el modo de curaros: ella os dirá las razones que ha tenido para encontrarse en Sevilla. Sé lo que es amar con delirio para no compadecerme del que así padece. Preparaos, porque voy á llamar.

En efecto, á poco se dejó oir un ruido lúgubre producido por el golpe que Carrillo habia dado en la puerta. Cuando nuestros dos jóvenes habian llegado á esta calle, hacia una hora que el sol, cansado de alumbrar, se habia acostado en el lecho que Anfitrites le tiene preparado en su palacio; de suerte que aquella calle tan populosa y pasagera todo el dia, estaba ahora solitaria y oscura como todas las calles en aquel tiempo que solo la luna era la encargada de disipar la oscuridad. Esto favorecia mucho á nuestros amigos, y Carrillo, que habia dado una tregua á su dolor conmovido por

el de su amigo, lo habia previsto todo y habia comprendido cuán buenos resultados podria traer este pensamiento para su amigo; con esta idea al menos la veria, y ya se sabe que no es una de las mas pequeñas felicidades para un amante el ver tan solo á la muger querida. El conde dejaba obrar á su amigo, sin tener valor para preguntarle qué resultados podria dar esta visita en momentos de tanta amargura y de tan fatales presentimientos: asi es que estaba callado mirando á su amigo, que impaciente redoblaba los golpes con una celeridad importuna.

Cuatro veces se habia repartido por el ancho y oscuro portal el ruido del llamador, cuando una voz de muger vino á interrumpir el silencio que reinaba en aquella casa.

— Quién llama con tanta prisa? dijo la voz algun tanto encolerizada por haber tenido que incomodarse.

— No me cónoceis, buena dueña? dijo el conde despues de cambiar ciertas palabras con su amigo: abrid pues, y no tengais cuidado.

Sea que conociese la dueña la voz del conde, ó que este tuviera alguna influencia con ella, es lo cierto que esta se apresuró á abrir la puerta, por donde penetró al momento el jóven conde, no sin dar antes un apretón de manos á su amigo, que se retiró algunos pasos para que la dueña no pudiera verle.

— Jesus, señor conde! dijo la dueña volviendo á cerrar la puerta y preparándose á marchar delante para alumbrar y guiar al de Denia: mi señora no os espera, y no sé cómo tomará esta sorpresa. Válgame Dios! he sido una loca en abriros.

— Qué dices, Margarita? crees que pueda tu señora enfadarse porque me has dejado entrar? luego ya no me quiere! Dios mio, Dios mio, qué está pasando aqui!

Y el jóven se lanzó por la escalera como si esta última exclamacion le hubiera dado alas para llegar y salir de su duda.

— Esperad, señor conde, decia la buena dueña queriendo correr tambien para anunciar á su señora la visita; pero el jóven nada oía, y cuando quiso aguardar la dueña entraba de un salto en una sala alumbrada por una lámpara de plata que despedia rayos de luz suaves y pálidos. Los primeros pasos del jóven se perdieron en la espesa alfombra que cubria el suelo de la habitacion; pero un golpe que dió con su espada en un mueble que encontró á su paso hizo volver la cabeza á una hermosa jóven que estaba recostada y como dormida en un magnífico sillon de terciopelo.

— Fernando! dijo la jóven cuando al volver la cabeza divisó delante de ella al conde, que pálido y con el cabello descompuesto, no se atrevió á moverse viéndola tan bella y tan voluptuosa.— Vos aquí! qué es esto, Fernando? por qué venís sin que yo os llame? Y la voz de la jóven espresaba en este momento una emocion que no era dueña de disimular.

— Elvira! dijo el jóven juntando las manos y moviendo la cabeza con desesperacion; me preguntais por qué he venido sin que vos me llameis: pues bien, yo á mi vez os preguntaré por qué estais aquí sin haberme dicho que veniais: no me respondeis?

— Es verdad, dijo la jóven bajando sus ojos como si no hubiera podido resistir la mirada de fuego que su amante la dirigia.

— Ya veis como mi venida aquí tiene un objeto, y como si hubiera estado esperando á que me llamáseis, indudablemente no os hubiera visto mas: ahora os diré ese objeto, continuó diciendo el jóven cruzándose de brazos y queriendo dar á su mirada siempre hermosa una espresion de tristeza y de rabia al mismo tiempo. Voy á deciros por qué estais aquí, ya que vos no habeis querido ser tan franca: estais en Sevilla, se apresuró á decir el conde viendo que ella levantaba con altivez su hermosa cabeza, porque está aquí el rey, vuestro querido ahora: sí señora, no me lo negueis, porque el ramo de flores que vos arrojásteis esta mañana,

y que vuestro real amante recogió, es una prueba bastante clara de lo que os digo: os habeis adelantado á él para verle entrar, para envaneceros con la pompa real que á él le rodea. Qué os importaba que otro hombre llorase vuestra ausencia (porque así lo creía), si vos recogiais una mirada de ese rey que todos victoreaban? Elvira, hoy me habeis destrozado el corazon, porque os amo como nadie puede amaros, y he visto que me engañais.

El jóven conde estaba hermoso é imponente acusando á la muger que adoraba; pero su resistencia se agotó viéndola tan linda, y no pudo concluir, porque la emocion le ahogaba. Ella al ver á su antiguo amante en su presencia acusándola de su infidelidad no pudo menos de estremecerse, y sus ojos, hasta entonces serenos y espresivos, se fueron humedeciendo sin que ella fuese dueña de impedirlo: un minuto, que fue una eternidad para los dos, estuvieron mirándose en silencio; pero haciendo un esfuerzo violento, en que se conocia lo que estaba sufriendo, la jóven tomó una mano del conde, y con una voz que penetró en el corazon de su amante,

— Quereis escucharme? le dijo: oidme con atencion, aunque despues me mateis, Fernando; no me desprecieis aun, y miradme con generosidad; y la pobre jóven pasó su mano blanca y delicada por sus ojos húmedos, como si hubiera querido detener las lágrimas que asomaban á sus pupilas. — Una vez que todo lo sabeis, dijo despues de un momento en el que en vano quiso arrancar una palabra á su amante, una vez que todo lo conoceis, para qué engañaros? Perdonadme, Fernando; vos que sois noble como nadie comprendereis cuánto he tenido que sufrir antes de haceros esta declaracion que me pierde á vuestros ojos. Perdonadme si alguna vez os he dicho que siempre os amaria: ah! no sabia entonces hasta dónde puede llegar el amor ciego y sin limites, que desgarrar el corazon y hace sentir al alma emociones desconocidas é irresistibles. Nadie mas que vos me

dijo que me amaba, y yo tambien creía que mi corazon vivia para vos; pero hubo un dia que la mirada de otro hombre se fijó en mí, y desde entonces estoy viendo sin querer aquella mirada dulce y magestuosa sin ser dueña á olvidarla. Ah! permitidme que todo os lo confiese, continuó la jóven asustada del silencio que guardaba su amante, porque no quiero engañaros; matadme despues si quereis, pero dejadme concluir.

— Qué vais á decirme que yo no comprenda? dijo el conde dominado á su pesar por el encanto y la belleza de su querida.

— Ah! sí, vos me comprendeis; vos, Fernando, que tanto me habeis amado, perdonareis á esta muger su debilidad; vos que tanto habeis sentido por mí, conocereis cuán grande, cuán poderosa habrá sido la pasion que sin pensarlo yo ha ido alejando vuestra imagen de mi corazon, y que ha llegado á ser mi vida y mi felicidad.

— Tanto amais al rey? dijo Fernando dominado por el fuego que despedian los ojos de Elvira, y sin fuerzas para luchar con una pasion tan franca y tan grande. Hablad, Elvira, continuó el conde viendo que la jóven bajó los ojos despues de dirigir una mirada tímida y compasiva á su amante, no temais concluir de desgarrar mi corazon: os amo tanto, que no me siento con fuerzas para vengarme de vos; mi alma está ya muerta, y no encuentro ningun consuelo en el mundo para mi dolor. Dios mio, Dios mio! dijo el jóven viendo á Elvira, que no se atrevia á levantar su cabeza para mirarle despues de sus palabras. Cuánto le amareis, Elvira, cuando mi llanto no os ha arrancado una palabra de consuelo?

— Ay! mucho, si, le amo mucho, Fernando; me vuelvo loca, porque no podré resistir á este amor, que ha nacido llevándose vuestros hermosos recuerdos: esta confesion, amigo mio, debe de ser mi disculpa á vuestros ojos. Creedme, si me hubiéseis muerto os habria dado gracias, porque de

ese modo no me hubiérais obligado á desgarrar vuestro corazon con esta confesion que me presenta á vuestros ojos como una infame. Pero qué culpa tengo yo, Dios mio? decia la jóven levantando sus hermosos ojos negros al cielo como si pidiera á Dios algun consuelo.—Yo creía que os amaba, Fernando, cuando veia vuestras miradas espresivas fijarse en mí, que las recogia con delicia; pero me engañé: la fatalidad dió á otro hombre la influencia de mi corazon, y hasta entonces no pude leer el secreto que encerraba en su fondo. Tal vez este amor es la desgracia de toda mi vida, pero, á mi pesar, la sigo con placer, porque este amor es mi vida; ahora, Fernando, perdonadme, ó mas bien matadme si quereis.

—Ah! no! mataros, por qué? sed feliz: yo soy el que moriré, dijo el jóven con una voz tan llena de conviccion, que Elvira sin poderse contener estendió su mano á Fernando; pero este se levantó, y con una sonrisa amarga y triste en que estaba pintada toda una pasion desgraciada,—Ah! no, ya no me pertenece esa mano: á Dios, Elvira, sed tan feliz como desea mi corazon, que habeis destrozado esta noche.

—Esperad, Fernando, dijo Elvira levantándose del sillón y queriendo detenerle: no os marcheis así, decidme que me perdonais; vuestro perdon, Fernando: y diciendo esto quiso ponerse de rodillas delante del conde, cogiéndole una mano. Hermosa y encantadora estaba la jóven con su cara pálida y sus grandes ojos negros, pidiendo de rodillas á su amante que la perdonase. Su cuerpo esbelto y flexible se mecía voluptuosamente al rededor de su jóven amante, y sus hermosos cabellos caían en trenzas sobre la mano de Fernando, que trataba de separarla, y de alejarse aturdido de tanta belleza y de tantos encantos destinados á otro hombre que no era él.—Perdonadme! decidme que seremos hermanos siempre!

—Sí, sí, os perdono, Elvira, y os amo aun; pero dejad-

me: os mataría si me quedase aqui, para que nadie en el mundo pudiera gozar de vuestra belleza; y haciendo un esfuerzo violento se desasíó de ella, y sin mirar siquiera, salió de la sala ébrio de rabia, de desesperacion y de amor.

—Haced, Dios mio, dijo Elvira cuando se dejó oír el ruido de la puerta, que esta hora de dolor y de sufrimiento sea bastante á purificar el amor que devora mi corazon! y se dejó caer en el sillón como si estuviera muerta.





Capítulo tercero.



El día mas hermoso y risueño de abril habia seguido una noche tempestuosa y fria. El sol al ocultarse habia hecho nacer las nubes que se iban amontonando cubriendo el cielo, sin que la luna, que principiaba á asomar su pálido semblante, fuese bastante fuerte á disipar la oscuridad.

El rey, por mucho que él desease estar solo para pensar en sí mismo y en la dulce sorpresa de aquel día, se habia visto precisado desde que llegó al Alcázar á recibir los homenajes de respeto que los grandes le presentaban. Sin pen-

sarlo él tal vez se iba pintando en su cara el fastidio, y los cortesanos llegaron á conocer que el mal humor del rey se aumentaba á cada nuevo personaje que anunciaban, y á quien la etiqueta le precisaba hablar. El mal humor llegó á su colmo, y mostró el rey su deseo de quedarse solo; entonces todos los cortesanos se apresuraron á desaparecer con tanta solicitud como habian tenido para entrar á presentarle sus pleytesias. Don Enrique habia deseado aquel momento, porque estaba fatigado ya de tantos honores como se habian tributado al rey, y queria estar solo para volver á ser el hombre de corazon y de sentimiento que admira la belleza, que vive de recuerdos y esperanzas; deseaba estar solo para llamar y reunir sus recuerdos, pensar en los sucesos de aquel dia, y embriagarse con el suave olor de aquel lindo ramo arrojado por la mano de una jóven encantadora, sin que miradas estrañas vinieran á robarle su perfume y su misterio. Y cómo hacerlo? perseguido como habia estado por la multitud de cortesanos que no se cansaban de estar á su lado, ni un momento siquiera le habian dejado para pensar en la muger que habia despertado tantos recuerdos en su alma apasionada, y que iba á ver ahora, despues de haberla llorado ausente y olvidada.

Qué ventura para don Enrique, que podia recoger aun las palabras de felicidad y amor que sentiria por él una de las mugeres mas hermosas de Castilla! pero qué desgracia al mismo tiempo para el rey, que tiene que esconder esta alegría que brota por sus ojos, que tiene que acallar la voz de su corazon, presentándose frio y respetuoso ante esa multitud de cortesanos que no adivinan el fuego que arde en su alma, y que se empeñan en no dejarle solo, cuando el rey busca en la soledad los momentos de placer que los deberes del trono le quitan!

— Qué desgracia es la de un rey! decia don Enrique cuando se encontró solo en su cámara. El hombre mas desgraciado de mi reino tiene libertad para crearse en su imagi-